

*Patrocinio de Biedma y la Moneda*



## Cadenas del Corazón

Edición crítica y estudio introductorio  
Giuliana Giacobbe

*Dykinson, S.L.*





**Colección**  
**ANDALUZAS OCULTAS**

*Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez*  
*Directoras*

*Comité Científico*

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia  
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba  
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia  
Francesca Denegris Calderón, Católica Universidad del Perú, Lima  
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia  
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia  
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina  
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil  
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México  
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España  
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina  
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra  
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut , USA  
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia  
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile  
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España



Giuliana A. Giacobbe (ed.)

**PATROCIONIO DE  
BIEDMA Y LA  
MONEDA**  
**Cadenas del Corazón**

*Dykinson, S.L.*

2023



**Patrocinio de Biedma y la Moneda. Cadenas del corazón**  
Giuliana A. Giacobbe (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900–1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014–2020, con referencia US–1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

- © De la introducción, edición crítica y notas: Giuliana A. Giacobbe
- © Del texto: Herederos de Patrocinio de Biedma y la Moneda
- © De la presente edición: Dykinson S.L.
- © Cubierta: Eva Moreno
- 1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.  
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España  
Internet: <https://www.dykinson.com/>  
E–mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)

ISBN: 978–84–1170–211–9

# CADENAS DEL CORAZÓN

Patrocinio DE BIEDMA Y LA MONEDA

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

GIULIANA A. GIACOBBE



## SOBRE LA AUTORA

**Giuliana A. Giacobbe** (Gioia Tauro, 1991) es doctora en Filología Italiana por la Universidad de Oviedo, donde es docente del Dpto. de Filología Clásica y Románica (área de Filología Italiana) desde el año 2017. Su trayectoria investigadora se centra en la lengua y dialectología italiana, así como en el análisis del discurso literario de la literatura escrita por mujeres italianas entre los siglos XIX y XX. Es miembro del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras (HUM753) de la Universidad de Sevilla.



Retrato de Patrocinio de Biedma y la Moneda



## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN CRÍTICA

UNA ESCRITORA FEMINISTA CONDENADA AL OLVIDO, PERO JAMÁS OLVIDADA.....	7
1. El contexto cultural y literario de Patrocinio de Biedma y La Moneda .....	7
1.1. Notas sobre la evolución de la novela decimonónica	7
1.2. Hacia una novela decimonónica femenina.....	10
1.2. El contexto literario de Andalucía .....	12
2. Vida y al pensamiento de Patrocinio de Biedma y La moneda.....	13
2.1. Patrocinio de Biedma y la Moneda .....	13
2.1. El feminismo de Patrocinio de Biedma y La Moneda .....	17
3. Cadenas del corazón .....	23
3.1. La relevancia de la obra .....	23
3.2. La construcción de la identidad femenina .....	25
3.3. Contribuciones de la obra a la consolidación como escritora feminista .....	28
6. Referencias bibliográficas.....	30
7. Criterios de edición.....	36

### **OBRA..... 39**

CADENAS DEL CORAZÓN (1872) .....	39
Capítulo I: .....	41
Capítulo II .....	45
Capítulo III .....	49
Capítulo IV .....	54
Capítulo V.....	61
Capítulo VI .....	65
Capítulo VII.....	69
Capítulo VIII.....	72
Capítulo IX .....	75
Capítulo X.....	79
Capítulo XI .....	83
Capítulo XII.....	86
Capítulo XIII.....	90

Capítulo XIV.....	97
Capítulo XV.....	104
Capítulo XVI.....	107
Capítulo XVII.....	111
Capítulo XVIII.....	114
Capítulo XIX.....	118
Capítulo XX.....	121
Capítulo XXI.....	125
Capítulo XXII.....	129
Capítulo XXIII.....	134
Capítulo XXIV.....	139
Capítulo XXV.....	143
Capítulo XXVI.....	146
Capítulo XXVIII.....	149
Capítulo XXVIII.....	154
Capítulo XXIX.....	157
Capítulo XXX.....	160
Capítulo XXXI.....	163
Capítulo XXXII.....	167
Capítulo XXXIII.....	174
Capítulo XXXIV.....	177
Capítulo XXXVI.....	188
Capítulo XXXVII.....	191
Capítulo XXXVIII.....	195
Capítulo XXXIX.....	201
Capítulo XL.....	209
Capítulo XLI.....	212
Capítulo XLII.....	219
Capítulo XLIII.....	220
EPÍLOGO.....	226

# UNA ESCRITORA FEMINISTA CONDENADA AL OLVIDO, PERO JAMÁS OLVIDADA

Giuliana Antonella GIACOBBE

*Universidad de Oviedo*

## 1. EL CONTEXTO CULTURAL Y LITERARIO DE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

### 1.1. NOTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA NOVELA DECIMONÓNICA

A la hora de contextualizar la producción literaria de Patrocino de Biedma y La Moneda, en especial su primera obra, *Cadenas del corazón* (1872), es preciso ahondar en el “nuevo” realismo que se produce en España hasta alcanzar su plenitud durante el último tercio del siglo XIX.

En lo que respecta a la novela, género al que pertenece nuestra obra, su consolidación como género literario se produce durante el Romanticismo, por lo que, durante el realismo, movimiento que se produce *a posteriori*, encontraremos aún en dicho género algunas similitudes con las directrices de la novela romántica. Con respecto a este género:

España, que había creado la novela [...] la había olvidado a lo largo de todo el siglo XVIII, mientras Europa, nutriéndose [...] en los viejos modelos españoles, la recreaba en moldes modernos. En el primer tercio del siglo XIX [...] España produce una muy mediocre novela romántica, del género histórico, imitación de la extranjera, desarrolla un copioso costumbrismo nacional, curioso y pintoresco, pero que apenas influye en la novela posterior (Alborg, 1996: 357–358).

Por su parte, Ferreras (1973) concuerda con la escasa repercusión de la novela romántica española, también ligada al período de ocupación borbónica del país, identificando, a lo largo del siglo XIX, un auge de los tres grandes géneros literarios, sobre todo de la novela a la que divide en novela romántica, novelas de costumbres y novelas realistas. Clasifica la novela decimonónica en tres períodos y la relaciona con los acontecimientos sociopolíticos dentro de las que se desarrollan. Un primer grupo abarca desde los albores del siglo XIX hasta el año 1868, año donde se produce el destronamiento de los Borbones y las primeras revoluciones burguesas, etapa en la que se producen novelas de todo tipo pero con escasa relevancia. Una segunda época, desde 1868 al año 1875, desde la revolución conocida como “la Gloriosa” y la consecución del sufragio universal como síntoma del liberalismo democrático, hasta la instauración del Sexenio Democrático, época en la que se produce en España la restauración borbónica y la Primera República, así como la aparición de una nueva Constitución (1869). En este contexto nacen las novelas realistas burguesas, donde empiezan a aparecer las problemáticas y las necesidades de la sociedad contemporánea. Es en este periodo donde se produce un cambio en la novela, puesto que ya no es una *imitatio* de modelos extranjeros, como pueden ser el inglés o el francés, sino que se consolida como representación del contexto español y de la nueva sociedad burguesa.

Finalmente, la última etapa va desde la restauración borbónica en el 1875 hasta el año 1898. Es una época que recoge las consecuencias de las dos Guerras Mundiales, así como la liquidación de las últimas colonias españolas y culmina con el nacimiento de la Generación del '98, que prometía suponer una regeneración para la literatura española. En esta época encontramos “variaciones muy significativas, desde el realismo puro, hasta el naturalismo, pasando por cierta novela regional y realista” (Ferreras, 1973: 129).

Algunos estudios (Alborg, 1996) sitúan en este contexto un nuevo realismo literario, mucho más próximo a la pertenencia geográfica de quien escribía y con una estética que se adaptaba a ella y que presenta, por tanto, una aproximación mucho más fiel



a la realidad contextual de quien escribe, pero sin llegar a los extremos del naturalismo. En cualquier caso, a la hora de hablar del Realismo o del Naturalismo es a la novela donde nos remitimos, pues se trata del “género que mejor permite captar la propia realidad humana, siendo el vehículo – según afirmaba Clarín – que las letras escogen para llegar el pensamiento general a la cultura” (Cfr. Rubio Cremades, 2001: 12). De hecho, concuerda con esta idea Menéndez Pidal, que en su historia de España definió el realismo como “distintivo del arte español” (1957: 641).

En lo que sí coinciden los diferentes estudios consultados para esta introducción es en el nacimiento de la novela propiamente realista en el año 1870, es decir, dos años antes de que Patrocinio de Biedma y la Moneda escribiera su primera obra *Cadenas del corazón* (1872). Sin embargo, contrariamente a lo que ocurría en el resto de Europa, donde la novela realista seguía las directrices del naturalismo francés de Zola, en el caso de España, el realismo social estaba acompañado por la corriente costumbrista, un concepto tan amplio que en la actualidad sigue siendo difícil ofrecer una definición exhaustiva.

Según las teorías de Montesinos (1965) la importancia del costumbrismo dentro del panorama de la novela realista se debe a que este, antes de que se pudiera hablar de un realismo literario español, era aquel que observaba la realidad que, posteriormente, se trasladará a la novela del último tercio del siglo XIX, entendiendo la corriente costumbrista como la precursora – y en parte educadora – de la posterior generación de autoras y de autores realistas en España. La crítica literaria percibe, dentro de la producción novelesca de los referentes de la novela realista de esta época, Fernán Caballero (pseudónimo de Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea), Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán y Concha Espina, claras manifestaciones de un costumbrismo que, en España, asume un carácter regional y que mimetizan los cuadros costumbristas, donde se reflejan los usos y costumbres de la sociedad española, con la intención de narrar de la manera más fiel posible la realidad de una sociedad que, en esta época, es demandante de cambios a nivel social como consecuencia del contexto histórico en el que se desarrolla.

## 1.2. HACIA UNA NOVELA DECIMONÓNICA FEMENINA

Si bien es cierto que en la mayoría de los manuales de referencia de historia de la literatura española aún son escasos los nombres de las literatas de nuestro país, en lo que respecta a estos años de transición entre los siglos XIX y XX

Con particular esmero y marcada predilección se han dedicado las literatas españolas [...] á la poesía subjetiva y a la novela; bien que, ambos géneros, prestándose, como pocos otros, á la manifestación de los más delicados sentimientos del alma [que] armonizan por modo maravilloso con la manera de ser de la mujer meridional, cuya imaginación soñadora, cuyas nobles pero fogosas pasiones y cuyos idealismos ingénitos, encuentran allí su más natural y apropiada satisfacción y desahogo (Criado y Domínguez, 1889: 16–17).

En este sentido, Criado y Domínguez (1889) demuestra que hubo también escritoras relevantes dentro de este movimiento, pues Fernán Caballero aparece acompañado de Concepción Arenal, Carolina Coronado y Emilia Pardo Bazán. Por otro lado, enumera una serie de escritoras que fueron alabadas a nivel internacional: “Patrocinio de Biedma, aplaudida por franceses y alemanes; Dolores Martí y Angela Grassi, galardonadas en extranjeros certámenes; y Pilar Senués, cuya asombrosa fecundidad llama la atención de los hombres estudiosos” (p. 15).

Dentro de este ambiente cultural donde la novela emerge como una forma de describir la realidad de la sociedad burguesa española el porcentaje de autoras empieza a elevarse progresivamente, aun siendo una época en la que no era común que las escritoras publicaran obras narrativas<sup>1</sup> y cuya repercusión en la historia de la literatura española no será analizada hasta las últimas décadas del pasado siglo, con el auge de los estudios de las mujeres (Miller, 2005). Perea Carpio (2010), por su parte,

---

<sup>1</sup> Sin embargo, Casenave (2014) afirma que “la prensa es el medio principal de difusión de la literatura en esta centuria, lo mismo para hombres que para las mujeres” (p. 355).

identifica un problema común a las escritoras de la segunda mitad del siglo XIX, es decir, el hecho de tener

que verse comparadas con un canon de escritura hecho por y para los hombres [debiendo] trasladar a ese canon su experiencia [y] exponiéndose así, a ser criticadas por reflejar unas vivencias femeninas totalmente desvalorizadas [porque] En el discurso de la feminidad de España, la escritura es una actividad exclusivamente masculina; por tanto, una mujer que escribe se convierte en una transgresora de su propia condición de mujer (p. 125–127).

De la misma opinión se presenta Mayoral (2005) al afirmar que la literatura con firma femenina carece de una obra específica como referente literario, ni mucho menos de un canon, ya que toda ella se constituyó por una serie de normas que derivaban de lo que se consideraba debía pertenecer a la naturaleza femenina y al rol que las mujeres desarrollaban dentro de la sociedad. En este sentido, la literatura escrita por mujeres constituye un reflejo de lo que la sociedad pretendía de ellas. Si bien durante esta época se sitúa como referente la figura de Emilia Pardo Bazán en lo que respecta a la novela española con firma femenina, en la generación de escritoras contemporáneas a ella, la emancipación y la necesidad de ampliar la educación a la población femenina para su consecución constituyen dos temáticas recurrentes en la producción novelística de los dos últimos siglos. De ahí que, a colación de cuanto expuesto por los estudios sobre esta temática (Miller, 2005; Mayoral, 2005 y Perea Carpio, 2010), la denuncia que se hace de la condición femenina a través de las novelas de costumbres o realistas constituye no solo un desafío a las normas sociales impuestas con la consecuente rebelión por parte de la población femenina que reclama sus derechos, sino que además constituirá los primeros pasos de una literatura que se inclinará hacia los ideales feministas que se producen en Europa en esta época.

### 1.3. EL CONTEXTO LITERARIO DE ANDALUCÍA

Son más de trescientas las escritoras andaluzas [...] y, a pesar de que muchas de ellas alcanzaron la fama en su tiempo, en la actualidad, muy pocas, solo las muy importantes [...] figuran en las historias del Periodismo o de la Literatura (Carmona González, 1999: 9).

En el caso del contexto literario andaluz nos encontramos ante la misma situación que ocurre para las escritoras españolas: una completa ausencia o una escasa mención en los manuales de referencia de la historia de la literatura. Durante los siglos XIX y XX, en Andalucía, se consolidó una generación de mujeres que, en su gran mayoría, se sirvió de la prensa para dar rienda suelta a publicaciones que difundieran las reivindicaciones de las autoras que se hicieron portavoces de la población femenina andaluza.

Con respecto a su labor como autoras, Sancho Rodríguez (2012) identifica en ellas un paralelismo en cuanto a temáticas se refiere con los escritores contemporáneos. Sin embargo, retomando las ideas de Miller (2005), y como consecuencia del rechazo que producía en el sector masculino la presencia de férreos ideales reivindicativos por parte de las mujeres, las escritoras andaluzas evitaban difundir en sus obras contenidos que pudieran ser considerados viriles, es decir, temáticas relacionadas con la religión, el patriotismo o reflexiones que pudieran ser consideradas demasiado filosóficas. De ahí que Hoster Cabo (1998), en relación con el contexto literario decimonónico andaluz, afirme que las temáticas principales parecen ser “el amor y los comportamientos que de él derivan”<sup>2</sup> (p. 196).

Si bien hubo diversos núcleos literarios dentro de la región de Andalucía, y resulta difícil trazar puntos en común en una perspectiva literaria regionalista, en este estudio nos centraremos en las ciudades de Jaén y Cádiz, donde se desarrolló la producción literaria y ensayística de Patrocinio de Biedma y la

---

<sup>2</sup> Esto se debe también a que “A la mujer se la ha acusado de coqueta, frívola, charlatana, mentirosa, indiscreta, de escasa instrucción y, por ende, incapaz de hablar de temas serios, de exponer sus ideas o de expresarse con un vocabulario adecuado” (Sancho Rodríguez, 2012).

Moneda. Como mencionado anteriormente, la prensa tuvo un papel fundamental en la proliferación de la literatura andaluza escrita por mujeres y esto es algo común a todas las provincias que albergaron ambientes culturales, contribuyendo así a construir una historia de la literatura en Andalucía.

Mientras que en Jaén la prensa fue el detonante de la emergencia de generaciones de escritoras y escritores durante el último tercio del siglo XIX y el siglo XX, y la prensa parecía haber prevalecido sobre el libro, en el caso de la ciudad de Cádiz, si bien contaba con periódicos de renombre con una gran participación de los intelectuales de la época, la novela parecía seguir manteniendo su importancia, en cuanto concebían que el desarrollo de la vida literaria estaba obstaculizado en las provincias, lo que suponía una clara desventaja para las escritoras provinciales (Jiménez Almagro, 1984: 183).

Gracias al impulso de las revistas y los periódicos, a las escritoras andaluzas les debemos, en gran medida, el haber conseguido alejar el estereotipo del pícaro andaluz como elemento predominante en la literatura para abrir paso a una serie de ideas que concernían libertades y derechos de la población andaluza, sobre todo de las mujeres, dando lugar a un feminismo regional que no se alejaba de las directrices de las escritoras feministas de España, sino que reivindicaba la situación social de una región que no había gozado de tanto prestigio y reconocimiento.

## 2. VIDA Y AL PENSAMIENTO DE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

### 2.1. PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA (1845–1927)

A la hora de abordar la trayectoria vital y literaria de Patrocinio de Biedma y la Moneda, es fundamental empezar nuestro recorrido por el *Estudio biográfico y crítico* publicado por Jiménez Almagro (1984), que supuso una primera aproximación al estudio de la escritora y, posteriormente fue ampliado por él mismo, dando lugar, unos años más tarde, a una tesis doctoral titulada *Bio-bibliografía de Patrocinio de Biedma*

y la Moneda. 1845–1927, defendida en la Universidad de Granada en 1989.

Como es común a todas las escritoras, Jiménez Almagro denuncia que “A pesar de que reunió cualidades y méritos para que su biografía y su obra literaria fuesen generalmente conocidas, lo cierto es que nadie [...] se ha ocupado de ella” (1989: 3), alegando que ni siquiera en su Jaén natal la escritora había obtenido el debido reconocimiento, más allá de algunas calles que le fueron dedicadas en las localidades de Baeza, Lupión y Begíjar. Es gracias a Jiménez Almagro (1984; 1989) que se da comienzo a los estudios sobre Patrocinio de Biedma y la Moneda, resultando una fuente fundamental para los posteriores estudios que ampliaron el estado de la cuestión.

Patrocinio de Biedma y la Moneda nace en Begíjar (Jaén) el 13 de marzo de 1845<sup>3</sup>. Hija de Diego José de Biedma y Marín Colón e Isabel María de la Moneda y Riofrío, con quien había contraído estas segundas nupcias en el año 1838, ambos pertenecientes a la aristocracia andaluza.

Con respecto al interés de Patrocinio de Biedma hacia la literatura, Sáinz de Robles indica que, a pesar de que sus padres no estuvieran interesados en la educación de su hija, “sintió un fervor invencible por la lectura [leyendo] cuantos libros caían en sus manos” (Cfr. Jiménez Almagro, 1989: 22), pasión que se vio favorecida por la serenidad de la localidad de Begíjar, no muy distante de Baeza, donde la escritora transcurrió su infancia y adolescencia. De hecho, el 27 de junio de 1849, a la edad de cuatro años, queda huérfana de padre y es su madre quien se ocupa de su educación, pero, en cierta medida, la aísla junto a sus hermanos, Antonio y Antonia Manuela, en la casa familiar. Es en esta etapa, donde Patrocinio solo tiene como referente a su madre y vive ajena de lo que ocurre en los núcleos urbanos, donde se desarrolla su interés y sensibilidad hacia la literatura, haciendo también que la escritora se formara de manera autodidacta. La autora recordará esta etapa de su vida posteriormente en su revista, *Cádiz*:

---

<sup>3</sup> Sánchez Morillas (2006) apunta a que hay estudios que señalan como fecha de nacimiento el año 1858, aunque se prefiere el año 1845.

Mi carácter, formado bajo la dulce y suave presión de la voluntad de mi madre [...] El corazón de mi madre era la base firme y santa de todos mis sentimientos, era el manantial inagotable donde yo bebía raudales y fe, y como mi espíritu sólo estaba en contacto con el suyo, como sólo su amor tenía que poner a prueba, mi fe crecía y mi confianza se afirmaba. [...] La ternura celosa de mi madre me había aislado de toda sociedad; oculta con ella en nuestra vieja casa solariega, que se alza orgullosa en una pequeña ciudad de Andalucía, desde la muerte de mi padre, el roce social no existía para nosotros (Cfr. Sánchez Morillas, 2006: 572).

Al igual que otras jóvenes coetáneas, quería alejarse de la vida cotidiana de la provincia, razón que seguramente la llevar a aceptar el matrimonio, con tan solo dieciséis años, con José María de Quadros y Arellano, joven baezano hijo del marqués de San Miguel de la Vega con quien había mantenido una relación los años anteriores. Finalmente, el matrimonio se produce en el año 1861, atrasándose un año por la muerte del marqués de San Miguel de la Vega. Tras las nupcias, ambos se instalan en la localidad de Baeza, donde tuvieron tres hijos, José María en 1863, que murió a los pocos días de edad; Manuel en el año 1864, que muere siete meses después y José María del Olvido en el año 1866 que fallece a los siete años de edad, a quien dedicará su antología *Recuerdos de un ángel: elegías a la memoria del niño Don José Manuel del Olvido Quadros de Biedma* (1874).

Un año después, el 9 de enero de 1873, fallece su marido.

Son los años en los que la escritora colabora en la revista madrileña *La moda elegante*, donde publica sus primeras antologías. Sin embargo, viéndose viuda y habiendo perdido a sus tres hijos, la escritora decide abandonar la vida de provincia, donde no ve satisfechas sus aspiraciones literarias y delimitados sus deseos vitales para trasladarse a una localidad más urbanita que le permitiera desarrollarse como intelectual. Si bien es cierto que, durante esta época, la condición de viuda no resultaba favorecedora para las mujeres, en el caso de Patrocinio de Biedma y la Moneda, su pertenencia a la aristocracia, que le permitía gozar de una buena economía, así como el apoyo de sus amistades repartidas entre los círculos aristócratas y alto



burgueses, le permitieron el poder desarrollarse en libertad, algo impensable para mujeres pertenecientes a otras clases sociales.

Dos años después de la muerte de su marido, en 1875, se traslada a Cádiz, impulsada por su amiga Prudencia G. San Román, más conocida como Condesa Rattazzi, sobrina de Napoleón y considerada una mujer escandalosa. Patrocinio y la Condesa Rattazzi compartían su pasión por la literatura y a la segunda la unían también lazos de amistad con otras de las escritoras de referencia dentro de la corriente literaria feminista española, como es el caso de Emilia Pardo Bazán.

El ambiente cultural y bohemio de la ciudad de Cádiz entre los siglos XIX y XX llevaron a nuestra escritora a querer asentarse allí y desarrollar su trayectoria literaria y posicionarse como una de las intelectuales de mayor relevancia, además de mostrar públicamente su compromiso con la sociedad, posicionándose como defensora de la mujer y de la infancia a través no solo de su literatura, sino también de su participación en la vida social gaditana. Prueba de ello son la fundación de su propia revista, *Cádiz. Artes, Letras y Ciencias*, en el año 1877, el asilo y escuela de la infancia para huérfanos “El Patrocinio” en 1885 que, posteriormente, pasó a ser conocido como “La casa de los niños” y, como fiel defensora de los niños, tres años después inicia el Congreso Proteccionista de la Infancia en Cádiz, abogando por una ley que amparase los derechos básicos de los niños huérfanos, razón por la que recibe la Cruz de Beneficiencia de primera Clase.

El 3 de noviembre de 1880 contrae matrimonio con José Rodríguez, editor del *Cádiz*, director de la *Crónica gaditana*, dueño de la imprenta Tipografía la Mercantil y archivero jefe de la Diputación de Cádiz con quien la habían unido varios años de amistad, siendo apadrinados por Alfonso XII.

Con José Rodríguez no tiene hijos biológicos, pero se encarga de los hijos que este había tenido con su difunta esposa. El matrimonio dura hasta la muerte de José en el año 1914. Desde este momento, la familia de Patrocinio de Biedma y la Moneda será su familia política hasta su fallecimiento, trece años después, en el año 1927.

## 2.2. EL FEMINISMO DE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

Mientras que los primeros estudios sobre la escritora estuvieron más centrados en el linaje de su familia (Nicas Moreno 1998; 1999 y Ravina Martín, 2005), así como en la reconstrucción de su perfil biobibliográfico, en las últimas dos décadas, las investigaciones toman una perspectiva de género y se aborda la temática del feminismo en su narrativa, así como el análisis de los personajes femeninos.

No por casualidad, la mayoría de las investigadoras que han abordado la figura de Patrocinio de Biedma desde los estudios de género son mujeres, siendo la primera de ellas Carmona González (1999) que, en su estudio sobre las escritoras andaluzas en la prensa de la región durante el siglo XIX, sitúa a la escritora como una de las escritoras provinciales y aristócratas más destacadas dentro del periodismo andaluz y que firmó sus artículos también bajo el pseudónimo de Ticiano Imab. Asimismo, destaca de ella el hecho de haber sido nombrada vicepresidenta, en el año 1898, de la *Ligue des femmes pour le désarmement international* (Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad), considerada la asociación feminista de carácter pacifista más antigua del mundo, cuyo objetivo era unir a las mujeres que, aun manteniendo diferentes posturas e ideologías frente a la guerra, pudieran debatir sobre las causas de estas y promover la paz, aportando también soluciones contra la explotación, sobre todo de mujeres y niños, de ahí que Carmona González defina a Patrocinio de Biedma como “feminista destacada de su época” (1999: 53).

Prueba de ello son los aportes de Perea Carpio (2004, 2006, 2010, 2014), quien se detuvo en el rol desempeñado por las mujeres protagonistas de la narrativa de Patrocinio de Biedma y Moneda, encuadrándola, por primera vez, dentro del feminismo, al definirla

figura relevante del movimiento feminista español y escritora destacada de nuestras letras en el siglo XIX [que] aúna en su persona [...] dos facetas [...]: la literatura y la teoría feminista

[además de] mujer comprometida con los grupos más desprotegidos de la sociedad (Perea Carpio, 2004: 665).

Sin embargo, si bien Patrocinio de Biedma fuera conocida en los ambientes culturales españoles, el androcentrismo académico predominante en ellos terminó con restarle importancia como mujer y escritora feminista, haciendo de ella una autora oculta incluso en aquellos círculos que no seguían las directrices marcadas por la fuerte presencia de hombres de estos círculos.

Perea Carpio (2004: 672) establece dos detonantes para la consolidación de Patrocinio de Biedma como mujer feminista: el primero se corresponde con la muerte de su primer marido, José María de Quadros y Arellano, hijo del Marqués de San Miguel de la Vega y de sus tres hijos y, en segundo lugar, su cambio de residencia de Jaén a Cádiz en el año 1876, invitada y acompañada por su amiga la princesa Rattazzi que, entonces, era considerada la ciudad cuna del liberalismo. De hecho, en el pequeño homenaje que Vicenta Márzquez de la Plata Ferrandiz le dedica en la revista *Hidalgos* se detiene en este aspecto como transición de mujer a escritora:

la soledad que rodeó á Patrocinio, la hizo buscar con afán el estudio y de ahí nació la escritora, pero la poetisa vivía en el fondo del hogar como las perlas en los mares, y solo esperaba el acontecimiento que había de hacer brillar ante el público aquel oculto tesoro de su alma [...] la viudez significó, a pesar de todo, la liberación de la joven, una auténtica emancipación en su vida. Ya no tenía ante quien responder de sí misma y de su destino y vocación si no ante ella misma (2016: 10).

Si bien había sido educada bajo las exigencias de la sociedad patriarcal dentro del ambiente rural de Baeza, instándola a considerar como único fin para la mujer la maternidad y la fe cristiana y sometida a la tutela del padre, marido y/o hijos varones, lo cierto es que la condición de viudedad y la soledad supusieron el inicio de la emancipación de la escritora como mujer. Cabe mencionar que, tal como afirma Carpio (2004: 672), Patrocinio de Biedma no tuvo que someterse a las leyes no

escritas vigentes para todas aquellas mujeres del pueblo llano, ya que ella gozaba de la protección y del reconocimiento de la aristocracia andaluza, factor que le permitió poder relacionarse libremente en los ambientes públicos. De hecho, todos estos factores supusieron para ella, en cuanto mujer, un notable cambio, pues pasó de estar oculta en el espacio privado del hogar familiar a tener la oportunidad de desenvolverse en los ambientes públicos.

Todo esto fue también impulsado por su nueva residencia en Cádiz, ciudad mucho más avanzada social e intelectualmente con respecto a Jaén, y de carácter más burgués, algo que sin duda contribuyó al desarrollo del feminismo de la autora.

Perea Carpio, en sus estudios, sitúa como punto de partida del compromiso de la escritora con los derechos de las mujeres el discurso que pronuncia, en el año 1886, con motivo de la inauguración del curso académico de la Academia Gaditana de Ciencias y Artes, donde, en calidad de académica honoraria, pronunció un discurso que, posteriormente, fue recogido por Jiménez Almagro (1989). En la introducción a su discurso, Patrocinio de Biedma califica de “atrevida innovación” que sea una mujer quien inaugure el curso académico, además de manifestar su gratitud hacia una institución que “no ha vacilado en ofrecerme a mí, que pertenezco al sexo débil, un título de académica” (Jiménez Almagro, 1989: 233). Para ella, la importancia de que una mujer fuera reconocida como Académica Honoraria suponía un paso hacia delante en lo que ella consideraba debía ser una necesidad de su época:

Sostener una tesis que está en el fondo de todas las conciencias y que reclaman de consuno todos los progresos del pensamiento humano: la de que la educación de la mujer es una necesidad de nuestra época, que se impone en cada una de sus fases, y que, a conseguir su realización, están obligados cuantos se preocupan de los problemas sociales [pues] Que las sociedades deben prestar preferente atención a que se eduque a la mujer es una verdad innegable (Jiménez Almagro, 1989: 233–234).

Como otras muchas de sus contemporáneas, podría decirse que Patrocinio de Biedma persigue un feminismo de carácter ilustrado, pues persigue la idea de que la educación del sexo

femenino constituye un punto de partida para la consecución del orden social. De hecho, también formó parte de la Institución Libre de Enseñanza y manifestó estar en consonancia con las ideas de Fourier, pero sobre todo de Krause, defensor de la educación, así como de la vindicación de los derechos de la mujer.

Asimismo, es preciso señalar que, a diferencia de lo que ocurre en el caso de las novelas, donde el universo femenino se centra exclusivamente en las clases sociales altas, en lo que respecta a la educación de la mujer, Patrocinio de Biedma no distingue entre clases sociales, señalando a los hombres que, desde siempre, la han menospreciado y resaltando “la necesidad de poner a la misma altura las dos mitades, que forman el gran todo en cuyo seno se desarrolla la vida de las generaciones” (Jiménez Almagro, 1989: 235). En lo que respecta a su novela, Patrocinio de Biedma muestra, según cuanto refiere Sancho Rodríguez (2012) un incipiente y tímido feminismo que contrasta con la amplitud de ideas cosmopolitas, y esto es debido, en gran medida, a la represión literaria e ideológica que se produjo en su vida aun habiendo gozado de libertad para expresarse y para desarrollarse como mujer.

Sin embargo, no hay que olvidar el tipo de educación que Patrocinio de Biedma había recibido, pues es a partir de ella que la escritora desarrollará un pensamiento feminista que, en numerosas ocasiones, resulta paradójico con los valores conservadores con los que había crecido y que, en edad adulta, seguía manteniendo. De hecho, Sancho Rodríguez la sitúa “dentro de una concepción netamente católica y conservadora, entre las pioneras de un embrionario feminismo decimonónico, que proclamaba la educación de la mujer como primer paso para conseguir su redención social” (2012)<sup>4</sup>.

En otro artículo posterior, Perea Carpio (2014) habla del concepto de “maternidad social” para referirse a la actuación de las mujeres de las altas esferas sociales, entre ellas la propia escritora, con respecto a cómo estas vivían y experimentaban la religión. De hecho, si por un lado Patrocinio de Biedma fue fiel defensora de la educación femenina, así como de la abolición de

---

<sup>4</sup> La versión utilizada no presenta paginado.

su explotación en las guerras, lo cierto es que seguía manteniendo la idea de que estas debían mostrar su feminidad, razón por la cual consideraba necesario “fijar las bases de la educación de la mujer en el justo medio en que deben colocarse, para que sin dejar de ser tierna y apasionada, sin perder su carácter femenino, adquiriera los conocimientos suficientes para llenar a conciencia su sagrada misión” (Cfr. Perea Carpio, 2004: 683).

A pesar de esta doble moral que caracterizó a la escritora, lo cierto es que, en la práctica social y literaria, se rodeó de otras muchas mujeres que emprendieron el camino hacia la emancipación femenina. Es lo que Perea Carpio (2014) denomina como “el universo femenino de Patrocinio de Biedma”, agrupando en él los diferentes círculos de amistades de la escritora que decidieron enfrentarse al androcentrismo académico y periodístico de la Andalucía del siglo XIX a través de reuniones y actuaciones en sitios públicos, persiguiendo la visibilidad femenina que, hasta el momento, parecía ser nula. Perea Carpio (2014) divide en los siguientes grupos las mujeres que acompañaron, de alguna manera, a Patrocinio de Biedma:

1. El grupo de escritoras que publicaban en la revista *Cádiz*: Julia Asensi, Emilia Calé de Quintero, Aurelia Castillo de González, Isabel Cheix, Antonia Díaz de Lamarque, Ángela Grassi, María de la Concepción Gimeno de Flaquer, Julia Moya, Ermelinda Ormaeche, María del Pilar Sinués, Faustina Sáez de Melgar, Sofía Tartilán, Josefa Sevillano de Toral y Carmen Linares Martínez.
2. Mujeres que aparecen en las dedicatorias de sus obras y que nos permiten conocer tanto el mundo cultural como el afectivo. Entre ellas se encuentran: una sobrina política, la señorita de San Miguel de la Vega; una tía política, doña Anacleto Arellano; una cuñada, doña Joaquina de Cuadros y Arellano; y su madre, doña Isabel María de la Moneda y Riofrío de Biedma, la marquesa de Izcar, la princesa Rattazzi, la duquesa viuda de Medinaceli, la condesa de Llorente y la Infanta de España, doña María Isabel Francisca de Borbón e incluso la Reina María Cristina, esposa de Alfonso XII.

Una vez delimitado el feminismo ideológico y social de Patrocinio de Biedma, es preciso también detenerse en el feminismo literario de la autora, ámbito que fue estudiado a partir de esta última década.

El primer estudio que nos encontramos es la tesis doctoral de Perea Carpio (2010) titulada *La mujer en la narrativa de Patrocinio de Biedma*, siendo uno de sus objetivos apartar la mirada masculina sobre las mujeres y sus comportamientos dentro de la literatura para abordar el estudio de la narrativa de Patrocinio de Biedma desde la “doble mirada femenina”, es decir, la que nos ofrece tanto las protagonistas como la propia autora a través de ellas, todo esto entendiendo la literatura escrita por mujeres no como complementaria, sino como otra parte de la historia de la literatura (Perea Carpio, 2010: 12–14).

Cabe señalar que el hecho de que la autora pasara gran parte de su vida en una ciudad tan avanzada a su tiempo, como fue Cádiz, tuvo una clara influencia en su producción narrativa. De hecho, no solo es en esta ciudad donde aparece la primera mujer periodista con ideología feminista, Beatriz Cienfuegos, en el periódico *La pensadora gaditana*, sino que, a nivel social, gran parte de la población siguió las directrices del socialista Charles Fourier, quien comparaba la opresión patriarcal con la laboral: el hombre para la mujer era equiparable a lo que era el patrón para el obrero, siendo Joaquín Abreu quien difunde esta idea en el periódico *El Nacional de Cádiz*, convirtiéndose así en el pionero de la propaganda feminista en la ciudad de Cádiz.

En el particular caso de Patrocinio de Biedma, si bien para Perea Carpio (2004) las tres obras claves para comprender el feminismo de la escritora son *El odio de una mujer* (1876), *El testamento de un filósofo* (1879) y *La muerta viva* (1882) desde la ginocrítica, según cuanto recoge Márquez de la Plata Ferrandiz (2016) su feminismo radica en la fundación del periódico *Cádiz* que, si bien era de carácter científico y literario, perseguía en realidad

formar una literatura propiamente andaluza [razón por la que] convocó en Sevilla un congreso de literatos andaluces y expuso a los representantes de las ocho provincias, de la prensa, de las literaturas y numeroso auditorio (sic) su plan en un importante



discurso presentando las bases [para ello] (Márquez de la Plata Ferrandiz, 2016: 11).

A pesar de que las investigaciones realizadas hasta ahora sobre su narrativa coinciden en que todos sus personajes pertenecen a las altas esferas sociales, tanto Perea Carpio (2014) como Márquez de la Plata Ferrándiz (2016) identifican un realismo que se corresponde con las necesidades sociales de las mujeres de la época, lo que la convierte en una escritora precursora del feminismo literario.

### 3. *CADENAS DEL CORAZÓN* (1872)

*Cadenas del corazón* (1872) es la primera novela escrita por Patrocinio de Biedma y fue impresa por la Imprenta de la Esperanza y publicada en Madrid. Su primera edición contaba con una dedicatoria al Sr. D. Florentino de Zarandona, Canónnigo de Alicante y se conserva en la Bbiblioteca del Archivo Histórico Diocesano de Jaén.

De acuerdo con los estudios que se ocuparon de la reconstrucción del perfil biobibliográfico de Patrocinio de Biedma y la Moneda (Jiménez Almagro, 1989), la tercera edición, utilizada para este trabajo, se publica en Cádiz en el año 1881 y se imprime en la tipografía La Mercantil. En este caso, la dedicatoria está dirigida a su hermano, suprimiendo el capítulo XXXV “Abnegación” y añadiendo el epílogo a la obra.

Según recoge Jiménez Almagro, hubo cuatro ejemplares de esta obra repartidos entre la Biblioteca Nacional de Madrid, la Biblioteca del Casino Gaditano (Cádiz), la Biblioteca de la familia Them Rodríguez de Biedma (Cádiz) y la Biblioteca de María del Carmen Them Rodríguez de Biedma (Madrid).

#### 3.1. LA RELEVANCIA DE LA OBRA

*Cadenas del corazón* (1872), además de ser la primera novela escrita por Patrocinio de Biedma y la Moneda, es una obra que refleja la asimilación que hubo en España entre realismo y costumbrismo.

A la hora de analizar su producción literaria, es fundamental tomar como punto de partida el estudio llevado a cabo por Perea Carpio (2010) donde se hace referencia a la concepción que la escritora tenía del género novelístico, así como su inclusión en las corrientes literarias antes mencionadas, adscribiendo “la narrativa de la escritora andaluza al primer realismo español, esto es, a un costumbrismo realista” (p. 159).

Con respecto a la trama, esta se desarrolla mayoritariamente en las ciudades de Madrid y Sevilla, así como en las ciudades italianas Florencia y Nápoles, y se desarrolla en el arco de tiempo que va desde el abril del 1860 hasta mayo de 1865, época del Reinado de Isabel IIc, narrándose la historia del matrimonio de María de Osorio, una joven andaluza de dieciocho años con D. Carlos, marqués de la Rivera. En ella, Patrocinio de Biedma y la Moneda narra la condición de la mujer en la España de la segunda mitad del siglo XIX en una obra que presenta cuadros costumbristas que la autora pretende describir con el mayor realismo posible.

Si bien no está considerada por la crítica como su obra más feminista, al ser la primera, es cierto que está escrita en una etapa en que, si bien Patrocinio de Biedma persigue unos ideales que se aproximan más a lo que la sociedad pretendía de las jóvenes mujeres, aparecen ya algunos indicios del deseo de emancipación femenino, tanto a nivel económico, como emocional.

Lo que pudiera parecer una novela de realismo costumbrista que posee puntos de conexión con las novelas de adulterio, si analizado desde un punto de vista sociológico, esconde en sí matices que nos revelan cuáles empezaban a ser las aspiraciones de las jóvenes, presentándonos dos arquetipos de personajes femeninos bien diferenciados de manera que se ilustra al público lector la dicotomía existente entre las mujeres: aquellas más cercanas a las convicciones sociales, es decir, un prototipo de mujer hogareña e instruida bajos los ideales de la religión y, por otro lado, un estereotipo más cercano a la mujer fatal, es decir, aquella que vive de manera deliberada sus pasiones y sus ambiciones. Asimismo, en un análisis desde la perspectiva de género, también en los dos protagonistas encontramos una representación de dos mentalidades masculinas opuestas: la

patriarcal hegemónica y un tipo de masculinidad menos autoritaria, más proclive a un igualitarismo entre sexos.

El título de la novela no es casual, puesto que es el eje temático principal a partir del que Patrocinio de Biedma y la Moneda desarrollará el resto de las temáticas. De hecho, a partir del capítulo XXXIV aparecerá en la obra la expresión *cadena del corazón* que, a partir de este momento de la trama, demostrará al público lector cómo los sentimientos, así como las imposiciones sociales son las que determinan la infelicidad de los personajes. De hecho, es precisamente en este capítulo, con el homónimo título, donde Patrocinio de Biedma va a definir al ser humano como esclavo de la razón y de los deberes que constituyen las cadenas que le privan de vivir libremente sus sentimientos y tomar los caminos que le impulsen a sus aspiraciones.

Estas *cadena*s atan a los personajes hasta tal punto de impulsarlos hacia una constante infelicidad: el amor no es libre, sino que es impuesto y es para las jóvenes una forma de delimitar sus libertades, pasando de estar bajo las órdenes del padre a las órdenes del marido e, igualmente considerado por el hombre como una forma de delimitar sus libertades y frenar sus impulsos. Esta premisa es el detonante de la trama de una obra donde el matrimonio constituye el primer eslabón de la creación de una sociedad patriarcal basada en intereses que despojan a la sociedad más joven de vivir libremente sus emociones. De esta forma, la intención de Patrocinio de Biedma y la Moneda es reflexionar acerca de cómo el matrimonio constituye, en muchas ocasiones, un obstáculo para el desarrollo personal.

Ligado al matrimonio y al amor infeliz aparecen el adulterio, la incesante búsqueda de la felicidad fuera del matrimonio, así como la posesión y los celos, que culminan con duelos y enfrentamientos a muerte. En este contexto y respondiendo también al costumbrismo realista de *Cadena del corazón*, el honor cobra una

### 3.2. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA

Los recientes estudios que se han llevado a cabo en los últimos años sobre la caracterización de la mujer andaluza (Hoster Cabo,

1998) indican a la corriente costumbrista como el momento en el que se definen los esbozos hechos en la literatura sobre ella.

Si por un lado se encuentran estereotipos de mujeres que aparecen reprimidos por la presencia de la Iglesia Católica y por su sometimiento al sexo masculino, a medida que nos vamos aproximando a la actualidad nos encontramos con personajes femeninos que asumen un carácter más perverso, entre cuyas características encontramos el ser “ardiente, sentimental, pero dañada por la superstición y por la falta de instrucción” (Hoster Cabo, 1998: 206) y que se caracteriza por su astucia, que utiliza junto con su atractiva corporalidad.

En el particular caso de *Cadenas del corazón* encontramos ambos estereotipos en una dicotomía María/María Magdalena caracterizada por sus dos protagonistas femeninas principales: María Osorio, la Marquesa de la Rivera y Beatriz, la condesa de Claraaval respectivamente, personajes que se contraponen en el capítulo XI que, no casualmente, lleva por título “Ángeles y demonios”<sup>5</sup>.

Con respecto a la primera de ellas, María Osorio, representa el estereotipo de mujer hogareña y bondadosa, fiel a las imposiciones dictaminadas por la sociedad y por su padre. De hecho, su personaje dentro de la trama está marcado por los roles de *hija, esposa y madre* que la coaccionan hasta el punto de que ella misma llega a asumir su infelicidad, pues según la educación moral que recibe, cualquier emoción o sentimiento que la aparte de su deber debía ser alejado de ella.

María Osorio, posteriormente marquesa de la Rivera, se presenta como una mujer víctima del patriarcalismo del contexto social al que pertenece, siendo la personificación de aquellas jóvenes que eran sometidas a la voluntad familiar y que eran entregadas en matrimonio a aquellos hombres que, privándolas de su libertad, les ofrecían a cambio un ascenso social y la adquisición de una reputación incluso para sus familias.

---

<sup>5</sup> Para profundizar, puede consultarse el capítulo que Perea Carpio dedica a esta temática (2010: 261–283).

A lo largo de la trama es precisamente su marido el que obstaculiza su felicidad, sentimiento que ella vivirá tras la muerte de este, que le permitirá descubrir lo que significa la libertad individual. En el capítulo XXVII se produce una progresiva evolución del personaje de María Osorio y la transición de una niña delicada y débil a una mujer enérgica y fuerte.

En contraposición a María, el *ángel del hogar*, nos encontramos a Beatriz Barelli, Condesa de Claravall, su antagonista y rival.

aun cuando a la mujer se le devuelva su hermosura sosegante – su comportamiento externo retenido–, sigue siendo provocadora y símbolo de la tentación que debe ser evitada. La mujer andaluza como maga o hechicera que penetra en el corazón del hombre con su poder fascinante, con su ardiente mirada sensualmente controlada, atempera en cierto sentido el majismo que, en cualquier caso, es la concepción que sigue siendo predominante (Hoster Cabo, 1998: 211).

Con esta definición podemos introducir al personaje de Beatriz Barelli, condesa de Claraval y amante de Carlos Rojas. Este personaje representa el arquetipo de mujer fatal y se nos presenta como una aristócrata en cuya vida, marcada por el matrimonio fallido con el diplomático italiano Víctor Marini, se mueve impulsada por el hastío que le provoca su contexto social, pero más aún por sus emociones.

Si bien dentro de la obra es tratada como un personaje frívolo, entre los capítulos XIII y XV se ahonda en la privacidad de su vida íntima y, de alguna manera, se justifica la actitud amoral que la condesa de Claraval manifiesta a lo largo de la trama. Si bien son pocas las descripciones físicas de este personaje, a la que se la nombra como una mujer italiana, fina y más bella de lo que los hombres solían considerarla, esta aparece siempre como el arquetipo del diablo tentador, de una mujer capaz de aunar la astucia con sus atributos físicos para conseguir atraer al hombre del que se sentía enamorada. Si bien para las convicciones sociales de la época y para el pensamiento de la propia Patrocinio

de Biedma y la Moneda, el adulterio era algo que cuestionaba el honor de una familia, a través del personaje de la Condesa de Claraval, el adulterio femenino se dignifica, presentándonos a una mujer que, víctima de la infelicidad que le produce su matrimonio, se ve, desde los veintidós años, privada de las ilusiones que tiene una joven de su edad.

En los diferentes y minuciosos estudios que se realizaron sobre la vida de Patrocinio de Biedma y la Moneda, su amistad con la condesa Rattazzi parece haber sido provocada no solo por los intereses literarios que ambas mantienen en común, sino también por el hecho de haber contraído matrimonio a una edad joven, algo que los personajes de María y Beatriz también comparten. En este sentido, podríamos decirse que la inspiración para la conformación de la identidad femenina dentro de la obra la encontramos en la propia Patrocinio, dentro del personaje de María Osorio, que presenta a la psicología de una mujer aislada y educada en la moral religiosa – en el capítulo VI se habla de dulces deberes para los que Dios la ha destinado –, así como la condesa Rattazzi podría estar personificada en la condesa de Claraval, con quien comparte no solo título nobiliario, sino también la mentalidad más abierta de una generación de mujeres que, aprovechándose de los derechos de los que gozaban por su clase social, se abrían paso hacia la emancipación.

### 3.3. CONTRIBUCIONES DE LA OBRA A LA CONSOLIDACIÓN COMO ESCRITORA FEMINISTA

A la hora de reconstruir la trayectoria vital de Patrocinio de Biedma y la Moneda, Perea Carpio (2010) la define como “una mujer independiente, autosuficiente tanto en lo personal como en lo económico, y muy respetada en la sociedad” (p. 47), características que comparte con el personaje de María Osorio: una mujer que, viéndose abandonada por su marido y gozando del respeto de sus círculos más cercanos, decide vivir de su propia creación artística, los cuadros, para conseguir emanciparse y demostrarse a sí misma que es capaz de llevar adelante una familia tras el abandono de un padre.

María es un personaje que desconoce la libertad hasta tal punto que, cuando tras el abandono de su marido goza del apoyo de su familia, así como de su familia política para emprender el camino hacia la emancipación femenina, rechaza imponer la voluntad de los sentimientos a la del deber. La transición de niña a mujer no se va a producir en María Osorio tras el matrimonio y la maternidad, sino que en el momento en el que se ve obligada a tomar *decisiones* –título del capítulo XXVII, donde se produce su evolución– y toma conciencia de que estas dependen únicamente de ella.

María Osorio empieza a ser consecuente con sus necesidades como mujer y aclama independencia emocional y económica de su marido, desafiando las pautas de comportamiento reservadas a las mujeres de su clase social y de su edad.

Un día después, María había tomado una resolución decisiva, y estaba serena.

María había encontrado en sí misma algo que no esperaba: había encontrado valor.

Es muy posible que, unida a un hombre que hubiese sido para ella el sostén, el apoyo legítimo de su vida, María no hubiera dejado de ser una mujer tímida y dulce, de amante y tierno corazón (De Biedma y la Moneda, 1881: 220).

Si bien no son muchas, ni recurrente las afirmaciones de carácter emancipatorio que nos encontramos en *Cadenas del corazón*, esta supone un primer intento de desafío de la filosofía androcéntrica y de la defensa de la superioridad moral y económica del hombre, también promulgada por la Iglesia Católica, base de la educación del personaje de María Osorio. De acuerdo con Perea Carpio (2010), a través de la voz de un narrador omnisciente que interactúa con el lector, buscando su empatía con los hechos que se presenta, así como a través de los diálogos de sus personajes, que cuentan el desarrollo de su historia, cuestiona no solo la sociedad patriarcal a la que ella misma pertenece, sino que también se atreve a cuestionar su propio pensamiento, cuestionando, entre otras cosas, el



matrimonio como un contrato dentro del ámbito eclesiástico por el que la mujer ha de poner fin a su vida.

Si a través del personaje de María Osorio denuncia las imposiciones sociales reservadas a las jóvenes andaluzas, obligadas a la sumisión ante la voluntad masculina sobre ellas, tales como los padres y los esposos, a través del personaje de la Condesa de Claraval dignifica a la mujer adúltera, la mujer amoral, aquella que está vista con la óptica negativa de la sociedad, presentándonosla como una mujer con sentimientos, una mujer que se mueve siguiendo sus instintos y voluntades.

El feminismo de Patrocinio de Biedma y la Moneda, por tanto, cuestiona a las mujeres desde la introspección y desde la comparación con otras identidades femeninas y otras mentalidades, equiparándolas en el plano emocional como seres que no se diferencian, más que en la manera en la que son retratadas por una sociedad que suprime los derechos de la mitad de su población: la femenina.

#### 4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

##### 4.1. OBRAS LITERARIAS DE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

###### 4.1.1. NOVELA

DE BIEDMA Y LA MONEDA, Patrocinio. (1872). *Cadenas del corazón*. Madrid: Imprenta de la esperanza.

— (1881). *Cadenas del corazón*. 3ª edición. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1877). *El secreto de un crimen*. Valencia: Católica.

— (1879). *El testamento de un filósofo*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1881). *Las almas gemelas*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1881). *La botella azul*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1882). *Blanca*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1882). *El capricho de un Lord*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1883). *La muerta y la viva*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

— (1884). *Dos hermanas*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

- (1884). *Las apariencias*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.
- (1885). *La boda de la niña*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.
- (1892). *La marquesita*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

#### 4.1.2. POESÍA

- DE BIEDMA Y LA MONEDA, Patrocinio. (1872). *Guirnaldas de pensamientos*. Barcelona: Luis Tasso y Serra.
- (1874). *Recuerdos de un Ángel: elegías a la memoria del niño Don José Manuel del Olvido Quadros de Biedma*, Madrid: Memorial de Ingenieros.
  - (1874). *El héroe de Santa Engracia. Poema histórico*. Madrid: Memorial de Ingenieros.
  - (1884). *El mejor castigo*. Cádiz: Tipografía la Mercantil.

#### 4.2.3. EDICIONES PÓSTUMAS

DE BIEDMA Y LA MONEDA, Patrocinio. (2010). *Las almas gemelas*. Edición y posfacio de M<sup>a</sup> Ángeles PEREA CARPIO. Junta de Andalucía. Conserjería de Cultura: Biblioteca virtual de Andalucía.

#### 4.2. ESTUDIOS SOBRE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

- CABALLERO VENZALÁ, Manuel. (1979). *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*. Tomo I. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, p. 253.
- CANTOS CASENAVE, Marieta. (2014). “Escribir es poder. Mujeres alrededor de la prensa del siglo XIX. M<sup>a</sup>. Manuela López de Ulloa, Fernán caballero, M<sup>a</sup> Josefa Zapata y Patrocinio de Biedma”. En M. I. Morales Sánchez, M. Cantos Casenave, G. Espigado Tocino (eds.), *Resistir o derribar los muros: Mujeres, discurso y poder en el siglo XIX*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 355–371.
- DEL RUE, Elisabeth. (2021). “Personajes femeninos cómplices y rivales en Patrocinio de Biedma y Julia de Asensi”. En D. Cerrato (coord.), *Personajes femeninos cómplices y rivales en Patrocinio de Biedma y Julia de Asensi*. Madrid: Dykinson, pp. 409–428.

- JIMENEZ ALMAGRO, Antonio. (1984). *Estudio biográfico y crítico de Patrocinio de Biedma y La Moneda*. Granada: Universidad de Granada.
- JIMENEZ ALMAGRO, Antonio. (1989). *Bio-bibliografía de Patrocinio de Biedma y la Moneda. 1845–1927* [Tesis Doctoral]. Universidad de Granada, Granada.
- MARTÍN VILLARREAL, Juan P. (2019). “La edición femenina decimonónica. Patrocinio de Biedma: entre el asociacionismo y las redes de colaboración editorial”. *Lectora: revista de dones i textualitat*, (25), pp. 105–119.
- MÁRQUEZ PLAYA Y FERRANDIZ, Vicenta (2016). “Doña Patrocinio Biedma y la Moneda, Ayala y Riofrío (1848–1927): periodista, escritora y feminista”. *Hidalgos: la revista de la Real Asociación de Hidalgos de España*, (547), pp. 10–14.
- NICÁS MORENO, Andrés (1998). “Patrocinio de Biedma y el linaje de Lamonedá”. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (170), pp. 527–556.
- NICÁS MORENO, Andrés (1999). “Epistolario inédito de Patrocinio de Biedma”. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (173), pp. 429–500.
- PEREA CARPIO, María Ángeles. (2004). “La educación de la mujer en la narrativa de Patrocinio de Biedma”. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (187), pp. 665–792.
- PEREA CARPIO, María Ángeles. (2006). “Las mujeres en “La muerta y la viva” de Patrocinio de Biedma”. En J. Fernández Jimñenez, J. López–Peláez Casellas, E. Medina Arjona (coords.), *Jaén: cruce de caminos, encuentro de culturas*. Jaén: Universidad de Jaén, pp. 135–152.
- PEREA CARPIO, María Ángeles. (2010). *La mujer en la narrativa de Patrocinio de Biedma* [Tesis Doctoral]. Universidad de Jaén, Jaén.
- PEREA CARPIO, María Ángeles. (2014). “El universo femenino de Patrocinio de Biedma”. En F. Toro Ceballos (ed.), *Letras del XIX Encuentro de Investigadores de Literatura Española: en homenaje a Manuel Urbano*. Alcalá la Real: Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, pp. 171–178.

- RAVINA MARTÍN, Manuel (2005). “Dos cartas inéditas de Patrocinio de Biedma y Ramón León Maínez”. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (190), pp. 653–672.
- SÁNCHEZ MORILLAS, Carmen M. (2006). “Tiziniano Imab. Vida y obra de Patrocinio de Biedma”. En A. Cruz Casado (ed.), *Bohemios, raros y olvidados: actas del Congreso Internacional, celebrado en Lucena (Córdoba), del 4 al 7 de noviembre de 2004*. Córdoba: Diputación de Córdoba, pp. 569–584.
- VEGA RODRÍGUEZ, Pilar (2014). “Periodismo y empresa periodística: el Cádiz de Patrocinio de Biedma”. *Arbor*, 190(767), p. a143.

#### 4.3. ESTUDIOS SOBRE EL CONTEXTO DE PATROCINIO DE BIEDMA Y LA MONEDA

- ALBORG, J.L. (1996). *Historia de la literatura española. Realismo y naturalismo. La novela*. Tomo VI. Madrid: Gredos.
- BENÍTEZ-ALONSO, E. M. (2015). “La lucha pacifista en las mujeres andaluzas de principios del siglo XX, pioneras en el periodismo femenino español: de Carmen de Burgos a Blanca de los Ríos”. En J.M. Gómez y Méndez; S. Méndez Muros; N. García-Estévez; M.J. Cartes-Barroso (coords.), *Derechos humanos emergentes y periodismo*. Sevilla: Equipo de Investigación de Análisis y Técnica de la Información, Universidad de Sevilla, pp. 176–195.
- CARMONA GONZÁLEZ, Ángeles. (1999). *Escritoras andaluzas en la prensa de Andalucía del siglo XIX*. Cádiz: Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- CHICHARRO CHAMORRO, Dámaso (2011). “Panorama literario giennense, 1900–1960 (Primera parte: 1900–1936)”. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, (204), pp. 187–208.
- CRIADO Y DOMÍNGUEZ, Juan P. (1889). *Literatas españolas del siglo XIX. Apuntes bibliográficos*. Madrid: Imprenta de Antonio Pérez Dubrull.
- ETREROS, Mercedes; MONTESINOS, María I.; ROMERO TOBAR, Leonardo. (1977). *Estudios sobre la novela española del siglo*

- XIX. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, José (1965). *Costumbrismo y novela: ensayos sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Madrid: Castalia.
- FERRERAS, Juan I. (1973). *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*. Madrid: Edicusa.
- HERNÁNDEZ GUERRERO, José A. (2006). “Teoría literaria andaluza en el siglo XIX”. *Tavira: Revista de ciencias de la educación*, (22), pp. 109–128.
- HOSTER CABO, Beatriz (1997). “Proyecciones literarias de Andalucía: la imagen de la mujer en los textos”. *Escuela abierta: revista de investigación educativa* (1), pp. 195–222.
- MÁRQUEZ DE LA PLATA, Vicenta (2018). *Damas ilustres en la historia de España*. Madrid: Casiopea.
- MAYORAL, M. (2002). “El canon a la violeta. Normas y límites en la elaboración del canon de la escritura femenina”. En F. Díaz Larios. *et alii* (eds.). *La elaboración del canon en la literatura española: Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX: [II Coloquio]*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias PPU, pp. 261–266.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1957). *España y su historia*. Madrid: Minotauro.
- MILLER, Stephen (2005). Sobre una teoría española de la novela femenina del siglo XIX. En Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX (coord.), *Lectora, heroína, autora: (la mujer en la literatura española del siglo XIX): III coloquio (Barcelona, 23–25 de octubre de 2002)*. Barcelona: PPU, pp. 245–251.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B.; RODRÍGUEZ CÁCERES, Milagros. (1980). *Manual de literatura española. Novecentismo y vanguardia: Introducción, prosistas y dramaturgos*. Vol. 10. Pamplona: CENLIT Ediciones.
- RUBIO CREMADES, Enrique (2001). *Panorama crítico de la novela realista–naturalista española*. Madrid: Castalia.
- SANCHO RODRÍGUEZ, María I. (2009). “La enseñanza de la mujer en el Jaén decimonónico. ¿Iniciativa pública, iniciativa privada?” En *I Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres*. Jaén: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Diocesano de Jaén, p. 2.

- SANCHO RODRÍGUEZ, María I. (2012). “La imagen de la mujer en la literatura giennense decimonónica”. En *IV Congreso Virtual sobre historia de las mujeres*. Archivo Histórico Diocesano de Jaén. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4715054.pdf>  
[Última consulta: 08/12/2022]
- VALBUENA PRAT, Ángel. (1964). *Historia de la literatura española*. Tomo III. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

## CRITERIOS DE EDICIÓN

El objetivo de este volumen es ofrecer una segunda edición de la novela *Cadenas del corazón*, publicada por primera vez en Madrid en el año 1872, escrita por Patrocinio de Biedma y la Moneda, una de las escritoras más relevantes en la historia de la literatura y el periodismo andaluz, así como una recopilación bibliográfica de los estudios previos realizados sobre la biografía y la trayectoria literaria de la escritora. De esta manera, la presente edición pretende constituir una referencia para los futuros estudios científicos e investigaciones que se realicen sobre Patrocinio de Biedma y la Moneda.

Para la elaboración de esta edición, se ha realizado una minuciosa búsqueda de los estudios científicos previos, con especial mención a Jiménez Almagro (1984; 1989) y Perea Carpio (2004; 2006; 2010; 2014) que, en sus respectivas investigaciones, elaboraron el perfil biobibliográfico de la escritora, además de un detallado estudio crítico de su producción literaria desde la óptica de los estudios de género.

*Cadenas del corazón* (1872), reconocida por ser la primera obra en prosa escrita y publicada por Patrocinio de Biedma y La Moneda y analizada como obra de carácter costumbrista, responde al pensamiento feminista-religioso de la autora, además de describir y presentar a sus protagonistas mujeres desde la doble moral característica de la sociedad andaluza del siglo XIX.

Para la labor de edición del texto, se parte de una edición del texto, con fecha del año 1881 y publicada por la Tipografía la Mercantil (Cádiz), manteniendo el orden de los capítulos, así como la estructura del texto de acuerdo a esta publicación. Por otro lado, el texto se ha sometido a una revisión con el objetivo de actualizar la redacción. En este sentido, se han actualizado las normas gramaticales según indica la Real Academia de la Lengua Española (RAE), suprimiendo la acentuación de palabras llanas como “joven”, “orden” y “Carlos”, así como de algunos monosílabos (como “fue” o “ti”) entre otros. De igual manera, se han corregidos algunos errores menores, relacionados quizás con la pronunciación, como es el caso de “estremecer”, presente en

la obra como “extremecer”, y se han añadido los signos de apertura en las frases exclamativas e interrogativas, ausentes en su gran mayoría en la obra original, al igual que la supresión, en algunos casos, de los puntos suspensivos que resultaban innecesarios.

Como los lectores notarán en el índice de esta edición, no existe un trigésimo quinto capítulo, manteniendo la enumeración presente en la edición del 1881.





## CADENAS DEL CORAZÓN

Patrocinio DE BIEDMA Y LA MONEDA



## CAPÍTULO I: *LAS BODAS*

Empezaba el mes de Abril de 1860.

Serían las diez de la noche, de una de esas noches tibias y perfumadas que tan bellas son en Andalucía, cuando en los salones de la casa del general D. José de Osorio se veía reunido lo más notable de la sociedad sevillana.

Los balcones entreabiertos dejaban paso a las suaves ráfagas del viento, impregnadas en la esencia de los azahares, que mecían perezosamente los anchos cortinajes.

Hermosas mujeres vestidas de seda y gasa cruzaban por el salón en una confusión encantadora, y las luces se reflejaban con vivos destellos en los brillantes que las adornaban.

Acababa de celebrarse el matrimonio de la señorita María de Osorio, hija única del dueño de la casa, con D. Carlos de Rojas, marqués de la Rivera.

En el momento en que empieza esta historia, se notaba en el salón esa agitación que produce un suceso extraño, y que levanta en las grandes reuniones un rumor parecido al eco lejano de las olas.

La joven desposada se había desmayado al recibir la bendición nupcial, y los convidados la rodeaban, demostrando ese interés que pudiéramos llamar *artificial*, pues en él no toma parte el corazón.

Todas las conversaciones comentaban este suceso.

– Te aseguro, Julia, decía una deliciosa rubia a otra linda joven, que es de muy mal gusto esa tristeza que demostraba María, y que esos desmayos apenas causan efecto.

– Desde luego, Ángela, desde luego; la época del romanticismo pasó para no volver.

– Pues mira cómo está el marqués. ¡Jesús! Yo no sé qué hacen esas hipócritas; pero con esos mimos con los que se hacen las interesantes, vuelven a los hombres locos.

– Pues, amiga mía, el general debe estar loco de contento, decía una señora que formaba parte de un grupo de respetables mamás; ¡ya se ve! su hija hace una soberbia boda, porque el marqués es muy rico, y ella vale poco.

– No es fea, condesa, no es fea; ¡pero esas buenas madres de las Salesas le han dado una educación tan gazmoña!...

– Tiene Vs. razón, querida, con ese airecito hipócrita no gusta; yo no sé, yo no sé lo que ha enamorado en ella a ese loco del marqués.

– Señores, decía dirigiéndose a un grupo de hombres que fumaban en un gabinete cercano, uno de esos jóvenes que se hallan en todas las sociedades, que son perfectamente inútiles por su valor, pero necesarios para dar colorido al cuadro social en el cual puede decirse que son las figuras de segundo orden que dan animación y movimiento al conjunto: parece que el novio no es muy del gusto de la linda hija del general.

– ¡Qué oportuno es este Adolfo! Pues, hombre, si no la gustara, no se casaría.

– En lo que nada hubiera perdido, observó otro.

– ¿Por qué? Preguntaron varios.

– Porque vosotros conocéis a Carlos tan bien como yo, y sabéis que no es a propósito para marido.

– Está muy enamorado esta vez...

– ¡Bah! ¡Como siempre! Carlos no se enamora, se impresiona: su ilusión vive un día y pasa sin dejar huellas ni en su alma ni en su memoria.

– Pues yo creo que está cansado de la vida de calavera, de versátiles amoríos; su mujer es hermosa, y si como parece, es buena y tiene talento, quizás logre fijar su corazón–

– Si su mujer es buena, tanto peor para ella, pues será una mártir.

– Creo que calumnias a Carlos...

– No tal: vosotros le habéis visto como yo olvidar en un momento lo que parecía que llenaba su vida: ¿recordáis el amor que decía profesar a una extranjera cuando vino a Sevilla? Nada queda hoy de él en su corazón, donde se gastan con admirable facilidad los sentimientos.

– Luis tiene razón; Carlos hará desgraciada a esa preciosa niña, y ¡qué diablos! No me pesaría a mí el encargarme de consolarla.

Una carajada contestó a estas palabras, y todos se levantaron para volver al salón, donde la novia, que había vuelto en sí, y que estaba más pálida que el azahar de su prendido, apoyada en el brazo de su esposo, recorría el salón, contestando dulcemente a las preguntas que se la dirigían.

María de Osorio tenía diez y ocho años.

Los largos rizos de sus cabellos negros caían en caprichosas ondulaciones sobre su desnuda espalda, tan blanca, tan fresca, tan suave como las flores que entre los rizos la acariciaban.

Sus ojos negros eran magníficos: ojos ardientes, atractivos, acariciadores, que aún se ven en Andalucía como una herencia de la raza africana; ojos cuya mirada a un tiempo quema y refresca el alma.

Su rostro blanco y pálido, dulcemente oval y de suaves contornos, parecía iluminado por aquella mirada de fuego, mitigada a veces entre la espesa franja de sus pestañas.

Su boca, algo grande, pero de frescos y rojos labios, sonreía, mostrando una blanca y preciosa dentadura, y en su sonrisa había tanta dulzura, tan ingenuo candor, que formaba un extraño contraste con la profunda mirada de sus ojos.

Llevaba con admirable gallardía un traje de gro blanco orlado de encajes, que se recogían en el lado izquierdo de la falda con un ramo de azahar y rosas blancas, y su alta estatura lo parecía aún más por su espléndida y elegante cola.

María con el traje virginal que la adornaba, con los ondulantes rizos de sus hermosos cabellos sueltos por la espalda, la hermosa garganta, los admirables brazos desnudos y velados entre las ondas de encaje de su largo velo, a través del cual se escapaban los movibles destellos que arrancaban las luces a los brillantes de su aderezo, parecía una sacerdotisa de Vesta, destinada a avivar el fuego del altar sagrado.

El joven que la daba el brazo formaba con ello una pareja encantadora.

Su estatura mediana era elegante, y muy distinguidas sus maneras.

Sus ojos pardos tenían una mirada firme, pero sin expresión; en ella se advertía el cansancio: diríase que no esperando ver nada nuevo, se fijaban en todo con hastío.

Su boca tenía una imperceptible contracción, que no alcanzaba a ocultar el ligero bigote que la sombreada, y que tanto podía ser desdeñosa como amarga. Sus facciones correctas y simpáticas, ofrecían a los ojos del observador los rasgos de una de esas naturalezas frías, metódicas, concentradas que pueden ser inofensivas si se les deja ser lo que el instinto de su medianía les

hace esperar, pero que cambian de una manera terrible si un sacudimiento moral despierta sus pasiones.

Carlos tenía veintiséis años y hacía muchos que había perdido a sus padres.

Había quedado bajo la protección de su tío D. Antonio de Rojas, que débil por carácter, lo fue aún más con su sobrino, convirtiéndose en juguete de su tiránica voluntad.

Le había dado, es verdad, una educación brillante; pero ella no hizo más que suavizar, embellecer su exterior, amoldando sus acciones a la forma social, sin poder elevar el sentimiento moral de aquella joven alma, a la que faltaba el recto principio de una voz severa que le señalase el deber.

Carlos, acostumbrado a ejercer la presión de su voluntad sobre todo cuanto le rodeaba, a que nadie guiase sus sentimientos, modificando en ellos el desarrollo de un extremado orgullo y una gran tenacidad, que formaban la base de su carácter; dueño de una opulenta fortuna que gastaba a su voluntad, a los veintiséis años, debía tener, y tenía, un corazón gastado, sin fe, sin entusiasmo, sin esperanza, y un alma muerta a todas las ideas grandes y generosas.

En esta noche, la expresión del orgullo satisfecho brillaba en su mirada; se conocía que acababa de alcanzar un triunfo en algún grave empeño, pues su habitual frialdad desaparecía bajo un aspecto de apasionada ternura que dulcificaba las hondas huellas que el hastío de todos los placeres había impreso en su rostro.

– ¿Te sientes mal? preguntó con interés a María.

– No: pero esta agitación me fatiga.

– Ven un momento a este balcón; la noche está templada, y el respirar el viento te hará bien.

En Sevilla las noches de primavera son tibias, perfumadas, hermosísimas; el cielo tiene un azul tan transparente, tan puro, tan limpio, que las estrellas que brillan en él parecen otras tantas chispas de oro que salpican un suave toldo de seda.

Desde la casa del general Osorio, situada en un extremo de la calle de la Victoria, se veían algunos de los naranjos que adornan la hermosa plaza de la Infanta Isabel muy cercana, y se aspiraba el fuerte perfume desprendido de sus blancas flores.

No había luna, pero esa sombra vaga, indecisa y azulada de las noches serenas, unida al tenue reflejo que las luces enviaban

al balcón, a través de los extendidos cortinajes, hacían que la esbelta figura de María apareciese con todos sus encantos.

Carlos estuvo algunos instantes contemplándola con éxtasis, y al fin la dijo con un acento que hacía tembloroso la pasión:

– ¡Ya eres mía! ¡Mía para siempre!

María nada contestó, pero una nube de rosa vagó un instante sobre su frente y sus mejillas.

– ¡Qué hermosa estás, María de mi alma! continuó: ¡cuánto te amo!... Nada me dices, ¿no me amas tú?

Y rodeando con su brazo la gentil cintura de María, la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

– ¡Ah! tú no me quieres, pues mi primera caricia te hace temblar, dijo con desaliento al sentir a María estremecerse.

– Hasta hoy no te he amado, Carlos; yo no sé mentir, pero yo tengo el deber de amarte, y mi corazón sabrá cumplirlo: no lo dudes.

– Es decir, que si yo no te hubiese alcanzado de tu padre que me concediese tu mano; que si yo no me llamara ahora tu esposo te sería indiferente, dijo Carlos con un acento en que se traslucía un ligero tinte de amargura.

María volvió a guardar silencio, como si aquella conversación le fuese penosa.

– Dime, pues, ¿qué sentimiento te inspiraba yo?

– Una inmensa gratitud por tu cariño hacia mí.

– ¡Gratitud! dijo Carlos con tristeza; nada tienes que agradecerme, María: al hacerte mi esposa, obedezco a una imperiosa necesidad de mi alma; yo necesito tu amor como el aliento de mi vida; yo quiero tener la seguridad de que, ya que no me ames, tampoco amarás a otro.

– Yo te amaré Carlos, sí; no es culpa mía si no te amo ya.

– Eres la primera mujer que dice *no te amo*, y hasta eso me enamora en ti; tú, ángel mío, no sabes ocultar el sentimiento de tu corazón, y aunque el oírte me haga daño, me encanta tu franqueza. o sabré hacer que me ames, María de mi alma; yo te haré tan feliz como se puede ser en la vida; tu voluntad será la mía, tu amor me compensará después de cuántos sacrificios me imponga por alcanzarlo.

– Gracias, Carlos, gracias; yo nada sé de la vida; pero si sufres, tendrás quien sufra contigo; yo espero también hacerte feliz.



– ¡Oh! ¡Qué orgulloso estaré al presentarte como mía a mis amigos! Mañana nos iremos a Madrid, y después a donde tú quieras; tengo deseo de que te conozcan, de que me envidien...

– ¡Mi pobre papá quedará solo!... dijo con pena María.

– Puede ir con nosotros.

– No quiere salir de Sevilla...

– Pues bien; ya volveremos cuando tú quieras.

– ¿Dónde os escondéis, que os estoy buscando hace una hora? dijo apareciendo en el balcón un anciano de fisonomía franca y simpática: vamos, venid, hijos míos; ¡qué diablo! tiempo tenéis de estar solos; se os espera para pasar al *buffet*.

María, ruborizada y conmovida, se apoyó en el brazo de Carlos, y pasaron a otro elegante salón, donde había una mesa espléndidamente servida.

Dos horas después, los convidados se alejaban y María se despedía llorando de su padre para ir a ocupar la casa de su esposo, lujosamente adornada para recibirla.

## CAPÍTULO II: *LA NOTICIA*

Magdalena Cassini, condesa de Claraval, habitaba en Madrid una preciosa casa de la calle de Atocha.

Apenas hacía dos meses que la bella italiana había llegado a España, y ya era conocida en el gran mundo por el lujo de sus trenes, lo agradable de sus fiestas, y su elegante manera de vestir, que tan distinguida la hacía.

Se creía viuda a la encantadora condesa, y nadie preguntó de dónde venía ni a dónde iba, para acudir a sus invitaciones; se la rodeó, se la prodigaron las más galantes atenciones, sin tratar de esclarecer el misterio que la rodeaba.

Se cree a la sociedad exigente: ¡error! la sociedad tiene también sus hipocresías; quiere una apariencia que le sirva de disculpa; lo acepta todo, siempre que se le presente bajo una forma agradable.

Magdalena fue perfectamente acogida por la buena sociedad, a la que cada jueves reunía en sus salones para ofrecerle un delicioso té.

A mediados de abril se veían una noche reunidos en un confortable saloncito, lleno de luz y decorado de una manera que daba a conocer el buen gusto de la dueña de la casa, los que ella llamaba sus amigos.

Nada más encantador que estas fiestas de confianza, ofrecidas por una mujer tan distinguida.

Magdalena tenía treinta años.

Su belleza, algún tanto ajada, nada decía a primera vista; pero a medida que se la conocía mejor, producía una vaga impresión atractiva, simpática, que crecía hasta convertirse en un gran interés.

Sus maneras tenían esa soltura, esa distinción que solo se aprende con la costumbre de frecuentar la sociedad y su conversación, siempre agradable, siempre interesante, era uno de sus mayores encantos.

Había en sus labios una eterna sonrisa, que tanto podía ser de malicia como de bondad; se habría creído que, habituados a este gracioso movimiento, no sabían hacer otro.

Su mirada, algo vaga, algo fría, se animaba a veces con un ligero relámpago, que oscurecía instantáneamente el color azul de sus ojos, y que se apagaba al momento como bajo el poder de su voluntad.

En esta noche, Magdalena vestía un traje de seda gris con ligeros encajes negros, y un aderezo de brillantes.

Después de cruzar el salón dirigiendo a cada uno de los convidados una palabra y una sonrisa, la condesa vino a sentarse junto a una bella joven, blanca y rubia, con ojos azules, que vestía un traje de seda rosa, entreabierto en su pecho sobre una camiseta de encaje, sobre la cual caía una cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro que rodeaba su cuello.

– Esta noche, Luisa, tienes una expresión de alegría que consuela mirarte, dijo Magdalena con cariño a la preciosa joven.

– ¿Concibe Usted, condesa, que un ángel pueda estar triste? Preguntó con galantería un joven capitán de húsares que se hallaba a su lado.

– César tiene razón, dijo la condesa sonriendo.

Luisa, que había sentido encenderse sus mejillas con esta galantería, les dijo dulcemente:

– Mi alegría tiene una causa muy natural: hoy he visto a una amiga mía a quien quiero mucho, que hace dos años salió del convento de las Salesas, donde yo estaba, para volver con su padre; de todas las compañeras era la que yo más quería; hace unos días que se ha casado y al venir a Madrid, su primer cuidado ha sido ir a verme.

– ¿Cómo se llama esa amiga, Luisa? dijo César, que había palidecido, y demostraba, al hacer esta pregunta, una ligera inquietud.

– Se llama María de Osorio.

– ¡María! ¡María! dijo César que temblaba, y en cuyos ojos ardía como un relámpago de dolor y desesperación: ¡eso no puede ser!

– Hace dos horas que la he visto con su esposo: ¿la conoce Usted, César?

– Sí, la conozco, o al menos creo que es ella a la que yo conozco con ese nombre, dijo con amargura; y ¿con quién se ha casado?

– Con un joven muy simpático y que parece amarla mucho; con Carlos de Rojas, marqués de la Rivera.

La condesa, que oía distraída la conversación que sostenían los dos jóvenes, al oír este nombre se volvió bruscamente y preguntó a Luisa con voz trémula:

– ¿Qué dices?

– Hablaba, condesa, de una compañera mía de colegio que se ha casado en Sevilla con el marqués de la Rivera...; pero ¡Dios mío! ¿Qué tienes? exclamó al ver que Magdalena, más pálida que el pañuelo de la batista que llevaba con angustia a sus labios temblaba de un modo convulsivo, y sus ojos brillaban de una manera extraña.

Pasó algo poderoso por el pensamiento de la condesa, como un enérgico mandato de su voluntad, como un esfuerzo supremo de su razón, y lentamente su semblante fue dominando la emoción que lo había alterado, y adquirió su constante sonrisa; solo quedó en él de la pasada lucha una palidez de espectro, que hacía más sombría su calma glacial.

– No; no es nada, Luisa mía, contestó dulcemente y con una voz perfectamente serena; un poco de desvanecimiento... ¡hace ya mucho calor!

- Más vale así: ¡creí que te ponías mala!
- Gracias: te felicito, añadió sonriendo, por la venida de tu amiga: ¿estará mucho tiempo en Madrid?
- Creo que hasta junio...
- ¡Ah! Entonces ya tendré ocasión de conocerla: ¿dónde vive?
- Calle de Alcalá, número...
- ¿Qué tiene usted, César? Parece que sufre, dijo Madgalena, volviéndose hacia el joven capitán, y observando con una rápida mirada la alteración de su rostro.
- No estoy bueno, señora.
- No debía usted salir en la convalecencia de una herida tan grave.
- Tiene usted razón; debe haberme hecho daño, y voy a retirarme, si usted me lo permite.

Un momento después, César Saavedra abandonaba con la cabeza ardiendo los salones de la condesa de Claraval.

Esta sostuvo su aspecto sereno hasta que el último de los convidados se hubo alejado, y entonces hizo explosión la desesperación que bajo su aparente calma se contenía:

– ¡Casado! se repetía llorando de una manera nerviosa: ¡casado, y me deja perdida! ¡Oh! ¡Carlos, Carlos! ¡Yo te devolveré todo el daño que me haces! ¡Yo arrojaré a tus pies, manchado y destrozado, ese ídolo que hoy se levanta en tu corazón, teniendo por pedestal mi recuerdo! Sí: ese César se turbó como yo al oír la noticia de su casamiento, debe conocer a esa mujer, amarla sin duda; pues bien, si se aman, yo sabré ponerles frente a frente, y entonces... ¡ah! entonces Carlos sufrirá en su amor y en su orgullo como yo sufro hoy: ¡Carlos verá que no se destroza impunemente un corazón como el mío!

### CAPÍTULO III: CÉSAR

César se dirigió apresuradamente a su casa.

– Mi hermana debe saber algo, se decía; es su amiga, acaso la ha visto...

En algunos momentos llegó a la calle de la Reina, en donde estaba la hermosa casa que habitaba su padre. D. Francisco de Borja Saavedra, marqués de Vélez.

– ¿Y mi hermana? preguntó al criado que le estaba esperando.

– La señorita creo que está ya acostada; el señor marqués es el que está en su despacho.

– Está bien; espérame en mi cuarto.

César siguió una galería alfombrada, y se detuvo ante una puerta, a través de la cual se veía luz.

– Buenas noches, papá, dijo entrando.

– ¿Eres tú, César? Dime cómo vienes, pues tu salida me tenía disgustado, dijo levantándose y dejando el libro en que leía el marqués, que tendría unos sesenta años, y una fisionomía extremadamente simpática.

– Ya estoy bien, papá, completamente bien; no tengas cuidado por mí: ¡y mi hermana?

– Ya dormiré, hijo mío, pues hace más de una hora que se fue a acostar.

– Voy a verla: buenas noches, papá; hasta mañana, dijo saliendo del despacho de su padre.

Entró en un saloncito de tocador, en donde todo demostraba que acababa de desnudarse allí una mujer, pues sobre las pequeñas butacas había un traje y algunas blancas enaguas; en el tocador, joyas y lazos, todo en el mayor desorden.

César siguió y levantó las extendidas cortinas de la puerta del dormitorio. La suave luz de una lámpara de noche iluminaba un cuadro delicioso.

En una cama de bronce dorado, medio velada entre cortinas de encaje, que se recogían con lazos azules, había una joven dormida, y en su encantador abandono aparecía bellísima.

La colcha de seda azul y el encaje de la sábana se arrollaban bajo la presión de su brazo, y dejaban descubierto, entre los encajes de una camisa de batista, un cuello y un hombro tan blancos como ella, y de una forma admirable.

Algunos rizos de cabellos castaños caían en delicioso desorden por la espalda de la joven dormida, que sonreía en su sueño.

César la contempló un momento con delicia, se inclinó sobre el lecho, y besándola en la frente, le dijo con dulzura:

– ¡Aurora!

La joven abrió los ojos suavemente, y sonrió a su hermano.

– ¡Ah! ¿Eres tú, César? Me has quitado un bello sueño, dijo, devolviéndole el beso.

– Perdóname si te desvelo, pero tengo que hablarte, dijo César sentándose sobre la cama de su hermana, y cubriendo sus brazos con cariño.

– ¡Dios mío! ¿Qué te sucede? Estás pálido y me hablas de una manera tan grave... Dime pronto.

– ¿Hace mucho tiempo que no te escribe María, no es verdad?

– Sí, hace algún tiempo; pero no sé a qué venga...

– ¿Sabes por qué no te escribe? continuó César con voz que temblaba, ¡porque se ha casado!

– ¿Qué dices? dijo Aurora sorprendida, mientras se incorporaba y sujetaba con su linda mano su camisa de dormir, cerrada sobre su pecho: ¿que se ha casado María?

¡Y sin decirnos nada! ¡Eso no es posible!

– Está en Madrid con su esposo.

– ¿La has visto tú?

– No; pero me lo ha dicho Luisa Miranda, a la que he visto esta noche en casa de la condesa italiana: se ha casado con el marqués de la Rivera.

Al decir esto las facciones de César expresaron un sentimiento tan vivo, que Aurora le miró sorprendida.

– Y bien, hermano mío, aunque así fuera no sufras: María, al parecer, te ha olvidado; quizás ha creído que vuestras promesas de niños no tenían valor, o acaso ha obedecido a su padre. De todos modos, es ya imposible para ti: olvídala.

– ¡Que la olvide! ¡Que la olvide cuando ella era mi vida! Pero, tienes razón: ¡no merece ya mi amor! ¡La olvidaré! Supongo que vendrá a verte...

– La espero; me quería mucho...

– ¡Ah! dijo César tristemente: ella olvida con mucha facilidad; pero si viene...

– ¿Qué? preguntó Aurora al ver que su hermano se detenía.

– Nada: no quiero que le hables de mí–

Y besando a su hermana cariñosamente, se alejó del dormitorio.

– ¡Ah! decía Autora al sentir sus pasos que se perdían a lo lejos. ¡Cuánto sufre, él, tan bueno, que la amaba tanto! ¡Ingrata! Pero no quiero culparla sin oírla: yo la veré y sabré lo que la ha obligado a casarse.

César llegó a su cuarto, y despidió al criado que le esperaba.

– Me desnudaré solo, le dijo; puedes irte.

César, sentado delante de una mesa, estuvo contemplando algún tiempo un retrato que sacó de uno de sus cajones, y un ramo de violetas marchitas.

– ¡Cuando me dio estas flores, me amaba! murmuró con amargura.

Dejémosle por un momento, para explicar a nuestros lectores la causa de su dolor al saber el casamiento de María.

Cuando esta tenía diez años, perdió a su madre, y el general, que no sabía a quién confiar su niña, la trajo a Madrid para ponerla como educanda en el convento de las Salesas.

Amigo íntimo del marqués de Vélez, le recomendó el cuidado de su hija; y el marqués, que quería mucho a su amigo, tuvo para con María todas las atenciones y el cariño de un padre.

Aurora tenía en esta época ocho años, y César catorce: muy pronto les unió a María un cariño fraternal.

El domingo era el día esperado con afán por los tres niños, pues siempre lo pasaban juntos.

César, que llevaba ya con orgullo el uniforme de alférez, y era un gallardo joven, perdía a veces en ese día su graciosa gravedad para enredar los juegos de su hermana, y coger flores para María en los jardines.

A medida que pasaba el tiempo, el cariño que unía estos tres corazones se hizo más íntimo, más familiar, más preciso.

Cuando María cumplió catorce años, César, que hacía algún tiempo la hablaba con una reserva mezclada de confusión, le dijo con esa encantadora timidez que acompaña siempre a nuestro primer sentimiento:

– María, yo quisiera que tú no olvidaras nunca el día de hoy.

– ¿Por qué le he de olvidar? preguntó María con el candor de su edad.

– Porque acaso cuando vuelvas a Sevilla no pienses más en los que aquí tanto te quieren.

– Yo te querré siempre, César, dijo María con calor.

– Y no querrás nunca a otro, ¿no es verdad? le preguntó con acento trémulo, y asiendo sus manos César.

María se sonrió mirándole; y como si hubiera gozado en prolongar la expresión de agonía que demostraba la mirada de César, le dijo lentamente:

– ¡Solo a ti!

– ¡Ah, María! es que tú quizás no sabes lo que me ofreces: ¡eres tan niña! pero yo tengo ya diez y ocho años, y sé muy bien lo que te digo. Yo te amo; yo quiero que no me olvides; que me ames tú, y luego, cuando yo sea capitán, y seas tú una hermosísima joven, seas mi esposa.

María le escuchaba ruborizada y confusa; estaba tan acostumbrada a pensar en César, a consultarle primero todos sus juegos, después los adelantos de sus estudios, que, al oírle unir sus destinos con sus esperanzas de porvenir, le parecía que eso era quizás lo que ella anhelaba en el vago sentimiento que no comprendía, y su corazón empezaba a despertar al eco de esta voz querida, como empieza a entreabrir su cáliz el lirio del valle con el primer rocío de la mañana.

– Toma, María, le dijo César algunas horas después, ofreciéndole un ramo de pensamientos; guarda siempre estas flores en memoria de este día, que me has prometido no olvidar.

La niña le guardó, y presentó a César un pequeño ramo de violetas.

– También quiero yo que tú lo recuerdes, y te he cogido estas flores.

– Gracias, le dijo César con alegría; te aseguro que las guardaré toda mi vida.

Dos años pasaron aun viéndose y amándose con un amor que confundían con el de hermanos.

En esa edad el corazón se satisface con muy poco; es tan grande, que se basta a sí mismo.

Después, cuando al avanzar en la vida, demos desarrollarse ante nuestros ojos nuevos horizontes, la ambición crece, y ¡cosa



extraña! entonces es cuando no hallamos ni un átomo de felicidad.

Una mirada, un suspiro, una flor que se cambia, un pensamiento que se adivina, una frase que se murmura rápidamente... He aquí en esa edad los gérmenes de la dicha.

María y César en estos dos años se amaron cuanto podían amarse, y apenas una palabra de amor se cruzaba entre ellos.

Tenían la seguridad de sus sentimientos; tenían la seguridad del porvenir en la confianza de su sencillo candor, y nada más pedían.

Es verdad que generalmente, cuando la vida afluye al corazón con el primer sentimiento, hay pocas, muy pocas palabras para expresarlo; después, cuando el corazón se enfría, cuando el amor y la esperanza cruzan por él como un meteoro luminoso que alumbra por un momento el abismo que ahonda el desengaño, entonces, como una compensación muy justa, es la palabra la que adquiere ese calor, ese fuego que parece irradiar del alma, y que es menos cierto cuanto es más visible.

Vino a despertarles de este sueño de cielo un acontecimiento muy natural.

D. José de Orosio se levantó una mañana de mal humor, y se dijo que su hija tenía ya diez y seis años, y podía estar a su lado consolando su vejez.

César comprendió que María era para él la vida al separarse de ella, pero tenía veinte años... ¡Hermosa edad, que extiende un velo de color de rosa ante nuestra vista! Era teniente, y se dijo que pasado algún tiempo, podría tenerla a su lado para siempre.

María y Aurora se escribían, y siempre en estas cartas cambiaban los dos amantes algunas palabras, o una flor encargada de suplirlas con la suave voz de su perfume.

Cuando estalló la guerra con África, César fue a la gloriosa campaña, y herido gravemente al tomar a la cabeza de sus soldados un punto estratégico de la mayor importancia, fue ascendido a capitán, alcanzando además una honrosa condecoración como premio a su valor.

Cuando César volvió a Madrid, convaleciente aún, su primer cuidado fue pedir a su hermana noticias de María; pero esta no las tenía, pues hacía tiempo que no escribía.

César, que esperaba realizar sus deseos y unirse a María, extrañó este silencio; pero jamás pudo imaginar la causa de él.

Ya hemos visto de qué manera llegó a saberlo, y cuán natural era su desesperación, pues la suerte tiene esas traidoras asechanzas; hiere cuando menos se espera el golpe.

#### CAPÍTULO IV: ¡HERMANOS!

En uno de los primeros días del mes de mayo se hallaban reunidos en un pequeño saloncito con balcones al jardín el marqués de Vélez y sus dos hijos.

Serían las cuatro de la tarde: Autora arreglaba unas flores que tenía extendidas sobre el velador en unos pequeños jarrones: el marqués leía un periódico; César miraba desde el balcón en que estaban los jardines, que se cubrían de flores al soplo mágico de las auras de primavera.

– Papá, dijo Autora volviéndose y dejando por un momento sus flores: ¿no sabes lo que sucede?

– Veamos qué es, dijo el marqués con bondad, abandonando el periódico en que leía.

– Que María de Osorio se ha casado, y que está en Madrid.

– ¿Sabes Aurora, –dijo el marqués sonriendo– que tus noticias son muy atrasadas?

– ¿Cómo? ¿Lo sabías?

– Me lo escribió su padre, hija mía; ¿cómo querías que hubiese cometido la grave falta de no participármelo?

– ¡Como nada nos has dicho!...

– Preocupado con el peligro en que estaba César, no he pensado en otra cosa; pero no por eso olvidé enviar a la bella novia un recuerdo en vuestro nombre, y otro en el mío.

Antes que Aurora tuviese tiempo de contestar, apareció un criado y anunció a los marqueses de la Rivera.

Un momento después, Aurora y María confundían sus lágrimas y sus besos, y César, pálido e inmóvil, las miraba sin poder dominar la vivísima emoción que sentía.

María, al desprenderse de los brazos de Aurora, fue recibida en los del marqués, que la estrechó contra su pecho, besándola en

la frente; después, tendiendo su mano a Carlos, le dijo conmovido:

– He visto a María crecer entre mis hijos y comparto con ellos el cariño de mi corazón; su esposo será siempre para mí un amigo.

– Acepto esa amistad que me honra, y agradezco el cariño que usted profesa a mi esposa, dijo Carlos con frialdad.

– María se volvió hacia César, y tendiéndole la mano, le preguntó con anhelo:

– Y tú, ¿cómo estás?

– Ya estoy bueno, María; gracias por tu interés.

– Hoy comeréis con nosotros, dijo el marqués: no admito excusas, añadió al ver que Carlos iba a contestar. mi cariño me da derecho para ser exigente.

Hubo algunos momentos de ese embarazoso silencio que sucede siempre a las primeras palabras de una primera visita: parecía que todos temían descubrir sus sentimientos.

El marqués empezó a preguntar a Carlos por su amigo Osorio, y a lamentar que no les hubiese acompañado. Al fin Aurora se levantó y dijo:

– Me llevo a María, voy a enseñarle las flores del jardín.

– Y yo, dijo Carlos levantándose, pues que María queda tan bien acompañada, voy a ver, si me lo permiten, a un amigo que me espera.

– A las siete comemos, dijo el marqués.

– Vendré antes, contestó Carlos inclinándose ligeramente ante el marqués y César que le acompañaron hasta la puerta del salón: adiós, señorita; hasta luego, María.

Momentos después, María y Aurora asidas de las manos, cruzaban por las calles de árboles del jardín, y César las seguía con la vista desde el balcón.

Las dos jóvenes formaban un grupo encantador.

María alta, esbelta, con los hermosos cabellos negros recogidos en trenzas y agrupados en su cabeza de una manera bellísima; vestida con un traje negro que se entreabría en su pecho en una ancha solapa, dejando ver la agitación con que se levantaba su seno blanco como el marfil; Aurora, de estatura mediana, riente, sonrosada, fresca como las flores que llevaba en la mano, vestida con un traje blanco salpicado de ramitos azules,

y un cinturón azul como sus ojos; llevando los cabellos recogidos en una redecilla del mismo color, con menudas perlas, y como el principal adorno de su *toilettes* la dulce belleza de sus diez y seis años; las dos niñas, vistas a lo lejos, entre floridas enramadas que formaban sobre sus cabezas un flotante toldo de verdura, parecían dos modelos de las *doncellas* del Ticiano, animados por el beso de un nuevo Pigmalión enamorado de su obra.

– María, decía Aurora procurando dar a su voz una gravedad que seguramente no tenía; has sido muy ingrata para conmigo, y sobre todo, añadió vacilando, para César; no nos has escrito siquiera para participarnos tu casamiento.

– ¿Qué no os he escrito? preguntó María vivamente. ¿Has podido creerlo? Sí, te escribí.

– ¿Cuándo?

– Cuando mi papá escribió al tuyo.

– ¡Ah! dijo Aurora, que adivinó con ese instinto natural en la mujer lo que había sucedido: entonces mi papá temió que en el estado de César le hiciese daño esta noticia, y nos ocultó tu carta. Dime, María mía, continuó: ¿eres feliz?

– ¡No lo sé! –contestó– está apoyando su cabeza en el hombro de su amiga. Carlos me ama, adivina todos mis deseos, y, sin embargo, hay como un vacío alrededor de mi corazón... Las ideas de Carlos, sus aspiraciones, sus sentimientos, ¡son tan distintos a los míos! Él, hombre de mundo, emplea su talento en escarnecer su corazón; él no cree en nada grato, en nada dulce, en nada puro. Todas esas sensaciones que yo creo necesarias para formar el claro–oscuro del cuadro de la vida, él las cree ridículas hipocresías; todos los sentimientos que llenos de vida brotaban de mi alma, se van quedando bajo el hielo de sus burlas; él niega todo lo que yo creo, y cree en lo que yo, apoyándome en el instinto de mi corazón, niego. Hace dos días estaba yo en el balcón de mi gabinete, cuando una pobre mujer, cubierta de andrajos, se me acercó para pedirme una limosna, llevando en sus brazos un niño casi desnudo.

– Espere usted, hermana mía, le dije; y corrió a tomar un pañolón de abrigo y algunas monedas para darlo a la pobre madre.

Cuando yo iba a salir a la antesala llegaba Carlos, y me preguntó sorprendido:

– ¿A dónde vas, querida mía?  
Yo dudé un momento, y al fin le dije, no sin vacilar:  
– Iba a dar a una pobre mujer que está en la calle este pañuelo y estas monedas.  
– ¡Ah! ¡ah! me dijo riendo a carcajadas: ¿eres filántropa?  
– No; soy caritativa, porque Dios nos manda tender al pobre nuestra mano, le dije con seriedad.  
– Vaya, no te me enfades, hija mía, por tan pequeña cosa, pero toma mi consejo: llama a un criado y que entregue lo que quieras a la mendiga; sentiría que tus bonitas manos tocasen sus asquerosos andrajos.  
Yo le miré con asombro, y antes de que pudiese contestarle tiró del cordón de la campanilla, y se presentó un criado.  
– Lleve usted eso a donde la señora le mande, le dijo sin mirarlo.  
– No, Carlos, no: voy a dárselo yo; tocar la mano del hombre no deshonra.  
Y bajé rápidamente la escalera para entregar a la mendiga la limosna que le llevaba.  
– Que Dios la bendiga, señora; yo le pediré todos los días de mi vida por la de usted, me dijo aquella pobre mujer.  
Sus palabras me conmovieron tanto, que sentí brotar las lágrimas en mis ojos.  
Cuando subí, Carlos fumaba tendido en una butaca; al verme, se sonrió irónicamente, y me dijo:  
– Te aconsejo, querida, que te perfumes: el olor de esas gentes no siempre es muy aceptable.  
– Carlos, le dije yo tristemente: ¿por qué has de burlarte de los mejores sentimientos del corazón? Tú eres bueno, y tienes como orgullo de no parecerlo: si al conocer la sociedad hubiese que despreciar en ella todas las acciones que ennoblecen a quien las practica; si al tener experiencia no hemos de creer más que en lo indigno y en lo miserable, es mejor, créeme, vivir en la santa ignorancia de todos sus misterios, y tener fe en lo desconocido, sin querer llegar a analizarlo.  
Carlos me miraba sonriendo, queriendo ocultar la emoción que mis palabras le producían.

– ¡Admirables teorías! me dijo al fin: ¿sabes, doctorcita, a dónde llegarías si fueses a dar un abrigo a todo el que te dijese que tenía frío? Pues al cabo tendrías tú que pedirle a tu vez.

– Yo no tengo la pretensión, le contesté sin ocultar mi disgusto, de remediar todos los males, de consolar todas las penas; pero si encuentro en mi camino un ser que sufre y puedo darle un consuelo, lo haré así, a pesar de tus burlas.

– Puedes hacer lo que gustes, me dijo con indiferencia; jamás te preguntaré en qué has invertido la cantidad que para alfileres te está señalada.

Muchas veces después de esto, Aurora mía, he recordado sus palabras, y mi corazón se ha estremecido.

– ¿Tendré yo, me he preguntado, que ocultar mis sentimientos para que no choquen con los suyos, sosteniendo un continuo martirio, o logrará viciarlos también con su constante ejemplo?

Las facciones de Aurora reflejaban una profunda pena al oír a su amiga.

– ¡Ah, Dios mío! le dijo al fin: ¡mi pobre María! ¡Cuánto más feliz!...

No terminó su pensamiento, porque sus mejillas se cubrieron de rubor, y quedó confusa.

María, como si hubiese adivinado lo que Aurora no se atrevía a decir, se ruborizó también.

– ¡Yo creí que le amabas! exclamó con su ingenuo candor Aurora.

– ¿A quién? dijo María.

– A César.

María se puso extremadamente pálida, y sus labios temblaron, como temblaron con el viento las hijas de las rosas que tenía en la mano; dudó un instante, y mirando a todos lados como si le diese miedo lo que iba a decir, murmuró con voz queda:

– Sí, yo le amaba...

El viento que vagaba entre las cabezas de las dos jóvenes no debió sentir las palabras de María: ¡tan débiles fueron!

– ¿Y por qué te has casado? ¡Hubierais sido tan felices!...

María no pudo contestar, porque el marqués y César aparecieron en la calle de árboles que conducía al pabellón donde hablaban las niñas.

María fijó en César una mirada absorta, y merecía en verdad esta prueba de interés.

Era algo y elegante; su precioso uniforme de húsar marcaba vigorosamente la gallarda forma de su talle: su cutis blanco tenía entonces ese ligero color tostado que el soldado adquiere en campaña, como si el sol y el humo de la pólvora le oscureciese; su cabello negro se rizaba graciosamente sobre sus sienes, sombreando una frente ancha y tersa, donde un frenólogo hubiese podido hallar los rasgos de un gran talento.

Sus ojos negros eran hermosísimos, grandes, atractivos, soñadores.

Las pestañas que los adornaban eran tan largas, tan rizadas, tan espesas, que cuando aquellos ojos se inclinaban formaban sobre sus mejillas una ancha franja de seda.

Su boca no tenía la perfección que hubiera soñado un artista, pero tenía en cambio un movimiento muy gracioso; su dentadura era tan blanca, tan fino y suave el bigote que subría su labio superior, que cuando sonreía sabía despertar simpatías.

– Pero, Aurora, dijo el marqués al llegar cerca de ella; lo que tú haces, en buen castellano se llama *egoísmo*: ¿no sabes que todos deseamos ver a María?

– Vamos, continuó bondadosamente, a coger flores, niñas, y tiempo habrá de continuar la conversación.

Y ocupando el banco en que las dos amigas habían descansado:

– Vamos: aquí os espero con vuestras flores, les dijo.

Los tres jóvenes empezaron a cruzar el jardín: María sonreía con una expresión de felicidad, que daba a su rostro una dulzura infinita.

Al rodear uno de los cuadros de flores, se halló con César, que la miraba con una expresión tal de tristeza y de amor, que era imposible definir.

María se detuvo cortada y sin saber qué hacer; César avanzó como el que toma una resolución definitiva, y se acercó a ella.

– Te ruego que aceptes mi brazo, María, le dijo: tengo que hablarte.

María, trémula y encendida, apoyó su pequeña mano en el brazo de César.

– Dispénsame si te hablo del pasado en este sitio lleno de su recuerdo; pero es preciso para ocuparse del presente y del porvenir. No temas, prosiguió al sentir que la mano de María temblaba ligeramente sobre su brazo; no temas que al recordarlo te culpe por no haber completo lo que en él prometiste, pada puede exigirse al corazón: solo quiero que aquel recuerdo sirva de garantía a mis palabras. Yo no sé si tú me amaste entonces; eras muy niña para no equivocarte al juzgar tus sensaciones; pero ¡cuánto te amaba yo! Déjame decirte por la última vez que te amaba: hablo del pasado, añadió tristemente; al olvidar tus promesas me has hecho mucho daño; he sufrido tanto, que este sufrimiento ha cambiado el sentimiento que me inspirabas: hoy pienso sin amargura en que eres de otro... ¡el pensamiento se acostumbra al dolor! Hoy vengo a decirte: María, olvida que mi corazón te consagró su primer latido; olvida que tú has sido por mucho tiempo el sueño de mi felicidad y acepta el cariño de hermano que te ofrezco. No sé si amas a tu esposo; no quiero saberlo, pero deseo que seas feliz.

Acaso llegue un día en que necesites mi cariño para que sustenta tu espíritu; quizás un brazo en que apoyarte con la confianza de que no te desviará de la senda de tu deber; tal vez una vida que por ti se sacrifique: en ese caso, María, piensa en el amigo de tu infancia; llámame, y yo sabré ir a tu lado desde donde quiera que esté.

Si eres feliz, olvídame; si sufres, dímelo, para sufrir contigo.

– Gracias, César, gracias, dijo María, que lloraba; acepto ese cariño purísimo que me ofreces; seremos hermanos, sí, hermanos de corazón, como lo hemos sido siempre.

María llevaba en la mano una pequeña rosa blanca, y algunas de las lágrimas desprendidas de sus ojos cayeron sobre ella.

– Adiós, pues, hermana mía: esta vez no olvidarás tu promesa.

Y arrancando rápidamente la rosa que, como un rocío del corazón, había salpicado el llanto de María, se alejó entre los árboles del paseo que seguían.

– ¿Me habré equivocado al creer a mi hijo enamorado de esta niña? se preguntaba el marqués aquella noche al ver que César, perfectamente tranquilo, había estado durante la comida hablando con el marqués de la Rivera de una manera atenta y afectuosa, y con una tierna solicitud para con María: ¡diablo de



muchachos cómo varían y nos vuelven locos! ¡Bah! Tanto mejor; vale más verle conforme, porque de otro modo los dos hubiéramos sufrido.

## CAPÍTULO V: *LA CITA*

Cuando Carlos salió de casa del marqués de Vélez, se dirigió a una elegante berlina que esperaba a la puerta.

– ¡Al Retiro, dijo al lacayo, y a escape!

– ¡Las cinco! murmuró consultando el reloj: ¡ya debe esperarme esa hermosura desconocida! ¡Cómo me cansa, continuó, esas escenas sentimentales que mi sentimental esposa me ha obligado a presenciar.

¡Me hacen el mismo efecto que una representación de aficionados en un teatro casero! ¡Casi estoy por creer que casarse es un disparate! Yo quisiera en mi esposa algo de más malicia y de menos bondad. Pero ¡bah! esto es una garantía: más vale así. Buscaremos, si nos aburrimos demasiado, estas propiedades en una hermosa y alegre amiga. ¿No le habrá ocurrido a ningún gobierno la idea de prohibir que a las niñas que han de casarse las educasen las monjas?

Si yo tomase parte alguna vez en el laberinto de la política, propondría una ley para que a las niñas hermosas se las enseñase a no aburrir a sus maridos. Veremos si esa Circe que me da una cita vale la pena de que se den un mal rato los caballos. A la verdad que ya me iba haciendo falta algo nuevo: ¡me fastidio soberanamente!

Lo que no me gustaría era hallar a alguna antigua conocida. Y aún de ser así ¡qué diablos! yo necesito algo candente, algo embriagador, para que vuelva a latir mi corazón gastado hoy en el roce de la vida como las ruedas de una máquina en su continuo movimiento; ¡pero hela aquí!

Acababa de ver una elegante carretera que estaba parada junto a los primeros árboles del Retiro.

– ¡Idos a esperarme a la Castellana! dijo el marqués a sus criados.

Y bajando rápidamente, se fue hacia la carretela que le esperaba.

En ella había una mujer vestida de negro, cuyo rostro se ocultaba bajo el espeso velo de su sombrero.

– Entrad, caballero, dijo a Carlos; os esperaba.

– Siento haberme hecho esperar, señora: dispensadme.

Carlos se sentó junto a la desconocida, sin mostrar ni ansiedad ni sorpresa: en aquella alma ya no había sensaciones; todas se apagaban en ella bajo su glacial indiferencia.

El carruaje se volvió; y como si obedeciese una orden recibida de antemano, empezó a andar lentamente hacia el Prado.

Carlos no quería por orgullo interrogar a la desconocida, y callaba; una expresión de hastío, de cansancio, se notaba en su rostro.

La dama, que temblaba de una manera imperceptible, estuvo mirándole a través de su velo algunos momentos.

– Señora, dijo al fin Carlos: se me ha llamado de una manera misteriosa, invocando para obligarme a venir, mi honor de caballero, y espero saber a quién tengo la honra de hablar.

– Creí que mi voz te lo habría dicho, dijo ella levantando rápidamente su velo.

– ¡Beatriz! ¿Eres tú?

– Yo no soy Beatriz, caballero; me llamo Magdalena Cassini, condesa de Claraval.

– ¿Qué significa eso?

– Significa que mi nombre, manchado por ti, no me sirve, y he tenido que cambiarle.

– ¿A qué has venido a España?

– A buscarte.

– Pues, Beatriz, o Magdalena, como gustes; llegas un poco tarde, y lo siento.

– ¡Tarde! ¿Por qué?

– Porque acabo de casarme.

– Carlos: yo creía que había en tu corazón, ya que no amor, respeto al menos para la que todo lo ha olvidado por ti. No creí que con es, sin diferencia, más aún, con ese cinismo, me arrojaras al rostro tu olvido y tu abandono; sabía tu casamiento, pero creí que tú te disculparías de algún modo para conmigo, porque tú no puedes olvidar lo que yo he sido para ti.

– No, por cierto; a una mujer que vale tanto, no se la olvida; pero amiga mía, no vale la pena de mentir; tú sabes muy bien que

solo mi voluntad ha podido obligarme a ello: me enamoré de una niña muy bonita y franca como ella sola. Figúrate que aún no me ha dicho que me ama, porque no quiere mentir. Esta confesión me hiere en mi orgullo; pero acostumbrado a engañar y que me engañen, hallo un encanto infinito en ese ingenuo candor que se revela en todas sus palabras.

– ¡Carlos, eso es infame!

– ¡Qué exageración, Beatriz! Mal gusto quizás; pero infamia...

– Lo que es infame es tu proceder conmigo; lo que es infame es enloquecer a una mujer y decirle: abandona por mí tu casa, no pienses ni en tu porvenir, ni en tu honor, ni en tu conciencia; sacrificalo todo en aras de mi capricho, y por recompensa te dejo mi desprecio, mi abandono, mi olvido.

– Te aconsejo, Beatriz, que dejes ese estilo dramático, que te hace asemejarte a la Civili, tu bella compatriota, y que hablemos como buenos amigos. Me he casado, ya no hay remedio; pero ¡qué diablo! no se ha perdido todo; tú estás casada también.

Mi mujer es muy hermosa; ya la conocerás; hubiera sido un sublime modelo para un escultor de Atenas; esto me disculpa en tu juicio, porque tú admiras todo lo bello.

Yo también, y creo que la mejor obra artística es una mujer hermosa. Pero, créeme Beatriz; a pesar de su belleza, de su alma de ángel, de todas esas cualidades que la adornan, y que admiro, hay como un vacío en mi corazón que ella no sacia. Ella es lo puro, lo dulce, lo consolador; pero yo necesito, no al ángel que asido a mi mano me lleve a ese paraíso de la fe y del amor que yo abandoné por mi voluntad, sino una especie de demonio que me impulse hacia delante, que me lleve a lo desconocido, que me haga sentir algo nuevo, algo ardiente... ¡Todo lo que conozco me cansa! Mi mujer será, pues, mi ángel bueno, y tú... el hermoso demonio que me vuelva loco.

– Gracias, Carlos, por el lisonjero papel que me reservas en el drama de tu vida. Acepto, sí. Seré tu demonio; te arrastraré conmigo, y veremos si el ángel de hoy deja de serlo mañana.

– En ese caso, peor para ella. Pero, dime, Beatriz: ¿me explicarás cómo te encuentro en Madrid con un nombre que no es el tuyo?

– Ya te lo he dicho: he venido a buscarte. Cuando un día no volviste a nuestra casita de Saint-Cloud; cuando apure la agonía de esperarte en vano, sintiendo caer sobre mi corazón los instantes que pasaban como goyas de hiel que habían de quedar para siempre en su fondo, comprendí que no te vería más, y decidí venir a España a buscarte; yo no sabía dónde podías estar, pero me dije: su nombre es conocido; en Madrid habrá sin duda quien me hable de él: vamos a Madrid. Yo hubiera podido volver con mi esposo, porque, creyéndome en Italia, me era muy fácil simular la vuelta de mi viaje; pero me era odioso engañarle: de todos los vicios, el que más repugno es la hipocresía; me parece poco castigo para él las capas de plomo con el que Dante cubre a los hipócritas del infierno de su *Divina Comedia*. Además, yo necesitaba libertad para buscarte; quería que justificases tu abandono; buscaba una disculpa que me engañara, ya que no me convenciese.

Al llegar aquí, quise darme a conocer, porque deseaba tener amigos a quienes preguntar por ti... La primera noticia que por ellos supe fue tu enlace. Cuánto he sufrido, no lo sé; pero vive con cuidado; no ha sido a mí sola a quién ha hecho sufrir tu casamiento.

– ¿A quién más? preguntó Carlos con indiferencia.

– A un hombre...; no puedo decirte quién es, respondió.

– ¡Beatriz! gritó Carlos, cuyo pálido rostro se animó de una manera extraña: ten entendido que te lo permitiré todo, ¿lo oyes? todo, menos que toques con un solo pensamiento a la honra de mi esposa.

– ¿Y qué me importa a mí tu esposa? dijo Beatriz con voz sorda; ¿qué me importa su honra si tú has manchado la mía?

Oye, Carlos, no importa que lo sepas: yo aborrezco a esa mujer que me ha robado tu amor, y el día más feliz de mi vida sería el que pudiese mostrártela deshonrada y perdida.

– Tú no puedes nada contra ella, dijo Carlos con desprecio.

– ¡Ella no te ama!

– Es verdad; pero sabrá respetar el nombre que le he dado. Por última vez, Beatriz, se mesclará su nombre en nuestras conversaciones.

– No me llames Beatriz, dijo esta; ya te lo he dicho: me llamo Magdalena.

– Pues bien, Magdalena; si es verdad que me amas; si anhelas atraerme a tu amor, no me des quejas, no me hables del pasado; muéstrate encantadora, embriégame, porque, te lo aseguro, las quejas me cansan, y el estilo serio me fatiga: riámonos un poco de todo; no hay sentimiento en la vida que merezca otra cosa. Y ahora da orden a tus criados de llevarnos a la Castellana, donde está mi carruaje. Son las seis y media, y a las siete me esperan.

– Deseo verte pronto.

– Sí, me verás; eres una necesidad de mi vida.

– No; una necesidad de tu hastío: me buscas como se busca un libro que nos agrada.

– Yo no sé hacer profesiones de fe, Magdalena: acéptame tal cual soy, y no te quejes.

– Pero, ¿es verdad?

– No lo sé: te necesito, pero no te diré yo de qué manera. Debe bastar a tu deseo saber esto.

– ¿Hasta mañana? dijo Magdalena presentando su mano a Carlos, al ver que el lacayo abrió la portezuela.

– ¡Hasta mañana! respondió este saltando al suelo ligeramente.

– ¡Ah! se decía Magdalena: eres siempre el mismo. Yo me vengaré de tu abandono; ¡ya sabrás hasta qué punto has acertado al decirme que seré tu demonio!

– Beatriz ocupará mis horas de fastidio decía en tanto Carlos: es una mujer de fuego. María es muy inocente; la amo, sí, pero me canso de candor... ¡Bien venida! ¡Ha sido una agradable sorpresa y una encantadora cita!

## CAPÍTULO VI: *MARÍA*

Tenemos que retroceder en nuestra historia, para que nuestros lectores puedan seguir después su desenlace.

D. José de Osorio, padre de María, tenía en la época a que nos referimos sesenta y ocho años; su carácter franco y leal era agradable por la bondad que demostraba: si palabra, algo ruda, estaba dictada siempre por el sentimiento de su corazón; jamás en aquel carácter firme y noble se ocultó la verdad bajo una apariencia engañosa.

No comprendía, o no quería detenerse a comprenderlos, muchos sofismas que hoy se presentan como realidades; apegado a sus ideas, por nada en el mundo las hubiera modificado.

Cuando llevó a su hija a un lado, cansado de su eterna soledad, quedó encantado de su dulce bondad, de su angelical carácter; pero bien pronto sintió su resolución, no por su hija, que era el ángel de la casa, sino porque la niña necesitaba compañía cuando su padre faltaba.

— ¡Y dónde diablos hallar un haya buena! se decía de malísimo humor el general.

Además, D. José no quería que su hija alternase en las fiestas para que la invitaban por pertenecer a una familia distinguida, pues a ella apenas se la conocía; decía, y acaso no le faltaba razón, que la vida de una mujer no debe pasar entre la atmósfera falsa del placer, sino que sus horas deben ocuparse en practicar esos santos y dulces deberes para los que Dios la ha destinado, que no son seguramente el de parecer una bonita muñeca, que se viste seis veces al día para divertir a los demás.

Tampoco hubiera transigido con unos amoríos que hubiesen puesto sitio a su casa, enviando constantemente para intimar la rendición una descarga de proyectiles amorosos, es decir, de billetes, miradas y suspiros.

¡Su hija un novio! El pensarlo solo le ponía de mal humor.

El general creía que para casarse no se necesita, no digo amar, porque él juzgaba el amor muy propio para figurar en una comedia o una novela, pero no en la vida real, sino ni conocer al hombre que se eligiera por esposo.

Lo esencial era que este perteneciese a una buena casa (D. José era muy aristócrata); que tuviese una fortuna para asegurar a su hija un porvenir, y que no se anduviese por las ramas; es decir, que viniera acompañado del cura encargado de leer la epístola de San Pablo.

Cuando el marqués de la Rivera conoció a María, le impresionó vivamente la belleza de la joven, belleza que realzaba su extremado candor.

Por cuantos medios estaban a su alcance, atendida la vida retirada que ella seguía, quiso demostrarle su afecto; pero María no se apercibió siquiera del sentimiento que inspiraba.

La inocencia es a veces diplomática, y el mismo medio que hubiera ocurrido a una mujer de mundo, es decir, rechazarle para atraerle empeñándole, lo puso María en práctica sin sospecharlo siquiera.

En esos seres débiles consigo mismos, que tienen una exagerada idea de su propio valor, la más leve contrariedad es un incentivo, que aviva su deseo y le irrita.

Si María le hubiese atendido siquiera, su orgullo satisfecho no hubiera anhelado más, y se habría borrado la naciente impresión que le inspiraba, sin imprimir en su corazón la más ligera huella.

Pero María, en su puro candor, no sabía imponer a su corazón la ley de su voluntad, y aún en esta ocasión estaban conformes, pues ella ignoraba por completo lo que en el diccionario social quieren decir las palabras *buen partido*.

No le amaba, y no se cuidó de ocultarlo.

Lo que para Carlos empezó siendo un empeño, se convirtió bien pronto en una pasión inmensa.

Ya no aspiró solo al amor de María, sino a llamarla suya por ante el derecho y por ante el corazón.

Una mañana, D. José de Osorio fue muy sorprendido a recibir a su amigo D. Antonio de Rojas que, con su sobrino D. Carlos, le esperaba en el salón, y que le hizo una petición en regla de la mano de su hija para el marqués de la Rivera.

Le fue concedida casi sin consultar a María, porque el bueno del general creía que la voluntad de una niña pesa muy poco en la balanza de un buen matrimonio.

Se trataba de un joven de familia ilustre, de gran fortuna, de figura agradable, y el buen padre creyó que no se necesitaba más para que su hija fuese feliz.

Si alguno le hubiese hecho la más leve observación respecto al porvenir. D. José de Osorio se hubiera reído de él.

María había querido decir a su padre que ella no amaba a Carlos; pero el general, sin dar mucha importancia a estas palabras, le dijo:

– Tu madre tampoco me amaba, y apenas me conocía cuando nuestros padres concertaron nuestra boda, y, sin embargo, ha sido para mí la más buena y honrada de las esposas.

María no insistió; el carácter de su padre le inspiraba una mezcla de respeto y temor que no dejaba a su corazón ser expansivo.

Educada lejos de él, no tenía esa dulce confianza que se adquiere cuando en nuestra niñez hemos sentido el cariño y los cuidados de nuestros padres, antes de que nuestra razón se explique esta ternura, que tan necesaria es para formar el corazón.

María sentía el instinto de su derecho, sin tener valor para expresarlo; en su alma había como una protesta contra aquella abdicación voluntaria de su libertad, de la dicha de su vida; pero ¿cómo formularla?

No era el alma débil que se resigna porque apenas comprende el sacrificio; ella le apreciaba tal cual era; pero ¿cómo podía hacer valer sus deseos, sus ideas, contra aquella voluntad de hierro que tenía el derecho y el deber de impulsar su vida?

De nada le servía el instinto de su razón, como de nada sirve a la joven planta encerrar en sus vástagos la savia que da vida a sus flores, si estas mueren al nacer bajo el hielo de la atmósfera.

Quiso intentar como un último medio el demostrar a Carlos la verdad, pero cuando le dijo:

– Yo no lo amo a usted.

Carlos le contestó sonriendo:

– Ya lo sé, por desgracia.

– ¿Y se casará usted con una mujer que no le ama? insistió María.

– Tengo la pretensión de creer que me amará después.

– Pero, ¿y si eso no sucede?

– De todos modos, me casaré, a menos que usted se niegue.

– Quizás por cumplir su palabra empeñada...

– No, María; porque necesito que usted me pertenezca.

María no volvió a hablar de esto a su futuro esposo, ni intentó oponerse a la voluntad de su padre.

Ella amaba a César; pero estos amores eran puros, ideales, amor de niños, que aún no habían recibido el soplo de contrariedad que debían convertirles en pasión.

Acaso se hubiera decidido a consultarle, y él hubiese hallado un medio de impedir este casamiento; pero César estaba gravemente herido, y además por nada del mundo su padre habría faltado a su palabra.



Su corazón sostenía una lucha cruel, que para todos pasaba desapercibida.

Muchas veces una ráfaga de tristeza velaba la luz de su mirada; pero María no tenía una madre que se mirase en sus ojos y se cuidase de si brillaban serenos.

En la noche en que se decidía su porvenir, María no tuvo una voz cariñosa que le indicase en él la senda de la dicha.

Hablaron a su vanidad, pero no a su corazón, y ella, que sentía en su alma ese entusiasmo generoso, que es como el primer albor de la vida, apenas comprendió a los que le hablaban.

Cuando, vacilante como sonámbula que obra sin voluntad, se sintió unir para siempre a Carlos; cuando la mano temblorosa de este asió la suya para recibir la bendición, una ráfaga de muerte cruzó por su corazón, y cayó desmayada en los brazos de su padre.

## CAPÍTULO VII: *LA CAMARERA*

Volvamos a encontrar a Magdalena. Habían pasado algunos días desde su primera entrevista con Carlos, y la bella condesa le esperaba.

Acababa de vestirse un elegante traje de mañana, y en la impaciencia con que consultaba el reloj, con que escuchaba ansiosa cuando creía oír pasos en la escalera, se adivinaba que su corazón se interesaba mucho en volverlo a ver.

– Cristina, dijo de pronto a la camarera, que arreglaba en el tocado los juguetes de concha y nácar desordenados para su *toilette*: ven.

La camarera se acercó en silencio.

– Siéntate ahí.

– ¡Oh señora! dijo demostrando un gran respeto.

– Siéntate; tengo que hablarte, dijo Magdalena con voz breve e imperiosa.

La camarera acercó una almohada de terciopelo, y se sentó a los pies de su señora.

Era una joven viva y simpática, de tez morena, ojos brillantes y maliciosos, boca encendida, y hermosas madejas de cabellos negros.

Llevaba con suma gracia un traje de seda y lana, a estrechas listas rojas y blancas; un delantal de seda negro anudaba con coquetería sus anchas cintas con un lazo, que dejaba flotar sus hojas, como para no ocultar la finura de su talle.

– Cristina, tengo que pedirte un gran favor.

– ¡Dios mío! ¿Tendré la suerte de poder ser útil a mi señora?

– Sí: puedes asegurar mi dicha si comprendes y aceptas lo que te voy a proponer.

Cristina demostró una gran atención, y continuó mirando a la condesa.

– Necesito, dijo esta, que por algún tiempo te alejes de mi lado.

Las facciones de la camarera expresaron una gran sorpresa.

– Irás, recomendada por un amigo mío, a servir a la marquesa de la Rivera; allí es preciso que no se conozca tu nombre; te llamarás Concha, por ejemplo; en cuanto a tu acento extranjero, puedes decir que eres catalana, pues hablas ya perfectamente el español.

– Pero señora, el marqués me conoce.

– El marqués no se fija apenas, y con un traje más modesto, con otro nombre, confundida entre las otras doncellas de su esposa, no te mirará siquiera.

– ¡Acaso más que a ti! pensó la camarera; pero sonrió, como dando la razón a la condesa.

– Una vez allí, continuó esta, observarás cuanto hace, y adivinarás, si no puedes saberlo, cuanto piensa hacer la marquesa.

¡Oh Cristina! ¡Tú no sabes cómo la odio yo!

Necesito tener un arma poderosa contra ella; en la vida íntima de una mujer hay siempre misterios que pueden hacer mucho daño en poder de un enemigo que sepa servirse de ello. Tú tienes mucha inteligencia; te sabrás ganar su confianza, y entonces tendrás en tus manos mi dicha, porque si yo puedo un día alejar al marqués de su lado, hacer que la olvida, que la desprecie, ser completamente feliz, y aseguraré del modo que tú quieras tu porvenir.

– Procuraré, como siempre, complacer a mi señora.

– Ya sé que cuento con tu afecto, y por eso confío en ti. Esta noche veré a Saavedra, y le pediré que te recomiende a su hermana, que a su vez lo hará a la marquesa; después ya sabes lo

que has de hacer: no perder ni uno de sus pensamientos, ni una de sus miradas; ella debe conocer, y casi me atreveré a decir, amar, a ese joven que me visitó alguna vez, un capitán de húsares...

– Le conozco, señora; un joven muy interesante, pálido...

– Sí, sí, dijo impaciente la condesa; él mismo: observa si se ven...

En aquel momento se oyeron unos rápidos pasos que se acercaban.

– Vete, vete, digo Magdalena señalando a Cristina la puerta de un gabinete: ¡que no te vea!

Un momento después apareció Carlos, y fue a besar galantemente la mano de Magdalena.

– ¡Al fin! le dijo esta con tristeza; ¡ya me iba cansando de esperarte!

Carlos arrojó el sombrero y los guantes sobre un velador y se sentó en el almohadón que había ocupado la camarera a los pies de Magdalena.

– ¡Es verdad que me esperabas! Lo conozco en que habías previsto que me sentaría a tus pies.

– ¿Podré saber lo que te ha impedido volver a verme?

– ¿Sabes Magdalena –contestó como si no hubiese oído la anterior pregunta– que estás bellísima con esa linda bata de primavera?

– Es decir, que sin ella no lo estoy, dijo Magdalena.

– ¡Oh, siempre! ¡Pero hoy estás tan fresca, tan risueña, que encantas!

– Hoy tengo que pedir al tocador que me rejuvenezca, que preste nuevo brillo a mi hermosura, ya que he de rivalizar con una mujer tan bella, que pudiera ser modelo para una estatua de Atenas.

Carlos sonrió sin negar.

Una llamarada de ira brilló en los ojos de la condesa al ver aquella sonrisa.

– Una mujer, continuó con ironía, que cuidará flores y pajaritos, que tomará una infusión de rezos para dormirse, que se pondrá a hacer la cuenta del gasto diario de la manera más vulgar... ¡Ja, ja! Y luego, cuando su marido, el hombre de mundo, el que debe a la experiencia el saber leer en los corazones,

le haga una caricia, le contestará bajando los ojos humildemente, porque son muy humildes, muy modestas esas mujeres, le contestará: «Yo no te amo; no sé mentir».

– Beatriz, dijo Carlos queriendo demostrar indiferencia: ¡qué afán de hablar de mi esposa! Vas a conseguir que la quiera más, que ni a tu lado la olvide.

– Si la quieres, ¿por qué me buscas a mí?

– ¡Pardiez! No lo sé, debo quererte también.

– ¡Es que yo quiero todo tu corazón, o nada tuyo!

– Todo mi corazón lo tienes; María es el amor de mi alma.

– ¿Cuánto tiempo durará ese amor?

– ¡Bah! No me ocupo del porvenir. Acaso un día, acaso toda la vida.

– ¿Sabes que tus promesas no deben halagarme mucho?

– ¿Y sabes tú, dijo Carlos incorporándose y poniendo su mano sobre el hombro de la condesa, que si no me hablas de nada agradable me voy a olvidar de venir a tu lado?

La condesa se estremeció al sentir la presión de su mano; sus ojos brillaron de la manera más poderosa que les daba tanto encanto; sus mejillas se enrojecieron, y trémula, enajenada, le dijo:

– ¡Carlos mío! ¡Ah! ¡Cuánto te amo! Eres mi vida... Que yo te vea siempre así... ámame: que sea solo mío tu cariño: ¡que yo no vea interponerse una mujer entre nuestros corazones!

– ¡Sigue, sigue Beatriz! dices bien: tus palabras me dan la vida, una vida candente que yo necesito para reanimar mi corazón. ¿Qué importa que esa vida artificial se apague al alejarme de ti? Yo necesito emociones; eres una mujer preciosa. ¡Qué hermosa estás! ¡Ah! ¡Tú me amas, sí; tú lo olvidas todo por mi amor; todo menos tus celos!

– Yo los olvidaré también si tú lo deseas, Carlos: yo tengo para ti voluntad...

## CAPÍTULO VIII: *MALICIA Y BUENA FE*

Aquella noche, la condesa, radiante de felicidad, recibía a sus amigos.

A pesar del dominio que tenía sobre sí misma, no había podido borrar la expresión de dicha que aparecía en su semblante.

Y es que hay sentimientos que nunca pueden ocultarse por completo, que envían como un reflejo exterior que los hace adivinar.

Una gran pena o una gran dicha se revela siempre, ya en una mirada, ya en una palabra, ya en una sonrisa.

Magdalena era feliz; había visto a Carlos a su pies, enamorado y delirante; le había sentido enloquecer con sus palabras, y su corazón apenas se daba cuenta del inmenso gozo que sentía.

Le amaba con una de esas pasiones que son tanto más terribles cuanto la razón nada puede contra ellas, siendo más bien su primera esclava; hay sentimientos que encueven al ser que los abriga, y esa fascinación que domina los sentidos, que borra como un soplo maldito todos los nobles instintos, todas las puras aspiraciones del alma, es uno de ellos.

Porque al sentirlo, el temor de perder su ídolo hace cobarde al corazón, que empieza por abdicar voluntariamente su dignidad, su altivez, y acaba por hacer que la razón olvide también el derecho de su decoro y su conciencia.

De concesión en concesión, de olvido en olvido, bien pronto descende hasta el último grado de bajeza el corazón esclavo de su sentimiento, y una vez en el abismo de su abyección, todo puede esperarse de él, pues no retrocederá ante el crimen quien no ha retrocedido ante el sacrificio de toda dignidad.

Un ser que obra dominado por la pasión, merece que se le guíe, y no que se le abandone, como se guía al pobre ciego que no encuentra su camino, pues ciego es también quien no ve en su vida la senda que le marca el deber.

Magdalena sabía que Carlos no la amaba; que su belleza, su talento y su amor eran otros tantos juguetes de su capricho y, sin embargo, no tenía valor para alejarle de sí, para renunciar a él; le amaba tanto, que anhelaba verle, aunque fuese para adquirir el convencimiento de su indiferencia; quería oír su voz, aunque esta voz se burlase de sus sentimientos.

Magdalena, que todo lo había olvidado por él; que por su amor había aceptado una posición falsa y violenta, no había tenido valor para reconvénirle por su cobarde abandono, y le había

acogido sonriendo, como si tuviese más miedo de no volverle a ver que de sufrir la humillación a que su frialdad la condenaba.

Por eso, al ver brillar de nuevo en sus ojos una chispa de aquel amor que la había enloquecido, el pasado y el porvenir se borraron para ella, y aspiró de nuevo la felicidad de ser querida.

En esta noche Carlos estaba en sus salones, y Magdalena, enorgullecida, feliz, hacía los honores de ellos con la afabilidad encantadora de la dicha.

César llegó tarde, y Magdalena le observó con cuidado al ver que se acercaba a Carlos; pero de nada le sirvió la sostenida atención con que siguió las palabras que cambiaron con la mayor naturalidad.

– ¡Me engañaría al creer despecho de amor lo que acaso era sorpresa! Se conocen, pero pueden muy bien no amarse; dicen que la marquesa es una niña: ¡oh! entonces, ¿en dónde buscaría yo un medio de alejarla de su lado?... Se decía Magdalena.

La condesa recordó que tenía que pedir a César la recomendación de su hermana para la camarera, y se fue hacia el joven.

– ¿Quiere usted acompañarme un momento, César? Dijo con dulzura.

César, algo sorprendido, se inclinó, y le ofreció su brazo.

– Tengo que hablarle a usted, continuó, de una cosa que acaso le parezca extraña, pero a la que sirve de disculpa el buen deseo que la inspira. Voy a pedirle que me ayude en una obra de caridad.

– Ya sabe usted, condesa, que siempre será para mí un placer el seguir sus indicaciones y que están a sus órdenes todos los medios de que yo pueda disponer.

– No se trata de ninguna asociación caritativa de la que yo forme parte...

– Pues entonces...

– Se trata, dijo la condesa sin dejarle terminar, de una pobre joven que desea ser recibida como doncella en alguna casa respetable; es amiga de una de las mías, y por ella he sabido que no tiene familia, comprometiéndome a recomendarla al oír el elogio que de ella me han hecho: usted tiene una hermana, conoce además varias familias, y he pensado que puede muy bien necesitarla su hermana o alguna de sus amigas, y en ese caso

haría un gran bien a esa pobre chica, que no conozco, pero por la cual me intereso.

– Yo no sé, condesa, si mi hermana la necesitará para sí; pero, de todos modos, yo la recomendaré a ese joven: ¿cómo se llama?

– ¡Ah! ¡No lo sé! Mañana le enviaré a usted sus señas; entre tanto, gracias, mil gracias por la bondad con la que ha acogido mi ruego.

Cuando Magdalena volvió al salón, Carlos ya no estaba en él; escuchaba distraído la música de Bellini, que una joven interpretaba admirablemente en el piano, cuando oyó a lo lejos un reloj que daba las doce.

Aquella vibración le hizo despertar, pues bien puede llamarse *sueño* a esa fascinación de los sentidos que es el olvido de todo; pensó en que María acaso le esperaba inquieta, y abandonando el salón, se alejó sin despedirse de nadie.

Magdalena le buscó con la vista, y no pudo reprimir un suspiro al convencerse de que no estaba ya.

– ¡Siempre el mismo! pensó. ¡Cuando una nueva idea le domina, nada soy para él... se va sin decirme adiós... ¡pero más vale así! Con todos sus defectos, es el único hombre a quien yo puedo amar, ¡porque un amante vulgar es insoportable!

Dejemos a Magdalena despedir a sus amigos, y sigamos a Carlos hasta su casa, adonde se dirigió al momento, porque hacía algunas horas que faltaba de ella, y comprendía la inquietud que María debía sentir.

¿Le importaba a él no hacerla sufrir?

No nos atrevemos a afirmarlo, ni tampoco lo negaríamos, porque el corazón tiene misterios que la razón no alcanza, y puede abrigar a veces muy distintos sentimientos.

## CAPÍTULO IX: *LA ESPOSA*

Cuando Carlos llegó a su casa, subió rápidamente a sus habitaciones y pasó a las de María.

Cruzó el dormitorio, donde se veía un lecho intacto, y entró en un pequeño oratorio, iluminado débilmente por la suave luz de una lámpara de plata que pendía ante el altar.

Sobre un reclinatorio de terciopelo azul, había una mujer de rodillas. Carlos se detuvo a contemplarla.

María, pues era ella, envuelta en una bata de noche de ligera batista, con los cabellos recogido en una blanca redecilla, y sus brazos, sus hombros y su seno, medio velados entre las vaporosas ondas de encaje que adornaban su baja, aparecía bellísima.

La luz de la lámpara, cayendo sobre su frente, iluminaba suavemente su hermosa cabeza, que parecía aún más bella por el sencillo peinado, que no bastaba a ocultar sus encantos.

Carlos, al mirarla, sintió cruzar por su alma esa impresión vaga de descontento que inicia el remordimiento de una mala acción.

– Es hermosa y pura, se dijo; acaso oraba por mí, y en tanto yo buscaba el olvido en brazos de otra mujer.

Y acercándose lentamente a María, se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

– ¡Ah! ¡Gracias a Dios! dijo María, levantándose y pasando con él a un saloncito cercano; ¡si supieras con qué afán te esperaba!

– ¿Qué pedías a Dios ahora? dijo Carlos sonriendo.

– Por ti, contestó con suma naturalidad María.

– No quiero que estés de rodilla tanto tiempo, María; indudablemente te hará daño; son costumbres de convento que debes olvidar.

– Te aseguro que no; soy fuerte; además, cuando se espera con la mortal inquietud que yo he sentido, como mejor se pasa el tiempo es pidiendo a Dios que esta ausencia no presagie una desgracia mayor.

– María, dijo Carlos, al que contrariaba en su orgullo dar explicaciones; no debes sufrir porque yo esté más o menos tiempo fuera de casa; tendrá que suceder muchas veces; yo tengo amigos, y como hoy, pueden obligarme a quedarme con ellos, sin darme tiempo de decirte nada. Tú tienes aquí amigas: ¿por qué no las visitas? ¿Por qué no sales? Esta vida debe cansarte mucho.

– ¡Oh! no; yo no he anhelado nunca esa agitación constante a la que otras llaman *placeres*; apenas conozco la sociedad, y no la deseo tampoco.

– Pero hija, yo no puedo acompañarte siempre.



– Es verdad, dijo María con sencillez; más cuando no pueda salir contigo, te esperaré.

– Aquí salen solas todas las señoras.

– Ya lo sé; pero yo prefiero no salir.

– Lo cual es una niñería...

– Lo será, pero ello no debe enfadarte; ¿te cansas de estar a mi lado? dijo con una coquetería tanto más adorable, cuanto era más extraña en ella.

– Bien sabes que no, dijo Carlos algo confuso.

– ¡Ah! es que ahora, Carlos, tengo más necesidad de tu cariño.

– ¿Por qué?

María vaciló en contestar, y un vivo color de rosa se extendió por su semblante, hermoseándole notablemente; Carlos la miraba sorprendido, y un gran interés se adivinaba en sus miradas.

– ¿Por qué? volvió a preguntar.

– Porque, lejos de mi padre, no tengo sino a ti.

– ¡Ah! Me habías hecho creer una cosa bien distinta, y que, por lo mismo que me hubiese hecho feliz, no ha sido verdad.

La turbación de María fue tan visible, que Carlos se fijó en ella con extrañeza.

– Pero ¿qué tienes? le dijo al fin: no me hablas con la confianza de siempre.

María estaba tan conmovida, que en sus ojos brillaban las lágrimas.

Carlos, que apenas podía fijar el vuelo de su pensamiento, tan rápidas eran sus impresiones, en aquel momento se olvidó de todas las emociones que le habían agitado aquel día, de todo lo que había sentido, para no pensar más que en aquella mujer que le pertenecía, que le había confiado su porvenir y su vida. Uno de esos pensamientos que sentimos cruzar tan fugaces como las chispas luminosas que de los astros se desprenden en la noche, brilló un instante en la mente de Carlos.

Diríase que hay en nosotros dos poderes que luchan igualmente; el del bien y el del mal: cuando el uno vence, el otro envía, ya a nuestra razón, ya a nuestras pasiones, su atracción poderosa.

Carlos luchaba a momentos con el influjo de un buen pensamiento, que reanimaba su corazón gastado.

Al ver a María tan bella, tan confianza, pidiéndole un cariño a que tenía derecho, una de esas ráfagas que parece que traen la esencia del bien había invadido su corazón y su cabeza.

– ¡Ah! ¡Si tú me quisieras como yo te quiero! dijo contestándose a sí mismo en estas palabras.

– ¡Pues qué! ¿Tú no lo has adivinado? ¿Tú no ves que mi corazón se despierta con el calor de tu cariño, y que él es ya necesario a mi vida?

– ¿Qué dices? dijo Carlos, olvidándose de todo: ¿tú me amas? ¿Era tu amor, y no tu deber, el que te hacía tan largas las horas que pasabas lejos de mí?

– Sí: yo te amo; yo soy feliz a tu lado.

– ¡Ah, María de mi alma! Mi vida entera no es bastante para pagarte la dicha que me das; perdóname, yo no te he comprendido, yo te desconocía. Necesito que me ames de una manera infinita; que sacies la ardiente sed de mi alma... De este modo yo viviré solo para ti; porque, María, yo soy un pobre loco, que sueño, que ansío algo infinito, algo nuevo, algo divino. ¡Sé tú el ángel que realices mis sueños, que dé forma viviente al imposible de mi anhelo! No me preguntes, si ves algo extraño en mí manera de ser; no te podría contestar... Solo sé que te amo, que soy feliz.

.....  
.....  
.....

Carlos se olvidó completamente de Magdalena por María.

Como todos esos seres que, esclavos de sus pasiones, se dejan guiar por ellas, sin intentar vencerlas, Carlos seguía siempre la corriente de su última impresión.

El amor de María había sido su más grande anhelo, la lucha en que se empeñaba su orgullo; y al alcanzarlo, se olvidó de todo lo demás.

– ¡Me ama! se decía con la expresión del triunfo. ¡Al fin es verdaderamente mía!

Y se olvidaba de Magdalena, del mundo entero, en la embriaguez de su dicha.

Pero Magdalena no le olvidaba: Magdalena sentía cada vez más la imperiosa necesidad de su amor, y cada día que le

esperaba en vano, acrecía su odio a la mujer que le alejaba de su lado.

María creía haberse salvado al buscar en el cariño de su marido un amparo contra sus mismos sentimientos; ella tomaba por amor lo que solo era el resultado de una lucha entre el corazón y el deber, en la que este había vencido.

Y se creía feliz también, porque para un alma verdaderamente grande, el cumplimiento del deber es la dicha.

Ella no sabía que el amor de Carlos tenía una vida tan breve como su deseo; que en él bastaba una nueva impresión para que olvidase sus promesas y esperanzas.

Carlos no mentía al decir amor a una mujer: él mismo se engañaba.

Creía un eco de su corazón lo que era solamente una ficción de sus latidos.

## CAPÍTULO X: *ESPERANZAS*

Algunos días después los marqueses de la Rivera acompañaban a la mesa al marqués de Vélez y sus hijos.

Carlos sentía, sin poderse explicar la causa, una especie de aversión contra esta familia, tan cariñosa para con ellos, tan fina y agradable en su trato.

No quería, sin embargo, disgustar a María, y disimulaba sus sentimientos con tanta más facilidad, cuanto más acostumbrado estaba a ocultarlos en la vida social.

María ejercía en su ser una influencia extraña: él, que se burlaba de todo, que hubiera tenido por una debilidad la creencia de toda virtud; que en su cualidad, en fin, de hombre gastado, no quería admitir como verdad más que la negación de todo lo bueno, ante la dulce virtud de aquella niña se sentía subyugado, como si un genio benéfico se apoderase de su ser para transformarle.

Para María no era el mismo hombre; su lenguaje cambiaba sin esfuerzo su expresión cínica y despreciativa por otra respetuosa y tierna; sus maneras, sus palabras, todo variaba en él. No era al hablar con su esposa el franco epicúreo que, cansado de todo, buscaba descanso en el placer, sino el hombre que ha vivido sin

fe y abre con ansia su corazón al sentimiento que se la hace conocer.

Quizás consistía en lo inestable de sus impresiones, acaso en el involuntario respeto que el corazón más depravado siente hacia la virtud.

María, pues, se engañaba al juzgarle,

Ella creía que al atraerle a su amor le alejaba para siempre de su pasado, y acariciaba las más risueñas esperanzas para el porvenir.

Volvamos a encontrarles en este día.

Carlos se había alejado después de comer, dejando a María con Autora, que siempre tenía que hablarla.

César salió con él, y el marqués dejó solas a las dos jóvenes, que hablaban y reían alegremente.

– ¿Conque eres tan feliz? decía Aurora.

– Sí, Aurora mía, sí; Carlos me quiere, y además va cambiando notablemente en sus ideas.

– ¿Y decididamente os quedáis en Madrid?

– Ese es el deseo de Carlos; yo dudaba por mi papá; pero Carlos me asegura que iremos a verle cuando yo quiera.

– ¡Cuánto me alegro! Así te veré siempre; ya sabes que apenas tengo más amigas que tú... ¡Ah! Ahora recuerdo: ¿no me dijiste que tu doncella se había despedido?

– Así es: hace unos días se marchó; pero ¿por qué lo preguntas?

– Me han recomendado con mucho empeño a una joven que dicen que es huérfana y muy honrada. Puedes verla, y, si te parece bien, quedártela.

– Recomendada por ti, desde luego será buena: dila que vaya a casa, y se quedará.

– ¿No sabes quién me ha hablado de ella?

– No: ¿alguna de tus amigas?

– César.

– ¡César! ¡Es singular! ¿De qué la conoce él?

– No sé: asegura que una de sus amigas le ha hablado de ella.

– De todos modos, envíala, dijo María levantándose.

– ¡Qué! ¿Te vas?

– Quizás vaya Carlos temprano.

– ¡Pero si no son las diez!

María parecía dudar; había vacilación en su actitud; quizás temía ver a César; quizás temía alejarse sin verle de nuevo.

El corazón tiene misterios que en vano queremos descifrar. ¿Qué puede nuestra voluntad contra el poderoso impulso que de él emana?

Le creemos vencido, y en un momento recobra su imperio y destruye la obra de la inteligencia y la razón con un solo latido.

María sintió esa lucha, y queriendo vencerse una vez más, dijo con resolución:

- ¡Me voy! ¡Hasta mañana, Aurora!
- Adiós, le dijo; mañana te enviaré la doncella.
- ¡Ah, sí! ¡No lo olvides!...

La joven fue a despedirse del marqués, que la acompañó hasta su carruaje.

– Es extraño, pensaba María al alejarse; César recomienda esa doncella... entonces la conoce, y quizás quiere saber por ella si en la vida íntima soy feliz... ¡Es tan bueno para mí! ¡También puede ser una casualidad!

¡Ay! ¡No pensaba ella que a su mejor amigo le iba a deber el principal enemigo de la dicha de su vida!

A veces la buena fe se pone al servicio de la infamia, por una sucesión de hechos casuales que no nos explicamos.

La bondad se hace agente de la malicia, que la explota en su favor.

María no podía penetrar en esos penosos misterios de la vida que le ocultaban como un velo su edad y su candor.

En aquel momento, feliz con la confianza de cumplir un deber, feliz con una esperanza dulcísima que empezaba a acariciarla como esposa, no temía el porvenir.

Al otro día llegó la doncella con una tarjeta de Aurora.

María la recibió al punto.

Ya conocemos a Cristina.

Su aparente sencillez y modestia le sentaban muy bien, y María la admitió a su servicio desde luego.

Aquel día Cristina había dicho a la condesa:

– Señora: la mujer que quedó encargada de dar noticias mías me ha dicho que hoy me esperan.

– Ve, pues, Cristina, y no olvides mis encargos; quiero saber todo, ¿lo oyes? todo lo que sucede a los marqueses de la Rivera.

– Pero ¿y si no me reciben?

– No temas: yo hice ofrecer mayor cantidad que la que allí ganaba a la doncella que tenía la marquesa, que aceptó y se fue; hoy les hace falta una, y tú vas bien recomendada para que no se te admita.

Cristina fue, pues, a cumplir en aquella casa la orden de su señora.

Cuando la marquesa, llena de bondad, le preguntó con interés por su suerte, Cristina le contó una sencilla y triste historia, que María creyó. Cuando le dijo que la familia del marqués de Vélez la había recomendado a ella, y le preguntó si les conocía, Cristina contestó que no, pero que por la señora de una amiga suya había sido recomendada para hallar colocación.

María quedó muy complacida de su nueva doncella que, ágil y discreta, no tardó en hacerse simpática.

Carlos, al verla al otro día en el tocador de su esposa, la miró con fijeza como si tratara de conocerla; pero su peinado, sus vestidos, sus maneras, eran tan distintas, que creyó un parecido casual el que existía entre aquella joven y la camarera que Magdalena había tenido en Saint–Cloud.

– ¿Cómo te llamas? preguntó a la joven.

– Concha, señor, contestó esta con naturalidad.

– ¡Bah! Pues no es, se dijo Carlos.

Y no volvió a acordarse de ella para nada.

Algunos días después Concha, pues por ahora la nombraremos así, llegaba a buscar a Magdalena.

– ¿Qué hay? la dijo esta con ansia.

– Señora, el marqués adora a su mujer, que también le quiere mucho: allí no hay más que una voluntad. La marquesa es hermosísima, fresca como una rosa, y buena como un ángel. No recibe a nadie, sale con su marido; esto es todo lo que hasta ahora he visto.

– ¡Ah! ¿Con que tanto se quieren? Vuelve Cristina, vuelve y observa, que yo pagaré tu adhesión hacia mí.

Cristina se alejó de nuevo, y la condesa se puso a pensar cómo haría volver a Carlos.

No sentía remordimiento por el daño que iba a hacer; cuando el corazón se agita en esa lucha que revuelve en su fondo todas las pasiones, no hay más que un anhelo, un deseo.

Para Magdalena no existía más que Carlos: lo demás ¿qué le importaba?

quería llegar hasta él; para conseguir su objeto todos los medios le parecían buenos: si en su camino encontraba obstáculos, saltaba sobre ellos sin pensar en lo que hacía.

María no hubiera sido tan feliz con sus esperanzas si hubiese podido adivinar que para realizarlas tenía que luchar con tan poderoso enemigo.

## CAPÍTULO XI: *ÁNGEL Y DEMONIO*

Han pasado algunos días.

Carlos, continuando en sus buenos propósitos, no ha vuelto a ver a la condesa. Pero como todo lo que era sencillo y natural parecía pequeño y mezquino a aquel espíritu viciado, empezaba a cansarse de la suave paz de su casa, del carácter dócil y tierno de su esposa, no menos que de su angelical belleza.

– ¡Cómo abruman estas cadenas! se decía; al parecer, son de flores, pero en realidad ahogan... Héme aquí son libertad para nada, esclavo de una situación que ha creado mi voluntad. María es una hermosa niña; pero ¡es tan fría! No sabe más que sonreír y llorar... ¡Beatriz! Beatriz es una mujer que enloquece... en sus venas hay lava, en vez de sangre. ¡Qué fuego! ¡Qué pasión! ¡Y es también hermosísima! ¡Recuerdo que la última vez que la vi sus ojos ardían, su pecho se agitaba! Allí hay fuego... hay calor... ¡Pobre Beatriz! La he olvidado... Pero en tanto que ella no dé un paso hacia mí, yo no lo daré hacia ella... el contraste entre un ángel y un demonio es delicioso; ¡pero a estas horas no tengo más que el ángel!

Una mañana que Carlos leía junto a su esposa, que bordaba un pañuelo, un criado le presentó una carta—

Carlos la tomó distraído; pero, al conocer la letra, una expresión de placer, de impaciencia cruzó rápida por su frente.

Rompió el sobre, que arrojó al suelo y leyó:

«Carlos, Carlos mío: ¿por qué no vienes? Tengo sed de verte, de oír tu voz, de repetirte que te amo: ¡ven! Te espera tu Beatriz.»

Carlos, procurando dominar su emoción, se guardó la carta con indiferencia; pero estaba tan inquieto, que María le preguntó:

- ¿Qué tienes? ¡Parece que esa carta te ha disgustado!
- No, por cierto.
- ¿De quién es?
- Del administrador general.
- Pues te dice algo que te disgusta, porque no puedes ocultarlo.
- ¡Bah! No lo creas; no es que me disguste, sino que las cuestiones de negocios molestan siempre; pero hay por fuerza que intervenir en ellas.
- Pero ¿qué te dice?
- ¿Sabes, hermosa mía, que eres muy curiosilla?
- No es curiosidad, Carlos, sino interés, el que me inspiran tus asuntos.
- Pues, querida mía, el resultado es el mismo.
- ¿No me enseñaras esa carta? dijo María sonriendo, porque creía que Carlos dilataba en broma el mostrársela.
- Cuando te nombre mi asociado en esta clase de negocios, contestó Carlos, visiblemente inquieto por aquella insistencia.
- María extrañó el acento de Carlos, que daba a entender que no quería proseguir aquella conversación, y le dijo con tristeza:
- Dispénsame: no creía que tuvieras secretos para mí.
- Mira, niña mía, dijo Carlos levantándose y tomando sus manos con cariño; no te pongas triste por tan pequeña cosa; hay en la vida pequeños sucesos que no deben ser conocidos, que disgustan, que hieren, no el corazón, sino el orgullo; no insistas, pues. Se trata de asuntos que tú no comprenderías.
- Sea como tú quieras.
- ¿Pero me prometes no enfadarte?
- ¡Oh! no: siento que no tengas confianza en mí; pero ni me ofendo, ni me enfado.
- Carlos sintió al oír esto remordimientos.
- ¡Pobrecita! pensaba. ¡Si supiera de lo que se trata! ¡Y la otra que me escribe a mi casa!... Es preciso estar loca. ¡Qué demonio! Esa mujer es capaz de venir a buscarme aquí mismo. ¡Diablo con la niña! Pues si insiste más se luce. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Y esa Beatriz que es un volcán! ¡No puede escribirme de otro modo que diciendo amores! ¿Y qué hago yo ahora?...
- ¿Qué es eso que bordas, María? dijo de pronto, queriendo hacerla olvidar la pasada escena.
- ¡Oh! ¿Qué te importa? ¡De estos asuntos no entiendes tú!



– ¿Sabes que esa ironía te hace mucha gracia?  
 María sonrió, pero nada dijo.

– ¡Vamos a ver si adivino lo que es! ¡Ah! Es una cifra. Veamos: una *C*; puede decir *Carlos*...

– ¡Qué presunción! dijo María.

– ¡Ah! ¿No dice eso? Entonces acaso *César*...

María palideció, y mirándole como asustada, le dijo vivamente:

– No, no dice *César*; dice *Carlos*, porque el pañuelo es para ti. Carlos la miró fijamente, porque aquella turbación le extrañó.

– ¡Es particular! pensó: ¿por qué se ha conmovido tanto al decirle yo ese nombre?... Así creo que se llama ese joven que ella conocía... No sé por qué al verla conmovirse he sentido algo amargo dentro de mi alma; pero ¡bah! yo sabía que el pañuelo era para mí: ¿por qué me preocupo ahora? ¡He engañado a tantos, que me asusto sin motivo!

Y poniéndose de pie, le dijo:

– Adiós, María, volveré pronto.

– ¿Te vas?

– Sí; pero no tardaré: tengo algo que hacer. ¿Por qué no te vas con Aurora?

– No quiero salir.

– Pues hasta luego: voy a vestirme un poco, y entre tanto me pondrán el coche.

– Adiós, le dijo María.

– Es preciso que esto termine, decía Carlos: no quiero que estas escenas se repitan... María dudaría, y acaso sufriera mucho. No: no quiero que ella lllore... Diré a Beatriz que se resigne. Pero ¡diablo! lo difícil es que acepte. Estas mujeres son peores que una culebra de cascabel, que ahogan antes de soltar su presa. Pero la verdad es que es hermosa y apasionada como ella sola: allá veremos. ¡Si fuese razonable!

Carlos creía muy fácil alejarse de Magdalena; no sabía que cuando hemos creado una situación, no somos dueños de deshacerla, ni de oponernos a los sucesos que de ella nacen, y que vienen a interponerse en nuestro camino. Nada tan brutal, por lo irremediable, como un hecho, por la sencilla razón de que no hay medio de que no sea lo que ya ha sido; cuando más, se puede hacer que deje de ser, y aún a veces es muy difícil.

Carlos, incapaz de seguir con decisión una idea, vacilaba entre dos mujeres: una hablaba a su alma, otra hablaba a sus sentidos.

Se observa a veces esa extraña amalgama de sentimientos.

Hasta ha habido quien asegura que el corazón puede a un mismo tiempo sentir dos amores distintos. ¡Error! no es amor ese sentimiento que vacila, que fluctúa entre dos enseres, sin saberse fijar.

El verdadero amor excluye toda participación: es exigente, único e indivisible.

No: no es amor esa fascinación de un espíritu débil, que confunde dos seres en un mismo sentimiento. Es ¿cómo diremos? una falsa sed de afecciones que el corazón siente, cuando nada puro y grande disipa su hastío; una ocupación de los sentidos cuando no los dirige y les ocupa la obra constante de la inteligencia; un fuego fátuo que ilumina a veces el vacío del corazón.

Carlos, pues, creyendo amar a dos mujeres, no amaba a ninguna; porque el verdadero amor, ya lo hemos dicho, es único, y aún nos atreveremos a decir eterno. Sí; un amor basta para una vida: el corazón no debe cambiar sus sentimientos, como la planta sus flores.

Vacilando entre el deber y el deseo, sin buscar en su razón el punto de apoyo de las acciones de su vida, Carlos vacilaba entre un ángel y un demonio, como él llamaba a su esposa y a su amante.

En esa vacilación, no cabe duda que el mal triunfa siempre. Pensar el mal es admitirlo: la indecisión misma lo justifica.

## CAPÍTULO XII: *ATRACCIÓN*

Magdalena, vestida con una hechicera coquetería, esperaba al marqués. Nada más agradable que la suave sonrisa de su boca; nada más atractivo que la ardiente mirada de sus ojos.

Hay algunos seres dotados de la extraordinaria facilidad de cambiar a medida de su deseo la expresión de su semblante.

Para esto se necesita haber sufrido, haber contenido mil veces las lágrimas en el corazón, sin dejarlas llegar a los ojos, haber

amoldado a la forma de lo conveniente las impresiones de nuestra alma.

Magdalena había estudiado en sí misma el dominio de la voluntad sobre el corazón, y en este día daba una prueba de ello apareciendo serena.

En cada hora, en cada día que había pasado desde que vio a Carlos, había apurado esa agonía infinita que solo comprenderá el que haya esperado en vano algo que anhelase mucho; mil veces su pluma se había apoyado en el papel para escribir: «ven», y otras mil un sentimiento de orgullo, ya que no de dignidad, la había hecho retirar.

Pero la presión violenta, así en el orden moral como en el físico, produce la explosión.

Magdalena, al comprimir los sentimientos que como un torbellino de pasiones se alzaban en su alma, llegó a ese grado de exaltación en que se obra como impulsados por una voluntad superior, que se deja sentir por encima de nuestra razón.

Quería ver a Carlos: en nada pensó sino en esto.

Uno de los caracteres distintivos de la pasión es el egoísmo; cuando se siente, no se piensa en nada ni en nadie más que en nuestro deseo. Todo lo hallamos bueno, y lo que es más, queremos que todos lo vean del mismo modo.

Magdalena no pensó siquiera en que aquel hombre que llamaba tenía deberes muy sagrados que cumplir lejos de ella... ¿Qué le importaba? Quería verlo, esto era todo; la pasión tiene mucho de brutal porque no raciocina.

Al escribir a Carlos, estaba segura de que vendría; conocía su carácter débil e indeciso, al que una palabra desviaba de la línea que se proponía seguir, y le esperaba. Así fue, en efecto. Carlos llegó bien pronto, y fue a saludarla con cariño.

— Te suplico. Magdalena, le dijo sentándose a su lado, que otra vez no me escribas como hoy, pues me has puesto en un grave compromiso.

— ¿Por qué? preguntó la condesa con acento burlón.

— Porque me ha sido entregada tu carta delante de la marquesa.

— ¿Y acaso no puedes tú tener correspondencia particular?

— Mi esposa tiene derecho a saber lo que dicen mis cartas—

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! De ese modo veo que va a tener también para ponerte una chichonera y unos andadores. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

– ¡Magdalena! gritó Carlos con ira: no te permito que te burles de lo que yo respeto.

– ¿Y si de lo que me burlo es de ese respeto?

– Ni aún así...

– Pues, amigo mío, por más que lo deseo, no puedo oír con seriedad que el marqués de la Rivera ha entrado en una tutela permanente... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

– ¡Tú estás loca!

– ¡Ah, sí! Loca porque me rio de esa muñeca que apenas te deja respirar... Y en verdad que tienes razón: loca estoy cuando te doy amor en vez de...

– ¡Acaba!

– ¡Oh, no, Carlos, no! Yo mentía; son mis celos los que me hacen delirar...

– Esto no puede continuar, Beatriz; yo sufro una contrariedad constante; yo vengo a buscar amor a tu lado, y encuentro amargas quejas que me fatigan...

– ¡Ah! ¿Me amenazas ya? ¿Me recuerdas tus deberes? Oye, Carlos, oye...: una vez había un joven casi de rodillas ante una mujer que oponía, ante la impetuosidad de su pasión, el débil dique de su deber: aquel hombre, ebrio de amor, le decía: «¿No sabes tú que para el corazón no hay cadenas? ¿No sabes que nada significan esos lazos, formados por las circunstancias, cuando el alma los rechaza y vuela libre hasta otra alma? ¿Has de ser tú, que tanto vales, esclava de una fórmula?» Marqués de la Rivera, ¿has olvidado ya tus teorías? ¿No sabes tú que para el corazón no hay cadenas? ¡Oh! Deja que repita tus palabras, que tanta influencia tuvieron en mi vida; deja que te pregunte a mi vez si tú, que tanto vales, has de ser esclavo de una fórmula.

– Beatriz, ¿a qué recordar el pasado? Yo no rechazo tu amor; pero me es imposible vivir por ti y para ti como antes...

– ¿Y qué puede impedirlo? ¿Quién te ha dicho que la huella que hoy dejamos en nuestro camino podemos borrarla mañana? ¿Quién te ha dicho que no somos esclavos de nuestras acciones? Tú me has enloquecido, me has arrastrado contigo, y el día que no soy una necesidad de tu capricho, quieres apartarme a un lado y seguir tu camino... ¡Eso no puede ser; eso no será! He podido perdonarte tu cobarde abandono: ¡cobarde, sí, añadió al ver un movimiento de ira en el marqués, porque cobardía es jugar con

el corazón, con la dignidad, con el porvenir de una mujer; pero no te perdonaría tu desprecio, porque, continuó con voz temblorosa, yo necesito tu amor como el aliento de mi vida; yo no puedo vivir sin él!

Carlos la miraba con delicia. A medida que hablaba, sus facciones se animaban, como si reflejaran el fuego de sus sentimientos: en sus labios trémulos había como la iniciación de un suspiro. Estaba hermosa, como es hermoso todo lo que fascina por su grandeza.

Su voz era tan trémula, tan opaca, tan ardorosa, que parecía que temblaban en ella la pasión, las lágrimas, la ira y el deseo.

Carlos la miraba estático: aquella transformación le admiraba, le enloquecía con una locura dulce y candente a un tiempo.

Quiso resistir la atracción poderosa que le acercaba de nuevo a Magdalena; quiso romper con un último esfuerzo los lazos que a ella le unían; pero la vio pálida, temblorosa, con las manos unidas en ademán de súplica... Aquellos ojos donde brillaban las lágrimas eran ardorosos, hermosísimos; aquellos labios que temblaban, parecían la voluptuosa copa del placer y del amor..., y Carlos cayó de rodillas, esclavo de nuevo.

¿Por qué ha de ser siempre débil el corazón para cumplir su deber?

¿Por qué le vence siempre la atracción del mal?

¡Ah! Cuando se ha dado el primer paso en la senda del olvido de todo lo bueno, de todo lo justo, pronto se recorre toda sin que la voz de la conciencia, que cual centinela avanzado de la razón le advierte el peligro, se deje oír.

Carlos, en la embriaguez de su amor, olvidó por Magdalena al mundo entero.

Algunas horas después decía con voz aún trémula por la pasión y el delirio.

– Tienes razón, Beatriz mía; esas cadenas que parecen flores, ahogan. Quiero el amor que se sostiene por sí mismo, sin más lazos que los que forman sus dulces manifestaciones: ¡yo te amo! ¡Ah! ¡Tú eres la mujer de mis sueños!

– ¡Ah! pensaba entre tanto Magdalena: necesito embriagarte en mis caricias si no has de abandonarme: yo sabré prolongar el imperio de mi amor sobre este corazón versátil; y si lo pierde ¡oh!

entonces, ¡si ese corazón no ha de ser mío, yo lo romperé en pedazos para que apure la agonía que a mí me hace apurar!

### CAPÍTULO XIII: *EL PRIMER PESAR*

Cuando María vio salir a Carlos, le siguió con una mirada profundamente triste.

– ¿A dónde irá? se preguntaba, cuando sus ojos se fijaron en el sobre que Carlos no se cuidó de recoger.

María le miró distraída, le tomó en sus manos, y una profunda expresión de extrañeza apareció en su rostro.

– Esta es letra de mujer, se dijo; sí, no hay duda; ¡ah! aquí hay una cifra y una corona de conde: la cifra dice *C.* de *C...* ¿de quién será? Yo apenas conozco a nadie, pero alguna de mis amigas quizás... Yo necesito saber de quién son estas iniciales, porque de ese modo sabré quién escribe a Carlos... ¡Dios mío! continuó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas: ¿sería capaz de engañarme? ¿Amaría Carlos a alguna mujer antes de casarse conmigo? Pero ¡qué loca soy! de amar a otra, ¿quién le obligaba a casarse? Yo no sé, yo no sé, Dios mío, si le amo como tengo el deber de amarle; pero yo he mandado a mi corazón que olvide, y mi corazón me ha obedecido; yo le he consagrado todo mi cariño... pero acaso este cariño no es un amor como él soñaba, es todo cuanto puedo darle; porque si a él no le amo con el amor de mi primer delirio, tampoco amaré a otro.

En el momento en que María pensaba así, apareció Concha, llevando en una pequeña bandeja de plata una tarjeta.

– No recibo, dijo María con viveza. Pero después, como si obedeciese a un nuevo pensamiento, tomó la tarjeta, que decía: *Luisa de Miranda.*

– ¡Ah! ¡Es de Luisa! Decir que pase, Concha, y ya lo sabéis, no estoy para nadie, excepto para la familia del señor marqués de Vélez.

La doncella se inclinó graciosamente, y salió.

– Luisa quizás sepa decirme lo que yo tanto deseo saber.

– Pero, María, decía un instante después a la marquesa la preciosa rubia que ya conocemos, abrazándola con cariño: no te

se ve por ningún lado, y para conseguirlo es preciso venir a buscarte.

– No salgo apenas...

– Sí; ya sé que la luna de miel consiste en esconderse a las miradas de los curiosos; pero hija, tú la prolongas tanto, que es muy fácil que te canses de soledad.

– Apenas conozco aquí...

– Pero conoce tu esposo; y desde luego, tanto por lo que tú vales como por tu nombre, serías bien recibida.

– Carlos también sale poco.

– Una noche le vi en casa de la condesa de Claraval, y me dijo que tú no habías querido salir.

– Dime, dijo María, que había palidecido: ¿quién es esa condesa?

– A la verdad que no lo sé; te diré lo poco que de ella se sabe: es italiana, muy fina, muy bella, aunque yo no la encuentro tanto como sus admiradores dicen; hace poco tiempo llegó a MADRID, y debe ser rica, porque se aposentó con gran lujo: recibe, o recibía, pues ya por el calor ha suspendido sus tés de confianza los jueves, y en verdad que son un modelo de distinción y buen tono sus reuniones. Se cree que es viuda, aunque nadie sabe acerca de esto la verdad.

– ¿Estuvo Carlos mucho tiempo allí?

– No; le vi al entrar, y después no le vi más: supongo se retiraría. ¡Pero creí que te visitaría la condesa!

– ¿Por qué?

– ¡Demostró mucho deseo de conocerte cuando oyó hablar de ti por primera vez!

– ¡Ah! ¿Y por qué ese deseo?

– No sé: fue una coincidencia singular; el primer día que yo te vi era jueves; por la noche me preguntó la condesa por qué estaba tan contenta; le dije la verdad, que acababa de ver a una amiga a quien quería mucho; y cuando le dije tu nombre y el de tu esposo, produjo una impresión que aún no me explico, en la condesa y en otro joven que allí estaba. Los dos me preguntaban, los dos palidecían... en fin, dijo Luisa alegremente, un verdadero golpe de efecto.

– Luisa, yo no sé... Esa mujer no me conoce...

– ¡Ah! ¡Ah! *Esa mujer...* ¿Sabes, querida, que si te oyera se ofendería la que tiene pretensiones de ilustre dama?

– Pero, en fin: ¿de qué manera te explicó su alteración?

– ¡Ah, sí! Me olvidaba; dijo que se había fatigado del calor, que estaba mala, lo mismo que el otro joven.

– ¿Y quién es ese joven?

– César Saavedra.

María palideció de una manera intensa, y sus manos, que asian las de su amiga, temblaron ligeramente.

– César, continuó Luisa, no quería creerme cuando le aseguré que te había visto casada... Estaba pálido, así como tú lo estás ahora, y al fin creo que se puso verdaderamente malo, pues hubo de retirarse.

– César es, más que mi amigo, mi hermano; no sabía, por su enfermedad, mi casamiento, y me explico su sorpresa; pero no la de esa señora.

– Acaso conociera a Carlos, dijo Luisa aturdidamente.

– Sí, tienes razón; puesto que la visita, debía conocerlo: eso será.

– Pero, María, ¿tú no sales? Mira, es tarde: ¿quieres que vayamos a dar una vuelta por el Prado?

– Si lo deseas, haré que pongan el coche, y te acompañaré; pero si no tienes empeño, Luisa mía, déjame aquí: no estoy buena.

– Como quieras; no sé cómo puedes estar tantas horas sola: ¿y Carlos?

– No está, dijo María indecisa; salió hace poco.

– Adiós, pues, ya que no quieres venir.

– Haré que te acompañen, dijo María, que había tirado del cordón de una campanilla.

– No, gracias; me espera abajo un criado.

Y dando un último beso a María, se alejó ligera como una gacela, desapareciendo en breve.

– ¡Ah! decía María cuando quedó sola: ¡condesa de Claraval: he aquí la cifra de este papel! Esa mujer le conoce... tal vez se amaban... Dice Luisa que al oír la noticia de su casamiento se turbó. Sí, se amaban; pero yo... ¿qué soy entonces para él? Allí estará ahora... ¡Oh, no! Yo tengo derecho a su amor, a su consideración; derechos sagrados; ¡yo necesito conservar su



cariño, no solo para mí, sino para mi hijo! Dicen que el amor de los hijos es el más intenso, el más puro de la vida; acaso al saber que va a ser padre olvide todo lo demás...

María, adormecida en sus penosas ideas, no sentía pasar las horas.

El primer pesar es indudablemente el más sentido, pues el corazón conserva siempre su memoria como una amarga esencia.

La noche había extendido su velo de sombras, y María, sin apercibirse de ello, continuaba en sus tristes meditaciones.

Vino a despertarla el vivo reflejo de un candelabro cargado de bujías que entró un criado.

– No he llamado, dijo María volviendo vivamente la cabeza, para que no vieses su rostro cubierto de lágrimas.

– La señora marquesa, ¿quiere que sirva la comida?

– No: llevaos esas luces; yo avisaré. Decid a Concha que venga.

El criado se inclinó con respeto, y salió llevándose el candelabro.

Concha llegó un momento después.

– Tráeme una bata, le dijo María, y abre esos balcones: el calor me hace daño...

La doncella obedeció en silencio.

La marquesa se quitó el elegante traje que llevaba, y se envolvió en la bata.

– Despéname, dijo sentándose en una pequeña butaca: me duele la cabeza.

Concha soltó aquella soberbia cabellera negra, y dividiéndola en dos mitades, la trenzó con cuidado.

– ¡Qué hermosos cabellos! dijo al ver que sus manos apenas podían alcanzar las gruesas trenzas. Y añadió con acento de admiración: ¡Ah qué hermosa está V.E. así, señora!

La doncella no mentía; María estaba bellísima.

La bata de seda blanca con ligeras listas rosa se entreabría en su pecho y se prolongaba sobre una blanca enagua guarnecida de encajes.

Un cordón de seda rosa ceñía su cintura sin oprimirla.

Sus largas y hermosas trenzas caían sobre su pecho y la hacían parecerse a la imagen dulce y poética de Mignon.

María inclinó su cabeza sobre la butaca como si estuviese fatigada, y pasó su mano blanca y fría por la frente.

– Señora, le dijo Concha con tierna solicitud: ¿no quiere V.E. que le sirva la comida?

– No; espero al Sr. Marqués.

– El señor puede detenerse, y V.C. está delicada.

– No, no quiero nada aún.

– Señora: es tan tarde, que le hará a V.E. daño.

– Pues bien, como quieras; haz que me sirvan aquí, dijo María, cansada de esta insistencia.

– ¿Qué tendrá? se preguntaba Concha, en tanto que María probaba apenas la comida que tenía delante en una pequeña mesa; parece que ha llorado: ¡y qué hermosa es! ¡Qué buena! ¡Cómo puede el marqués dejar a una mujer así por mi señora!...

María hizo retirar la mesa, y volvió a quedar sola.

– Espera al marqués, se decía Concha: ¡pobrecita! ¡No sé por qué las mujeres hemos de querer a quien siempre menos lo merece; le espera y él en tanto estará al lado de mi señora; mi señora que decía que no me miraría! Si supiera, que si yo quisiera no le tendría ahora a su lado...

¡Bah! El marqués las quiere a todas.

María entretanto se preguntaba con afán:

– ¿No vendrá? ¿Será verdad que está en casa de esa mujer? ¡Ah! ¡Eso sería infame! ¿Si no volverá más? se preguntó con terror. Pero ¡qué loca soy! ¡Eso no es posible! Carlos me ama. Otro día tampoco vino a comer; era muy tarde cuando llegó...

¡Ah! ¡Ese día debe ser el que dice Luisa que le vio en casa de esa condesa... ¡Ay Dios mío! ¿Estará ahora allí?

María se había levantado, y se asomó a uno de los balcones.

La luna le iluminaba suavemente, dejando en la oscuridad una parte de la casa.

Apenas había mirado distraída, cuando frente a ella, en la semioscuridad de la calle, vio una sombra gentil que, inmóvil, parecía mirarla.

– ¡Ah! dijo llevando ambas manos a su corazón para retener sus latidos: ¡César!... ¿Pero qué hace ahí, Dios mío?

Y retirándose del balcón, fue a sentarse de nuevo.

Su frente ardía; sus mejillas se habían encendido, sus labios temblaban, y en su mirada ardía como un reflejo del fuego de su corazón.

– ¡César, César! repetía: ¡está ahí! ¡Me ha visto quizás! ¿Pero por qué está ahí? ¿Habrá sucedido algo a Carlos y no se atreverá a decírmelo?... ¡Pero no; vendría su padre!... ¡César, César! se repetía. ¿Por qué está ahí?

De repente, un pensamiento extraño cruzó por su mente.

– Esa doncella, se dijo, él la conocía; ¿vendrá a verla?

Los celos son como la piedra de toque de todos los amores; si queréis saber sin engañaros si es amor lo que sentís, tened un motivo de sospecha, aunque sea infundado, y los celos os dirán bien claro el sentimiento que no acertábais a definir.

María hubiera podido juzgar el estado de su corazón si hubiese comprendido el sentimiento amargo y punzante que acababa de sentir.

Los celos aceptan como verdad todo lo más inverosímil, lo más absurdo; porque los celos, como pasión, dominan y no dejan su luz a la razón.

María volvió a mirar por el balcón, queriendo justificar sus sospechas; pero la esbelta forma que entre la sombra se delineaba no estaba ya, y a nadie se veía en los balcones ni rejas de la casa.

– ¡Ah! se dijo María: sin duda me han visto...

El corazón es ingenioso en martirizarse; cuando se abriga una duda, cuando se teme, siempre cree lo que más daño le hace.

Así María, sin explicarse el porqué, sufría una agonía infinita, que aumentaba sus sospechas.

César había visto a María varias veces: pero fiel a sus promesas, su lenguaje, sus atenciones, habían sido las de un hermano.

Este era el resultado de una lucha dolorosa, sostenida en su corazón, pues César la había amado mucho para poder cambiar tan fácilmente en un puro afecto las ilusiones y esperanzas de su amor.

Pero hay una edad en que se aceptan todos los sueños de oro del deseo como realidades: César había aceptado las ficciones de su fantasía y, confiando en su valor, las había ofrecido a María acaso más de lo que podía conceder su corazón.

Pero en todas las edades, como en todos los sentimientos, el corazón es exigente.

César necesitó ver a María, ver algo suyo, a pesar de la pureza, de la idealidad de su amor.

Él, como Rafael de Lamartine, que vendía la última joya de su madre por ir algunas noches más a mirar el reflejo de las ventanas de Julia, hubiera dado también lo más querido de su alma por mirar aquellos balcones entreabiertos, en cuyas cortinas se dibujaba a veces una sombra fugitiva que él adivinaba.

Veía la luz que alumbraba su frente, oía a veces el eco de su piano, acaso su voz, y esto era para su corazón la realidad de un sueño de cielo.

En esta noche la vio a ella misma; la luna la iluminaba, como si hubiese querido dar este consuelo al triste amante... Vio sus trenzas, que él admiraba tantas veces, cuando María, niña aún, corría por los jardines de su padre... Sintió su mirada que le buscaba, que le conocía, y huyó de allí, llevando felicidad para cien vidas que tuviera.

– Me ha conocido, se decía; sabrá que su hermano no la olvida, que vela por ella: ¡qué hermosa está! ¡Parece que la veo en mi pensamiento! Estaba triste... ¿pensaría acaso en mí?

María, entre tanto, había vuelto a inquietarse con la tardanza de Carlos.

Toda la noche la pasó en una angustia creciente, y al otro día, pálida, muy pálida, le esperaba aún, sin saber explicarse su ausencia.

María no sabía que al primer dolor se siguen muchos dolores, como si se eslabonasen en cadenas eternas; no sabía que el corazón al fin acaba por enfriarse, por sentir con menos intensidad, hasta que adquiere una especie de triste costumbre; y entonces, lo que para él es extraño no es el dolor. sino la dicha.

¡Dichosos los seres que sienten todos los pesares con intensidad, pues eso prueba que han tenido tan poco, que el corazón no ha podido adquirir el embrutecimiento moral de la costumbre de sufrir!

#### CAPÍTULO XIV: *NUEVOS PROPÓSITOS*

María pasó todo el día en una inquietud mortal.

Las ocho de la noche serían cuando oyó la voz de Carlos que hablaba con todo imperioso a un criado.

María iba a salirle al encuentro; pero, contra lo que esperaba, Carlos siguió a sus habitaciones sin detenerse.

– Quizás vendrá por la puerta interior, se dijo.

Pero el tiempo pasaba, y Carlos no aparecía.

María no tuvo paciencia para esperar más, y fue a llamar resueltamente a la puerta que unía sus habitaciones con las de su esposo.

Tardaron algún tiempo en contestar, y al fin Carlos la abrió.

María entró, y al ver a Carlos pálido, disgustado, olvidó todo lo que había sufrido esperándole, para no pensar más que en él, porque en aquel noble corazón vivía para los demás más bien que para sí.

– ¿Has estado malo? le preguntó con anhelo.

– No, María, le contestó acercando un silloncito; siéntate, si quieres...

María estaba tan turbada, tan trémula, como si fuera ella la que tuviese que disculpar una falta.

– Venía a saber si te había sucedido algo desagradable; he tenido una mortal inquietud desde ayer.

– ¿Y para qué te inquietas? ¿No te he dicho muchas veces que cuando tarde no me esperes?

– Yo no puedo evitarlo; además, sin ti tengo miedo.

– ¡Miedo! dijo Carlos con una risa burlona, ¿y a qué?

– No lo sé; pero no debes burlarte de ello, pues mi temor es por ti.

– ¡Ah! ¡Por mí! Pues tu temor es infundado, te lo repito: además, tú no habrás pensado en que yo he de estar constantemente pegado a tus faldas; ¡eso es ridículo!

El acento de Carlos era tan irónico, tan despreciativo, que María sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Carlos, convencido de que había obrado mal, de que merecía las quejas de su esposa, había tomado el partido que ocurre siempre a una persona vulgar en este caso: el mostrar una

superioridad impertinente, para esquivar las preguntas que pudieran hacerle.

María comprendió por instinto que Carlos, para evitarse de dar explicaciones, demostraba una independencia muy discutible cuanto menos, pues nadie tiene el derecho de faltar a los deberes contraídos, y quiso desviar la conversación de este terreno.

– No he venido, le dijo suavemente, a saber dónde has estado: he venido a informarme del estado de tu salud.

– Ya ves que es bueno.

– Sí, ya lo veo, y me voy.

María se puso de pie, y Carlos no la detuvo; estaba cansado y deseaba quedar solo, porque sus ojos se cerraban bajo la influencia del sueño.

– Beatriz dice bien; esta niña quiere ponerme unos andadores: ¡vive Dios, que esto es mucho exigir!... Y estaba pálida... Se conoce que ha llorado... ¡Bah! Yo no quiero hacerla sufrir, pero ¿quién la manda ser tan sentimental? La verdad es que ella debe tener más filosofía... Pero no ¡diablo! entonces... podía ser muy bien que se le antojase ocupar sus horas... No lo temo: es buena y candorosa, y yo no sé por qué pienso en esto.

A veces la dulzura de carácter, la bondad de corazón, la dignidad que impide a una mujer quejarse, la toma el hombre por debilidad, por nulidad, por indiferencia.

Es verdad que esto sucede cuando se trata de un hombre de mediano talento, de corazón gastado y de educación descuidada; pero como por desgracia las medianías forman la mayoría en la sociedad; como son pocas las mujeres que hallan un ser superior que las comprenda, que sea al mismo tiempo para ellas el protector, el amigo y el esposo, la mujer que siente así, o tiene el valor del martirio, y es una santa, o al ver que se la desconoce deja embotarse sus facultades para ser verdaderamente inútil, o se rebela contra el tiránico poder que quiere amoldar a la medida de su egoísmo sentimientos que no comprende y es, no lo que debiera haber sido, sino lo que las circunstancias han querido que sea.

María no dudó, al volver a su cuarto, que Carlos había pasado al lado de otra mujer el tiempo que había estado lejos de ella.

Era inocente, pero no a la manera que lo es el ignorante, sino como puede serlo una niña educada de una manera piadosa, y

lejos del continuo hervidero de pasiones que se agitan y desarrollan en la vida social.

Así es que en el despego de Carlos, en su empeño de evitar verla, y en la impaciencia que demostraba al hablarla, comprendió perfectamente lo que él quería ocultar.

Pero era orgullosa, era digna, y no se quejó; solo se preguntó con amargura qué iba a ser de ella unida para siempre a un hombre que no la amaba.

María no tenía un corazón adonde llevar sus penas; Aurora era una niña dulce y pura que no entendía de pesares; Luisa, ligera e insustancial, no era tampoco la amiga que la hubiera consolado.

Y aún creemos que, de tener una persona adicta y cariñosa, María habría callado; pues hay almas tan excesivamente delicadas, que creen que confesar sus penas es casi merecerlas.

María lloró casi toda la noche y, al amanecer, su frente ardía, sus mejillas estaban encendidas; tenía fiebre.

Llamó y Concha entró.

Al verla le preguntó con cuidado si estaba enferma, y María sonrió para decirle que era un leve dolor de cabeza.

La doncella salió después de haber dado a su señora una copa de agua, en que puso unas gotas de azahar; y María, en medio adormecida, no sintió pasar las horas.

Carlos salió a las doce de su cuarto. Fue al comedor, y no viendo a María, aunque era la hora del almuerzo, preguntó por ella.

– La señora no se ha levantado aún, le contestaron.

– La señora está enferma, dijo Concha, que entraba en aquel momento.

– ¡Enferma! ¿Y por qué no se me ha avisado? dijo el marqués con disgusto.

– La señora nada ha dicho.

Carlos ya no la oía, porque se lanzó rápidamente a las habitaciones de María.

Al entrar entreabrió uno de los balcones cerrados aún, y se dirigió al lecho.

María abrió los ojos, y los volvió a cerrar, como si la luz la molestase.

– María, dijo Carlos: ¿qué tienes?

– No sé, contestó; me duele la cabeza.

Carlos puso su mano sobre la frente de su esposa, que ardía.

– ¿Por qué no has avisado? Creo que tienes calentura.

Y tirando con fuerza del cordón de la campanilla, dijo al criado que se presentó:

– Pronto: que vayan por el médico de casa, y si no lo encuentra, que venga otro.

– Pero Carlos, dijo María incorporándose un poco: ¡si esto no es nada!

Al hablar así, apoyándose ligeramente en los almohadones de su lecho, y echándose hacia atrás las negras trenzas de sus cabellos, estaba hermosísima.

Pero sintiendo que su cabeza vacilaba, volvió a recostarse.

Carlos se inclinó y cubrió sus hombros con la ropa del lecho.

– Debí conocer anoche que no estabas buena, le dijo, porque estabas muy pálida: ¿por qué no me lo dijiste?

– No me sentía mal, no, y esto no es nada, no tengas cuidado.

Carlos se conmovió al oírla: en vez de culparle por su mal, aquella dulce criatura procuraba evitarle un disgusto, asegurándole que estaba bien.

Un impulso generoso volvía a iniciarse en su corazón hacia su amada esposa, que parecía vencer de nuevo la influencia fatal que le alejaba de su lado.

Pero aquel impulso noble y bueno cedió ante un sentimiento de orgullo.

– Ella no me ha preguntado siquiera dónde he estado; no se ha quejado. no le importará mucho.

En este momento sintió pasos en el salón que precedía a la alcoba, y salió a la puerta cuando llegaba el médico. Este observó con cuidado a María, y dijo que era una ligera fiebre nerviosa.

– Hace algún tiempo que no está buena, dijo Carlos; apenas puede comer nada, y adelgaza notablemente.

El médico tomó el pulso de María; lo retuvo con cuidado, contando sus pulsaciones; hizo algunas preguntas a la bella enferma y volviéndose a Carlos, le dijo:

– La señora marquesa está encinta, y como su temperamento nervioso está excitado por su estado especial, ha adquirido una sensibilidad extraordinaria, y la más leve emoción la altera; es necesario mucho cuidado, mucha calma, y nada hay que temer:



yo volveré hasta que la señora esté bien; pero repito que esta leve calentura no es nada, sino el resultado de una excitación nerviosa.

María se ruborizó y Carlos la miró sin poder ocultar su intensa alegría.

Acompañó al médico hasta la escalera y volvió a su lado.

– ¡María de mi alma! le dijo abrazándola: ¿por qué no me has dicho nada? ¿No sabes que todas mis esperanzas, todos mis deseos eran tener un hijo?

– No tenía seguridad de ello, y anoche quería decírtelo; pero tú apenas me dejaste hablar.

– ¡Ah! perdóname; será la última vez que te haga sufrir... Mira, María de mi vida, hay en Madrid algo (no importa lo que sea) que me haría volver a faltar a los propósitos que ahora tengo con todo mi corazón... Sé tan buena que no me preguntes lo que es, que no intentes saberlo..., para que pueda vencerme a mí mismo, necesito que nos vayamos de aquí: ¿quieres? Ya hace bastante calor; nos iremos a un puerto de Francia, y verás cómo somos felices: yo no quiero verte llorar, yo no quiero que sufra la madre de mi hijo.

Y cediendo a la volubilidad de su carácter, continuó con cariño:

– Pero ¿por qué me has callado tu secreto? ¿No sabías la felicidad que me dabas?

Para las almas como la de María no existe la ofensa, que perdonan al recibirla; María creía que Carlos, verdaderamente arrepentido, solicitaba su perdón, y se apresuró a darlo.

La pobre niña no se preguntaba qué dicha podría esperar del que así cambiaba de ideas y sentimientos.

– Iremos a donde tú quieras, dijo dulcemente; a donde tú estés, está todo para mí; no quiero saber lo que aquí te aleja de mi lado, pero ya que mi recuerdo no es bastante fuerte para hacer que venzas esa influencia, que lo sea el de tu hijo.

– Unido al tuyo, te juro que lo será; tan pronto como te mejores, nos iremos; entre tanto, haz que tus doncellas preparen los equipajes. ¡Ah! A propósito: no sabrán a donde vamos; no lo digas tampoco a tus amigos; iremos a Dieppe, pero no hay necesidad de que nadie lo sepa.

– A nadie lo diré, dijo María con triste sonrisa.

– Procura ponerte pronto buena, y al momento nos iremos: llevarás una doncella; yo a nadie necesito.

– Como quieras.

– Pues adiós; voy a prepararlo todo para nuestro viaje.

Dos días después, María había dejado el lecho, y sentada en una pequeña butaca, seguía con la vista a Concha, que iba y venía arreglando cajas y baúles.

– ¿Conque al fin podremos irnos pasado mañana? dijo Carlos entrando.

– Por mi parte, mañana estaré dispuesta, dijo María.

– Estás ya fuerte, ¿no es verdad? dijo Carlos tomando sus manos con cariño.

– ¡Oh, sí! Ya estoy buena.

La dicha daba, en efecto, a su semblante una expresión tan dulce, que parecía la que imprime la salud y la alegría.

– Tanto mejor: sería imperdonable en mi heredero el darte malos ratos. ¿Qué doncella llevas?

– A Concha.

– Me alegro. Concha es una chica lista, y no fea. Decididamente, pasado mañana nos iremos, añadió Carlos.

Aquella noche Concha salió con pretexto de hacer algunas compras, y fue a ver a la condesa.

Señora, le dijo, nos marchamos a Francia pasado mañana.

– ¿A qué punto?

– No lo sé; la marquesa ha guardado silencio acerca de eso; pero, señora, allí hay novedades que son las que motivan este viaje.

– ¿Qué sucede?

– Sucede que la marquesa está encinta, y el marqués está loco de alegría: no se separa de su lado. ¡Cuánto cuidado, cuántos mimos! ¡Parece un chiquillo con su mujer!

La condesa, pálida de rabia, apenas podría hablar.

– Es necesario, dijo al fin, que me escribas desde donde quiera que estén: que me digas todo lo que sucede.

– Lo haré así, señora.

Magdalena dio un bolsillo a Concha, y la despidió.

– ¡Huye de mí! se decía: ¡se va y no quiere que sepa dónde está! ¡Esa mujer ha vencido! Sí, porque ahora tendrá un lazo que yo no puedo romper, el cariño de su hijo... Es necesario probar

si es tan duradera esa resolución como todas las de Carlos: no parten hasta pasado mañana.

Mañana lo llamaré.

Al otro día Carlos volvía con María de hacer unas visitas, cuando le entregaron la carta de Magdalena.

María le miró con ansia, y palideció intensamente.

Carlos tomó la carta, y sin abrirla, la rompió en pequeños pedazos que arrojó por el balcón.

– ¡Ah! dijo María: gracias, Carlos mío, gracias; ¡tú no sabes la dicha que me das!

– ¡Pues qué! dijo este: ¿adivinas lo que podía decir esa carta?

– Lo sé con certeza; eso es lo que te retiene lejos de mí, lo que motiva este viaje. Veo que empiezas a cumplir tus promesas, y te lo agradezco con todo mi corazón.

Carlos, algo confuso, le dijo:

– No pienses más en ello, ya soy solo tuyo, y añadió con tono festivo: pero, ¿qué es esto, señora? ¿A pesar de mis severas órdenes se permite usted llevar corsé?

– Para vestir es preciso.

– No veo la precisión, y puesto que estamos en una época de concesiones, es necesario hacerlas mutuas. Usted, señora, no llevará corsé por ahora, y yo...

– ¿Qué? dijo María alegremente.

– No leeré más cartas que se me envíen así.

– Haré cuanto tú quieras, te lo aseguro, desde luego. ¡Qué no haré yo por conservar tu cariño!

Un día después salían para Francia; María, feliz porque creía asegurado el cariño de Carlos, y este contento porque tenía por resuelta satisfactoriamente la cuestión que tanto le preocupaba.

Para él había un gran encanto en el nuevo afecto que esperaban, que solo por ser nuevo era agradable a su corazón; es muy dudoso que el que no sabe cumplir sus deberes de esposo, sepa cumplir los de padre.

María, quizás al alejarse de Madrid, sentía, sin saber darse cuenta de ello, un gran vacío en su corazón: su alma pura, su espíritu recto y elevado cumplían siempre su deber, no como un sacrificio, sino como una dulce y sagrada obligación.

Si Carlos hubiese sido capaz de comprender aquel noble corazón, y le hubiera consagrado todos los latidos del suyo sin

esfuerzo alguno, el afecto naciente que por él había cruzado se habría desvanecido como la aurora ante el sol; pero los hombres como Carlos no son los que pueden hacer de una niña sencilla y buena una mujer modelo.

Dejémosles por ahora, y volvamos a Magdalena, a quien sin duda desean conocer más a fondo nuestros lectores.

## CAPÍTULO XV: *HISTORIA DE MAGDALENA*

En el año 1852 se celebraba en Florencia el casamiento de la linda joven Beatriz Barelli con el caballero Víctor Marini, distinguido diplomático, hombre de gran talento, conocido ventajosamente, así por estas cualidades, como por sus prendas personales.

Beatriz, hija de una familia noble y distinguida, llevó a su matrimonio una cuantiosa dote, un corazón apasionado y ardiente, y una belleza ideal.

En vano la hermosa joven, en las risueñas ilusiones del amor primero, que tan bellas son, quiso encontrar en su esposo el cariño entusiasta, el amor vehemente que ella le ofrecía.

Víctor, que tenía diez años más de edad, de carácter frío y egoísta, profundamente calculador, opuso a sus trasportes una calma tan parecida a la indiferencia, que su joven esposa, herida en su amor y en su orgullo, sintió irse enfriando su corazón, como si lentamente le fuesen envolviendo en la capa de hielo del desengaño.

Hay caracteres que no han sido formados para aceptar sus pesares, suavizándolos con el dulce bálsamo de la resignación, y estudiando el medio de hacerlos menos penosos.

Beatriz, de carácter enérgico, vehemente y firme; de alma apasionada, de indómita voluntad, ni sabía ni quería conformarse con las penas que la vida le ofreciera.

Instruida con esmero, pero no educada, pues creemos, con Madame Staël, que saber sentir es la mejor educación, Beatriz se dejó llevar bien pronto de sus impresiones, que no contenían ni la religión, ni la educación, esas dos firmes bases de la vida social.

Ella se veía hermosa, halagada, envidiada; tenía veintidós años, y se preguntó si debía apagar en su corazón toda esperanza de amor, de dicha; todas esas ilusiones que, cual nubecilla de una primavera celestial, flotan en el Oriente de nuestra vida.

Muy pronto, dejándose llevar por sus deseos, como una barca abandonada se deja llevar por la corriente, compartió las horas de su vida entre los triunfos de su belleza, los galantes homenajes que se le tributaban, y la satisfacción de inspirar algunas pasiones que –preciso es hacerle justicia– no pensó en corresponder.

Víctor Marini supo bien pronto que el nombre de su esposa se hallaba mezclado en algunas aventuras amorosas; y no sus celos, pues en aquella alma no podían abrigarse, sino su orgullo, le hizo pensar en evitar el escándalo.

Sin participar a Beatriz, solicitó y obtuvo venir a España agregado a la legación de Italia, y el día que tuvo su nombramiento, dijo a su esposa con frialdad:

– Dentro de tres días salimos para España, señora; tened la bondad de estar dispuesta para seguirme–

– ¡A España! ¿Y a qué vamos a España?

– A desempeñar un cargo que el gobierno se ha dignado confiarme.

– ¡Pues yo no quiero ir! ¡No iré!

– Las leyes obligan a la mujer a seguir a su marido. Además, Beatriz, sabedlo y no lo olvidéis, pues no pienso decíroslo más de una vez: si antes no he cortado de uno o de otro modo vuestras ligerezas, vuestras locuras, no es porque haya sido indiferente a ellas, sino porque sabía no pasaban de meras coqueterías; pero ¡ay de vos, Beatriz, si llegáis a manchar mi nombre! Nada os exijo en nombre del amor; yo no os amo; podéis llevar en vuestro corazón el nombre que gustéis, pero os haré respetar mi honra, que hasta aquí está sin mancha.

Beatriz, pues, vino a España porque no halló medio de oponerse a ello, y porque la energía que le demostró su esposo, a la cual no estaba acostumbrada, la asustó.

Al llegar a Madrid, sin tener una amiga, sin comprender siquiera a los que la rodeaban, creyó morir de fastidio, de hastío.

Pasaba sus días leyendo dulces poesías del Dante y Tasso, estudiando con afán nuestro rico idioma, y hablando con su

doncella Cristina, que la había seguido desde Florencia, y que era la confidente de todos sus secretos.

Bien pronto se cansó de esta monotonía y empezó a asistir a las reuniones para que se la invitaba, a hacerse notar en el paseo y en los teatros por su lujo y su belleza.

Algún tiempo pasó así, sin que su esposo le indicase desagrado por su vida disipada y ligera, cuando conoció en un baile al marqués de la Rivera.

Carlos apenas se fijó en la linda chica italiana, y ella, acostumbrada a los homenajes, empezó a empeñarse por el que la miraba sin la más leve emoción. Esta lucha, como no podía menos de suceder, acabó por un violento amor de parte de Beatriz, que pareció comunicar su fuego al corazón del joven marqués.

Bien pronto estos amores no fueron un misterio para nadie, porque Beatriz era muy orgullosa, muy altiva para ocultar sus sentimientos, y Carlos sobrado vanidoso para disimular que era amado.

Víctor comprendió que nada adelantaría con reconvenir a su esposa, y antes de que el mal fuese irremediable, pidió ser trasladado a Francia.

Beatriz lo siguió con disgusto, confiando, sin embargo, en que Carlos iría a París.

Así fue, en efecto: bien pronto Carlos, a quien irritaban todos los obstáculos, pidió a Beatriz que le siguiera, y ella, que le amaba de una manera loca, delirante, accedió a todos sus deseos.

Convinieron en que Beatriz pretextaría un viaje a Italia, donde tenía su familia, y quedaría en un pueblecito de las cercanías de París, donde Carlos tomaría una casa.

Víctor, cansado de seguir constantemente a su esposa en la senda de sus locuras, accedió contexto a este viaje, y Beatriz partió acompañada de su doncella Cristina.

En la embriaguez de su alegría, Beatriz olvidó la gravedad del paso que acababa de dar; olvidó el remordimiento que se alzaba sobre su conciencia para empañar la luz de su inmensa dicha, y no vivió más que por Carlos y para Carlos.

Este, de carácter débil y voluble, se dejó embriagar por la pasión ardiente de la italiana, y con la misma facilidad llegó a enfriarse y cansarse de ella.

Carlos iba a París con frecuencia: el poético y perfumado retiro de Saint-Cloud le cansaba.

Un día se encontró con uno de sus amigos de Sevilla, que volvía a España. Habló a Carlos de las novedades que había en la andaluza ciudad, le instó para que volviese con él y Carlos, que ya estaba cansado de idilios amorosos, que miraba a Saint-Cloud como una Tebaida muy pequeña para tenerle a él de solitario, por más que su soledad no fuese completa, se decidió a volver a España sin despedirse de Beatriz.

Si como hay leyes que castigan los delitos que afectan a las sociedades las hubiera para los que afectan al alma, y se castigaran en nombre del honor, acaso encontraríamos criminales en muchos que creemos caballeros.

Todo cuanto dijéramos del dolor y la desesperación de Beatriz al esperar en vano a Carlos sería pálido. Calmada su primera exaltación, se propuso seguirle, y como ella había llevado consigo grandes sumas, pudo al llegar a España desplegar un gran lujo y atraerse amigos.

Tomó el nombre de Magdalena, con su segundo apellido, y el título de una anciana parienta suya, y tuvo bien cuidado de evitar el trato con las personas que antes la habían conocido.

Muchos la habían olvidado, otros creían un parecido casual el que existía entre la condesa y Beatriz, y nadie se interesó en profundizar este misterio.

Ya han visto nuestros lectores cómo encontró a Carlos y su empeño en atraer de nuevo a su amor.

## CAPÍTULO XVI: *CELOS Y ESPERANZAS*

Hemos trazado a grandes rasgos la historia de Magdalena (pues por ahora la llamaremos así, ya que con este nombre se la conoce) y volvemos a encontrarla después de haber esperado inútilmente al marqués.

Cuánta desesperación, cuánta rabia, cuánta amargura pueden encerrarse en un corazón las sentía Magdalena hervir en el suyo, haciéndole estallar las lágrimas.

Y es que en este dolor se unían muy distintos sentimientos: ella veía ante sí un porvenir dudoso, del que solo podía esperar olvido y abandono.

Ella sentía alzarse el fantasma de su pasado como la sombría imagen del remordimiento, y sobre todos estos temores, dominándolo todo, como domina la luz del sol todas las luces de la esfera, veía a Carlos al lado de otra mujer, tierno, enamorado, esperando con ansia el momento de compartir su cariño entre aquella mujer y la flor de amor que tomaba vida en su seno.

Magdalena sentía el dolor de su desesperación, sin darse cuenta de las causas que se unían para producirla, porque en el paroxismo del dolor no se piensa, no se aprecian los detalles del sufrimiento, se sienten: la voluntad de doblega vencida, y no hay en esos instantes luz para la razón, ni espacio para el pensamiento, que gira sin voz y sin vida, como si hubiesen arrojado sobre él un torbellino de sombras.

Pero su pensamiento dominante, su locura, eran sus celos, lo demás era una consecuencia de ellos; pues de tener el amor de Carlos, no hubiera recordado los sacrificios que le costaba este amor.

Magdalena había esperado con ansiedad noticias de Cristina, que no tardaron.

A los cinco días de haberse marchado, recibió una carta que decía:

«París 6 de agosto.

Señora: *Por ahora* continuaremos aquí, porque la señora marquesa está delicada.

Después no sé a dónde iremos: avisaré.

Nada de nuevo.

Su humilde servidora,

CRISTINA.  
Grand Hôtel»

Magdalena se resignó a esperar, pues a París le era imposible ir a buscar a Carlos.

Allí estaba su esposo y sentía, al pensar en él, un temor involuntario.



Cuando, inspirada por sus celos, revolvía en su pensamiento planes de odio y de venganza, le anunciaron a César Saavedra, al que se apresuró a recibir.

– Sí, decía en tanto que arreglaba con cuidado los pliegues de su falda; que venga César, precisamente ha sido él mucho tiempo el primer agente de mis esperanzas...

Cuando César entró, le recibió con una agradable sonrisa, y le señaló un asiento cerca del suyo.

– Me han dicho, condesa, que ha estado usted enferma, y...

– Y se me conoce mucho, ¿no es así?

– Si su imaginación dejase de volar alguna vez con esa viveza que tan rica de expresión la hace, me hubiese usted oído todo lo contrario: iba a decirle que no se conocía, pues como siempre, está encantadora.

– Gracias, amigo mío: y usted ¿cómo va de su herida?

– ¡Oh! perfectamente. Ya no la recuerdo siquiera.

– Pues César, a riesgo de que califique usted como quiera mi franqueza, le diré que he creído, al verle, que había usted tenido algún retroceso en la convalecencia; le encuentro muy pálido...

– El calor, condesa.

– Puede ser, y me alegro de ello.

– Gracias a mi vez: y usted, ¿cuándo nos abandona?

– Creo muy pronto. Y esto hace necesario, porque apenas queda en Madrid una persona conocida.

– Sí: se van alejando muchos, dijo César con acento involuntariamente triste.

La condesa observó aquel acento, y le miró con cuidado.

– Ayer, dijo sin dejar de mirarle atentamente, estuvo a despedirse de mí aquella deliciosa rubia a quien usted hablaba muchas veces en nuestras reuniones, Luisita Miranda, y me dijo que casi todas sus amigas habían dejado Madrid: me citó a la condesa de Campo-Alegre, a la marquesa de la Rivera..., pero a esta última creo que la conoce usted, César, pues le he visto hablar con el marqués.

– María es mi amiga de la infancia, casi mi hermana, señora, dijo César con voz conmovida.

– ¡Ah! dijo ocultando su alegría la condesa: ¿con que usted era su amigo de la niñez? ¿Y cómo se conocieron ustedes?

– Su padre y el mío son muy amigos, María quedó confiada al cuidado de mi padre, en tanto que estuvo en un colegio de esta corte.

– ¿Se llama María? Tiene un nombre dulce y bello: ¿y es hermosa?

– ¡Ah! hermosísima, dijo César con calor: pero ¿usted no la conoce, condesa?

– No he tenido ese placer; me han dicho que tiene talento, que es una joven adorable.

– María, más que todo, es buena. Su corazón es tan generoso, su alma tan tierna que, por sus sentimientos, y aún por su edad, más que una mujer, es una niña. Además, como usted ha dicho, tiene talento: para la pintura es una verdadera artista; el sentimiento de lo bello impregna todas sus creaciones, como el perfume las hojas de una rosa.

César, al hablar de María, se olvidó de la persona que le escuchaba, y repitió, sin pensar en lo que hacía, las alabanzas que para su ídolo se alzaban en su alma, como el cántico misterioso del amor primero.

La condesa apenas podía ocultar su gozo al oírle. Le parecía oír en cada una de esas palabras la confirmación de un amor que ella deseaba tanto; porque si María amaba a César, el encanto para Carlos estaba deshecho, y la mujer pura, el ángel ideal que la había vencido en el corazón del marqués venía a ser la mujer vulgar, el ángel caído que pierde sus alas en pequeños galanteos.

Así fue que en tanto que César estuvo a su lado, le hizo hablar de María, ya interrumpiéndole con preguntas al parecer sencillas, ya escuchándole con una complacencia que tanto podía interpretarse como una prueba de amabilidad y educación, como de profundo interés. Cuando César se fue, en el corazón de Magdalena dejaba con sus palabras un rayo de esperanza.

– Ella te amará, se decía, porque el corazón de esas mujeres tímidas, dulces y cariñosas se apega siempre a lo que conocen, y se aleja de lo nuevo. Por eso diría a Carlos que no le amaba: ¿y quién sabe si para empeñarlo? No sé por qué todos han de creer de buena fe a los que imitan con el manto de la hipocresía la inocencia... Ella ha sabido atraer a Carlos, que es demasiado despreocupado para intentar ahora volver al sitio que le marca su deber; ella me ha vencido, pero yo me vengaré.

Desde este día, Magdalena no pensó más que en su esperanza de vengarse, y en los celos que avivaban este deseo.

No pensó ni una sola vez en que ningún daño le había hecho la inocente niña que quería perder; no pensó tampoco en que cuando el hombre no oye la voz de la mujer que le ama, es inútil esperar que por otros medios se llegue a su corazón, pues cuando el amor ha desaparecido, nada lo reemplaza.

Todo instinto noble y generoso se había perdido en su alma, toda idea del bien se había olvidado: y es que, como dice Madame Staël, el corazón de la mujer se seca siempre al corromperse.

## CAPÍTULO XVII: *SEIS MESES DESPUÉS*

Han pasado seis meses desde que dejamos a Magdalena pensando en la manera de vengarse del abandono de Carlos, y volvemos a encontrarla en su casa de Madrid, al lado de una chimenea encendida, que proyecta con el reflejo de su llama un suave matiz rosa sobre el pálido rostro de la condesa—

Cristina, su antigua camarera, sentada en un pequeño taburete junto a ella, le decía, siguiendo al parecer una conservación empezada:

— La señora marquesa no escribe más que para su padre.

— Pues necesito absolutamente una de sus cartas, y tú te encargarás de ello.

— Repito a mi señora que es muy difícil, porque ¿cómo he de procurármela, si el mismo marqués la entrega a un criado para que las ponga en el correo? Además, si siempre he visto escribir poco a la señora, ahora menos que nunca, pues con el niño está ocupada todo el día.

— ¿Dices que el niño se parece a su padre?

— De una manera completa: es precioso, pues con tan poco tiempo parece imposible que tenga unas facciones tan bellas, y luego, como es muy blanco y tiene la cabeza cubierta de rizos negros...

— ¿Y le quiere mucho el marqués?

— ¡Jesús! Creo que se va a volver loco con él. Todo el día está hablando de su Carlitos, deseando oírle hablar. ¡Qué sé yo! Allí

no se vive más que para el niño. Pues ¡y la marquesa! El otro día estaba yo vistiéndola, y el marqués miraba al niño, que dormía en su cuna. –«María, le dijo de pronto: ¿quién querrá más a Carlitos: tú o yo? –Yo, le dijo la marquesa. –¡Tú! ¿Y por qué has de ser tú? –Porque, Carlos, yo le debo toda mi dicha: ¡bendito sea él, que antes de nacer daba ya felicidad a su madre!». Y corrió la cuna para besar al niño que despertó y pareció sonreír a sus padres que se disputaban el besarlo. Yo, señora, sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas al verlos, y me acordé de que nunca había conocido a mis padres. Desde entonces, señora, pensé en venir a decirle: «Yo no puedo hacer ningún daño a esa señora, a la que he tomado cariño, y no sé para qué he de estar más tiempo a su lado».

– Me haces falta allí, Cristina, tú no olvides que a mí me lo debes todo.

– ¡Pero si allí de nada sirvo!...

– Dime, dijo la condesa imperiosamente, como si no quisiera dejarle terminar, y el marqués, al ver mis cartas...

– Yo lo he observado, señora, y no las ha leído.

– ¡Que no las ha leído! ¡Eso no es posible!

Cristina calló, como si su silencio lo afirmara.

– Has debido engañarte, prosiguió: ¡no leer Carlos mis cartas! ¡Qué locura!

– Lo he visto romperlas sin abrirlas, señora.

La ira, el dolor y el orgullo enviaron una roja llamarada a la frente de la condesa.

– ¡Ah! murmuró: yo escribiré una, que la guardará toda su vida, y la leerá con llanto de su corazón. ¿Cuándo dices que se va el marqués de caza?

– En la próxima semana, a principios de marzo.

– Pues antes, ¿lo oyes? necesito ver la letra de la marquesa.

– Pero, señora, ¿de qué manera?

– ¡Eh! ¡Qué sé yo! Tú buscarás un medio. ¿Te habrás vuelto ahora torpe?

Cristina hizo un gracioso gesto, y guardó silencio.

– Si haces lo que te digo, dijo la condesa, muy pronto volverás a mi lado.

– ¡Ah señora! ¡Quiéralo Dios!

– ¡Pues qué! ¿Tan mal te va allí?

– ¿Mal? No señora, pero me hace daño, al ver en la marquesa tanta dicha, acordarme de que mi señora sufre; y miro con odio al marqués, al que oigo decir a su mujer las mismas frases que decía a Vuestra Señoría otras veces.

– Gracias, Cristina, por tu cariño hacia mí, dijo Magdalena, que no había podido contener las lágrimas: ¿con que son tan felices?

– ¡Ah, señora! ¡Parece imposible que el marqués sea el mismo! Cuando estábamos en Dieppe tenía algunos ratos de mal humor, pero como la marquesa es tan buena, le hablaba de cosas que le agradaban, le hacía que fuese a buscar a sus amigos, y al fin siempre pasaba como una nubecilla en una mañana de mayo. Pero desde que volvimos a Madrid, desde que nació el niño, nunca tiene mal humor: al contrario, está contento, y cuando ve a la marquesa de rodillas junto a la cuna de su hijo, en vez de burlarse de ella, como antes se burlaba de todo, se arrodilla también y un día le oí decirle: –«Había olvidado las oraciones que me enseñó mi madre, pero aprenderé ahora las que dices tú para pedir por nuestro hijo». En fin, señora, es increíble cómo ha cambiado.

– Es preciso intentar el último medio que tengo.

– ¿Para qué, señora?

– Tú no entiendes de esto; lo único que tienes que hacer es traerme algún escrito de la marquesa.

– Lo intentaré, señora.

– Lo traerás, porque yo lo mando; dime: y el joven que te hice observar, ¿va con frecuencia a ver a la marquesa?

– No señora. Va poco y casi siempre con su hermana.

– Pero ¿no le recibe nunca sola la marquesa?

– No le he visto nunca a solas con ella.

– No importa; va, y esto basta. Vete, Cristina y no olvides mi encargo.

Cristina salió, y Magdalena dejó correr su llanto contenido ante su camarera.

– ¡Conque son tan felices! se decía. ¿Será verdad que para hallar la mujer la dicha no tiene más camino que el deber? ¿Que al sentir en su pecho latir lleno de vida el corazón, ha de apagar sus latidos, si no quiere que ellos sean la terna despedida de toda su ventura? Sea lo que quiera, yo no puedo ya retroceder;

necesito a Carlos, quiero que mi alma sacie esta ardiente sed que me enajena: le necesito para no volverme loca. ¡Qué me importan a mí el llanto y la desgracia de esa mujer! Yo le quiero, bastante he dudado, bastante he vacilado, y no puedo más. Puesto que ella quiere tanto a su hijo, puesto que este se le parece, habrá de contentarse con la copia... Y por otra parte, ella no le amaba; acaso me agradezca que le aleje de su lado; le ha convertido, me decía ahora Cristina: ¡bah! yo me río de esas conversaciones. Hombres como Carlos no se convierten jamás. Podrán, gracias a la debilidad de su carácter, parecer bien distintos de lo que son, pero cambiar... veremos. De todos modos, yo no puedo sufrir más. Voy a intentar la última prueba...

Magdalena, al decir esto, lloraba. Se conocía que una gran lucha se había empeñado entre su razón y su corazón.

Pero Magdalena no luchaba con su razón para vencer con ella, sino para que fuese vencida, pues como el postrer destello de una luz que se apaga, lucía débilmente su último reflejo.

Daba pena ver a aquella mujer, joven aún, hermosa, luchando con tenaz empeño por conservar el amor del hombre que la había perdido; y si la razón la juzgaba severa, el corazón la perdonaba.

Ella había olvidado que el que busca la felicidad por medios que Dios, la conciencia y la sociedad reprueban, no debe esperar hallar más que su primer fugitivo destello que se apaga con el soplo helado de la realidad, pues el edificio de su dicha está sobre una nube que el menor viento deshace.

## CAPÍTULO XVIII: *CADENAS DE FLORES*

Volvamos a encontrar a Carlos.

Como ya habrán comprendido nuestros lectores por la anterior conversación de Magdalena y Cristina, Carlos, dominado quizás por el nuevo sentimiento que llenaba su vida, había olvidado sus culpables devaneos, o al menos así lo parecía.

Por muy gastado, por muy viciado que esté el corazón de un hombre, el cariño paternal graba siempre en él como un surco de luz.

Porque al sentir dilatarse su vida en la vida de su hijo; al ver palpitar en aquel tierno ser la sangre escapada de su corazón, su

pensamiento quiere comprender la dulce misión que Dios encarga al padre, y que es un constante sacrificio de amor y de abnegación.

Carlos amoldaba sin esfuerzo sus impresiones a las impresiones que copiaba, sin darles vida propia, como puede copiar el cristal el color que refleja.

Así, pues, al lado de una mujer tierna, sencilla y piadosa, su corazón parecía desprenderse de la capa de helado egoísmo que le cubría, para seguir su ejemplo.

Su dulce influencia, que él sentía sin sabérsela explicar, iba descubriendo en su corazón los perdidos gérmenes de virtud y de fe, que el calor de la educación no fecundizó a tiempo, para que luego fructificasen, dejando su aroma celestial en su familia.

Muchas veces su corazón se adormecía en un cansancio profundo, en el cansancio del hastío, pero su hijo le retenía con cadenas de flores, pues su alma no había aprendido aún a olvidar este como los demás afectos.

Muchas veces la imagen de Beatriz había cruzado por su pensamiento y en aquel instante se decía que él necesitaba otros rayos de luz que diesen calor a su vida.

Un sentimiento de orgullo le detenía antes de dar un paso hacia ella.

¡Magdalena no le había buscado!... Él no sabía que ella había seguido uno por uno todos sus pensamientos, todas sus acciones; que no había querido verle, porque, conociéndole, sabía que él se cansaría de lo bueno como se había cansado de lo que no lo era; que él volvería a buscarla, porque vacilante siempre en sus ideas, al no tenerla, la desearía.

Magdalena comprendía aquel dicho de Tácito, que *el corazón está dispuesto a odiar a quien ofende*, y evitando el odio de Carlos, no quiso aparecer ante él como víctima.

Carlos se resignaba, pues, no al deber, sino al orgullo, porque le ofendía que el amor de Magdalena no hubiese sido bastante grande para olvidarlo todo por él, para contentarse con escribirle dos cartas que no había querido ver.

Estos pensamientos le agitaban junto a una mujer hermosa y pura que tenía el derecho de su amor, junto a un hijo de pocos días que atraía su corazón con fuerza irresistible, y ni una voz se alzaba en su alma para recordarle su deber.

Y es que una educación descuidada había falseado en él la base de todo sentimiento, que en vez de afianzar en su alma las creencias de fe y moralidad, que son firme dique contra el torrente invasor de nuestras mismas pasiones, había dejado perder en ella todo instinto del bien; y en vez de obedecer la ley del deber severo y firme, obedecía la instable ley de su capricho.

Fluctuando entre distintos sentimientos, dudando y creyendo alternativamente, según su creencia o sus dudas halagaban sus sentidos, cobarde consigo mismo, se abandonaba al impulso del momento, apoyándose en esa mentira teoría del derecho de las almas.

El creía sed de grandes emociones, anhelo de una atmósfera más pura, impulso de la pasión y el sentimiento, lo que era mezquino egoísmo, y débil cobardía.

No son aspiraciones de grandeza esos vagos deseos que se alientan de la vanidad.

Le llamamos egoísmo y cobardía, pues cobarde es quien vacila en buscar la verdad a través de esas dulces mentiras que flotan como una falsa atmósfera sobre nuestros sentidos, elevando sobre un trono imaginario esa mentira soberanía de un derecho que ninguna ley divina ni humana confirma.

Porque no existe, no puede existir el derecho de romper todos los lazos que el deber extiende a nuestro alrededor; no hay ley que permita olvidar las obligaciones contraídas, de las cuales la voluntad es esclava: el sentimiento no puede levantarse sobre el deber; de ese modo la sociedad, la familia estarían constituidas sobre una nube, que un leve soplo, que no se sabe de dónde viene, pero que llega al corazón sin que la voluntad lo impulse, le disolvería a su antojo.

La armonía, la felicidad, la seguridad de la vida descansan sobre esa base santa, que afirma la confianza y corona el amor.

Pero cuando la educación no ha modificado, no ha encauzado, por decirlo así la corriente de nuestros sentimientos, el corazón se enfría, se gasta; y como sobre el cráter apagado del volcán no vuelven a brotar flores, en el corazón que ha abrasado esa lava de helado desprecio hacia el bien, no brotan las flores de la vida, que evaporan la esencia del alma en dulcísimos afectos.

Carlos, falto de fe, no combatía sus sensaciones, pues creía que la sensación es soberana; que el imperio de nuestro deseo es



ilimitado; y en la falsa creencia de que para el corazón no hay cadenas, se dejaba llevar fácilmente por la impresión que se iniciaba en su alma.

Quizás habrá entre nuestros lectores quien no se explique esa versatilidad de impresiones, esos afectos volanderos que gastan el corazón, sin dejar en él, con el perfume de un noble sentimiento, una atmósfera de vida.

Pero si así es, no será porque en la vida real no se hallen esos seres, sino porque ellos hayan tenido la dicha de no encontrarlos.

Seres que serían buenos si hubiesen tenido una voluntad firme que les guiara al empezar la vida, un amor dulce que les transmitiese su ternura, un ejemplo, en fin, que les enseñase. Seres que ocultan bajo el flamante manto de la civilización moderna el asqueroso esqueleto de un corazón bajo y degradado, en el que solo se anima el más odioso egoísmo.

Para ellos nada significa el daño que hagan sus acciones, si con ellas realizan un capricho.

Estos seres se creen grandes, y son muy pequeños: creen conocer la sociedad en sus más profundos secretos, y no se conocen a sí mismos.

Ya comprenderán nuestros lectores sobre qué base tan falsa, sobre qué muro tan débil se levantaba la nueva vida de Carlos.

Cuando los afectos no están inspirados por el sagrado deber que el cumplimiento de nuestra misión nos impone, tienen una vida efímera y ligera, porque están sostenidos por una eventualidad.

Nuestros lectores nos dispensarán esta digresión: a veces en el cuadro social que una imaginación pensadora desarrolla en un libro tiene que haber tintas bien sombrías, si ha de ofrecer enseñanza y ejemplo, porque las ficciones de la fantasía se inspiran casi siempre en los dolores de la realidad.

Pero como la sucesión de los sentimientos humanos es infinita; como varían en el corazón constantemente, vamos a terminar estos toques de sombras, para buscar en un sentimiento purísimo el rayo de luz que las ilumine.

## CAPÍTULO XIX: *LA MADRE*

María, sentada en una pequeña butaca de su tocador, decía a Carlos, que estaba de pie junto a ella:

- ¡Que vuelvas pronto, Carlos!
- ¡Oh sí! Antes que termine esta semana, te lo aseguro.
- Siempre que vas de caza te olvidas de tus promesas.
- Esta vez no lo olvidaré: ¿te disgusta que vaya?
- No, porque tú te diviertes.
- Ahora, como tienes compañía...
- Sí: ¡Dios me la bendiga!
- Pero tu pequeña compañía se te dormirá, como de costumbre...
- ¿Vendrás antes del día en que Carlitos cumple dos meses?
- ¿Antes del 12 de marzo? Sí: hoy es 4, voy a verle.
- Yo le tomaré, que tú le haces llorar.

Y levantándose, fue hacia una cunita cerrada por cortinas de encaje blanco, que una paloma de bronce suspendía sobre ella. Las descorrió, y se pudo ver un hermoso niño que dormía, cubierto con un edredón de seda rosa, y envuelta la pequeña cabeza en una blanca gorrita.

María le tomó con cuidado, y fue a llevarle a Carlos.

- ¡Qué hermoso está! dijo este besándose: mira, mira, parece que sonrío.
- Soñará con los ángeles, dijo María con sencillez.
- ¿Qué ha de soñar, querida mía? Esas son preocupaciones: ¿cómo ha de tener sueños un ser que aún no tiene ideas?
- ¿Y por qué no ha de ser verdad? dijo María que se había puesto encendida: ¿no es él un ángel? Pues Dios puede muy bien enviar a su pensamiento un reflejo de su amor.

Carlos sonrió de una manera incrédula, y nada dijo.

En aquel momento se oyó un reloj que daba las once.

- Me voy ya, dijo Carlos levantándose; a las doce partimos, y no quiero que me esperen: adiós, no estés con cuidado, que vendré pronto.
- No nos olvides.
- No, vida mía, dijo Carlos envolviendo en el mismo abrazo a la madre y al hijo: cuida mucho a mi Carlitos. ¡Ah! Me olvidaba

decirte que en estos días salgas con él en carruaje, y vayas con alguna de tus amigas al teatro.

– Pero si a mí no me es penoso estar sola, y ahora menos, pues con Carlitos no lo estoy.

– Como quieras, dijo Carlos.

Y besando al niño por última vez, se alejó con ligereza.

María quedó sola, y empezó a besar con afán a su hijo, que se había despertado y fijaba en ella esa mirada vaga y sin expresión de los niños, pero que tan tierna es y encierra tanta dulzura para una madre.

Era sencillamente sublime ver aquella hermosa joven acariciando con pasión al hijo de su alma.

No hay sentimiento en la vida que sea más grande, más puro, que el amor maternal.

Diríase que ese afecto es el único que encierra algo de divino en su ilimitada ternura, en su constante abnegación, en sus voluntarios sacrificios.

El hace fáciles para la mujer todos los dolores, porque para la madre que contempla a su hijo con insaciables miradas; que siente crecer con el calor de su ternura, como antes le sintió tornar vida con el calor de su sangre, que comprende en su verdadero valor da dulce, la honrosa misión que Dios, al hacer a madre la confía, no hay nada penoso en la ley de la vida, porque en el amor de su hijo halla como un poder misterioso que fortalece su corazón, y en el perfume celestial de ese mismo amor una esencia de consuelo que no se desvanece.

Dios, sublime compensador de todos los sentimientos, ha rodeado la vida de la mujer de muchos pesares; pero la ha legado en ese purísimo amor que llena su vida, delicias inefables.

En el alma de una madre hay tesoros inagotables de amor. Diríase que en esa fuente purísima que nunca un hijo halla agotada, bebemos, con la vida que ella nos da, la primera gota de amor que después crece en nuestra alma en distintas impresiones.

Si aún a los seres más pervertidos este santo amor les regenera, en una niña como María, que había sentido desvanecerse los cándidos velos de su corazón virginal con el primer latido de aquel corazón unido al suyo, que tomaba vida en su vida. Para María, que, al despertar de su sueño de inocencia, había comprendido todo lo que hay de apasionado y tierno en ese cariño

que brota en el alma sin agotarse jamás, su hijo era una sonrisa del cielo, la forma viviente de una bendición, su dicha y su gloria.

Todo lo olvidó en el éxtasis de amor que la envolvía.

Amaba a Carlos, porque no hay mujer que no ame al padre de sus hijos.

En su cándida ignorancia del mal, ella no llegaba al fondo del corazón de Carlos, y al verle de nuevo amante y solícito, no volvió a pensar en aquellas horas de angustia que sintió al verse ofendida, más que en su amor, en sus derechos de esposa.

En tanto que esperó el nacimiento de su hijo, temió que Carlos, volviendo a sus antiguas alegres costumbres, la olvidase de nuevo por buscar, en fáciles galantes, ocupación para la ociosidad, digámoslo así, de su espíritu; pero cuando María fue madre, cuando sintió que su vida se dilataba en otra vida por una corriente de amor, ni por un momento pensó en que Carlos necesitase más amor para llenar su alma. «Un esposo, decía, puede abandonar y olvidar, ¿pero un padre?» Esto no lo comprendía.

Así pasó algún tiempo; ella cada día más feliz, su hijo cada día más hermoso.

En este día, Carlos se iba de caza con unos amigos y María, contenta y tranquila, le esperaba al lado de su hijo, con la dulce confianza de la madre que en su mismo cariño halla su más firme apoyo.

Algún tiempo había pasado desde que Carlos se fue, y María continuaba con su hijo en los brazos, meciéndole dulcemente, cuando apareció Cristina.

María, con un movimiento lleno de gracia, puso un dedo en sus labios indicando a la doncella que callase para no despertar al niño que se había adormecido.

Cristina le presentó en silencio una bandeja con algunas cartas que la marquesa fue mirando, separó las destinadas al marqués y tomó una dirigida a ella, en la cual conoció la letra de su padre.

María hizo un movimiento para romper el sobre y el niño se despertó, empezando a llorar.

– Llama a la nodriza, dijo María, queriendo en tanto acallar al niño con sus besos.

Una robusta montañesa, vestida con el traje característico de su país, apareció en el gabinete y fue a tomar el niño, poniéndole en su pecho con ruidosas caricias.

María empezó a leer la carta de su padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

– Dice bien, se dijo, que le he olvidado; mi pobre papá que tanto me quiere. Le diré la verdad: que mi hijo ocupa todo mi tiempo. ¿Por qué se ha de enfadar si él me habrá querido lo mismo? Hoy le escribiré.

– Conca, decía una hora después, haz que lleven al momento esa carta al correo, que es tarde.

– ¿Quiere la señora que la lleve yo misma? El señor marqués se llevó a Juan, que es el más listo, y Nicolás acaso no la lleve a tiempo.

María sonrió al oír a su doncella, como si le agradeciese su interés, y le dijo con bondad:

– Está bien, llévala tú.

Concha salió y fue rápidamente a buscar a Magdalena, a la que entregó la carta de María.

– Mañana, le dijo Magdalena, puedes despedirte. Ya no me haces falta en casa del marqués de la Rivera.

## CAPÍTULO XX: *LA CARTA*

Dos días después de haber recibido Magdalena la carta que la marquesa escribía a su padre, una mañana, apenas serían las nueve cuando, vestida con un traje oscuro, y envuelta en un gran chal de cachemir, cubierta la cabeza con una de esas mantillas de fondo de terciopelo orlado de anchos encajes, que con tanta gracia llevan las mujeres andaluzas, la condesa de Claraval, dejando su berlina en la calle de Alcalá, siguió rápidamente hasta la del Turco.

Miraba con cuidado los números y se detuvo ante el...; vaciló por un momento, y al fin entró resueltamente en el portal de aquella casa, subiendo la escalera y llamando en el entresuelo.

Una viejecita tan limpia como arrugada abrió la puerta, y sin duda se la esperaba, porque se apresuró a decirle, haciéndole una grave cortesía a cada palabra:

– Pase Vuestra Señoría, señora; pase Vuestra Señoría: mi amo está en su despacho.

La viejecita echó a andar seguida de Magdalena, que llevaba sobre el rostro el espeso velo de encaje de su mantilla.

Cruzaron un sombrío corredor húmedo y oscuro, y llegaron a una puerta donde la criada llamó.

– ¡Adelante! dijo una voz atiplada.

Magdalena entró, y al verla se puso de pie un hombre que, sentado junto a una mesa, escribía y leía alternativamente.

– ¿Es a Don Francisco Olmedo a quien tengo el honor de hablar? dijo Magdalena con voz breve.

– Vuestro humilde servidor, contestó aquel hombre saludándola profundamente.

– Ya sabrá usted a lo que vengo.

– Supongo, señora, que será a un asunto de que me habló ayer una jovencita...

– Sí, el mismo. ¿Podemos empezar?

– Voy a prepararlo todo.

Si nuestro exterior es casi siempre la imagen de los sentimientos que en lo interior de nuestra alma se anidan, jamás en una figura más escuálida, más servilmente humilde, más larga y más maliciosa que la del hombre que no ocupa, hubiera podido conocerse toda una vida de bajezas y miserias. Parecía capaz de todo, y de algo más.

Este hombre, de sonrisa melosa, de ojillos maliciosos, metido en su raído gabán, que acreditaba largos servicios, parecía el servicial agente de todos los crímenes.

Cerró cuidadosamente la puerta, acercó para Magdalena una silla a la mesa en que escribía, puso una pluma nueva, y fue a sentarse, a su vez, diciendo a la condesa:

– Cuando gustéis, señora.

Magdalena se levantó, y sacó de su bolsillo la carta que hemos visto a María entregar a su doncella, y un pequeño pliego de papel que tenía una *M* grabada en el centro.

– Hay que imitar esta letra, dijo con voz algo trémula, escribiendo en este papel lo que yo dicte.

El amable agente tomó la carta, y la miró con cuidado, poniéndola delante de sí. Después dijo a la condesa:

- Podéis empezar, señora.
  - «Hoy, 4» dijo Magdalena dictando.
  - «Cuatro».
  - ¿A ver? dijo Magdalena. ¡Oh! ¡Admirable! repitió, viendo la palabra escrita en aquella página blanca: continuad. «Ya estoy sola...»
  - «Sola».
  - «Por algunos días...»
  - «Días...»
  - «¡César mío!»
  - «¡Mío!»
  - «Te espero esta noche».
  - «Noche».
  - «Tengo un gran deseo de verte».
  - «Verte».
  - «De decirte que te amo».
  - «Te amo».
  - «Ven pronto...»
  - «Pronto».
  - «Para que me compensen tus caricias...»
  - «Caricias»
  - «De lo que sufro lejos de ti...»
  - «De ti»,
  - «Te ama siempre...»
  - «Siempre».
  - «Tu María»
  - Ya está, señora.
  - Tened la bondad de leerla toda.
- Nuestro hombre se aproximó a la condesa y leyó:

«Hoy 4.

Ya estoy sola por algunos días. ¡César mío! Te espero esta noche: tengo un gran deseo de verte, de decirte que te amo, que soy solo tuya. Ven pronto, para que me compensen tus caricias de lo que sufro lejos de ti.

Te ama siempre tu

MARÍA»

– Ahora el sobre, dijo Magdalena.

Y le dio un pequeño sobre que tenía grabada una *M* en el papel y con el mismo color.

– *A.C.S.*, dijo la condesa.

La sonrisa inalterable del que hemos oído llamar Olmedo se borró algún tanto.

– ¡Ah! se dijo: no quieren que sepa el nombre: en último resultado, ¿qué me importa?

Y escribió las letras que le dictaban.

Magdalena recogió con ansia las cartas, y las miró para compararlas.

– Perfectamente, dijo. Ella misma no distinguiría el autógrafo de la copia.

– Celebro que la señora haya quedado complacida.

Aquella exclamación servil recordó a Magdalena que aquel hombre esperaba le pagasen su trabajo.

Sacó una pequeña cartera, tomó de ella dos billetes de 1.000 rs. y se los presentó.

El Sr. Olmedo acentuó sus saludos todo lo posible, y su risa hizo un nuevo pliegue en sus mejillas al dilatarlas.

Magdalena se puso de pie y, despidiéndose con un ligero movimiento de cabeza, se dirigió a la puerta. Repitiéndole las gracias en todos los tonos, y asegurándole que podía disponer siempre de sus servicios, el Sr. Olmedo la acompañó hasta la escalera.

– ¡Brígida! ¡Brígida! dijo entrando: ¡he ganado 3.000 reales por escribir cuatro letras!

– ¡Jesús! dijo la vieja, que presentó a las voces: ¿y cómo ha sido eso?

– Aquella preciosa chiquilla que vino ayer me entregó 1.000 y me dijo que esperase hoy a su señora, que me daría otro tanto, pero se conoce que es persona de rumbo, porque ha doblado la cantidad.

– Pero ¿qué es lo que usted ha escrito?

– Señora Brígida, es un secreto que nada nos importa: ¡al vuelo a cambiar este billete!

Y le dio uno de los que había recibido de Magdalena.



– ¡Voy corriendo, voy corriendo! dijo la señora Brígida, cubriendo su cabeza con una raída mantilla de seda.

Y bajó las escaleras diciendo:

– ¡Jesús! ¡Este Don Francisco es el diablo! No sé, no sé cómo se arregla para que el dinero le venga a las manos. ¡Vea usted, ganar en una hora más que yo en toda mi vida! Dios quiera que el día menos pensado uno de estos negocios no le dé un disgusto. Si no existieran estos infames seres, ¡cuántos pesares se evitarían las personas honradas! Pero, a la verdad, ellos no son lo que hacen más daño; ellos son el brazo, y solo el brazo que guía un pensamiento más alto.

Los culpables son los que utilizan su infamia, los que les buscan, los que pagan su maldad.

Magdalena fue a tomar su coche, y se hizo llevar a su casa. Cuando entró en su gabinete, la esperaba Cristina.

– ¿Ya estás aquí? dijo la condesa.

– Con el pretexto de estar enferma, me he despedido.

– Está bien. Vete ya, te llamaré.

Y Magdalena, quitándose por sí misma la mantilla, se sentó junto a la chimenea. Estaba pálida, muy pálida, y sus ojos brillaban con una alegría que tenía algo de fatal.

– ¡Oh! Esta vez, se dijo, no es dudoso lo que va a suceder.

## CAPÍTULO XXI: *PENAS DEL CORAZÓN*

Casi a la misma hora en que dejamos a Magdalena, Aurora, apoyada en el brazo de su hermano, llegaba a casa del marqués de la Rivera.

Muy conocidos debían de ser los jóvenes hijos del marqués de Vélez en aquella casa cuando llegaron a donde estaba María sin que les anunciaran.

Cuando entraron, María bordaba una pequeña gorrita, sentada junto al balcón cerrado de cristales, que bañaba el espléndido sol de aquel hermoso día.

Una bata de terciopelo azul claro, orlada con una ancha tira de cisne, que subía a ambos lados hasta rodear su cuello, y una linda

cofia de encaje blanco con lazos de terciopelo azul componían la rica y sencilla *toilette* de María.

Sentada cerca de ella, en una pequeña silla, estaba la nodriza con el niño en sus brazos, adormeciéndole con ese canto dulce y monótono que es peculiar en todos los países para arrullar el sueño de la inocencia.

Los dos hermanos la miraron un momento a través del *portier* extendido, hasta que Aurora le recogió para entrar.

La marquesa, al verla, se levantó con viveza y corrió a besar a su amiga, alargando su mano a César.

– ¿Y Carlitos? preguntó Aurora.

– Míralo, dijo María, volviéndose y tomándole de los brazos de la nodriza. ¡Mira qué hermoso está!

Aurora le tomó y empezó a besarle con cariño.

– Déjemele usted, ama, dijo, que yo no le despertaré.

– Puede usted irse, le dijo María, que la llamaré si el niño llora.

La mujer salió y los tres jóvenes quedaron solos.

Aurora fue a sentarse en la butaca que antes ocupaba María con el niño en brazos.

César aproximó una silla a María y acercó otra para sí.

– Voy a quitarte el sombrero, Aurora: hoy comeréis conmigo.

– ¡Eso es! ¡Y papá quedaría solo!

– No, que enviaremos por él.

– Eso no puede ser, María.

– ¿Por qué?

– Porque papá tiene que hacer hoy.

– Pues hija, yo no quiero comer sola, y preciso será que me acompañéis. Carlos no está aquí.

– Pues ¿dónde está? preguntó Aurora.

– Cazando con unos amigos.

– ¿Y cuándo vuelve?

– Creo que pronto, no sé el día.

– No será muy pronto, dijo César, porque iban lejos.

– ¿Lo sabías? le preguntó María.

– Me invitaron a mí, contestó, pero yo no quise ir.

– ¿No te gusta la caza?

– No es que no me guste, sino que no puedo alejarme de Madrid.

– Pues yo espero a Carlos pronto, porque así me lo aseguró.

– ¡Ah! dijo Aurora riendo: es que Carlos no podrá pasarse sin ti. ¡Cómo tú no te puedes pasar sin él!

– ¡Es verdad! dijo María, que se había ruborizado.

– ¿A quién quieres más, María, dijo Aurora con ligereza: a Carlos o a Carlitos?

– ¡Oh! a los dos, con todo mi corazón.

César se había puesto pálido, y una expresión de impaciencia había cruzado por su frente, a no dudarlo la charla de su hermana le molestaba.

– María, dijo queriendo cambiar la conversación: te has olvidado de enseñarnos el álbum de dibujos del que nos hablaste en casa.

– Es verdad, dijo María. Voy a reparar mi olvido: hazme el favor de llamar.

César se levantó y tiró del cordón de una campanilla.

Una doncella apareció en la puerta.

– Clara, dijo María, traiga usted el álbum que hay sobre el velador del despacho del señor marqués.

– Esta doncella no es la que yo te recomendé, dijo Aurora.

– Aquella se ha ido hoy mismo. Ayer se quejaba de dolor de cabeza, y hoy ha dicho que estaba enferma, y se ha marchado. No ha querido que aquí la vea el médico. Yo lo he sentido, parecía buena y cariñosa.

En este momento entró Clara con el álbum que dio a la marquesa.

Todos sus dibujos estaban hechos por esta, y había algunos admirables.

César le tomó y empezó a contemplarlos con afán.

Eran un verdadero tesoro del arte sus preciosas acuarelas, sus paisajes a la aguada, sus ligeros bocetos que revelaban un pincel maestro.

– Esta cabeza es un retrato, dijo César.

– El de mi padre, dijo María, pero imperfecto; está hecho de memoria.

– ¡Oh, no! Admirable mas bien, mira, Aurora, mira.

– Vaya, Cesar, con tus voces has despertado al niño, dijo Aurora con pena, al ver que el pequeño Carlitos abría los ojos y empezaba a llorar.

– Verás qué pronto calla, dijo María.

Pero antes que llamase, apareció la nodriza que, sin duda, oyó el lloro del niño.

Aurora se lo dejó y fue junto a César a mirar el álbum.

– ¿Es verdad que es admirable? le dijo este mostrándole el perfil correcto y severo de aquella cabeza hecha a lápiz con sorprendente maestría.

– ¡Ah, sí! María siempre ha sido un genio para la pintura. Recuerdo que nuestro viejo maestro le decía: «¡Hija mía, usted ha nacido artista!»

María, que se había ruborizado, les dijo con dulzura:

– Vosotros me juzgáis con el corazón: vuestros elogios, más que el mérito de mis dibujos, me prueban vuestro cariño.

César continuó volviendo las hijas y admirando las bellezas que encerraba cada una de ellas.

Casi al final, una acuarela bellísima reproducía un ramo de pensamientos sin orden.

– ¡Ah! dijo César, que palideció densamente: ¿es esto un capricho o una copia?

– María, tú guardabas un ramo así, dijo Aurora.

María se conmovió, pero contestó con voz serena:

– Es un recuerdo de nuestros juegos de niños; no sé si tú o César me disteis un día un ramo de esas flores.

– No lo recuerdo, dijo César, a quien la indiferencia de María había herido en el corazón.

– ¿Y le conservas aún? preguntó Aurora.

– No, dijo María vacilando, le dibujé de memoria.

Si alguien hubiese estado observando a César se habría sorprendido de la alteración que, por un momento, demostraron sus facciones.

Por suerte para él, ni María, ni Aurora le miraron.

Al oír a María decir que no conservaba el único recuerdo que de él tenía, al saber que había olvidado si fue él o su hermana quien le dio este recuerdo, sintió que una nube oscurecía su vista, y que los latidos de su corazón le ahogaban.

– ¡Qué espero yo! se decía, ¿Acaso no es bastante el haberse casado con otro para convencerme de que no me amó nunca? He ofrecido demasiado, yo no puedo oír su amor a otro hombre sin que mi corazón se rompa en una inmensa lucha, yo no puedo ocultar mi pena al verla con su hijo en brazos; y si fuera feliz, si

tuviese en el hombre que ha elegido un apoyo firme para el porvenir... pero ese hombre no la ama, es un miserable. Yo le he observado bien, con el celoso afán que siento al verlo dueño de María, ¿y qué será de ella el día que lo conozca, el día que se encuentre sola? ¡Ah! En ese día sabrá apreciar el sentimiento que me anima, y él será su amparo.

– ¿Qué piensas, César? le dijo Aurora.

– Que papá nos esperará y ya es tarde. Quédate tú con María y yo iré con él.

– Di a tu papá que me la deje hasta mañana, hace mucho tiempo que no he dormido cerca de Aurora.

– Eso será más difícil, pero se lo diré, dijo César levantándose.

Aurora había vuelto a acariciar al niño y su hermano le dijo:

– Hasta luego.

– Adiós, dijeron a un tiempo ambas jóvenes.

César salió y María le siguió con una mirada triste. Ella adivinaba que le había hecho sufrir, pero creía ¡pobre niña! borrar con sus palabras la impresión que adivinaba en César, y acaso la que en sí misma no adivinaba.

## CAPÍTULO XXII: *SOSPECHAS*

Como esperaba María, Carlos volvió pronto de su excursión.

En una bella tarde de marzo en que las brisas de primavera se impregnaban con el perfume de las primeras flores, los marqueses de la Rivera volvían a su casa después de haber paseado juntos en carruaje.

Empezaba a notarse en Carlos la ligera expresión de cansancio que anunciaba en él el hastío de una situación, pero María, demasiado feliz, o acaso demasiado candorosa, no lo comprendía.

Acababan de llegar, cuando un criado entró el correo que habían traído en su ausencia.

Carlos lo empezó a mirar distraído y, al abrir una carta, la alargó a María, diciendo:

– Toma, esta carta es de tu padre.

María empezó a leerla y volviéndose a Carlos, le dijo:

– Papá se queja de que no le escribí y le escribí hace poco. Mira lo que dice:

«Di a María que me escriba o escíbeme tú si ella está muy ocupada, porque tengo un gran deseo de saber de mi querido nieto: ¿cuándo volvéis a Sevilla? Esto está hermosísimo, y lo templado de su temperatura sería muy conveniente al niño. Además, yo quiero verlo, ponerle en mis rodillas, y comérmelo a besos: él es hoy todo mi amor. Tu tío Don Antonio desea también vuestra vuelta. Venid, pues, que nunca se está mejor que cuando estamos en el lugar en que hemos nacido».

– Tiene razón, dijo Carlos: debíamos volver a Sevilla.

– ¡Ay! ¡Sí, vámonos Carlos! dijo María alegremente. Allí tienes tú amigos y yo amigas; allí mi padre y tu tío, que tanto nos quieren y que tanto desean ver a Carlitos.

– Pues bien, nos iremos. A más de eso hay otra cosa que me hace querer a Sevilla, dijo Carlos.

– ¿Cuál es? dijo María.

– Que allí te conocí, dijo Carlos con amor.

– ¡Ah! es verdad, dijo María, apoyando su cabeza sobre el hombro de Carlos, pero aquí fue donde yo empecé a quererte.

– ¿No habías querido nunca antes que a mí?

María se puso sucesivamente pálida y encendida, y pareció dudar.

Carlos la miró con sorpresa.

– ¡Qué! le dijo: ¿habías amado?

Y sus cejas se fruncieron levemente, formando en su frente un imperceptible pliegue.

– Tanto como amar, no, contestó María con sencillez, pero lo creí así.

– ¡Ah! ¡Lo creíste! Y... ¿a quién creíste amar?

– ¡Bah! ¿Qué importa, si me engañé?

– ¿No quieres decirme su nombre?

– Carlos, dijo María con seriedad: quizás no he debido decirte una cosa que nada significa, y puede, sin embargo, disgustarte. Yo no he querido a nadie, porque mi cariño de niña era, más que amor, afecto de hermanos; después, a tu lado, cuantos recuerdos guardaba mi corazón se borraron, mi vida empezó entonces y tu sabes que hoy tú y nuestro hijo llenáis esa vida. Todo lo demás no existe para mí. Por eso no creo necesario que sepas ese

nombre, pero si lo exiges, te lo diré, porque yo no sé ocultarte ni uno de mis sentimientos.

– No quiero saberlo: me basta con que lo olvides.

– Hace mucho tiempo que lo olvidé, Carlos mío, hoy mi corazón me parece pequeño para tu amor y el de tu hijo.

El acento de María era tan sencillo, tan natural, que no podía dudarse de él. Se conocía que la verdad brotaba de su alma y palpitaba en sus labios con sus palabras.

Carlos lo conoció así y poco a poco fue desuniendo el pliegue de duda que se grabó en su frente, como si hubiese detenido allí un instante su vuelo el pensamiento.

María era tan hermosa, tan ingenua, tan sencilla, que Carlos no pudo dudar de sus palabras.

Mientras María hablaba, Carlos fue quitando poco a poco y sonriendo la redecilla que sujetaba los soberbios cabellos de María que, al soltarse por su espalda, la envolvieron con un brillante manto.

– ¡Ah! dijo María entre enfadada y risueña: nunca me has de acariciar sin despeinarme.

– Me gusta ver tus cabellos: ¿te incomoda que los encuentre hermosos?

– No, pero me haces perder algunas horas todos los días peinándome.

– ¡Bah! Poco tienes que hacer, todas tus horas son mías.

Y Carlos, al decir esto, arrollaba en sus dedos los cabellos de María, los soltaba de nuevo, los esparcía, jugaba, en fin, con delicia con aquella soberbia cabellera, que era el espléndido adorno de una cabeza de ángel.

Cuando María sonreía al ver la insistencia de Carlos en acariciar sus cabellos, oyeron llamar suavemente a la puerta.

– ¡Adelante! dijo Carlos reteniendo a María que quiso ponerse de pie, porque creyó que era algún criado que llamaba.

La puerta se abrió y Aurora y César aparecieron en ella.

Los dos jóvenes se detuvieron en el dintel, confusa Aurora y profundamente alterado César.

María se levantó vivamente tan turbada que apenas pudo levantarse a recibir a su amiga.

Sus mejillas, encendidas como la flor del granado, sus labios temblorosos, su magnífico cabello flotando suelto por su espalda la hacían hermosísima.

Carlos se levantó y fue risueño a saludar a Aurora. Pero cuando habló a César, la voz de este era tan temblorosa, que Carlos se preguntó:

– ¿Será a César a quien María creyó amar?

Y queriendo probarlo se dijo:

– Veamos si sufre como sufría yo cuando me gustaba una mujer y la veía acariciar. ¿No es verdad Aurora –continuó Carlos– que María no debía recogerse el cabello para que se viese lo hermoso que es?

– María siempre le ha tenido tan hermoso, dijo Aurora, en el colegio todas la envidiaban sus hermosas trenzas, porque eran tan largas y tan finas que parecían de seda.

César debía sufrir mucho, porque en sus miradas había algo de la vaguedad del que delira.

Sus manos se crispaban y todo su ser se agitaba violentamente.

Carlos le observaba de una manera sostenida.

– María, dijo al fin César haciendo un esfuerzo por parecer sereno: te dejo a Aurora para que te acompañe a comer y al teatro.

– Pero ¡qué! dijo esta: ¿no te quedas tú?

– Yo no puedo dejar a mi papá, dijo fríamente.

– María, dijo Carlos, ¿por qué no propones a Aurora que nos acompañe a Sevilla?

– ¿Qué? ¿Os vais? dijo Aurora con pena.

– Sí, papá nos espera. Aún no conoce a Carlitos.

Aurora abrazó a María y empezó a llorar.

– ¡Otra vez sin ti! dijo.

César no podía pronunciar una sola palabra.

Él, que amaba a María con toda su alma, que veía en ella la realización de sus sueños de niño, de sus delirios de hombre, acaba de verla casi en los brazos de otro hombre que tenía el derecho de llamarla suya.

Y luego, cuando apenas había podido dominar su poderosa emoción, sabía que iba a perder su único triste consuelo: ¡verla!

Aquel hombre se la llevaba y él no podía oponerse, puesto que para ello tenía un derecho sagrado.



César sentía que la razón le abandonaba, que el delirio invadía su pensamiento y en vano quería sobreponerse a él.

Cuántas ideas puede inspirar la desesperación y la locura unidas destrozaban el pensamiento de César.

Su silencio era insostenible y la voz se apagaba en su garganta sin poder formular un sonido.

María acariciaba a Aurora y la consolaba con que volviera pronto; Carlos, en tanto, observaba a César.

– Este es, se decía, el que María amó, pero ella dice la verdad, que no le ama. De otro modo, no podría estar serena como lo está; él la ama todavía... ¡y yo que no me explicaba el por qué me era odioso! La primera sospecha es el primer paso hacia la verdad... ¡Veremos!

César, en tanto, pudo vencer su emoción, y se levantó para despedirse después de pronunciar algunas palabras indiferentes. Al decir adiós a María, sus ojos brillaban de una manera poderosa, y aquellos ojos hermosísimos que parecían encerrar toda la noche, y en los cuales estaba también toda la luz, debieron hablar en su misterioso lenguaje al alma de María, porque ella también palideció densamente y tembló al estrechar su mano.

Y es que adivinó que aquella era una despedida eterna, como había adivinado el desesperado dolor de César.

Ella, pobre niña, había creído que, al refugiarse en el amor de su hijo, en el amor de su esposo, vencía en su corazón aquel primer sentimiento que inició en él la vida, pero en el involuntario estremecimiento con que este se agitaba, debía conocer que no se borran fácilmente las primeras impresiones del alma.

César, al salir, vacilaba; sentía la embriaguez del dolor, de los celos, de la ira.

– María no me ha querido nunca, se decía; yo he soñado. ¡No quiero verla más! Si ella fuese siquiera para mí una hermana..., pero me ve indiferente... ¡Ah! ¡Ese hombre la acariciaba y yo lo vi! Él soltaría sus cabellos para verla más hermosa... Pero, ¿por qué he de odiarlo yo? se decía, procurando contener el torrente de fuego de sus ideas, ella le ama; ante todo, que ella sea feliz.

Cuando César se hubo alejado, Aurora, que amaba mucho a Carlitos, corrió a buscarle, y María llamó a una doncella para que le recogiese el cabello.

Carlos, que había quedado pensativo, se dijo que en último caso no debía inquietarse porque César amase a su mujer con tal de que ella no participase de este amor: «Es adorable, se decía, y no es extraño que sea adorada».

– Iré a buscarte al teatro, dijo a María cuando acabaron de comer, entre tanto, me voy al café, allí me esperan unos amigos.

Aurora y María quedaron solas y Carlos bajó las escaleras rápidamente.

Al salir a la calle, una mujer de negro y cubierta con un velo se le puso delante.

### CAPÍTULO XXIII: *VENGANZA INFAME*

Carlos miró fijamente a la dama, que se levantó en silencio su velo.

– ¡Magdalena! exclamó: ¿tú aquí?

– Sí, yo, que vengo a buscarte.

– ¿Para qué? dijo Carlos con voz algo trémula, porque la hermosura de Magdalena le inspiraba a un tiempo miedo y deseo.

– Tengo necesidad de hablarte de algo que te interesa mucho, dijo ella con acento incisivo y frío: ¿quieres seguirme a mi casa?

Carlos hizo aproximar un coche que pasaba vacío y, dando la mano a Magdalena para subir, subió él después.

Guardaron ambos cierto silencio algunos momentos.

Carlos, porque comprendía que había ofendido en su orgullo a aquella mujer, y aunque le halagaba ser buscado por ella, le contrariaba terriblemente tener que sufrir sus burlas y reconvenciones, no sabía qué decir y callaba.

A Magdalena le convenía guardar silencio.

– Es muy extraño, dijo Carlos al fin, que hasta ahora no hayas tenido nada que decirme.

– Después hablaremos, dijo ella, se trata de un asunto muy grave para empezar aquí.

– ¡Me asustas, Beatriz!

Magdalena calló y Carlos hizo lo mismo. Momentos después, Magdalena, apoyada en el brazo de Carlos, entraba en su gabinete.

Una doncella se apresuró a quitarle la mantilla.

Era Cristina.

– ¿Tú aquí? le dijo Carlos con extrañeza. ¡Te creía enferma!

– Tu mujer la ha despedido en tu ausencia, dijo Magdalena, pronunciando estas palabras como si quisiera darles una intención profunda, y la he tomado yo.

– Pero ¿no has sido tú, Concha, la que te has despedido por enferma? dijo Carlos.

– La señora marquesa me dijo que no me necesitaba, contestó Cristina con voz insegura e, inclinándose ligeramente, salió.

– ¡Es extraño! dijo Carlos. ¿Por qué me ha mentado?

– Porque había necesidad de no inspirarte sospechas.

– ¡Sospechas! ¿Y de qué género? ¿Qué me importaba a mí que mi esposa tuviese esa u otra doncella?

– Podrías haberla creído cómplice en alguna intriga...

– ¡Beatriz! gritó Carlos con tal ira y poniéndose de pie tan violentamente que Magdalena retrocedió asustada. ¡Vas a decirme qué significa eso!

– Significa, Carlos, que te has engañado una vez más, que el ángel de ayer pierde sus alas para convertirse en mujer, y en mujer despreciable, pues que miente a dos un amor que a ninguno da.

Carlos había dado un paso hacia Magdalena y haciéndole fuerza con una mano, le dijo con voz ronca:

– ¡La prueba de lo que dices!

– ¿La prueba? Hela aquí.

Y sacó de su pecho una carta que entregó a Carlos. Carlos empezó a leerla y, a medida que leía, sus facciones se alteraban, temblaban sus manos y una expresión de suprema angustia se retrataba en su rostro.

– ¡Infame! dijo al fin con voz entrecortada. ¡Me engañaba! ¡Y yo que la creía una santa! ¡Oh! ¡Qué niño he sido! ¡Cómo se habrá reído de mí! ¡Y ese hombre! ¡Yo necesito matarle! ¡Le mataré, sí, le mataré! ¡Por eso rehusó asistir a la cacería, porque esperaba verla! Y ella, ella que me decía con aquel acento de verdad: ¡*Vuelve pronto!* ¡No, no es posible! ¡Pero esta es su letra, no puedo, por desgracia, dudar!

Magdalena recogía con avidez estas palabras que Carlos dejaba escapar con voz convulsa: los sollozos levantaban su

pecho, sin que subiesen a su garganta, una palidez mate de cadáver se esparcía en su rostro.

Sus ojos estaban encendidos, sus labios, que temblaban convulsivamente, parecían orlados de una lívida espuma. Cuanto puede expresar el sufrimiento humano se encontraban en él.

Sus manos, dolorosamente crispadas, oprimían su frente que parecía estallar, y un rayo de sombrío furor brillaba en sus ojos cuando los fijaba en aquel escrito fatal.

Magdalena le miraba asustada, temía que la explosión de su dolor le llevase más allá de lo que ella hubiera querido.

Fue a intentar consolarle, pero Carlos, rechazándola, le dijo:

– Déjame, necesito estar solo. Te ruego que me dejes.

– ¡Oh! dijo Magdalena con celoso acento, ¡cuánto amas a esa mujer!

– ¡La amaba tanto como hoy la odio! ¡Qué infame! ¡Nunca, como en ella, las apariencias de un celestial candor han ocultado un corazón corrompido!

Carlos, al decir esto, inclinó su cabeza sobre una de sus manos y rompió a llorar.

Su llanto seco, nervioso, revelaba un sufrimiento infinito.

– Beatriz, dijo como si un rayo de luz se abriese camino a través de las sombras de su pensamiento: ¿cómo ha llegado esa carta a tus manos?

– La persona encargada de entregarla me la ha dado.

– ¡Ah! ¡Esa doncella! ¡Sí, esa será! Por eso la han despedido, pero ella sabrá...

– No le dirás ni una sola palabra, dijo Magdalena, yo se lo he ofrecido.

Carlos guardó la carta que creía escrita por su esposa con una calma glacial y se puso de pie.

– ¿A dónde vas? le dijo Magdalena.

– ¡A matarlos! dijo Carlos como quien delira.

– No, no te irás, dijo Magdalena verdaderamente asustada: no te irás, porque yo te amo y mi amor te compensará del desengaño sufrido.

– ¡Nada puede compensar la certeza de haber sido engañado, vendido, deshonrado! ¡Déjame, Beatriz, déjame! ¡Si me amaras como dices no me habrías enseñado esa carta!

– ¿Que no te amo yo? dijo Magdalena con un acento que partió del alma: ¡que no te amo! ¡Ah! Mírame, Carlos, mírame y dime si no es tu amor, si no es el dolor de estar lejos de ti el que me ha enflaquecido, el que ha apagado la mirada de mis ojos.

– Sí, dijo Carlos, débil en su dolor como lo había sido en su dicha. Tú me amas, tú no me engañarás nunca, yo volveré a buscarte y huiremos juntos...

– ¿Y para qué volver, Carlos mío? Quédate a mi lado y vámonos a donde tú quieres. ¡Mi patria, mi vida eres tú!

– Volveré, le dijo.

– No, no por Dios. Yo te lo pido de rodillas: desprecia a esa mujer, olvídala y yo te haré feliz.

– Es preciso, Beatriz.

– No y mil veces no. Mañana podemos partir.

Carlos pensó en su hijo, y una nueva expresión de dolor volvió a pintarse en su rostro.

– ¡Ah! ¡Mi hijo! exclamó. Mi inocente hijo, pero... ¿quién sabe? No: no quiero verlo tampoco.

– Vámonos a Nápoles, dijo Magdalena, que comprendió que Carlos comenzaba a ceder. Allí lo olvidarás todo, y mi amor te envolverá en una dicha celestial.

– Necesito volver a mi casa, Beatriz, no insistas.

– ¿Y a qué has de ir? ¿Qué te importa esa mujer?

– Acaso dices bien, dijo Carlos, cuya débil voluntad se doblegaba fácilmente, despreciarla es mejor...

Pero del fondo de su alma surgía la dulce imagen de su esposa, a quien hacía una hora había visto amante, cariñosa, sincera, como una protesta contra aquella infame calumnia.

Quería dudar, pero tenía allí al alcance de su mano la prueba acusadora.

Como una gala de cinismo, la carta estaba escrita en el mismo papel que usaba María cuando escribía a personas de su confianza.

Carlos no sabía que el crimen no olvida ningún detalle.

Una mujer hermosa también, y enamorada, quería calmar su dolor, y Carlos se dejó vencer.

Magdalena en un principio se había asustado; comprendió de qué manera tan profunda había herido el corazón de Carlos...

pero ya no había remedio: no podía retroceder, era imposible deshacer aquella infame columna, acusándose a sí misma.

Trató, pues, de ganar en el corazón de Carlos el lugar que arrojaba a su inocente víctima: ella se vengaba en su rival de lo que le había hecho sufrir, y se vengaba de sus celos en el dolor de Carlos.

Estaba insatisfecha.

Poco a poco, Carlos le fue concediendo cuanto deseaba, y convinieron en partir al otro día para Nápoles.

Carlos llamó aquella noche a su administrador a casa de la condesa.

– Necesito todo el dinero que tenga usted disponible, le dijo.

– ¿Para cuándo, señor marqués?

– Para esta noche, lo más tarde para mañana.

– Iré por él, dijo el administrador sorprendido.

– Desde hoy, dijo Carlos, no se dará a la marquesa la cantidad que para alfileres le está asignada.

El administrador le miraba absorto.

– Mañana, añadió Carlos, irá usted a mi casa, y dirá a la marquesa que he salido de España, acaso para no volver; que necesito todas mis rentas, y nada puedo dejarle, solo la casa en que puede continuar, si gusta, a menos que no se vaya a otra.

El administrador no comprendía una palabra, le parecía que el marqués estaba loco.

– Pero señor marqués, se atrevió a decir: ¿el hijo de vuestra excelencia?

Los ojos del marqués brillaron con tal ira que el pobre hombre tuvo miedo.

– Sr. Fernández, le dijo, no se moleste usted en ocuparse de mis asuntos. Como ya le he dicho a usted, continuó, mañana salgo de España. Yo le escribiré para indicarle a dónde me ha de enviar mis rentas y usted me dirá todo lo que se refiera a la marquesa.

El administrador que, dedicando la mayor parte de su vida a hacer sumas y a formar cuentas, no entendía nada de lo que sucedía al marqués, le miraba aturdido.

– Pero señor, dijo al fin, ¡la marquesa quedará sola!

– Hágame usted el amor de traerme esos valores, le dijo sin contestarle.

– Voy, voy corriendo, dijo el administrador, que no sabía dónde dar de cabeza.

Y cogiendo el sombrero, salió exclamando:

– ¡Loco! ¡Qué desgracia tan grande! Y está loco, sí señor, no hay remedio. ¡Pobre marquesa! ¡Tan buena! ¿Y de quién será esta casa? Yo lo averiguaré.

Magdalena, que había presenciado oculta esta escena, salió y empezó a prodigar a Carlos mil caricias, que no alcanzaban a desvanecer la profunda desesperación que este sentía.

Magdalena todo lo tenía dispuesto.

Al día siguiente, el marqués, ella y Cristina salieron para Barcelona, donde debían embarcarse rumbo a Italia.

Magdalena triunfaba.

El crimen vencía a la virtud. Su influencia sobre el débil corazón de Carlos dejaba un hijo sin padre, una esposa joven y buena, sola y entregada a sí misma.

A veces parece que Dios permite esos triunfos sobre la inocencia, como una prueba a que somete el corazón humano.

¡Feliz el que en esas terribles pruebas no es vencido a su vez por el impulso del mal!

#### CAPÍTULO XXIV: *PRESENTIMIENTOS*

María ocupaba con Aurora un palco en el teatro del Príncipe. Aquella noche ponían la preciosa comedia de Ayala, *El tanto por ciento*. María, triste ya, sin explicarse la causa, se entristeció aún más al escuchar sus encantadores versos.

– ¿Qué tienes? le preguntaba Aurora.

– No lo sé, respondió, me duele la cabeza.

Y seguía escuchando con ansia a Teodora, que interpretaba admirablemente la creación del poeta.

Pero cuando en la escena más interesante del drama, la condesa pide en vano salven con una palabra su honra, cuando aquellos infames no lo hacen porque calculan en tanto que callan cuanto les puede valer su silencio, María, pálida, palpitante con los ojos llenos de lágrimas, seguía cada incidente con vivísimo interés.

– ¿Por qué te conmueves tanto? le dijo Aurora tomándole una mano y estrechándola con cariño.

– No me lo explico, Aurora, pero siempre que veo esta admirable obra maestra me sucede lo mismo: pienso en lo horrible que sería en la vida real sentirse herir por esas armas infames, y no saber por qué se nos hiere. La calumnia no puede evitarse, porque todos la conocen menos aquel a quien ofende; cuando lo sabe, ya es tarde.

– Pero, hija mía, ¿para qué te preocupes tú por eso? Es verdad que la calumnia mata moralmente, pero tú, que no tienes enemigos, que a nadie has hecho daño, que eres tan buena, ¿por qué la has de temer?

– Acaso sea un presentimiento de mi corazón.

– No, es que tú eres muy sensible y te impresionas fácilmente.

– Quizás tengas razón.

– Y luego, querida mía, que Dios no puede dejar triunfante la mentira, podrá sostenerse en tanto que los sucesos preparados por ella ofusquen, pero luego desvanecerá su sombra la luz de la verdad.

– Pero en tanto que esa luz se hace, Aurora, la prueba debe ser cruel.

– Tanto más bello es luego el triunfo, pero dejemos esto, María, ya ves que hasta en ese drama que tan profundamente te impresiona, la calumnia desvanece.

María guardó silencio: el telón se había levantado, y empezaba el tercer acto. María le escuchaba con atención, y sus dulces facciones se serenaban a medida que avanzaba el desenlace. Cuando terminó, María comenzó á extrañar que Carlos no llegase. Empezó a inquietarse, y la dijo Aurora:

– Por todo te apuras, María; estará con sus amigos, y no habrá podido venir.

– ¿Tienes tú el empeño en ver la pieza que sigue?

– No, ninguno vámonos si quieres.

– Ya debe esperarnos el carruaje; le mandé volverá las once, y son diez minutos más.

– Tampoco César ha querido venir.

– Te dejaré en tu casa, y luego me llevarán a la mía.

Las dos amigas se pusieron sus abrigos y se levantaron para retirarse.



En breves momentos llegaron a la calle de la Reina.

– ¿Por qué no subes, María? le dijo Aurora; papá me esperará.

– Mañana volveré; tengo cuidado por Carlitos.

– Adiós, hija mía, la dijo el marqués de Vélez, que al sentir parar el carruaje bajó á recibir a su hija: ¿quieres que te acompañe'?

– ¡Ah, no! Van dos criados, y es temprano: hasta mañana.

El carruaje partió, y Aurora y su padre subieron.

– ¿Y mi hermano? dijo la joven.

– No ha salido, hija mía; dice que no está bueno.

– ¿Está en su cuarto?

– Sí.

– Voy a verle.

Y cruzando con ligereza algunas habitaciones, entró en la de su hermano.

César, envuelto en una bata de terciopelo carmesí, estaba recostado en un sofá.

Su brazo se apoyaba en uno de los almohadones, y su rostro se ocultaba en su mano.

Estaba inmóvil; no podía asegurarse si dormía.

Aurora llegó cerca de él sin ser sentida, pues sus pasos se apagaban en la alfombra, y besó con cariño su cabeza.

César se incorporó, y abrazó a su hermana.

– ¿Por qué no has ido al teatro? la dijo ésta; te hemos estado esperando.

César, al oír el plural, sonrió con tristeza.

– ¿Quién me ha esperado? le dijo.

– María y yo.

– ¡María! ¿Te ha dicho ella que me esperaba?

– No; pero yo le aseguré que irías, y luego nos hemos tenido que venir solas: Carlos no ha ido tampoco.

– ¡Carlos! dijo César, por cuya frente pasó, rápido como la sombra de una mariposa, una expresión de disgusto. ¡Carlos no vá nunca a donde debe ir!

– ¿Por qué dices eso?

– ¡Pobre María! dijo César sin contestarle.

– ¿Por qué? ¿No ves cuánto la quiere? Hoy mismo parecía loco con ella.

– ¿Y cuánto durará ese cariño, niña mía, en un corazón como el de Carlos? María y tú, ¡pobres ángeles! no veis hoy más que la superficie de las cosas; no llegáis al fondo, que es donde se oculta el cieno.

– Pero hermano, me parece que eres injusto con Carlos.

– Si tú le hubieras visto, como yo, en las reuniones de hombres solos, en esas horas de expansión y confianza en que parece que el corazón se entreabre para dejar ver todos sus pliegues, acaso, a pesar de tu inocencia. le hubieras conocido: Carlos tiene el corazón seco y viciado; no tiene fe en nada; se burla de todos los sentimientos que forman como una atmósfera más pura alrededor del alma. Carlos se cansará de María, y entonces la pobre niña se hallará sola. – Dios no querrá que eso suceda; María es tan bella, que podrá regenerarle, si es como tú lo juzgas.

– María será una mártir, y nada más; no tiene ella el carácter firme y enérgico que podría dominar ese otro carácter débil.

– Esta noche estaba la pobrecita muy triste.

– Oye, Aurora: aunque eres una niña y apenas me comprenderás, los sentimientos puros pueden decirse siempre, y voy a abrirte mi corazón. Esta tarde he sufrido cruelmente; Carlos sabe que yo he amado a María, no tengo duda de ello, y quería probarme haciendo alarde de su amor a su esposa. Yo he vivido un siglo en aquellos momentos de agonía; yo tengo ante mis ojos aquel cuadro, y oigo resonar aquellas palabras en mi oído. He formado una resolución invariable; voy a pedir mi traslado a otro cuerpo, y me alejo de Madrid: yo la amo; pero mi amor es tan puro, que es una especie de culto sagrado, de adoración respetuosa; mi alma es el altar de su memoria; mis pensamientos la buscan siempre sobre tronos imaginarios, y la veo en ellos tan elevada, que mis ilusiones de amor llegan a sus pies como un perfume de perfecto aroma. Sí mi corazón abrigase hacia ella un solo latido que no fuese puro, me arrancaría el corazón, porque cuando se ama nos complacemos en creer lo más grande nuestro amor, y no es amor el profanar con un solo pensamiento el nombre que es nuestra vida. Pero, a pesar de la pureza de mi amor, yo no puedo soportar el martirio de mis celos. Yo la veo de otro hombre que acaso no la comprende, que no la ama y mi corazón se rompe. No sé por qué creo que esperan a María muchos dolores; es un triste presentimiento que me asalta cuando

pienso en su porvenir; y si este presentimiento se realiza, yo tengo el derecho y el deber de velar por ella. Siempre encontrará un apoyo en mi corazón; pero ¿aceptará ella ese apoyo? Creo que no, porque, en su altiva pureza, creería hacer una concesión a sus sentimientos contra sus deberes. Pero, acéptele o no, yo velaré siempre por ella, y esta es la misión que espero del porvenir acerca de María. Tú no sabes cómo yo la amo, Aurora; ¡si vieras cuántas horas de angustia he pasado! Pero ya he logrado decirle a mi amor lo que Dios dijo a las olas del mar: «De aquí no pasarás». Ahora solo sufro cuando la veo junto a su esposo; y acaso, si llego a convencerme de que la hace feliz, pueda verla sin pena junto a él. Aurora lloraba, y había asido las manos de César.

– Pero, hermano mío, dijo al fin: ¿por qué no procuras olvidarla, si es ya imposible para ti? ¿A qué sufrir sin esperanza de consuelo?

– ¡Olvidarla! Eso es imposible, Aurora; su recuerdo es una necesidad de mi vida, y en sufrir por ella hallo consuelo y dicha.

– ¡Dios quiera que te engañes, que no seas desgraciado, y que tú no sufras más! En cuanto a irte de Madrid, papá no lo consentirá, y es inútil; además, María se va a Sevilla.

– Tienes razón: veremos. Buenas noches, mi querida niña, dijo César besándola en la frente.

Aurora salió para ir a su cuarto, y César quedó solo de nuevo.

## CAPÍTULO XXV: *EL ADMINISTRADOR*

María pasó toda la noche en una ansiedad creciente.

Sintió pasar las horas junto a la cama de su hijo, y al amanecer, fatigada, y enferma, se arrojó vestida en su lecho.

Ella no se explicaba la ausencia de Carlos, y nada más lejos de la realidad que las suposiciones que de ella hacía.

Las once serían cuando una doncella entró a decirle que D. Baldomero Fernández deseaba con instancia verla.

– Pero ese es el administrador, dijo María: será al marqués a quien busca.

– Ha dicho que a la señora.

– ¡Es extraño! En fin, hacedlo entrar.

D. Baldomero entró.

El pobre señor completamente aturdido con la comisión que le había dado el marqués, no sabía cómo empezar a desempeñarla.

La marquesa le enseñó una silla y le saludó con un leve movimiento de cabeza.

– Señora, dijo dando vueltas a su sombrero, que había conservado en la mano; señora ... yo, el Sr. Marqués ...

– ¿Qué? dijo María levantándose violentamente: ¿ha sucedido algo al marqués?

– No; no señora, al menos que yo sepa; anoche estaba bueno, sólo me pareció que su razón no estaba muy serena; pero este es un parecer mío.

– En fin, hágame usted el favor de explicarse; estoy inquieta.

– A eso voy, señora mía: pues decía, es decir, iba a decir, que anoche el señor marqués me llamó; me pidió urgentemente todos los fondos que tuviera disponibles, y yo...

D. Baldomero vaciló de miedo.

– ¡Y bien! dijo María que estaba excesivamente pálida: el marqués había perdido acaso en el juego, ¿no es eso?

– No señora: precisamente hay algo más; en fin, el señor marqués se ha marchado al extranjero.

– ¿Qué dice este hombre? exclamó María, cuyas facciones se alteraron rápidamente: ¡está loco!

– ¡Ay! sí señora: por desgracia yo creo que V. E. tiene razón: que está loco!

– Pero ¿quién está loco?

– ¿Quién ha de ser, señora? el Sr. Marqués.

– ¡Dios mío! dijo María pasándose su mano helada por la frente: ¡Dios mío, dame un rayo de luz, porque yo no comprendo lo que sucede!

– Señora marquesa, dijo temblando el administrador: yo siento darle esta pena, pero el señor marqués ...

– Pero ¿dónde está el marqués?

– ¡Ay! señora, yo no lo sé: ha salido de España.

– Pero ¿por qué? ¿Con quién? –Anoche me llamó S. E. a una casa de la calle de Atocha: el señor estaba muy pálido; me miraba de un modo que daba miedo; ¡perdóneme Dios, pero yo creo que

estaba loco! Me pidió el dinero, como ya he tenido el honor de decir á V. E., y me dijo que... que...

La voz de D. Baldomero volvió a anudarse en su garganta.

– ¿Qué? dijo María, que parecía sufrir de una manera infinita.

– Que no se pasase a V. E. la pensión mensual de alfileres ... y ... que le dijese su marcha, pero que V. E. puede seguir habitando esta casa, a menos que no prefiera irse á otra.

Los grandes dolores tienen algo de la influencia adormecedora del narcótico.

Pasan sobre el pensamiento con la pesadez de la niebla sobre el horizonte; le dominan y le aturden.

Uno de esos dolores puede producir el embrutecimiento de los sentidos, la atonía de la estupidez, y puede hacer despertar la energía de un carácter en el fondo de un corazón.

María, incapaz de pronunciar una sola palabra, parecía escuchar aún: nadie hubiera podido expresar lo que sentía, ni pensamiento alguno hubiera podido seguir el vuelo de su pensamiento. Don Baldomero empezó a sentirse inquieto de aquel silencio, y tosió, como diciendo: «Aquí estoy».

María levantó la cabeza, y con una serenidad que espantaba le dijo:

– D. Baldomero, le doy a usted las gracias por venir anunciarme el viaje de mi esposo. Yo tengo dinero y nada necesito: puede Usted enviárselo todo.

– ¡Anda, anda! dijo para sí el administrador, ¡cómo lo toma la niña! Viaje ¿he?: Pues a mí no me quita nadie que era huida, y milagro será sino anda alguna bribona de campanillas en el asunto.

– Mucho le agradeceré a usted., dijo María que con su delicado instinto comprendió que no debía demostrar su dolor a un extraño, que vuelva por aquí para que yo le encargué algunos negocios.

– Siempre estaré a las órdenes de la señora marquesa.

Y levantándose, se despidió torpemente, y se alejó.

– Todos los pícaros tienen suerte, iba diciendo; el Sr. Marqués que se vuelve loco, porque para mí no hay duda, estaba loco y escapa, tiene una mujer hermosa y más suave que el terciopelo, como que llama viaje A la escapatoria de su marido, y yo que era tan buen casado, que no daba un paso sin pedir permiso a mi

mujer, me tocó una amable como un erizo. ¡Uf! ¡Dios la tenga en su gloria; si no se muere, me mata; pero me pasó lo que dice Quevedo le sucedió A cierto marqués que enviudó:

*Ella se fue a ver a Dios,  
y a mí Dios me vino a ver.*

– Pero ¡vea V. lo que son las mujeres! ¡Quién había de pensar que lo tomara con tanta calma!

## CAPÍTULO XXVI: ¡SOLA!

Difícil sería expresar lo que María sintió al quedar sola.

En su pensamiento no había ideas, ni en su corazón latidos.

Era, más que abatimiento, más que desesperación, como un anonadamiento de fuerzas a un tiempo morales y físicas.

– ¡Sola! se decía. ¡Me deja sola!

Y en esta palabra se encerraba toda la cantidad de amargura que se desbordaba en su alma.

Algún tiempo permaneció así.

Sin ideas, sin voz, sin razón.

Parecía que todos los resortes de su vida se habían roto por un sacudimiento de pena.

Había en su actitud algo parecido a la indiferencia de la locura, algo del abatimiento de la desesperación.

Un suceso muy natural le sacó de su abstracción.

Acaso algunos momentos más de aquel estado de sonambulismo doloroso la habrían matado.

Se oyó el lloro de un niño por espacio de breves instantes.

María le oyó como si le escuchase por la primera vez, como si se preguntara de qué procedía.

El eco que dilataba aquel llanto resonó en su corazón.

Fue como un rayo de luz que brilló entre la densa sombra de su pensamiento.

– ¡Ah! murmuró, como si despertase, y con una dulzura infinita: ¡mi hijo! ¡Le había olvidado...!

Una reacción poderosa se efectuó en su espíritu.

A la palidez de su rostro sucedió una arrebatada púrpura.

La pobre niña apoyó su frente en sus manos y rompió a llorar.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Los instantes de dolor no se miden. Ellos tienen una duración infinita para el que sufre.

Diríase que detienen su vuelo sobre la frente herida del dolor, como detienen el suyo las tempestades sobre las crestas de las montañas.

El tiempo no es nada o es mucho, según los sucesos que en él se determinan.

En las penas el tiempo no pasa; parece que se adhiere al pesar para dilatarle, para prolongarle en lo infinito.

Si el tiempo estuviese representado en una figura, creeríamos que absorbe cuánto hay de cruel en el corazón humano, y que goza en nuestro martirio.

Sufrís, encerráis en vuestro pensamiento todo un mundo, le veis allí desgarrado, ensangrentado; miráis a vuestro alrededor, creyendo que, si el mundo entero contribuye a vuestra pena, debe participar de ella, y veis primero con asombro, luego con amargura, que todo sigue indiferente; que el cielo sonrío, el viento suspira y las flores recrean: sólo las horas se hacen eternas. Parece que la creación tiene en sí algo de egoísmo; se asocia a nuestra dicha; pero rechaza nuestro dolor. Entonces brota en el alma como un supremo consuelo la idea de Dios.

Entonces la oración, como esperanza, como súplica, brota en nuestros labios independiente de nuestra voluntad.

Porque las oraciones son como las alas de nuestra alma.

Ellas la llevan más allá del mundo visible.

¿A dónde?

A ese infinito desconocido, que atrae como todo lo que es misterioso.

El aislamiento del dolor abrumba como el dolor mismo.

La oración aleja el aislamiento, poblando de celestes esperanzas la soledad del pensamiento.

María después de llorar oró largo rato.

¿Qué pedía en aquellas oraciones?

Acaso no lo sabía; pero la oración era una necesidad de su alma en tales momentos.

Más tranquila después empezó a pensar.

Cuando el paroxismo del dolor se desvanece, dejando al pensamiento recobrar su imperio, las ideas perciben mil detalles

que renuevan, que hacen visible el dolor; el pensamiento, al interrogarse a sí mismo, es cruel.

Hace el mismo efecto sobre el alma que una luz sobre unas ruinas.

En la oscuridad, éstas eran una masa informe que nada inspiraba; al iluminarlas, al poder apreciar sus detalles, inspiran tristeza y a veces dolor.

En el alma de María empezaba a debilitarse el dolor.

Algunos girones de sombras flotaban aún en su pensamiento, como después de la tormenta flotan girones de nubes en el horizonte.

Pero no se condensaban, huían.

María empezó a preguntarse si merecía aquel dolor el que la dejaba en un abandono infame, y su orgullo, su dignidad, le contestaron que no.

Aún vacilaba antes de mirar al fondo de su situación; aún se preguntaba entre sollozos que ya no subían a sus labios, pues se rompían en su pecho, si le sería posible vivir, cuando una de las puertas del gabinete en que estaba se abrió, y la montañesa que criaba a su hijo apareció en ella con el niño en los brazos.

María se levantó violentamente y le tomó en los suyos.

– ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma! dijo besándole con pasión: ¡te he olvidado, cuando tú eres mi vida! ¡He querido morir cuando tú me necesitas ...! ¡Vas a debérmelo todo, porque ya sólo tienes a tu madre ...!

Las lágrimas de María salpicaban el rostro del niño, como salpica el rocío las hojas de una rosa. El tierno ángel sonreía.

Quizás aquel rocío de dolor le acariciaba.

– ¡Y yo me creía sola cuando te tengo a ti en mis brazos, y a Dios en mi corazón ...! ¡Sola, cuando mi alma está llena de tu amor! ¡Bendito seas, hijo mío! ¡Qué sería de mí sin ti? ¡Madre mía, dijo arrodillándose siempre con su hijo en los brazos: tú que me ves desde el cielo, ¡tú que me has querido como yo quiero a mi ángel, pide a Dios que me lo conserve, para que él sea en Mis penas el consuelo y la esperanza de mi vida! La nodriza la miraba absorta, sin comprender una sola palabra; pero como al corazón sencillo de la pobre mujer llegaban las palabras de María, lloraba copiosamente.



– Señora, la dijo en ademán de súplica y sin saber de qué manera consolarla: ¡señora mía, por Dios!

María la miró a través de sus lágrimas

– Quiero llorar hoy, la dijo, porque no lloraré más.

– Pero, señora mía, V. E. se pondrá mala.

– Es verdad: debo atender a mi salud: ¿qué sería sin mí de mi hijo ...? Ama, dijo volviéndose, al parecer serena: pida usted agua para mí. ... ¡Me estoy ahogando ...!

La nodriza comprendió que María no debía ser vista en su dolor por los demás criados, y fue por sí misma a buscar el agua.

A veces en las mujeres del pueblo hay sentimientos delicados que casi permanecen ocultos, porque les falta el relieve de la educación.

La marquesa, fatigada, dolorida, bebió con ansia el agua que la buena mujer le presentaba, e hizo un esfuerzo por aparecer serena.

Una gran pena revela a veces la existencia de un gran carácter.

María, dulce y delicada, débil al parecer empezaba a transformarse en enérgica y fuerte.

– Es necesario pensar en el porvenir, se dijo.

Y con una firmeza de que no se la hubiera creído capaz, empezó a analizar lo que podía esperar de él.

Durante aquel día la lucha de sus sensaciones le impidió tomar una resolución.

Pasada aquella noche de su pensamiento, un crepúsculo de consuelo se dibujó en él con indecisos colores.

Veámosla seguir su camino en la vida, guiada por su vacilante reflejo.

## CAPÍTULO XXVIII: *DECISIONES*

Un día después, María había tomado una resolución decisiva, y estaba serena.

María había encontrado en sí misma algo que no esperaba: había encontrado valor.

Es muy posible que, unida a un hombre que hubiese sido para ella el sostén, el apoyo legítimo de su vida, María no hubiera

dejado de ser una mujer tímida y dulce, de amante y tierno corazón.

Pero María, abandonada a sí misma, sin más apoyo que su propio sentimiento, sin más guía que su razón de niña, tuvo necesidad de hacerse fuerte, y como la voluntad para el bien es siempre poderosa, encontró en ella la fortaleza que necesitaba.

Parece que Dios reserva siempre las grandes luchas para los grandes corazones; acaso mide, antes de enviar sus pruebas, el valor del alma a que las envía.

Seres hay que ordenan con una regularidad de máquina las acciones de su vida.

Y lo extraño es que el destino parece respetar aquel frío mecanismo, porque desvía de ellos los grandes golpes.

No son, sin embargo, dignos de envidia. María, herida a un tiempo en todos sus sentimientos, se había abatido momentáneamente, para rehacerse después.

Así se levanta el mar soberbio, después de haber temblado a la primera ráfaga de tempestad. María muy pálida, pero serena, con los hermosos ojos rodeados de un ancho círculo oscuro, hizo llamar al mayordomo apenas estuvo vestida.

– D. Pedro, dijo a éste cuando se presentó; hágame usted el favor de sentarse.

D. Pedro se sentó en el extremo de una silla con visible cortedad.

El aspecto de la marquesa era tan puro y majestuoso que imponía respeto.

– El señor marqués, empezó diciendo María, no sin que su voz temblase ligeramente, ha tenido necesidad de hacer un viaje, tal vez largo.

El mayordomo hizo un gesto de asombro.

– Como probablemente necesitará muchos fondos lejos de su casa, he resuelto empezar aquí a hacer economías.

El mayordomo continuó guardando silencio.

– Es preciso, pues, despedir a los criados; sólo quedará la nodriza y una cocinera que usted hará buscar.

– Pero, señora, ¿cómo va V. E. a pasar sin una sola doncella, acostumbrada como está a hallarse bien servida?

– ¡Oh! perfectamente; además otras tienen menos.

– Pero señora, ¿qué se dirá? ¡Una casa tan rica ...!

– No me importa lo que puedan decir. Usted continuará como hasta aquí al frente de todo; ya sabe usted cuánto le quiere el señor marqués y aunque yo no le apreciase también, bastaría esto para conservarle a mi lado.

El mayordomo, profundamente conmovido le dio las gracias.

María continuó:

– Esta misma noche puede usted despedirlos; les pagará el mes completo, y les dirá que serán admitidos de nuevo si vuelvo a necesitarles: ¿tiene usted aún mucho dinero para el gasto diario?

– Unos veinte mil reales.

– ¡Ah! pues entonces le dará a cada uno la paga de un mes en memoria mía. Además, pasará usted aviso a nuestro administrador en Madrid, D. Baldomero Fernández, de que puede disponer de los carruajes y caballos; sólo quedará mi berlina azul, y el caballo negro que me envió mi padre.

– Pero señora, ¡qué destrozo! decía el mayordomo, que no sabía lo que le pasaba; ¿por qué vender esos coches?

– Porque no los necesito, dijo la marquesa con dulzura.

– ¡Es imposible, señora marquesa, que pueda V. E. hacer lo que dice! ¡Cómo ha de estar en esta casa tan grande sin criados!

– Se cerrarán todas las habitaciones menos las mías.

– ¡Pero siquiera una doncella y un cochero...!

– Bien, dijo María: puede V d. en ese caso dejar a Clara y a Juan.

Y haciéndole con la mano un gracioso movimiento, le indicó que nada más tenía que decirle.

Cuando salió, se dijo:

– Tiene razón; necesito algunos criados más de lo que yo pensaba. Yo tengo poco dinero, he dado mucha limosna, pero tengo alhajas... esas para el último extremo; antes yo trabajaré: me han dicho mil veces que mis cuadros eran buenos; empezaré uno, invocaré a Dios, y Dios guiará mi pincel; ¡valor! Cuando se tiene un hijo, cuando se trabaja por él, no hay derecho para quejarse. Y, en último caso, ¿qué soy yo, que merezco yo más que esas infelices que veo pasar cada mañana para ir al taller? ¡Vanidad! Vanidad es el sentimiento que nos hace creer que valemos más cuando valemos infinitamente menos. Ellas van contentas y felices, ¡y yo aún siento la duda en mi corazón!

Algunas horas habían pasado, cuando María vio entrar al marqués de Vélez, que al pronto no supo qué decirle.

María se levantó y le alargó su mano con la gracia que le era habitual; pero con una marcada expresión de tristeza.

– ¿Con que es verdad? dijo el marqués, cuya voz temblaba.

– Sí, contestó María adivinando lo que el marqués no se atrevió a decir.

– Hija mía, mi querida María, ¿por qué no has avisado? ¿Por qué no me llamaste?

– ¿Y para qué? Además, en las crisis del dolor la soledad es consuelo.

– No, María, no; cuando se cuenta con el cariño de personas que han de compartir nuestra pena, el consuelo es su presencia.

– Todo lo olvidé.

– Pero ¿cómo ha sido esto?

– No lo sé; me dijo que iría al teatro a buscarme; lo esperé en vano: después su administrador me ha dicho que ha salido de España.

– Aquí hay un misterio que hoy no podemos comprender. María; sin estar loco no puede obrarse así: ¿no sospechas tú que pueda ser?

– No: siempre he creído a Carlos ligero e inconsecuente, pero no infame.

El marqués quedó profundamente pensativo.

– Habrá tomado al menos medidas para que nada te falte en su ausencia, dijo al fin.

– Sí: ha dispuesto que no se me entregue ni aún la cantidad que desde nuestro casamiento me tenía señalada para alfileres.

– ¿Qué dices? dijo el marqués asombrado: esa es una villanía. es la infamia llevada a su último extremo; no sólo te abandona, sino que te niega, que niega a su hijo los medios de vivir; eso no puede ser, María. Las leyes están en tu favor, y al amparo de las leyes tú le pedirás lo que de derecho te pertenece, y harás que se le castigue.

María movió dulcemente la cabeza.

– Yo no pediré nada a mi esposo con el derecho que me dan esas leyes; su nombre, el nombre de mi hijo, se vería escarnecido ... ¡Oh, no! Tampoco quiero, y antes me dejaría morir de hambre, recibir como una limosna nada suyo. ¡Que guarde o tire su dinero

... no lo necesito ...! Yo sabré ganar para mí y para mi hijo un pedazo de pan.

– María, no piensas lo que dices, no hay bajeza en pedir para tu hijo a su padre lo que legalmente no puede negarle.

– Lo he pensado muy bien, y nada podrá hacerme variar en las decisiones que he tomado: acaso bajo el punto de vista material y legal no haya bajeza en lo que usted me propone; pero bajo el punto de vista moral, la hay; es una humillación decir a un hombre: «Tú no quieres vivir a mi lado, y yo me puedo pasar sin ti, pero no sin tu dinero.» Esto no lo haré yo nunca.

– En ese caso, hija mía, vendrás a mi lado; tendré dos hijos más, y te deberé el que mi dicha sea mayor.

– Gracias, gracias, dijo María estrechando sus manos conmovida; el único asilo que yo podía aceptar era el de mi padre, y no le aceptaré tampoco.

– Pero entonces, ¿qué vas a hacer?

– Trabajaré para mi hijo.

– Eso no es posible, María: tú no puedes continuar aquí.

– Es preciso; quiero que mi hijo viva en la casa de su padre; quiero que, si mi esposo vuelve, me encuentre en ella esperándole.

– Pero, hija mía, tú te vas a sacrificar inútilmente: ¿no ves dijo vacilando y como intentando un último medio, que los que no te conozcan, al ver que aceptas sin quejarte la situación a que tu esposo te deja reducida, creerán que tú la has motivado?

María se puso vivamente encendida, y contestó con dignidad:

– Los que no me conocen pueden creerlo; pero los que me conocen saben que no es así; lo sabe él, lo sé yo, lo sabe Dios, sobre todo.

– ¿No querrás tampoco admitir como préstamo, hasta la vuelta de tu esposo, lo que necesites?

– No tengo seguridad de que mi esposo vuelva, y no debe tomarse como préstamo lo que no hay certeza de pagar.

– ¡Qué casuista más sutil eres, María! Veo que no se te puede convencer, y voy a escribir a tu padre.

– Yo iba a rogárselo a usted., porque á mí me es penoso.

– ¿No te convencerá él tampoco?

– No: tengo la convicción de que así cumplo un deber. Pero ¿cómo ha sabido usted. la marcha de Carlos tan pronto? ¿Es acaso pública la noticia?

– La he visto en un periódico, y sin decir nada a mis hijos he venido.

– ¡Ah! ¡Pues que no sepan nada! Yo quiero que se crea a Carlos viajando.

– ¡María! ¡Le perdonas, y además le disculpas!

– ¡Por mi hijo ...!

– ¡Adiós, pues, noble mártir! Ya que nada quieres de mí, no olvides que tu recuerdo vive siempre en mi corazón.

María se levantó, le tendió los brazos é inclinó la cabeza un momento sobre aquel noble pecho para ocultar sus lágrimas. El anciano marqués la estrechó conmovido y dos lágrimas brotaron de sus ojos, que fueron a perderse en la perfumada cabeza de María.

#### CAPÍTULO XXVIII: *NUEVAS PRUEBAS*

Bien pronto no fue un secreto para ninguna de las personas que conocía a María la partida de Carlos.

La murmuración quiso sacar partido de este suceso; pero María era tan joven, su vida tan pura, que todas las conjeturas, faltas de base, caían por sí mismas.

Se la llamó tonta por su conformidad, porque de algún modo habían de calificarla, y a falta de otro mejor, aquel medio no era malo.

No se la podía llamar otra cosa; pero tonta se puede llamar impunemente a cualquiera mujer, sobre todo cuando apenas se la conoce.

¿Quién no se cree bastante apto para juzgar la capacidad ajena?

Pero estos rumores fueron vagos.

María era poco conocida.

Pasados algunos días se fue olvidando, hasta que se borró.

Un suceso es en la vida lo que una gota de agua en el mar.

Al caer se hace visible por los círculos que forma, y van ensanchando hasta que se pierden en lo infinito: después, ha pasado, nada queda de ella.

Diríase que el espíritu necesita alimento, y por eso se apodera con ansia de todos los sucesos.

Pero su vida artificial se gasta, se olvida, y entonces sólo queda su recuerdo en algunos corazones.

Cuando los indiferentes olvidaron que el marqués de la Rivera había abandonado a su bella esposa, los amigos de ésta la rodearon con nueva ternura.

Su padre llegó, y con él D. Antonio de Roja, tío de Carlos.

El día en que volvemos a encontrarla, María, siguiendo al parecer, una conversación empezada, decía á su padre:

– Es inútil, papá; he decidido no dejar esta casa.

– Pero ¿por qué?

– Ya te lo he dicho; mi hijo debe crecer en la casa de su padre.

– Y morirse en ella de hambre, puesto que a su madre se le antoja un absurdo como ese.

– ¡No quiera Dios que falte nada a mi hijo!

– ¿Y qué ha de suceder con tu obstinación? ¿Crees tú que Dios ha de enviarte el pan en el pico de un cuervo como a San Pablo? ¿O esperas alimentarlo con ilusiones?

– Papá, aunque yo no tengo la pretensión de ser santa para que Dios me favorezcan así, confío en que no ha de abandonarme.

D. Antonio de Rojas oía en silencio a María: parecía esforzarse en contener las lágrimas.

– Escucha, hija mía, la dijo con cariño.

Yo creo que dices bien, que no debes abandonar tu casa: mira lo que voy a proponerte. Yo tengo poco caudal: mi hermano, el padre de Carlos, era el mayor, y lo heredó todo; pero con lo que tengo basta para vivir en una decente medianía: yo no quiero ni oír hablar de tu marido, que se ha hecho odioso para mí al proceder tan villanamente contigo: pero cuanto yo tengo es de tu hijo: acepta en su nombre la mitad de lo que tengo, ya que no quieres venir conmigo: esto María, no es indigno de ti.

– Gracias, tío mío, por su generosa oferta; si veo que es superior a mis fuerzas la misión que me he impuesto, iré a pedirle su protección, y lo mismo a mi padre: antes, me parece una cobardía.

- Pero ¿con qué cuentas?
- Con mi trabajo; tengo un cuadro empezado; el representante de una casa francesa le ha visto, y me ha ofrecido por él diez mil reales, asegurándome que tomará todos cuantos haga: creo que me bastará.
- Sería necesario, dijo D. Antonio, escribir a ese loco.
- ¡Oh, no! dijo María con dignidad; yo no le llamaré.
- Tú, no; pero yo tengo el deber de intentar hacerle volver a la senda de la razón; pero, ¿cómo averiguar el medio de que lleguen a él nuestras cartas?
- ¡Imposible! el administrador se niega a decirlo: acaso no lo sabe.
- Y como tú no quieres emplear otros medios ...
- ¡Oh, no! dijo María. Eso nunca.
- D. Antonio estrechó sus manos con calor, y le dijo:
- Gracias, hija mía, gracias porque evitas esa mancha a mi ilustre nombre.
- El general, que callaba, se volvió al oír esto.
- ¡Nombre ilustre! ¡Sangre noble! He aquí una fraseología a que yo he dado antes mucha importancia; pero hoy... al ver que un noble procede peor que el último plebeyo, voy creyendo que la nobleza reside en el corazón, que no se hereda. De nada sirvo a mi yerno tener un nombre ilustre, porque es el más miserable de los hombres. ¡Ah, hija mía! Perdóname si tan a ciegas dispuse de tu suerte: ya he visto que ni los millones ni la nobleza son la felicidad.
- María lloraba, y D. Antonio no se atrevía a contradecir al general, pues no habiendo medios de justificar a Carlos, siempre la desdicha de su hija le daría la razón.
- Al fin se le ocurrió una réplica.
- Si la sangre noble se ha bastardeado en mi sobrino hasta hacerle cometer una mala acción, la sangre noble hace a tu hija ser lo que es, le dijo.
- ¡Oh, es verdad! contestó el general más calmado: el todo no es la sangre; es el sentimiento, es la educación.



## CAPÍTULO XXIX: *LUCHAS DEL ALMA*

Volvemos a encontrar a María algunos meses después de los sucesos que dejamos referidos.

Su aspecto, dulce y sereno al par que melancólico, probaban bien a las claras que aquella noble alma se había acostumbrado a su soledad.

María se había preguntado muchas veces la causa de la repentina partida de Carlos, y nunca supo contestarse.

Oyó como un vago rumor acerca de la condesa de Claraval, que avivó sus recuerdos y le hizo pensar en la posibilidad de que Carlos hubiese huido con ella.

Acabó por convencerse de ello, y entonces se dijo con amargura que ella había sido el juguete de los caprichos de Carlos; que aquella mujer era la que él amaba, y de la que huía cuando salieron de Madrid.

Dios la evitó el dolor de sospechar la verdad.

Era ella tan noble y pura, que ni por un momento pudo creer que su esposo dudase de su honra.

Poco a poco María, como ya hemos dicho, había adquirido la costumbre de su soledad.

Ya las horas pasaban fugaces para ella; es verdad que el amor de su hijo las iluminaba con un reflejo celestial.

El niño crecía hermoso y robusto; ya balbuceaba el nombre de su madre, y éste había sentido una alegría infinita al verle un pequeño diente, blanco como una perla de Golconda.

Trabajaba en su cuadro con ardor; de ser María menos sencilla, menos inocente, habría comprendido que no era natural se pagasen bien y se buscasen las obras de un autor no conocido.

Ella creía ver en esto la protección de Dios.

Pero si el exterior de María era plácido y risueño como la superficie de un lago, en el fondo de aquella alma tan elevada empezaban á despertarse algunas sensaciones que levantaban en ella una constante lucha.

En tanto que Carlos vivió a su lado, ella olvidó, así lo creyó al menos, sus pasados sentimientos. Su voluntad, dominándoles, los creyó vencidos, porque para su razón enérgica la palabra *deber* era sagrada.

El cariño a su esposo, que se esforzaba en avivar en su alma, era el velo que le ocultaba, aún a su mismo pensamiento, las esperanzas, los deseos, el anhelo que agitaba su corazón.

Pero al quedar sola, abandonada, olvidada con un olvido infame y miserable, el velo cayó como rasgado por una mano invisible.

María volvió a sentir brotar una ardiente llama de las mal apagadas cenizas de su primer afecto.

¿Qué soplo la había encendido?

Ella no lo sabía.

Acaso la casualidad; acaso el mismo Dios como una esperanza de consuelo.

Había en aquel sentimiento, que ella no quería confesarse a sí misma, mucho de dolorosa resignación, unida al extravío de lo imposible.

Participaba de la vaguedad del delirio, de la ilusión del sueño, del desconsuelo de lo irrealizable.

María, procurando apagar aquel fuego le avivaba; parecía que era él la vida que llenaba su corazón, el aliento que dilataba su alma.

La imagen de César la alentaba cuando se sentía desfallecer; la imagen de César era la luz que disipaba las sombras de su alma.

Su nombre era el perfume de sus sueños, su recuerdo el calor de su vida.

¿Cómo había de poder la pobre niña vencer el sentimiento que, más fuerte que su voluntad, más poderoso que su razón, la acariciaba en su aislamiento?

Su corazón era el Prometeo encadenado a la roca fatal de lo imposible, pero que se agitaba entre aquellas cadenas hasta ensangrentarse y desgarrarse en ellas.

Cuando el alma, al dilatarse con el primer latido de vida, siente la sed de emociones que revela acaso la primera florescencia del pensamiento, la soledad moral es imposible, el aislamiento eterno es la muerte.

María, cobarde ante la inmensidad de su pasión, había querido vencerla, no combatiéndola, sino aislándose aún más.

No había querido ver a César.

Creía la pobre niña huir de él, cuando le veía constantemente en el fondo de su alma, como si su imagen hubiera sido grabada en ella por el dedo de Dios.

César, respetando su dolor, evitó el despertar con su presencia recuerdos de otra época de dulces esperanzas en el alma de María.

Él sufría doblemente por su amor y por el olvido de María.

Aquel noble corazón, que nada exigía, hubiera sido feliz con una sola mirada.

Pero tan valerosamente había ocultado María sus sentimientos, que él no sospechó siquiera que, vencida ya su razón en la constante lucha que estaba sosteniendo, se encerraba en su soledad como en un último medio de defensa.

Si él hubiera tenido el consuelo de saber que no le era indiferente su memoria; si un rayo de esperanza hubiese llegado a reanimar su corazón, no habría impreso el dolor tan hondas huellas en todo su ser.

Él veía a María algunas veces. María iba a una iglesia cercana, y allí buscaba en la oración consuelo.

César lo sabía, y sin que su voluntad lo guiase iba a la solitaria iglesia, y oraba también.

Acaso las súplicas de aquellos dos corazones llegaban unidas ante el trono de Dios.

Un día sus miradas se encontraron. María se puso muy pálida y se la hubiera visto temblar poderosamente.

Cuando trémula aún se levantó para salir, César no estaba allí.

Aquella sola mirada la había revelado lo bastante.

César estaba pálido y delgado; sus hermosísimos ojos negros brillaban tan tristes como si ellos alumbrasen la agonía de su alma; su boca, antes riente y graciosa, había adquirido una expresión de habitual melancolía.

María lloró, y cuando pudo conciliar un sueño agitado e intranquilo, soñó que César moría y que ella era la causa de su muerte. Aquel día fue Aurora a verla; iba menos que antes, no porque no la amase con todo su corazón, sino porque en la nueva vida adoptada por María, temía molestarla turbando su soledad.

– ¿Y César? le preguntó María con ansiedad, olvidándose de todo.

– Está bueno, contestó Aurora volviendo a acariciar al niño.

María comprendió que evitaba hablar de él.

No se engañó: César la había prohibido que le nombrase en sus conversaciones con María.

Ahora nuestros lectores nos seguirán a Italia, donde vamos a buscar al marqués de la Rivera al lado de Beatriz.

### CAPÍTULO XXX: *EMBRIAGUEZ DEL TRIUNFO*

Cuando Beatriz, pues ya ha dejado el incógnito y vuelve a usar su nombre; cuando Beatriz, decimos, salió de España llevando a Carlos a su lado, sintió en su alma una sensación de orgullo, de felicidad, que sólo comprendería el criminal satisfecho de su obra. Era la expresión del orgullo satisfecho, la vanidad del mal, la embriaguez del triunfo.

Había vencido: ¿qué importaban los medios?

Alejaba para siempre, así lo creía al menos, al hombre que amaba de su rival; en adelante ella sería todo para él.

Porque ¿cómo desvanecer la atmósfera que su calumnia había formado? ¡Imposible!

La inocencia no es visible, y Beatriz esperaba que nunca se justificase la marquesa de la mancha que ella acababa de arrojar sobre su nombre.

Beatriz iba aún más allá en sus planes.

— Es posible, se decía, que lo que antes no ha sido, ahora sea. Es muy joven, se queda abandonada, y el amigo suyo hablaba de ella con demasiado calor. Tanto por vengarse de su marido, como por no aburrirse en su soledad, le amaré, continuando así la obra que yo he empezado.

Entonces Carlos, enteramente mío, no volverá ni a pensar en la que sólo le inspirará desprecio. Beatriz estaba contenta, era feliz.

El corazón tiene extrañas embriagueces; puede embriagarse de gloria, y hacer un héroe o un genio de un hombre vulgar.

Puede embriagarse en el mal, y hacer un gran criminal de un ser mezquino.

Puede embriagarse en abnegación, y hacer mártires y Santos.

Beatriz, verdaderamente embriagada en su triunfo, no sentía el remordimiento.

Carlos empezaba a olvidar todo lo que no era Beatriz.

Tenía momentos de dolor, de desesperación; pero su hábil amante alejaba con ardientes caricias aquellas nubes que el viento del pasado empujaba hacia el limpio cielo de su dicha.

Ningún sentimiento era para Carlos otra cosa que una inestable impresión; y el amor que había tenido a su esposa, sino se había borrado por completo, se había debilitado mucho; parecía que cada día se hacía más vago en el fondo de su alma.

El recuerdo de su hijo, tan vivo en un principio, fue cediendo también, pero no desapareció; como si una cadena eléctrica e invisible hubiese unido los corazones del padre y del hijo, a veces un estremecimiento poderoso hacia recordar a Carlos aquel tierno ser abandonado.

Carlos quiso sabor de María y de su hijo y escribió al administrador, encargándole el secreto de su residencia.

En breve tuvo contestación.

El administrador le decía:

«Sr. Marqués

*La señora ha reducido la servidumbre a lo estrictamente necesario; ha cerrado todas las habitaciones de la casa, excepto las de su uso particular. No recibe a nadie; no sale sino para ir a la iglesia; viste de negro; por el mayordomo sé todo esto, y que la señora marquesa pinta un cuadro, que piensa vender.*

*El niño está hermosísimo: aquí nadie se explica la marcha de V. E.*

*La señora se ha negado á dejar la casa de V.E.; no ha querido ni ir con su padre, ni con el señor tío de V. E. que vino por ella.*

*Soy su humilde servidor,*

*B. Fernández.»*

Cuando Carlos leyó esta carta, se sintió profundamente conmovido.

María deshacía con su conducta todo el infame edificio levantado para perderla.

– ¡Trabajar ella para comer! se decía Carlos: ¡Vivir mi hijo del trabajo de su madre, cuando su padre tira el oro! ¡Oh, no! Yo no lo puedo consentir. ¡Si esa carta fuese mentira!...

Carlos había sentido esta duda muchas veces; pero aquella letra, admirablemente falsificada, le engañaba de nuevo.

Cuando Carlos vacilaba en estas dudas, apareció Beatriz.

Bien pronto se apercibió de lo que pasaba.

– ¡Bah! dijo a Carlos con acento burlón: no te creía tan cándido. ¿Crees virtud en tu mujer el no alejarse de Madrid, el no abdicar su independencia?

– ¡Es una prueba de que respeta mi nombre!

– ¡Es una prueba de que respeta su amor! ¿Has olvidado que está su amante en Madrid?

Carlos bajó la cabeza, confundido.

– ¡Pero de esta carta se desprende que su vida es irreprochable!

– Lo que se desprende de esta carta es que tu administrador es un imbécil. ¡No recibe a nadie! ¡Qué seguridad más peregrina! ¡Corno que la marquesa va a recibir a su amante acompañado de tu administrador como acompaña a un embajador y un introductor! ¡Donosa idea!

– Pero ella trabaja ...

– ¡Ja! ¡Ja! ¿Y lo has creído? ¡Qué candor, hijo mío: eres un querubín! Esos cuadros los comprará su amante... lo cual explica muchas cosas.

– ¡Beatriz, eres cruel; cualquiera diría que gozas en avivar mis penas!

– Y quien lo dijera se engañaría; yo no quiero que sufras, y por eso quiero que olvides a quien te hace sufrir.

– Dices bien: debo olvidarla.

Estas escenas se repetían algunas veces, y siempre vencía Beatriz.

Carlos, recordando que Beatriz había dicho «esos cuadros los comprará su amante» quiso convencerse de ello. Escribió á su administrador, diciéndole: «Valiéndose de una persona extraña que se diga agente de una casa extranjera, para no infundir sospechas, comprará usted cuantos cuadros ponga a la venta la Señora marquesa, o más bien, sin esperar a que se vendan, irá á buscarlos; dará usted cuánto dinero le pidan, y me enviará un recibo de mi esposa». Gracias a esto, que María no sospechaba, su cuadro buscado desde luego, la prometía ganar más de lo que exigían sus modestas necesidades.

Carlos sintió una alegría infinita cuando el administrador le dijo:

«El primer cuadro de la señora está comprado, pero no lo ha terminado aún, y, por consiguiente, no le he hecho entregar la cantidad señalada, adjuntando el recibo á V. E.»

Carlos contestó inmediatamente:

«Me guardará V d. con el mayor esmero el cuadro de mi esposa, y adquirirá para mí cuantos haga.»

– ¡Es particular! pensaba D. Baldomero: ¡quiere los cuadros de su esposa, y no la quiere á ella! Allá se las hayan. ¡Caprichos de estos señores de la aristocracia!

Carlos se decía entre tanto:

– Puesto que ella vende sus cuadros al primer comprador, es evidente que no son para su amante. Y si ese hombre la amara, ¿la dejaría trabajar? No quiero pensar en ello porque mis ideas se confunden, y casi la creo inocente; pero no, esta carta desvanece mis dudas. Y Carlos volvía a leerla, aspirando su letal veneno. Siempre acababa por decir: esas apariencias de virtud que la rodean, son la hipocresía del vicio, como dice Beatriz.

#### CAPÍTULO XXXI: *NUEVOS CELOS*

Pero el lago azul que Beatriz había más bien soñado que realizado en su amor, empezaba a perder su transparencia.

Era imposible que Carlos dedicase su vida entera a un sentimiento; que se esclavizase a una mujer, ya se llamase María y tuviese el sagrado derecho de esposa, ya se llamase Beatriz y fuera una encantadora amiga.

Muy en breve Carlos empezó a cansarse, y aunque no pensó en romper los lazos que tenía Beatriz le unían, buscó en nuevos galanteos las emociones candentes, que eran para su corazón una segunda vida.

En Nápoles no era conocido; pero un hombre joven y simpático, que tiene un título ilustre, que derrama el oro a su alrededor, es en todas partes bien recibido.

Bien pronto tuvo amigos y amigas que lo atraían con el encanto de lo nuevo, tan grande para él. Beatriz conoció que se había engañado al creer que tenía bajo su mano aquel corazón, como tiene un niño una mariposa.

Sus consejos se volvían contra ella: el que empieza por no respetar a su esposa, no puede en ningún caso respetar a su dama.

Carlos, libre y voluble, no se cuidaba de ocultar sus locuras, ni del dolor que éstas producían.

Él creía que hacía un favor á Beatriz con permanecer a su lado, cuando no le retenían más lazos que su voluntad.

Una tarde Beatriz estaba sola en el balcón de la pequeña casita que ocupaban, desde la cual se veían las azules y murmurantes las olas del golfo y las barquillas que le cruzaban en todas direcciones.

Beatriz estaba triste.

Había pedido a Carlos aquella mañana que la acompañase a dar un paseo por el mar, y Carlos se negó con el pretexto de que le esperaban unos amigos.

Beatriz, que acostumbraba a seguir siempre sus caprichos, no podía doblegar su voluntad a la ajena; miraba con amarga tristeza a las amantes parejas que ocupaban las pequeñas barcas que bogaban en el golfo.

De pronto se dijo que ella era libre también, y pues Carlos no quería acompañarla, iría sola.

Llamó, y se presentó Cristina.

La pidió un abrigo y un sombrero, y acompañada por ella, se dirigió al puerto.

Beatriz hizo acercar una lancha, saltó a bordo con Cristina, y se recostó indolentemente, en tanto que los marineros, envueltos en sus largos capotes, impulsaban la barca con los remos.

Esta avanzaba en un balance dulcísimo, dejando un surco de espuma en pos de sí.

La tarde estaba templada y serena; empezaba Octubre; la brisa era tan leve, tan suave, que las olas, más bien que rizarse, parecían palpitar dulcemente.

Su movimiento era tan lento, tan igual como si el golfo hubiera sido el corazón del globo y respirase con su vida.

Beatriz, siempre soñadora, gozaba sobre aquel mar que el reflejo del sol hacía parecer de plata, y escuchaba con delicia el rumor de las gotas de agua que como perlas se desprendían de los remos al levantarlos la fuerte mano de los marineros.



Se cruzaron con algunas barquillas, que Beatriz distraída no miró siquiera, y cuando más absorta estaba en sus pensamientos se estremeció, y poniéndose de pie miró a todos lados.

A lo lejos se veía una barca en que iban varias personas; la distancia impedía ver quiénes eran.

Pero Beatriz había oído una carcajada y algunas palabras, a las que siguió un dulce canto de mujer, y en aquella risa había reconocido a Carlos.

– ¡Bogad hacia allí! dijo señalando con la mano la barca que se alejaba; pronto, pronto; si la alcanzamos, os recompensaré.

La lancha, impulsada con más fuerza, corrió rápidamente sobre las olas como un cisne que nadase en ellas.

Beatriz, en su rápida impaciencia, hubiera querido prestarle alas.

– ¡Más aprisa, más aprisa! decía; y para estimularles les arrojó algunas monedas de oro.

En breve la distancia que separaba las dos barquillas se acortó, y Beatriz pudo ver distintamente a las personas que la ocupaban.

Lo que sufrió en aquel momento debía formar parte de la expiación que Dios le reservara.

La barca estaba ocupada por tres hombres y tres mujeres.

Dos de ellos le eran desconocidos a Beatriz; el tercero era Carlos.

Aquellos hombres reían, bebían y oían cantar a una de las mujeres, que al terminar fue aplaudida ruidosamente.

Era el canto que había oído Beatriz.

La mujer que había cantado, después de beber en la copa que Carlos le presentaba, apoyó su cabeza en el hombro de éste, que empezó á hablarle al oído; sin duda lo que le decía era muy grato para ella, porque Beatriz la veía sonreír.

Cada una de aquellas sonrisas venía a clavarse como un puñal en su corazón.

– ¿Avanzamos más, excelencia? dijo uno de los marineros, con ese acento dulce, timbrado y armonioso de los napolitanos.

– Sí, sí; hasta alcanzarla.

Beatriz seguía de pie y con la vista fija en Carlos, pálida en extremo.

Este, por la posición que ocupaba. no podía verla.

Cuando algunos momentos después la barca donde iba Beatriz pasó casi rozando la suya, al mirar hacia ella la apercibió mirándole de una manera amenazadora.

Carlos la miró también con expresión de sorpresa, y después, haciendo un gesto de indiferencia, se dijo:

– ¡Beatriz está loca!

Esta que había dado orden de volverse, le miró aún algunos instantes, y cayó desvanecida en los brazos de Cristina.

Carlos no volvió a ocuparse de ella.

Aquella noche Beatriz, bañada en lágrimas, se quejaba dulcemente y conteniéndose.

– ¡Hija mía! la decía él, no seas exagerada; yo te amo, sí; pero tú no querrás que sea eternamente esclavo. Recuerda tus teorías de libertad, cuando yo engañaba a mi esposa por ti; ¡pardiez! Las aprendí bien, y no dirás que el discípulo no te hace honor. 7

– ¡Carlos, tú debías recordar que todo lo he sacrificado por ti!

– ¿Qué diablo de sacrificios son esos? En último caso, ¿qué has hecho tú? Tu marido te cansaba, y lo dejaste; esto se ve todos los días.

– ¡Ah! ¿De modo que nada supone para tí el que yo lo haya olvidado todo por seguirte?

– Hija, generalmente un amante da poco valor a esas cosas...

Beatriz lloraba.

Carlos, al verla llorar, volvió a sentir hacia ella una compasión que le pareció amor.

Se levantó y fue a su lado.

Asió sus manos, y la dijo:

– Vamos, no seas exigente: todo ha terminado, ¿verdad? Yo te quiero; eso que has visto nada significa.

Beatriz pareció conformarse; calló, y volvió a manifestarle amor.

Pero sus nuevos celos empezaban a ser su castigo.

## CAPÍTULO XXXII: *EL INCENDIO*

Empezaba el mes de abril de 1862.

Serían las nueve de la noche, cuando en una de las mejores calles de Madrid, en la calle de Alcalá, tenía lugar uno de esos tristes sucesos que pueden ser la ruina y la desgracia de una familia.

Uno de los hermosos edificios que adornan esa calle se había incendiado.

El fuego había prendido en la planta baja de la casa, ocupada en almacén de materias inflamables.

La casa que ardía era la del marqués de la Rivera; era la de María.

La gente se agolpaba al lugar del siniestro; llegaban las bombas rápidamente; las autoridades tomaban disposiciones, y se oía el triste sonido de la campana que pedía socorro.

Un grupo de personas se destacaba por su actitud de la masa general de curiosos eran los criados de la casa.

Se lamentaban en voz alta; todos querían decir lo que había que hacer, todos sentían algo suyo que estaba allí.

Hacía muy poco tiempo que el fuego había prendido, o al menos que había sido visible; pero las materias inflamadas le daban una intensidad tal que horrorizaba.

Las llamas salían por las ventanas del piso bajo como serpientes de fuego; parecía que la casa entera estaba envuelta en ellas.

Uno de los balcones del piso principal estaba abierto; a través de sus cortinas se veía una luz muy débil, casi perdida entre el torrente de luz del incendio.

Los criados, al lamentarse de esta desgracia, decían con voz angustiada:

– ¡La señora y el niño están dentro!

Un joven, que acababa de llegar y miraba al incendio con terror, oyó estas palabras.

– ¡Cobardes! les dijo. ¡La habéis abandonado!

Y tirando al suelo el ancho capote de militar que le envolvía y su pequeña gorra, se dirigió hacia unos municipales que sostenían una escalera.

– ¡Pronto, pronto, les dijo, acercadla aquí; hay dos personas dentro!

– El fuego lo invade todo, le dijeron.

– Y bien, dijo sonriendo con la confianza del valor sereno: seremos uno más.

Y se lanzó a la escalera, que envolvieron las llamas.

Todos le miraron con asombro.

Le creían loco, porque el fuego alcanzaba ya al balcón abierto, y creyeron que no podría volverle a salvar.

Pasaron algunos momentos de ansiedad suprema.

Todos estaban aterrados de no verle aparecer.

Y las llamas rugían, y se ceñían a las paredes como sudarios de fuego, y amenazaban devorarlo todo.

La escalera había sido retirada para evitar que ardiese, pero la sostenían los municipales para ofrecer socorro al valiente joven.

Cuando a la ansiedad iba sucediendo el espanto, el joven, en quien nuestros lectores habrá sin duda conocido a César, apareció en el balcón, llevando en un brazo a un pequeño niño, y sosteniendo en el otro a una mujer desmayada.

Al verle aparecer, varias personas se lanzaron a la escalera.

César dio el niño al que llegó primero, y alzando en sus brazos a María, se lanzó a la escalera.

Las llamas que le rodeaban prendieron en el traje de la marquesa, y pasaron sobre su cabeza como un relámpago, abrasando sus cabellos.

Pero César no lo sintió siquiera.

María estaba en salvo; él no pensaba en otra cosa.

Al llegar al suelo, los criados de la marquesa le rodearon.

El mayordomo tomó al niño, que asustado lloraba, y la doncella recibió a su señora inanimada.

– Id a buscar un coche, les dijo César; ¡pero pronto!

– Aquí está la berlina de la casa, señora e dijo el cochero; a dos pasos de aquí, a las cocheras no ha llegado el fuego.

– ¡Pues volando por ella!

El cochero salió corriendo.

Las ropas de María habían sido apagadas.

En tanto que el carruaje llegaba, todas las miradas se fijaban en aquella hermosa mujer, pálida y vestida de negro, que no había podido huir del peligro.

César se desesperaba.

Cada una de aquellas miradas le hacía daño; odiaba á la multitud que contemplaba a María.

Porque él comprendía que en aquellas miradas no había interés, sino curiosidad.

Al fin Juan detuvo la berlina más allá de aquella muralla viviente.

Llevaron a ella a la marquesa, que seguía desmayada, y al pequeño Carlitos, de quien se encargó la doncella.

César subió también, y dijo al mayordomo:

– El fuego empieza a ceder; quede Usted ahí hasta que esto termine; me llevo a la marquesa a mi casa.

– ¿A dónde, señorito? dijo el cochero.

– A la calle de la Reina: ¡a escape!

Los caballos partieron al trote.

César sostenía sobre su pecho la cabeza de María.

Su corazón latía tan violentamente que, si María no hubiese estado sin sentido, se habría asustado al sentir su movimiento.

– ¡Mamá, mamá! decía Carlitos en su charla infantil: ¡no duermas, mamá!

César acariciaba al niño, que volvía a llamar a su madre.

La berlina se detuvo delante de la casa del marqués de Vélez.

– Baja, dijo César al cochero, y di al portero que venga.

El portero apareció en la portezuela.

– Sube, le dijo César, y di á la señorita Aurora que venga al momento, que la llamo yo.

Aurora llegó poco después.

– ¿Qué ha sucedido? preguntó.

– Aurora, dijo César rápidamente: el fuego ha sido en casa de María. Está desmayada.

– ¡Ay, Dios mío! dijo Aurora lanzándose a la berlina. ¡Cuántas desgracias para esta pobre criatura!

María había entreabierto los ojos al asirla para bajarla.

– ¡María! ¡María! la dijo Aurora: no temas nada; estás conmigo.

María suspiró, y Aurora asió sus manos para ayudarla a bajar.

Pero su cabeza vacilaba, y tuvo que apoyarla en el hombro de su amiga.

César y Aurora la sostuvieron para subir la escalera.

Al entrar en el tocador de Aurora, María vaciló, y hubiera caído á no sostenerla los dos hermanos, que la sentaron en una pequeña duquesita.

María inclinó de nuevo su cabeza y cerró los ojos.

– Sus manos están heladas, César, dijo Aurora con espanto, y su frente arde; manda pronto a buscar un médico.

César salió, y Aurora empezó a desnudar por sí misma a María.

Después llamó y la llevó a su cama.

María abrió los ojos y preguntó: ç

– ¿Y mi hijo?

Aurora se lo llevó y lo puso en sus brazos.

María le besó de una manera débil y dulce, y quedó de nuevo adormecida.

Aurora estaba asustada; no sabía qué hacer.

Su padre no estaba allí: César había ido por sí mismo en busca de un médico.

Ella llamaba a María; la besaba, tocaba su frente, y María no la sentía.

Algún tiempo pasó en esta angustia cruel, hasta que César llegó.

No se había detenido en hacer llamar al médico de la casa: llevaba al primero que encontró.

Por casualidad era uno de esos sabios que honran la ciencia que practican.

Observó a María y movió lentamente la cabeza.

Aurora, que le miraba, al ver su movimiento, se asustó.

– ¡Qué! dijo: ¿está muy mala?

– ¿Podría usted darme, señorita, dijo el Galeno sin contestarle, algunos detalles acerca del mal estado de esta señora?

– Esta señora, dijo César, es la marquesa de la Rivera; su casa se ha incendiado esta noche; no sé por qué no pudo ponerse en salvo, y con su hijo la han sacado casi de entre las llamas.

El médico, que le oía con cuidado, volvió a observar a la enferma.

– Es necesario sangrada ahora mismo, dijo; es un ataque cerebral que la ciencia aún puede combatir; tened la bondad, señorita, de mandar traer lo necesario para hacer una sangría.

Aurora salió y poco después su doncella y la de María entraron en su dormitorio, llevando una aljofaina de plata, vendas y pedacitos de tela de hilo.

– Está bien, dijo el médico tomándolo; hágame usted el favor de descubrir el brazo de esta señora.

Clara se adelantó, y arrojando la manga de una elegante chambra, dejó descubierto un precioso brazo blanco y mórbido, que cayó sobre la cama, como si no tuviese vida el ser á que pertenecía.

César miraba como un loco.

No tenía ideas: no sabía lo que aquello significaba; le parecía soñar.

Al oír el fatal diagnóstico del doctor, quedó anonadado.

El médico tomó aquel brazo e hirió.

La sangre saltó de la vena rasgada, y cayó sobre el fondo de la pequeña aljofaina. como una cascada de rubíes.

El médico la dejó salir y vendó cuidadosamente el brazo de María, que no había sentido la sangría.

Después fue hacia la luz que sostenía una de las doncellas, y miró la sangre.

– Descubra usted. el otro brazo, dijo a la doncella.

– ¡Qué! ¿Más? dijo César.

– Es necesario.

– Pero ¿se va a morir?

– ¡Está grave, gravísima! Pero aún hay recursos.

María no sintió la segunda sangría, como no había sentido la primera. El médico la pulsó con cuidado y dijo:

– Parece que el pulso se rehace, que la piel se humedece... ¡No hay que desesperar!

Aurora había aparecido, y lloraba.

El médico la explicó lo que había que hacer con la enferma, y se despidió prometiendo volver aquella misma noche.

Cuando salía, llegó el marqués.

– ¿Qué sucede? preguntó.

– María está muy mala, dijo César; su casa se ha incendiado.

– Pero ¿dónde está?

– Aquí.

César llevó a su padre al dormitorio de Aurora.

Esta lloraba silenciosamente, sentada junto a la cama e n que María continuaba aletargada.

El marqués se inclinó sobre ella.

Su frente, antes pálida como el marfil, empezaba a matizarse de rosa, y algunas pequeñas gotas de sudor brotaban en sus sienes.

Una de sus trenzas, pesada, gruesa, magnífica, caía fuera del lecho; la otra se arrollaba en su cuello, semejando sus ondas brillantes eslabones de una cadena de ébano.

Sus ojos cerrados dejaban ver la espesa franja de sus pestañas y el suave cerco de sus cejas.

El marqués se inclinó sobre ella, y besó su frente.

– ¡Pobre niña! murmuró.

Salió con su hijo, que apenas pudo explicarle lo que había sucedido.

– Es preciso ir, dijo el marqués; no podemos dejar así abandonada la casa, de esta pobre niña.

– Ya lo encargué al mayordomo, dijo César.

– No es bastante, hijo mío; haz poner un carruaje, iré yo; entre tanto haz llamar al médico de casa, a otros, si fuese necesario, que tengan una consulta: ¡qué desgracia si esa criatura se muere! ¿Qué va a ser de ese pobre niño? ¡Valor! dijo al ver la expresión de desesperada angustia que se reflejaba en las facciones de su hijo: aún no se debe desconfiar.

El marqués salió para ir a la casa del marqués de la Rivera.

El fuego había sido dominado casi por completo.

Se trabajaba activamente para cortarlo: estaba ya vencido.

Había hecho menos daño que lo que se temió en un principio.

Al agotarse las materias que le daban su terrible fuerza, se debilitó; y como le sofocaban por todos los medios, no tomó grandes proporciones.

Los almacenes de la planta baja lo perdieron casi todo; en el principal, esto es, en lo que ocupaba la marquesa, apenas algunas cortinas quemadas, algunos, muy pocos muebles deteriorados por la acción del fuego.

La escalera, ennegrecida al contacto de las llamas, sus preciosos frescos destruidos y sus cornisas desquebrajadas: esto era todo lo que había sufrido.



El marqués inspeccionó toda la casa, Y se consoló de que las pérdidas no fuesen mayores.

Los criados, cuando pasó el peligro, volvieron a su puesto.

– Pero ¿cómo no intentaron ustedes salvar a la señora, que acaso pierda la vida? dijo severamente el marqués.

– Señor, contestó el mayordomo: cuando apercibimos el fuego, las llamas cubrían ya la escalera; fue casi instantáneo: la señora estaba en sus habitaciones; no hubo tiempo de avisarle; las llamas nos envolvían al bajar: a no ser por el señorito César, la Señora y el niño se habrían asfixiado.

– He aquí una cosa que me había ocultado, se dijo el marqués: ¡siempre valiente y generoso!

– Pero ¿cómo la señora no se apercibió de ello? preguntó de nuevo.

– No lo sé, señor marqués.

He aquí lo que había sucedido.

María, que dormía por sí misma á Carlitos todas las noches, estaba con él en sus brazos meciéndole dulcemente.

Estaba, como siempre, sola. Cuando el alma está triste; cuando el corazón se disuelve en lágrimas, toda persona indiferente molesta. María sola con su hijo lloraba, rezaba, y siempre hallaba consuelo en sus solitarias expansiones.

En esta noche, apenas el niño se había dormido, oyó una extraña agitación.

Llamó, y nadie vino.

Quiso por sí misma ver lo que la producía, pero al salir a la escalera se vio envuelta en llamas.

Dio un grito de espanto, y estrechando a su hijo contra su pecho, fue a un balcón para pedir socorro; pero al abrirlo, un calor vivísimo la abrasó el rostro.

Las llamas llegaban a él.

Entonces, trémula, asustada, cayó de rodillas con su hijo sin voz y sin razón.

Así la encontró César.

Al verle entrar le miró con extravío.

Cuando le reconoció, le tendió sus brazos como a una aparición celeste, y le dijo con ansiedad: – ¡César! ¡César, salva a mi hijo!

– ¡A los dos, á los dos! gritó César con emoción; pero al avanzar para levantar a María, ésta cayó desmayada.

César tomó al niño que había quedado en la alfombra, asió a María, la estrechó rápidamente contra su pecho, y se lanzó al balcón con su preciosa carga.

### CAPÍTULO XXXIII: *EL DELIRIO*

Cuando el marqués de Vélez salió para ir a la casa de María, César quedó en su cuarto en ese ese estado especial que sentimos después de haber sufrido algún gran dolor, cuando el desvarío invade el pensamiento y el corazón paraliza sus latidos.

Había sufrido tantas y tan dolorosas impresiones en poco tiempo, que su razón vacilaba.

Primero el incendio, el peligro de María; después María salvada en sus brazos, luego un nuevo peligro que él no podía vencer.

Todo el amor que en su alma se encerraba, estallaba con violencia ante tan inesperados sucesos.

No sabía darse cuenta de lo que sentía.

Aurora apareció toda asustada.

– ¡César, dijo, César! Ven pronto: María me mira como si no me conociera y yo no entiendo lo que dice.

César siguió anhelante a su hermana.

María deliraba.

Una violenta fiebre encendía sus mejillas.

César se detuvo al entrar, y Aurora se sentó junto a la cama triste e inquieta.

María murmuraba palabras ininteligibles.

Era como un murmullo vago y lento que expiraba en sus labios.

De pronto, con voz perfectamente clara, exclamó:

– ¡Mi hijo! ¡El fuego! Allí...

César avanzó y se detuvo junto al lecho; sus miradas revelaban una angustia infinita; su palidez se había hecho mate.

Nada hay en el mundo que haga sufrir más que presenciar el sufrimiento de una persona querida. Se sienten sus dolores; el corazón está en cada uno de sus movimientos.

Dios ha dado al corazón manantiales de amor ilimitados; le ha dado una aspiración suprema, eterna, inmortal, y en cambio ha hecho frágil la vida, a la que ha dado la indecisión de una luz que vacila y un ligero soplo apaga.

Quizás prueba esta aspiración de nuestra alma la esperanza de otra vida inmortal.

Acaso nuestro amor vive más allá de nuestra muerte material.

César, con la mirada fija en la marquesa, debía sufrir horriblemente. La luz de la lámpara de noche le envolvía en un reflejo suave, que bastaba apenas para hacer visible la expresión de su dolor.

La enferma abrió los ojos y los fijó en él vagamente.

Murmuró de nuevo algo que no se comprendía.

Luego, con voz vibrante, y tendiendo sus brazos hacia él, dijo:

– César. .. César... ¡bendito seas...!

César, asustado, asombrado, miró a su hermana, que indicó que guardase silencio.

– ¡Cuánto he sufrido...! continuó María; ¡creías que te olvidaba...! y tú sufrías ...! ¡Perdóname...!

César, trémulo, delirante, la oía embriagado.

Olvidaba que aquel delirio podía ser el último latido de vida en el corazón de María.

Estaba extasiado, enloquecido.

María, su amor, su ídolo, le amaba también; sufría por él; su desvío, su indiferencia, eran el resultado de una lucha sostenida entre el deber y el amor.

Había para volverse loco.

– ¡Mi hijo ... continuó María: ¡el fuego! ¡Y él, él... lo salvó! ¡César, César! ¡Bendito seas ...!

Aurora lloraba. Aquel delirio podía ser la muerte.

César, dominado por un vértigo, se había acercado al lecho y había caído de rodillas.

María, en medio de su delirio, le miró de una manera inefable.

– ¡Te amo...! volvió a decir; y no puedo decírtelo... porque me... muero. ¡Mi hijo! ¡Quiero ver a mi hijo!

César, al oír a María decir: *Me muero*, se levantó violentamente.

– ¡No! dijo con la voz ronca por el dolor, ¡no morirás! ¡Yo te salvaré, ¡María de mi alma, dulce mártir! ¡Yo te salvaré!

Y salió desesperado.

Varios criados salieron a buscar los médicos.

En breve el de la casa, con el que primero vio a María, y otro, estaban al lado de la enferma.

La observaron con cuidado; oyeron al que se encargó de ella cuando comenzó a combatir su mal con los primeros recursos de la ciencia, y después se constituyeron en consulta.

César asistió a ella.

Encontraban grave el estado de María; pero no desesperado.

César seguía con afán, con angustia, las palabras de los médicos: cuando el tecnicismo de aquellos le impedía comprenderlos, les miraba con cuidado.

Él no sabía que el continuo espectáculo de dolor que el médico se ve obligado a presenciar, debilita su sensibilidad, y le da una apariencia impasible.

Al fin resolvieron el sistema, que se había de seguir con la enferma, y se levantaron para retirarse.

– Señores, dijo César: yo desearía que por lo menos uno de ustedes quedase al lado de la enferma, en tanto continuase su estado grave: esa señora, hija de un íntimo amigo de mi padre, está hoy en nuestra casa como un depósito sagrado, pues lejos su padre y su esposo, sólo a nosotros tiene. Quisiera, y mi padre os lo manifestará lo mismo: que nada se omitiese para salvarla; que se apurasen todos los recursos que la ciencia os indique.

– El Sr. Rivero puede quedarse hasta el amanecer en que yo volveré, dijo el de la casa que se llamaba Velázquez.

César se inclinó en silencio.

– Espero, dijo al despedirlos, que ninguno de ustedes abandonará a nuestra enferma.

Los médicos hicieron una señal de asentimiento y desaparecieron.

César fue el que quedaba al lado de María.

La respiración de esta era dulce e igual; su rostro estaba tranquilo.

El médico la pulsó con cuidado e hizo un gesto de satisfacción.

– La fiebre ha cedido, dijo a César: no hay cuidado. La salvaremos.

El marqués que acababa de llegar, entró en el dormitorio.

El médico se levantó y salió al saloncito que antecedió, en donde estaba el tocador de Aurora.

– Creo que debemos estar aquí más bien que allí, dijo al marqués y a César; bastará que a su lado quede esa señorita, que nos llamará si observa algún cambio en la enferma. Y empezó a explicar al marqués en voz baja el estado de María.

Las doncellas se asomaban a la puerta del saloncito de vez en cuando.

César les hacía en silencio una señal y desaparecían.

– ¿Y el niño, César? dijo de pronto el marqués.

– No sé, papá; le tenía una doncella.

– Ve, hijo mío; ve a ver si el pobre ángel duerme; es ya la una.

César salió y fue a buscar a Clara.

– ¿Y el niño? le dijo.

– Le he acostado.

– ¿En dónde?

– Allí. Y la doncella señaló al cuarto de César.

César entró, y sobre su cama vio dormido y cubierto con una colcha al pequeño hijo de María.

Su cabeza cubierta de rizos negros, su frentecita blanca como la batista en que descansaba, se veían iluminadas por el reflejo de una lámpara.

César besó aquella frente, le cubrió con cuidado, y murmuró, cayendo de rodillas:

– ¡Dios mío, salvad a su madre!

#### CAPÍTULO XXXIV: *CADENAS DEL CORAZÓN*

Algunos días después, María, fuera de peligro, empezaba a convalecer.

Se había salvado, gracias al vivísimo interés con que había sido asistida.

En algunas enfermedades la convalecencia es rápida como lo son sus efectos.

María dejó pronto el lecho, y apoyada en Aurora, llegó hasta el saloncito en que la familia se reunía.

César entraba cada mañana a preguntar su estado, y no la volvía a ver.

Un sentimiento de delicadeza le inspiraba esta conducta.

En tanto que la vida de María se vio amenazada, él, que parecía sufrir más que ella, no la abandonó un momento.

Cuando no hubo peligro, como María estaba en su casa, creyó un deber no abusar de esta circunstancia estando constantemente a su lado, como deseaba su corazón.

María supo por el marqués cuán poco daño había hecho el fuego en su casa, y se convino en que en tanto se restablecía, quedase arreglada para volver a ella; el marqués se encargó de todo.

Clara fue para traer ropas a su señora, y la confirmó en que todo estaba intacto.

María mejoraba rápidamente.

Ya hablaba de irse, y Aurora se enfadaba con ella, diciendo que era una locura.

Una tarde estaban ambas en el saloncito que ya conocemos, cuando llegaron el marqués y César.

– ¿Qué tal? preguntó el marqués a María, ¿parece que hay animación?

– Estoy muy bien, contestó María: ahora mismo proponía a Aurora bajar al jardín, y mi grave enfermera no me lo ha permitido.

– ¿Y por qué no? dijo el marqués; hace una tarde templada y hermosísima, y creo te estará bien hacer un poco ejercicio; ¿has comido ya?

– Muy poco, dijo Aurora.

– No digas eso; he comido más que ayer.

– Pues id un ratito al jardín: César, da el brazo a María.

María le tomó, y empezó a andar muy lentamente.

Aurora hizo un gracioso gesto, y dijo á su papá:

– Pero ¿y si le hace daño?

– No, hija mía; ¿no ves qué buena tarde? No tengas cuidado.

Aurora tomó a Carlitos y bajó con él, adelantándose a César y María, que bajaban despacio.

César le hablaba de cosas indiferentes: parecía que deseaba alejar de su pensamiento toda idea que la preocupase.

– Dime, César, dijo María deteniéndose: mil veces he querido preguntarte y no me he atrevido: ¿no fuiste tú quien me salvó en el fuego con mi hijo?

– ¡Bah! Olvida eso ya; yo tuve la suerte de llegar primero; pero eso nada significa.

María calló, pero sus ojos se abrigaron con un reflejo de llanto.

Al llegar al jardín, Clara, su doncella, la esperaba con un almohadón de terciopelo y una pequeña alfombra.

– El señor marqués, dijo, me encarga que ponga esto donde haya de sentarse mi señora.

María le indicó un banco de piedra sombreado por lilas y rosales, y siguió hasta él en el cual se sentó.

César quedó de pie a su lado.

Se oía la voz de Aurora y su alegre risa, unida a la vocecita balbuciente del niño que jugaba con ella.

Llegaron a donde estaba María, que siguió con una sonrisa de placer el alegre juego de su hijo.

Aurora le mostraba una flor.

Carlitos corría á alcanzarla; si caía sobre el enarenado suelo, Aurora, le abrazaba con alegre risa; si llegaba á ella, le daba la flor con algunos besos.

Al ver a su madre, el niño corrió hacia ella.

– Mamá, mamá, la dijo en su gorjeo infantil; dame, dame. Y señalaba las flores.

María fue a alcanzar algunas lilas, pero César las cortó antes y las dio al niño.

María le tomó para besarle y le dejó después en la alfombrita que la doncella había extendido a sus pies.

El niño se sentó en ella, y empezó a deshojar las flores.

– María, dijo Aurora: voy a tocar en el piano una melodía de Rossini que he aprendido para que la oigas; es muy bonita; a ti te gusta la música: verás qué buen efecto hace desde aquí.

Y antes de que María contestase se alejó.

– ¿Por qué no te sientas, César? dijo María.

Este se sentó en silencio.

Sus manos temblaban ligeramente, y el pecho de María se agitaba también.

Se oyeron los acordes ecos del piano.

Sus notas llegaban claras y distintas, pero ellos quizá no las oían.

Callaban y temblaban.

Comprendían que en aquellos momentos en que la casualidad les dejaba solos, debían tener una explicación decisiva.

El amor de César era demasiado grande para no ser visible.

María temía no saber ocultar el suyo.

Aquel jardín estaba tan lleno de recuerdos como de perfumes.

El recuerdo es un perfume también; la vida, como flor, se marchita; el recuerdo queda de ella.

Los amores de aquellos dos grandes corazones habían tenido casi siempre aquel jardín por escenario de sus puras impresiones.

¡Digno escenario de tan delicado sentimiento!

Bajo aquel cielo azul que parecía cobijarles con amor, aspirando la esencia de las flores, iguales a las que en otro tiempo habían cambiado, ellos olvidaban la realidad para acariciar una ilusión gratísima.

– María, dijo al fin César vacilando: ¿es verdad que esto parece un dulce sueño después de tantos sufrimientos?

– Sí, dijo María con voz débil.

– ¡Si no terminase nunca! añadió César.

María guardó silencio, y fijó su mirada. en su hijo.

– María, dijo César resueltamente: lo excepcional de tu situación casi me autoriza á que te hable como voy á hacerlo: prométeme que no te ofenderás; yo en cambio te prometo cumplir tu voluntad.

– ¿Por qué he de ofenderme? Preguntó María dulcemente: ¿no eres tú mi hermano? ¿No te debo la vida de mi hijo y la mía?

– Olvidemos eso; no quiero deber nada a tu gratitud, sino a tu corazón. Yo te amo, María, y te amo tanto, que no hubiera podido vivir si hubieses muerto tú; déjame decirte que te amo; mi amor no puede ofenderte, porque es un amor puro. Tú no sabes cuánto he sufrido al verte de otro hombre; yo no lo sé tampoco; porque hay sufrimientos tan grandes, que la razón no los analiza, pero te amo yo tanto que, por verte feliz a ti, me olvidaba de mi propio dolor. Una acción que no me explico, porque no comprendo que



sin un motivo poderoso haya un hombre tan cobarde y tan infame, te deja sola; tú, que me llamas hermano, no has querido deber nada a mi cariño, y has huido, esa es la palabra, has huido de mí... no me quejo, María; más bien te admiro; pero Dios ha dispuesto los sucesos y ha querido que yo conozca tu amor.

– No, dijo María, que temblaba; yo no te amo.

– María, dijo César con voz dulce y grave; no olvides que debemos dejar hablar nuestros corazones en este momento supremo, el último acaso de que podemos disponer. Yo no te exigiré nada en cambio de ese amor que bendigo, porque es en la vida mi única esperanza; pero de no saberlo no te hablaría así. Yo creo, María, que mi amor, que nuestro amor, ¿por qué no decirlo? debe ser el velo de luz celeste que oculte a tu vista ese pasado de sombra. Yo te daré todos mis pensamientos, todos los instantes de mi vida. Yo seré también el apoyo, el sostén y el amparo de tu hijo. María, María, he aquí lo que voy a pedirte de rodillas. Confía lo bastante en mi honor y en mi amor para abandonarme tu porvenir; deja que te lleve lejos, muy lejos, donde nadie nos conozca. Yo respetaré tu voluntad; yo seré tu amigo, tu hermano... lo que tú quieras que sea, y te consagraré toda mi vida. Tú eres libre; los lazos que te unían a otro hombre están rotos por su voluntad. Tú no puedes, no debes sacrificar tu vida a un deber que él no ha respetado: tú no le has amado nunca; ¡ah! no: tu amor ha sido mío, sólo mío; el amor no se impone; no hay cadenas para el corazón...

– César, dijo María, que al oírle había adquirido el valor que le faltaba: ¿qué dices? ¿Acaso la voluntad deshace o estrecha a su antojo los lazos que forma Dios, y que son la base del bien de nuestra vida? ¡Que el corazón es libre!... No; no lo es, no puede serlo. Esclavo de la razón y la conciencia, los deberes son sus cadenas; los deberes, sí, son las *cadenas del corazón*, que la voluntad es impotente para romper. ¡Que huya contigo! ¿Y cuál sería nuestra ventura? No quiero ocultar que te amo; pero ¿bastaría el amor para devolverme la paz, para borrar de mi frente la mancha que mi falta imprimiera? ¿Qué contestaría yo a mi hijo el día que me preguntara: «¿Dónde está mi padre? ¿Con qué derecho un hombre que no es nada mío ha cuidado de mi porvenir? ¿Con qué derecho has manchado mi nombre antes que yo pudiese honrarle y defenderle?» No, César, no; no puede ser

libre la que tiene un hijo a quien legar su honra; Carlos no ha roto, no ha podido romper los lazos que a mí le unen, porque esos lazos los estrecha nuestro hijo... Yo lo espero... Quiero decirte a ti lo que a mí misma quisiera ocultarme: yo no le amo ya; acaso no le amé nunca, por más que mi voluntad quiso imponerse a mi corazón; pero yo enseñé a mi hijo a pronunciar y bendecir su nombre; sus primeras oraciones pedirán por su padre... ¡Dios quiera que ignore siempre que su padre le abandonó! Yo quiero que le ame: este es mi deber, y le cumplo.

– Pero María, ¿qué va a ser de ti?

– Confío en Dios que sostendrá mis fuerzas y me dará valor.

– María, dijo César conmovido; yo bendigo tu virtud, yo la admiro y la respeto, pero no puedo, sin desesperación, pensar en el porvenir de angustia que te reservas. Nada te pido ya en nombre del amor que te tengo: yo le ocultaré en mi alma si su expresión puede causarte una pena; pero al menos, en nombre de mi cariño, deja que me ocupe de tu porvenir.

– No, César, no; esa concesión sería poner un término más o menos largo al olvido de todo; ¡y yo no puedo olvidar!

– Mamá, dijo Carlitos; mamá, más; ... más ... y señalaba las flores.

María cogió algunos ramos y los puso en la pequeña manita extendida hacia ella, la atrajo a sí y la llenó de besos.

– ¡Pobre ángel mío! le dijo besándole: ¡tú no tienes, no puedes tener más que mi amor!

– Por última vez, María: ¿quieres continuar en esa tristísima soledad que ahoga tu pensamiento, y quieres que tu hijo te lo deba todo?

– Sí, dijo María: ese es mi deber.

– ¿Pero no ves que vas a ser inmensamente desgraciada, que tu sacrificio quedará sin recompensa?

– Aunque Dios no me reservase otra, me queda el amor de mi hijo.

– Te he prometido respetar tu voluntad y me someto a ella; pero yo no puedo sostener esta constante lucha que rompe mi corazón. Te hablo ahora a solas por última vez; voy a hacerte una súplica: ¡no olvides nunca este día es lo único que anhelo: ¡tu recuerdo!

– ¡Mi recuerdo! ¡Pues qué! ¿No te veré?

– Quisiera irme de Madrid; no puedo verte sufrir sin que mi vida se gaste.

María palideció aún más; algunas lágrimas que no se cuidó de ocultar brillaban en sus ojos.

– Adiós, dijo. Y las lágrimas no la dejaron acabar.

César estrechaba con pasión su mano: una lágrima cuajada en sus pestañas vacilaba y no caía... ¡se miraban!

¡Quién hubiera podido leer en aquella mirada!

Era un adiós eterno el que se dieron.

Sus almas se besaban en aquel reflejo que se confundía. Sin duda había en aquella luz una esperanza ... Ellos no lo sabían.

– Adiós, dijo César: ¿me olvidarás?

María entreabrió un medallón de oro que llevaba en su cuello.

– Mira, le dijo.

César lanzó una exclamación de alegría.

Allí estaba su ramo de pensamientos, aquel ramo que María había dibujado fresco y bello, y que guardaba marchito.

– ¡Ah! dijo: ¡cuánto bien me has hecho! pero ese medallón...

Y su acento era celoso y triste.

– Mira, dijo María mostrándole el interior de la tapa superior en que se leía: *César y Aurora a su hermana de corazón María de Osorio.*

– Pero, ¿cómo es eso? dijo César.

– Es el recuerdo que en vuestro nombre me envió tu padre; es un recuerdo de hermanos: no lo olvides César; así le guardo yo.

Y volvió a cerrar el medallón, que tenía en el anverso, formada con brillantes, una cifra en que se enlazaban las letras C. A.

Hacia algunos momentos que los ecos del piano se habían apagado; y ellos no lo oyeron.

– Adiós, volvieron a decirse.

César se levantó y se alejó. María le vio desaparecer con una angustia infinita.

Miró a su hijo, y dijo tristemente:

– ¡Ya sólo me quedas tú! Momentos después llegaba Aurora.

– ¿Qué te parece? preguntó.

– ¿El qué? dijo María.

– ¡Cómo! ¿Pues no la has oído? ¡Y yo que creí haberte entusiasmado!

– ¡Ah sí! le dijo María, que en realidad no había oído una nota, pero que no quería disgustar {a su amiga: ¡es muy lindo!

– Papá dice que no estés más en el jardín.

– Vámonos, pues.

– ¿Y César? ¡Vaya una galantería! ¡Te deja sola!

– Fue a coger flores a Carlos.

Y se apoyó en el brazo de Aurora, que daba la mano al niño para volver a la casa.

– ¿Qué tal el paseo? la dijo el marqués.

– Muy bien, dijo María con voz abatida y débil, pero estoy cansada.

Aurora la llevó a su cuarto.

Algunas horas después, María que anhelaba quedarse sola, dijo que sentía sueño.

Aurora la desnudó y la ayudó a recogerse.

¿Quién hubiera podido contar las lágrimas de María en aquella noche?

Sólo el que cuenta las estrellas, que cual chispas de oro marcan sus pasos; sólo el que sabe las gotas que llenan el mar; sólo Dios, que las recoge para coronar las frentes de los mártires.

Aquellas lágrimas eran el *adiós* a su felicidad; pero al brotar, refrescaron su corazón.

Le dejaron la tranquilidad que infunde el cumplimiento de un deber.

Algunos días después, María restablecida volvía a su casa.

María, al volver a su casa, encontró nuevos detalles que avivasen sus dolores.

Sus recuerdos eran el martirio lento de su corazón.

Su soledad le parecía más triste, más oscura, más vacía, desde que había formado la grata costumbre de rodearse de personas queridas.

Cada hora, cada momento, le recordaba un suceso que había quedado indeleble en su pensamiento.

María sufría mucho más después de volver a su casa que antes de haberla abandonado.

Necesitaba el calor del cariño para vivir como necesita el calor del sol la débil planta naciente. Aquellos dulcísimos cuidados de que se había visto rodeada; aquella amante y tierna solicitud eran

para la pobre niña motivos de inmensa gratitud hacia la familia que le había dado tantas pruebas de amor.

En su corazón vibraba constantemente el acento de César; aquel acento querido que le señalaba a lo lejos un bello oasis de paz y de ventura, medio velado entre nubes de ilusiones.

¡Cuánto valor, cuánta abnegación necesitaba para romper los lazos que la unían al pasado, y volar a aquel cielo que tan bello se reflejaba en sus pensamientos!

Pero María rechazaba instintivamente estas ilusiones, y desvanecía los sueños de su corazón.

A pesar de mirar la vida a través del prisma de su inocencia, ella comprendía que, como en la vida física para respirar necesitamos la atmósfera, en la vida moral necesitamos también una. atmósfera de consideración y respeto, sin la cual un noble corazón no podría vivir.

– ¡Dios mío! se decía María: ¡haced que Carlos vuelva! A su lado yo olvidaré este desvarío que acrece mi soledad. Yo no quiero pensar en César, y su recuerdo, como si viviese unido a mi pensamiento, no me abandona. nunca: yo no quiero verle, y su imagen surge donde quiera que miro, como si ella fuese la luz: si he de estar eternamente sola, ¡que yo le olvide, ¡Dios mío, porque esta idea sería capaz de volverme loca!

Unas veces creía que Carlos, cansado de aventuras, volvería a su lado, y confiada casi le esperaba y hallaba valor para imponer silencio a su corazón.

Otras, creía que la había abandonado para siempre, y entonces se aterraba y lloraba la sangre de su corazón al preguntarse cuál sería el porvenir de su hijo.

Así pasaba el tiempo sin que nada realizase sus esperanzas ni sus temores.

Nada se sabía de Carlos.

María empezó un nuevo cuadro.

Los dos primeros habían sido buscados antes de terminarlos, y María confiaba en que éste lo buscasen también.

¡Cuán lejos estaba de pensar que Carlos era el que los había comprado!

Alguna vez veía a César, pero nunca a solas; si su mirada, involuntariamente abstraída, se fijaba en él, César como si no viese aquella mirada, le hablaba con la dulce gravedad de

siempre, y María volvía en sí y daba gracias en el fondo de su corazón a Dios porque César no la comprendía.

No sabía ella cuánta abnegación había en aquella afectada indiferencia.

César había querido salir de Madrid, pero su padre se había opuesto.

El que hubiese visto a María en su dulce vida íntima, siempre plácida e igual, y hubiese comprendido al mismo tiempo la dolorosa lucha de su alma, habría admirado el valor que revelaba aquella calma, cuando su corazón se desgarraba.

María se arrodillaba con su hijo para enseñarle a orar.

El niño la oía con atención, y parecía comprenderla.

Como si en aquel tierno corazón se anidasen ya sentimientos, el niño modulaba su vocecita por la voz de su madre, y repetía balbuceando sus palabras.

– Hijo mío, decía María uniendo las manecitas de su ángel; ¡Carlos mío pide a Dios que vuelva tu padre!...

¡Quién sabe si al trono de Dios llegaba claro y distinto el acento del ángel que en una ternísima plegaria pedía por su padre!

¡Quién sabe si este acento era la demanda del perdón divino!

– ¿Por qué le haces rogar por su padre? le preguntaba Aurora un día que presenciaba esta dulcísima escena.

– Porque debe aprender a armarle; y ya que no le ve a su lado, quiero que lleve su nombre en el alma.

– Pero María, Carlos no es digno, no ya de que le ame, sino de que pronuncie su nombre

– ¡Ay! Aurora, ¡no digas eso! No lo repitas delante de su hijo. Es verdad que las apariencias le condenan; pero ¿quién sabe la verdad?... Además, bueno o malo, su hijo no puede juzgarlo; para amar a un padre no se ve antes si lo merece; se le ama, porque ese es nuestro deber.

– Pues yo creo, María, a pesar de tus teorías que, a un padre, a quien se debe todo se le ama; pero a un padre que lo abandona, que acaso ni se acuerda de que existe....

– Mira, niña mía; la vida tiene misterios que tú no comprendes, que yo apenas comprendo tampoco; una de esas causas puede haber alejado a Carlos de su hijo... Si al volver ansioso de amor y de perdón su hijo le desconociera, si le dijese ese día: «Mi madre me enseñó a odiarte» ¿no comprendes, Aurora mía, que de

no ser perversa y despreciable la mujer que esto oyera., debía morir de dolor?

– Acaso tienes razón; pero no tendría el valor, la abnegación que tú de enseñar a amar y bendecir el nombre del que tanto daño te ha hecho, es María más de lo que se puede esperar de la criatura.

El gran corazón de María se revelaba en todas y en cada una de sus acciones.

No pueden ocultarse la grandeza de alma, la elevación de sentimientos, como no puede ocultarse un perfume.

María hablaba a su hijo de la vuelta de su padre como de una cosa natural; el niño que había aprendido a amarle, le esperaba.

Nada más tierno, más conmovedor que ver a aquella mujer tan bella, tan joven, tan distinguida, dejar los pinceles con que ganaba. el pan de su hijo para venir a arrodillarse con él, a pedir a Dios por el culpable padre que le abandonaba.

Sus frases eran sencillas, dulces, poéticas y llegaban distintamente al corazón del niño.

– Mamá, decía Carlitos: yo te quiero más que a papá.

– No, hijo mío, eso no debe ser; tu cariño debe ser el mismo para los dos.

– Pero a papá no le veo...

– Tampoco ves a Dios, y le amas sobre todas las cosas.

– Mamá, ¿por qué no veo a Dios? ¿Dónde está?

– Mira, hijo mío, decía dándole una flor; aquí no ves el perfume, ¿es verdad? pero lo sientes; así a Dios no podemos verle, pero lo sentimos en todas sus obras, y lo sentimos en nuestro corazón.

La inteligencia de este niño, que apenas tenía dos años, empezaba a mostrarse grande y penetrante bajo el constante cuidado de su madre, que transmitía a su hijo en cada una de sus palabras los puros sentimientos de su alma.

María se olvidaba de sí misma por su hijo; cuando subía iba a buscarle, y en sus palabras llenas de gracioso candor, hallaba olvido y consuelo.

María creía que Dios, para alentarla, le enviaba en su soledad algunos rayos de dicha; y es que para sentirlos tenía la dulce paz de su conciencia sin mancha, la santa alegría del cumplimiento de su deber.

## CAPÍTULO XXXVI: *COMIENZA LA EXPIACIÓN*

No puede soñarse una existencia más agitada, más intranquila, más triste que la de Beatriz.

Al separar a Carlos de su esposa, había creído asegurar de una vez y para siempre el dominio de su corazón.

Bien pronto conoció que se engañaba.

Carlos, voluble siempre, más aún desde que por la infamia de Beatriz se creyó engañado en sus afectos más caros, no tenía ninguna consideración para con aquella pobre mujer que tanto le amaba.

Beatriz no se atrevía a quejarse.

Comprendía que, si Carlos se cansaba de ella, la dejaría sin remordimiento.

Cada vez que veía salir a Carlos temía no volverle a ver; cada vez las palabras de éste eran más frías; Beatriz lo comprendía y callaba, devorando su amargura.

A veces su mirada se alzaba como si buscase en el espacio un ser invisible, y murmuraba con voz ahogada:

– ¡La expiación!

Beatriz hubiera dado una parte de su vida por deshacer lo hecho.

Pero sólo una vez se elige la senda que hemos de seguir, y Beatriz sin una fuerza superior no podía retroceder.

Había entregado su porvenir a Carlos.

Beatriz llegó á apurar mayor dolor que el que hasta entonces le habían producido los devaneos de Carlos, al apercebirse de que éste y su camarera Cristina sostenían inteligencia, casi sin ocultarse de ella.

Todo su orgullo, toda su dignidad se sublevaron contra aquella bajeza que se la imponía; pero tuvo el valor de no quejarse.

Algún tiempo había pasado así, cuando Carlos, cansado de Cristina como de Beatriz, las olvidó a ambas por una hermosa florentina, hermana de un amigo suyo, que accidentalmente se encontraba en Nápoles.

La bella Sofía tan discreta como hermosa, comprendió que el empeño que inspiraba al galante marqués no tenía nada de común con el amor.



En otras circunstancias, Sofía no le hubiese mirado siquiera; pero en aquella ocasión la convenía que el marqués hiciese alarde de su amor y la diese de él pruebas.

Sofía amaba a un hombre que apenas se fijaba en ella: la linda florentina creía que los celos avivarían en el corazón de su ingrato la llama que ella no alcanzaba a encender.

Pero Carlos, creyéndose amado, empeñándose por aquella resistencia que él creía el pudor invencible del primer sentimiento, apenas vivía para otra cosa que para probar su pasión a Sofía.

Beatriz y Cristina igualmente celosas, igualmente desesperadas, le esperaban en vano hacía unos días.

Al fin Carlos necesitó dinero, y fue a tomarle a su casa, esto es, a la que ocupaba con Beatriz.

Al ir a entrar en su gabinete, Cristina se le puso delante.

– Hace ocho días que no te veo, le dijo con acento de bravía amenaza.

Carlos lanzó una carcajada.

– ¿Y qué me importas tú? le dijo fríamente. Vete, y no vengas hasta que yo te llame.

Cristina se puso roja de ira.

– ¡Ah! dijo; es verdad. Me había olvidado de que yo soy aquí una mujer a quien se pagan sus servicios, es decir, a quien se da un poco de dinero por las horas de su vida que se emplean según el capricho de sus señores...

– ¿Aún estás ahí? dijo Carlos con impaciencia: ¡te he dicho que te vayas!

– No me iré: antes quiero... Cristina no pudo acabar; Beatriz apareció y señaló la puerta a la camarera.

– Vete, le dijo.

Cristina vaciló; pensó que ella tenía muchos secretos de aquella mujer que la humillaba, y que podía perderla, pero se dijo: «Eso para después» y salió.

Aquella orden fría y dura delante del marqués la exasperó; dio algunos pasos, y volvió a quedar detrás de las cortinas de la puerta.

Beatriz quedó sola con Carlos.

Estaba muy pálida y temblaba visiblemente.

En su mirada más que amenaza había. súplica, había pena.

Parecía que aquella mirada demandaba compasión.

Carlos, a pesar de no amar a Beatriz, no quería renunciar a ella.

Era una mujer hermosa, apasionada, discreta, y si no era amor lo que le hacía desear tenerla a su lado, era una costumbre de su corazón, que él no tenía el valor de romper.

Así fue que al verla sintió una vaga turbación, que no le permitió hablarla.

– ¡No te basta, le dijo Beatriz dominando la explosión de sus celos, herirme en el corazón con tus aventuras amorosas que llegan hasta mí, sino que, en mi misma casa, a mi lado, descienes hasta una de mis criadas, y me ofendes diciendo amores a una muchacha que yo encontré perdida en las calles de Florencia, y que recogí como se recoge un harapo que nada vale!

– Beatriz, no tengas celos; tú sueñas, y das por realidades las ficciones de tu sueño; nada me importa esa muchacha; si has creído otra cosa, te engañas.

– ¿Y me engañaré también al creer que amas a Sofía Salvini?

– ¡Pardiez! en eso no. Tengo un gran empeño por vencer la resistencia de esa hermosa niña, que debería llamarse Lucrecia; en cuanto deje de ser un imposible para mí, habrá pasado la ilusión que me inspira.

Beatriz lloraba.

De no estar tan preocupada, hubiese oído un gemido ahogado y unos rápidos pasos que se alejaban.

Era Cristina, que todo lo había oído.

La alteración de su semblante espantaba; con los dientes apretados, los ojos secos y ardientes, encendida de rabia, de ira, de odio, se dirigió a su cuarto.

– ¡Beatriz! – dijo – ¡pierde cuidado, que el pobre harapo que recogiste perdido en las calles de Florencia, sabrá vengarse de ti!

Y tú, marqués de la Rivera, ladrón de honras, también tendrás lo que mereces.

Cristina tomó papel y empezó a escribir convulsivamente.

Terminó en breve; dudó un instante, y al fin, como si tomase una resolución definitiva, encerró en un sobre el papel escrito.

Después puso en el sobre:

«Al caballero Víctor Marini, legación de Italia, Paris.»

Y se envolvió en un manto para llevar por sí misma aquella carta al correo.

Entre tanto, Carlos decía a Beatriz:

– ¿Qué te importan esos galanteos que nada significan, si sólo a ti quiero? ¿No ves que vivo a tu lado, que cumplo todos tus deseos?

Beatriz se convencía y con algunas quejas, que una caricia extinguía, dejaba pasar aquellas tempestades, pues sagaz siempre, no se le ocultaba que el carácter indomable de Carlos se revelaba contra todo lo que era yugo, por suave que éste fuese.

Sufría, pero se decía que en tanto que Carlos viviese a su lado, no debía dar importancia a lo que era efecto de su volubilidad de sentimientos.

Pero sufría cada vez más; su corazón era un infierno de celos y de dudas.

– ¿Qué derecho tengo yo, se decía, a exigirle amor? ¿Qué soy para él? No puedo quejarme si sufro; no podría quejarme si me abandonara; yo he hecho mucho daño a una mujer inocente, y para mí comienza la expiación. ¡Yo no pensé que el edificio de mi dicha se alzaba sobre la voluntad de Carlos, más movable y más insegura que las olas de esos mares!

## CAPÍTULO XXXVII: *REVELACIONES*

Algunos días habían pasado.

Beatriz nada había dicho a Cristina.

Era muy orgullosa para quejarse.

No se atrevía tampoco a separarla de su lado. La necesitaba.

La trataba con sequedad y dureza, pero no la daba orden de abandonar su casa.

Una nueva y ligera época de calma empezaba para ella.

Sofía Salvini había vuelto a Florencia, y Carlos, aunque quiso seguirla, no se atrevió a dejar a Beatriz, que ya creía borrada aquella impresión en el corazón de su amante.

Una mañana, Carlos salió para buscar unos libros que Beatriz deseaba, y apenas había cruzado algunas calles de la hermosa ciudad, cuando se apercibió de que una mujer le seguía.

Se detuvo y reconoció a Cristina.

- ¿Te envía tu señora? la dijo cuando estuvo cerca.
- Nadie me envía; vengo a buscaros yo.
- ¿Y para qué?
- Para revelaros algo que os importa mucho.

Carlos encontró en el acento de Cristina una grave apariencia de verdad, y la miró con extrañeza.

- ¿A dónde iremos? dijo.
- Seguid a la derecha, dijo Cristina; saldremos de Nápoles, para que nadie pueda oírnos.

Carlos siguió al lado de Cristina, y muy pronto abandonaron las calles de la ciudad para pisar sus fértiles alrededores.

La posición de la capital del antiguo reino de las Dos-Sicilias no puede ser más risueña ni más encantadora.

A su derecha corre suave y dulcemente el pequeño río Sabeto; al Este levántase el Vesubio, que se corona con penachos de fuego y que dejó tan tristes huellas de su horrible poder en las cercanas ciudades de Herculano y Pompeya, sumergirlas bajo sus torrentes de abrasante lava; al Oeste el monte Pausolipo; en el fondo el bellissimo golfo de su nombre, y en todas partes una vegetación riquísima, un cielo de purísimo azul, y el sonido igual y cadencioso de las olas que vaga en los ecos del viento.

Carlos miró con delicia el magnífico paisaje que ante sus ojos se extendía. Cristina no lo miró siquiera.

– Habla, Cristina, dijo al fin Carlos, y procura que no sea triste lo que vas a decirme; este risueño escenario no debe servir para un drama lúgubre.

- No es culpa mía, dijo Cristina; yo no he hecho los sucesos. Y se sentó junto a Carlos.

– Yo no he conocido nunca a mis padres, empezó a decir Cristina conmovida; recuerdo solamente como un sueño que una señora muy hermosa y muy bien vestida iba a verme con frecuencia a casa de la mujer que me criaba. Un día aquella señora lloró al abrazarme con pasión, y dejó a la que yo llamaba madre un bolsillo de oro. La dama no volvió; cuando pregunté por ella, no me contestaron. Pasó el tiempo, y cuando apenas tenía yo doce años murió la buena mujer que me había criado. No tenía a nadie en el mundo, y me ví sin pan y sin asilo, en esa edad en que el cariño es tan necesario al corazón. ¡No quiero contaros cuánto sufrí!... Esto no os interesa. Algunos meses pasé vagando

por las calles de Florencia viviendo de la limosna. que recogía. Muchas veces recorrí. las orillas del Arno buscando un sitio para arrojarme a él desesperada; no sé qué sentimiento me contenía y me apartaba horrorizada de sus azules ondas. Una tarde pedía yo limosna en el paseo de Bóboli, que por su situación y sus jardines es el más hermoso de Florencia, y vi una señora lujosamente vestida que iba a subir a un carruaje que la esperaba. Me adelanté y le alargué mi mano.

La dama se detuvo a mirarme.

– ¿Qué edad tienes, niña? me preguntó.

– Trece años.

– ¿Quieres venir conmigo?

– ¿Para qué? le dije recelosa, porque no estaba acostumbrada a que nadie se interesara por mí.

– Para estar a mi lado; te vestiré bien, comerás cuanto quieras, y te enseñarán lo que has de hacer.

– Pero ¿tendré libertad para irme si no quiero estar?

– Desde luego, me dijo riendo.

– Pues entonces voy.

– Sube, pues.

Yo no me atrevía a sentarme en aquel elegante coche, por temor de mancharle con mis andrajos.

– ¿Cómo te llamas? me dijo la señora.

– Cristina.

– ¿Y tu apellido?

– Yo no tengo apellido, le dije. Me llamo Cristina únicamente.

– Me miró con lástima, y murmuró. «¡Pobre chica!»

– En fin, señor, aquella dama era Doña Beatriz y desde entonces no me he separado de ella.

– Pero Cristina, dijo Carlos; yo no sé para qué me cuentas tu historia.

– Ahora comprenderéis el motivo; dejadme acabar.

Carlos guardó silencio.

– Mi señora era para mí una Providencia, continuó Cristina; la pobre niña abandonada, a quien todos dirigían al paso palabras cínicas y ofensivas, tuvo un asilo, tuvo una protección. Yo aprendía con afán cuanto podía complacer a mi señora, y estaba orgullosa cuando la veía contenta. La he seguido a todas partes;

cuando en Saint-Cloud la señora se ocultó a su esposo, yo lo acepté todo por no disgustarla.

– ¿Cómo es, dijo Carlos, que la dejaste en Madrid?

– Vais a saberlo. Mi señora me dijo un día que era necesario que fuese a servir durante algún tiempo a la marquesa de la Rivera.

– ¡A mi mujer! Según eso, ¿quería espiarla?

– Exactamente; pero la vida de la marquesa era tan pura, tan santa, que mi espionaje era inútil.

– ¿Qué dices? dijo el marqués vivamente: ¿no fuiste tú quien le llevaste aquella carta?

– Despacio, señor marqués.

– ¡Ah, por favor! Me estás matando.

– Voy a decíroslo todo. Mi señora, desesperada de no hallar en la vida de la marquesa más que virtud, concibió un proyecto horrible...

– ¡Acaba!...

– Me hizo sustraer una carta que la marquesa escribió á su padre, y aquella carta sirvió para que, falsificando la letra...

Carlos se había puesto de pie, completamente trastornado. Parecía loco; estaba convulso...

– ¡Acaba! dijo.

– Pues bien: se imitó aquella letra y se fingió una carta de la marquesa a un amante.

– ¡Ah! ¡Era mentira! ¡María! ¡María de mi alma, era mentira y yo te abandoné!

El acento de Carlos asustaba.

Todas las inflexiones del dolor y la desesperación se notaban en él.

– ¡Y tú, dijo asiendo violentamente a Cristina, lo sabias y has callado!

– ¡Yo no quería, no podía hacer traición a mi señora! ¡Hoy esa mujer me ofende y me humilla: hoy me disputa tu amor, ¡y me vengo!

– ¡Ah! dijo Carlos: ¡cuánta infamia! ¡Y yo he abandonado a mi esposa inocente, a mi hijo... mi hijo que ha vivido sostenido por su madre, en tanto que yo gastaba con esta miserable su fortuna! ¡Mi hijo que me odiará!...

Y rechazando a Cristina se alejó hacia Nápoles, ebrio de dolor y desesperación.

Cristina, inmóvil, le vio alejarse.

Una cruel alegría se reflejó en sus facciones.

– Sufre, dijo envolviéndose lentamente en su manto: que nunca sufrirás tanto como me has hecho sufrir.

### CAPÍTULO XXXVIII: *EL DEDO DE DIOS*

Carlos se dirigió a su casa, a donde llegó guiado por la costumbre más que por la razón, pues su pensamiento era un caos donde no había ideas.

Algunas personas le habían mirado con curiosidad y extrañeza al verle cruzar por las calles de Nápoles; bamboleándose como un ebrio, deteniéndose a veces, corriendo otras y con una expresión de furor, de desesperación impresa en su semblante.

Le creían ebrio y no se engañaban: era una borrachera de pena que ofuscaba su razón.

Cuando llegó a las habitaciones de Beatriz, era tan grande la alteración de sus facciones, tan marcada y visible su expresión de amenaza, que está asustada lanzó un grito.

– Beatriz, la dijo queriendo en vano contener la expresión sombría que tenía su acento: ¿qué castigo crees tú que merece la infame mujer que ha dictado esta carta?

Y le mostraba la que en otro tiempo había servido a Beatriz para infamar a su esposa.

Beatriz comprendió que Carlos lo sabía todo, y asustada, aterrada, no supo qué hacer; no se atrevió a negar.

Terriblemente pálida cayó de rodillas y uniendo sus manos murmuró:

– ¡Perdón!

– ¡Ah! ¿Conque eres tú? ¿Por qué no me dices hoy como antes, que la escribió ella? ¿Por qué no repites que esa es su letra?

– ¡Perdón! volvió a murmurar Beatriz. ¡Perdón! ¡Carlos, yo te amaba!

– ¡Cuánto debo a ese amor! ¡Toda la dicha de mi vida me la ha robado! ¡Toda tu vida no basta a pagar el daño que me has hecho! ¡Quiero matarte, y temo que tu muerte sea poco castigo!

– ¡Mátame, sí, Carlos, porque sin ti no quiero vivir!

– ¡Sí, te mataré! ¡Necesito que toda tu sangre borre este infame escrito: tus lágrimas no bastan! Te mataré; pero antes oye: me bastará que leas en mi corazón para vengarme de tí. Mi único amor, mi sola pasión ha sido esa mujer de quien me has separado: hoy la amo más, mucho más, pues en este espacio de tiempo en que me retenías lejos de ella, mi amor ha crecido; yo no veía más que mujeres despreciables, y en el fondo de mi alma se alzaba el recuerdo de la que he visto siempre pura, noble y digna. En el año que estuve a su lado, comprendí lo que valía; en los que he estado al tuyo, he comprendido lo que vales...

El acento de Carlos era tan despreciativo, tan hiriente, que Beatriz, trastornada, levantó hacia él su cabeza y quiso herirle a su vez.

– ¿Quién te asegura, le dijo, que en ese tiempo en que tú ofrecías un culto a su memoria, no te olvidaba ella al lado de su amante? ¿Quién te dice que, porque esa carta no la haya escrito, no puede haber escrito otras? ¿No sabes que antes de conocerte lo amaba?

– Sigue, sigue, Beatriz. Dime que mi mujer es completamente despreciable. ¡Nunca lo será tanto como tú!

Beatriz tembló y no tuvo valor para contestar.

Al fin se irguió y dijo:

– ¡Más generoso sería matarme!

– Después: hautes quiero que sepas lo que voy a hacer. Mañana salgo para España; buscaré a mi mujer y la diré de rodillas: «He aquí la prueba de la infame mentira que me alejó de ti; vengo a que me perdones, y a consagrarte mi vida en cambio de lo que te he hecho sufrir.»

– Tu esposa no te perdonará.

– Una madre no cierra su corazón al padre de su hijo.

– Tu hijo ha muerto.

– ¡Qué dices! ¿Cómo lo sabes? ¡Que ha muerto mi hijo! ¡No! ¡Eso no puede ser! ¡Se me hubiera dicho!

– ¿Y cómo, si no saben dónde estás?

– Lo sabe el administrador; él me lo hubiera escrito.

– Yo he interceptado su carta.

Carlos parecía fuera de sí: aquel último golpe le había aterrado.



Beatriz había querido distraerle con una nueva pena de su idea de abandonarla, y había inventado aquella noticia que anonadó a Carlos.

– Dame esa carta en que se me participa la muerte de mi hijo.

– No la tengo: tuve miedo a que la vieses y la destruí.

– ¡Ah! pues mejor; una prueba más de que debo matarte; me has robado hasta el consuelo de ver morirá mi hijo.

La puerta se abrió silenciosamente, y un hombre de aspecto distinguido, vestido de negro, alto, delgado, con espesa barba negra, apareció en ella.

Ni Carlos ni Beatriz le vieron.

Él adelantó en silencio.

– Sí, continuó Carlos: necesito matarte.

– Puesto que tanta necesidad tenéis de matar, caballero, dijo avanzando el que acababa de entrar, podéis empezar por mí.

– ¡Ah! dijo Carlos volviéndose con viveza: ¡Sois vos! ¡Tanto mejor! ¡He aquí tu castigo!

– ¡Víctor! dijo Beatriz con espanto: ¡tú aquí! ¡Víctor! repetía, ¡Víctor! ¿A qué has venido?

Víctor Marini, pues ya habrán reconocido nuestros lectores al esposo de Beatriz en el recién venido, no le contestó siquiera. Se volvió hacia Carlos, que sin esperar a que le hablase le dijo con viveza:

– Evitemos explicaciones inútiles; estoy a vuestras órdenes: cuando gustéis nos batiremos.

– Hoy mismo si es posible.

Carlos pareció dudar; al fin se decidió y le dijo:

– Os ruego que me concedáis algunos momentos: después estaré a vuestras órdenes.

Víctor se inclinó en silencio.

Carlos le señaló un asiento y ocupó él otro cercano.

– Dejo explicaros, caballero, dijo Carlos, las frases que al entrar me habéis oído; el dolor ciega, a veces, hasta el extremo de hacer que un hombre se olvide de todo y amenace a una mujer.

Víctor nada le dijo, pero sonrió fríamente como dándole la razón.

– Hace algún tiempo, continuó Carlos, que se me hizo creer una infame calumnia. Esa mujer, y señaló a Beatriz, que escondía el rostro entre sus manos, hizo falsificar la letra de la mía; me

enseñó una carta en que mi esposa daba una cita a un amante ... Yo, loco de dolor, la abandoné con mi hijo, y la abandoné sin volverla a ver, sin darla tiempo de justificarse; la dejé sin recursos... y era una mujer hermosa, joven y honrada. Hoy, caballero, por una sucesión de accidentes en que es preciso ver el dedo de Dios desvaneciendo el velo que me ocultaba la verdad, he sabido el crimen en que se la había envuelto: la he visto inocente y pura, y todo el horror y el desprecio que antes me inspiraba, es para sus infames detractores... Pues bien: cuando loco de dolor pedía a esta mujer cuenta de la dicha de mi vida que su mentira me robó, sé que mi hijo ha muerto, que no se ha dejado llegar a mis manos la carta en que se me participaba, quitándome hasta el triste consuelo de ver su cadáver.

– Es una nueva mentira, marqués de la Rivera, dijo Cristina apareciendo en la puerta: ¡vuestro hijo no ha muerto!

Beatriz levantó su cabeza al oír aquella voz.

– ¡Ah! dijo. ¡Has sido tú!

– Ha sido Dios, que se ha valido de mí para justificar a un inocente.

– Como la víbora, has desgarrado el seno que te dio abrigo. Vete de una vez, y para siempre. No quiero verte más.

– Sí, me iré; pero antes he dicho toda la verdad, y me he vengado.

Beatriz volvió a caer en su abatimiento.

Carlos se había lanzado ansioso a Cristina.

– ¿Dices que no ha muerto mi hijo?

– Al menos es mentira que una carta lo haya anunciado.

– ¡Ah! ¡Gracias a Dios! dijo Carlos: ¡le podré volver a ver!

– He aquí lo que quería que supieseis, caballero, para haceros una súplica, dijo a Víctor, que escuchaba visiblemente alterado; no quisiera morir sin ver a mi esposa. y a mi hijo; quiero alcanzar su perdón... Si os parece bien, el duelo se verificará en España, y me daréis de término ocho días; yo os juro por mi honor estar, pasados estos, en el lugar que me marquéis.

Víctor se levantó y le alargó la mano.

– ¡Dichoso el que puede volver los ojos hacia una esposa honrada y un hijo querido! Id, caballero, y ¡ojalá esas absurdas leyes que en nombre del honor nos obligan a batirnos pudieran

olvidarse! Dentro de ocho días mis testigos irán a entenderse con los vuestros.

Carlos se inclinó para darle las gracias.

Víctor se dirigió a Beatriz.

– En cuanto a vos, señora, olvidad para siempre que habéis llevado mi nombre; desde hoy sois libre: la señora de Marini no existe ya.

Víctor salió sin esperar contestación de su esposa.

– Adiós, la dijo Carlos; te perdono a pesar de que me has hecho mucho daño.

– Carlos, Carlos, dijo ella llorando; ¡yo no quiero que te vayas!... Ese duelo... te va matar ...

– ¡Adiós: la muerte sería un bien para mí!

Beatriz se lanzó a él para detenerle, y echó sus brazos alrededor de su cuello.

– Yo te amo, le dijo.

– ¡Cuántas desgracias debo a tu amor! Adiós.

Y deshaciendo bruscamente el lazo que formaban las manos de Beatriz, cuyos dedos se cruzaban, se lanzó fuera y desapareció.

Beatriz quedó por algún tiempo inmóvil; tantas emociones la habían quebrantado; estaba enferma de cuerpo y de espíritu.

Al fin llamó y se presentó un criado.

– Que venga Cristina, dijo,

– Cristina no está, señora; salió y no ha vuelto.

– ¡Ah! es verdad: lo había olvidado. Llamad a otra.

Una joven se presentó.

Beatriz, temblando de dolor, se levantó y pasó con ella a otras habitaciones.

Recogió todo el dinero que tenía, hizo empaquetar una parte de su ropa, y repartió las demás entre sus criadas, a las que despidió anunciándoles que al otro día partía lejos de Italia, y no las necesitaba.

Nadie podía expresar lo que sufrió en aquellos tristes detalles.

Al entrar en las habitaciones vacías que había ocupado Carlos, copiosas lágrimas brotaron de sus ojos.

Sobre una mesa, en una preciosa relojera, había un pequeño reloj de madera, cuyos números salientes de la esfera permitían al tacto conocer las horas.

Era un reloj de noche.

Sobre la tapa de palo santo se veía una cifra de grandes letras de oro.

Aquellas letras eran una *B* y una *C*.

Decían Carlos y Beatriz.

– ¡Ah! Dijo Beatriz apoderándose con ansia de él: ¡he aquí todo lo que me resta de su amor y de mi dicha! Yo te guardaré siempre, dijo mirando el reloj; pero ya solo marcarás para mí horas de lágrimas.

Al otro día, Beatriz salió para España sola y desesperada.

¿Qué intentaba?

Su único afán era impedir el duelo de Carlos.

En un día parecía haber vivido diez años.

Apenas se hubiera conocido en aquella mujer pálida y doliente, severamente vestida de negro, a la brillante condesa de Claraval, a la elegante Beatriz.

Cristina también se dirigió a España: ¿qué buscaba?...

Ni ella misma lo sabía.

La pobre muchacha abandonada, había sentido despertar su corazón con las palabras halagadoras de Carlos; le había amado con su primer ardiente amor, y al verse engañada, despreciada, se había vengado destrozando la obra de Beatriz; diciendo la verdad a Carlos, revelando a Víctor el sitio en que su esposa se ocultaba.

Cumplida su venganza, pasada la primera horrible alegría que había sentido al envolver en su dolor a los que tenían la culpa de él, Cristina quedó como la débil yedra a quien quitasen el tronco que la sostenía. La pobre joven no tenía asilo, no tenía familia; ¿qué iba a ser de ella?

¡Cuántas tristes historias de prostitución y miseria podrían empezar con esta palabra que Cristina murmuraba sin cesar: «¡Sola!» No sabía lo que iba a ser de ella; no quería saberlo tampoco; pero su anhelo era vivir bajo el mismo cielo que Carlos.

Era joven y bella: tenía el corazón desgarrado, y ya no podía amar; pero podía pedir al amor fingido lo que no había querido admitir del amor verdadero.

Porque ella había amado a Carlos con todo el ardor de su sangre italiana, con toda la pasión de su alma: después que este primer amor pasa, en el alma no quedan más que sombras; su luz se apagó.

Beatriz quería a todo trance impedir el desafío pendiente entre Carlos y su esposo; después nada esperaba; su pensamiento no iba más allá.

Había comprendido que Carlos no la perdonaría nunca; y ella, que todo lo había sacrificado por él, ella que tanto le había amado, no tendría por recompensa más que su olvido y su desprecio.

En su corazón se revolvían todos sus amargos pesares, sus tristes presentimientos, sus remordimientos sombríos, y como una luz fúnebre sobre este caos, los recuerdos de su fugitiva dicha.

Ella sentía el dedo de Dios tocar su frente; empezaba a comprender su castigo.

En cuanto a Carlos, el camino se le hacía eterno, interminable. Ansiaba ver a su hijo, ver a su esposa: algunas dudas le asaltaban y martirizaban su corazón. –

– Si ella no me perdonase, se decía; ¡si no quiere verme!... Pero yo la diré la verdad, ella es un ángel y me perdonará: ¡mi hijo! ¡Mi Carlitos! ¡Qué hermoso estará! Pero no me conocerá; ¡acaso me odie!... ¡Oh Dios mío! ¡Cuánta amargura! ¡Cómo creí yo que ella tan buena, tan pura, fuese capaz de engañarme! ¡Mi María, tan hermosa; ya no me amará; yo seré odioso para ella!... ¡Pero si me arna, si me espera y ese hombre me mata!... ¡Siempre habré estado a su lado, siempre habré recibido su perdón!... Estas reflexiones se hacía Carlos: en tanto que la locomotora le arrastraba rápidamente hacia España.

Lleguemos nosotros antes para observar los sucesos que han de tener lugar entre los personajes de esta obra.

### CAPÍTULO XXXIX: *LA VUELTA AL HOGAR*

Las cinco serían de una hermosa tarde de mayo, cuando el marqués de la Rivera llegaba a su casa de Madrid.

Al verle el portero lanzó una exclamación de asombro, pero Carlos le impuso silencio imperiosamente.

– Id y llamad al mayordomo, le dijo.

Este apareció en breve con visibles muestras de asombro y contento.

– ¿Está en casa la señora? preguntó Carlos.

– ¡Ah, señor! La señora marquesa apenas sale desde que V. E. se fue a viajar.

Carlos oyó esta última palabra con sorpresa, pero nada dijo.

– Y ¿dónde está? volvió a preguntar.

– el gabinete azul.

Carlos subió y cruzó algunas habitaciones para llegar a la que le habían indicado.

Su corazón latía tan violentamente, que tuvo que detenerse a respirar.

Las anchas cortinas de terciopelo azul, medio corridas á ambos lados de la puerta de entrada, le permitieron ver sin ser visto el dulcísimo cuadro que ofrecía el interior del gabinete.

María, sentada ante un caballete, pintaba en un pequeño lienzo que en él se sostenía.

Vestía un traje de seda negro y un pequeño cuello de encaje blanco.

Sus cabellos, recogidos en una gruesa romana, se sostenían con una redecilla de terciopelo negro.

Una cinta de terciopelo, negro también, rodeaba su cuello, y de ella pendía una gruesa cruz de oro liso.

Sus manos blancas y pequeñas, que apenas podían sostener el pincel y la paleta, parecían de nácar sobre el fondo oscuro de su traje.

En una de ellas se veía. el anillo nupcial.

Su hijo, vestido de blanco jugaba a su lado sentado en la alfombra.

El niño reía y charlaba; su madre le miraba con delicia y sonreía.

Carlos sentía una emoción tan viva que apenas podía respirar.

Se contenía, sin embargo.

Hubiera querido detener el vuelo del tiempo para prolongar su éxtasis.

Así pasó una hora.

Carlos, inmóvil, contemplaba aún.

La luz empezó a debilitarse y la joven pintora dejó sus pinceles.

Se oyó a lo lejos el toque de una campana.

Era esa dulce y melancólica despedida del día, que acompaña a la primera sombra de la noche.

Era la oración de la tarde.

María tomó a su hijo de la mano y fue a arrodillarse con él ante un balcón entreabierto.

Carlos se arrodilló también.

María empezó a rezar con voz dulce y clara el *Ave María*.

El niño repetía sus palabras; Carlos, dominado, las repetía también en su corazón.

Al acabar la oración el niño sin deshacer la dulce cruz que formaban sus manecitas unidas, dijo con voz serena:

– ¡Dios mío, haced que vuelva mi papá!

María hizo la señal de la cruz en la frente de su hijo, y se levantó con él, sentándose en sus rodillas para besarle.

– Mamá, dijo Carlitos: ¿no dices que Dios oye a los niños buenos?

– Sí, hijo mío, porque son sus ángeles.

– ¿Y por qué no me oye cuando le pido que venga papá?

– Sí te oye, hijo mío.

– Pero ¿por qué no viene?...

María no pudo contestar porque Carlos se precipitó en la estancia.

María dio un pequeño grito de asombro, dejó a su hijo en el suelo y retrocedió un paso.

Pero aquello fue un momento, un solo momento.

Su corazón generoso respondía siempre a la voz del sentimiento y del deber.

En un solo instante comprendió que debía alentar al que volvía a su hogar demandando perdón, y adelantando hacia él le abrió sus brazos.

Carlos la estrechó en los suyos delirante de alegría.

Después fue a buscar a su hijo.

Besó sus manos, sus ojos, su boca.

La acariciaba con delirio y el niño asustado tendió sus brazos a su madre.

– Hijo mío, dijo ésta: es tu padre; ya ves como Dios te oía.

El niño echó sus bracitos al cuello de su padre.

– Papá, papá, repetía devolviéndole sus caricias; mamá me decía que si era bueno me querías tú mucho: ¡verás cómo lo soy!

– ¿Me quieres tú, hijo de mi alma? le preguntó Carlos.

– Sí: tanto como a mamá.

– María, dijo Carlos yendo a su lado con el niño en los brazos: ¡cuánto te debo! ¡Dios te bendiga por tu santa virtud! Le has enseñado a quererme a pesar de...

– ¡Oh, calla! dijo María; aunque hoy no lo comprenda, no quiero que oiga mi hijo las faltas de su padre.

Una criada entró con una lámpara encendida.

Al ver a su señora con un hombre que estrechaba sus manos y acariciaba al niño retrocedió asustada.

– La comida está servida, señora, dijo tímidamente.

– Haced que pongan un cubierto más para el señor marqués.

– ¡Ah! dijo la criada comprendiendo quién era aquel hombre: ¡gracias a Dios!

Y se alejó para participar a los demás.

– Mi comida es muy modesta, Carlos, dijo María con naturalidad; una comida de artista, añadió festivamente: acaso no te guste.

Carlos sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su esposa y su hijo comían modestamente: acaso habían sufrido privaciones, en tanto que él gastaba en locuras su fortuna. Hizo un esfuerzo por parecer sereno, y fue con María al comedor, llevando a Carlitos de la mano.

– El señor marqués acaba de llegar de su viaje, dijo María a los criados que se habían reunido en el comedor.

Todos se acercaron para felicitarle.

Carlos apenas comió, ni María tampoco; pero serena y tranquila dio de comer a su hijo, como de costumbre.

Carlos llamó al mayordomo.

– Mañana, le dijo, se tomará la misma servidumbre que había; a cada uno de los que hay hoy les dará usted 500 reales. en nombre mío.

Volvieron al gabinete azul.

Carlitos se dormía temprano, y María. fue a acostarle por sí misma.

Cuando volvió, Carlos la esperaba con impaciencia y temor.

Lo que había visto le aseguraba que el corazón de María era siempre el mismo corazón generoso y bueno.

María fue a sentarse a su lado. Estaba serena pero profundamente pálida; parecía que toda su sangre había huido a su corazón.



– María, dijo Carlos: que tu primera palabra sea una palabra de perdón para mí.

– Mi corazón te ha perdonado siempre, por más que mi razón te culpara.

– Sin embargo, María, tú has debido sufrir mucho, y bajo ese sentimiento se habrá extinguido el amor que me tenías.

– Creí, dijo María, que antes de pedirme cuenta de mi amor ibas a dármele de tu conducta.

Carlos pareció dudar.

Temía herir aquel corazón tan puro al decirle la verdad. Pero ¿cómo justificarse?

– ¡Puede ser que haya querido sujetarte a una prueba! dijo Carlos.

María movió la cabeza.

– ¡No se sujeta a pruebas tan terribles a una persona a quien hay el deber de amparar!

– Pues bien, voy a decírtelo todo, y tú me perdonarás. Se me hizo ver una carta que he creído tuya, hasta que una casualidad me ha descubierto esa infame mentira.

– ¡Ah! dijo María mortalmente pálida: ¿y qué carta era esa?

– Una carta a... un hombre; se suponía que tú le amabas.

– ¡Y tú dudaste de mí! ¡De la madre de tu hijo!...

– Perdóname, María; si tú hubieses hallado esa carta entre tus papeles la hubieras creído escrita por ti: estaba admirablemente falsificada y me engañé.

– ¡Qué fe tenías entonces en mí! ¡Ah Carlos! ¡Aunque el mundo entero se hubiese alzado contra ti, yo no te hubiese creído infame y miserable!

– ¡He expiado bien caro mi error! ¡Tú no sabes cuánto he sufrido en estos tres años que he estado lejos de ti! ¡Tú no sabes cómo mi alma volaba a la tuya para aspirar su pureza y no ahogarme entre el fango que me envolvía! ¡Tú no sabes, María de mi alma, cuántas veces tu imagen querida me ha acariciado en mi sueño! ¡Yo sabía de ti, yo conocía tu admirable valor ... no sé qué venda fatal había ante mis ojos! Quería arrancarla y no podía... tenía celos... Tú no sabes lo que son los celos... Son como un veneno que contra nuestra voluntad se infiltra en nuestros sentidos y embota nuestra razón. He estado loco... al recobrar la razón vuelvo a tus brazos; vengo a pedirte mi perdón y tu olvido;

vengo a buscar a tu lado la dicha que no he podido hallar lejos de ti. ¡Tú y mi hijo! ¡He aquí las solas aspiraciones de mi alma!

– Sí, te perdono, Carlos; ¡quiera Dios que tu arrepentimiento sea un lazo bastante fuerte para sujetar tu corazón!

Carlos tomó sus manos y las besó con pasión.

– ¡Ah, mi pintora! dijo; ¡mi sublime artista! ¿Cuántos cuadros has hecho en mi ausencia?

– Cuatro, dijo María; tengo otro empezado.

– ¿A quién los has vendido?

– No sé; para una casa francesa.

– Supongo que no querrán privarse de la colección de tus obras y esperarán éste.

– Este no se venderá.

– Lo reclamarán, dijo Carlos sonriendo.

– ¿Quién?

– El que ha adquirido los otros.

– No: ¿qué empeño puede tener?

– Sí lo tiene y muy grande.

– ¿Lo sabes tú?

– ¡Tal vez sí!

– ¿Qué? ¿Conoces tú a quien los tiene?

– Sí, María: ¿tú no sospechas quién sea?

– No; no conozco a quien se los llevó.

– El mismo que reclamará éste.

– Pero ¿quién es? dijo María inquieta.

– Tus cuadros los tengo yo: ¿crees tú que un celoso hubiera cedido a otro una obra de su amada?

– ¡Tú!...

– Sí; para mí se adquirieron; ellos son mi tesoro. Yo diré un día a mi hijo, si Dios me permite la dicha de verlo hambre: «Hijo mío: esos cuadros son el recuerdo y la prueba de la virtud de tu madre; con ellos satisfizo tus primeras necesidades... Ámalos y guárdalos en prenda de su amor.»

En los ojos de María brillaban las lágrimas; su corazón se agitaba con violencia al recibir la recompensa de su virtud en las palabras de Carlos.

Ella no le amaba.

No es posible amar a quien no se respeta, a quien no se estima, a quien hay que compadecer y perdonar.

El amor, como la luz, rechaza toda sombra; para que un hombre inspire amor hay que admirarle.

El amor es una especie de culto que el alma tributa a lo que ve grandes, a lo que le atrae con el poder misterioso de su valor; pero no puede ofrecer esa adoración a lo que se le muestra mezquino y pequeño.

Para María no había violencia en impulsar su corazón al bien. Acogió a Carlos con bondad, no con amor.

Si una sensación naciente la hizo creer que amaba a su esposo, aquella sensación pasó, se borró con sus lágrimas.

Nada quedaba de ella.

Pero quedaba en su voluntad el firme propósito de alejar vanos sueños alentados en su soledad, y de ser para él una esposa fiel y tierna, ya que no amante y apasionada.

Carlos lo miraba todo con curiosidad; parecía que cada objeto que despertaba en él un recuerdo le producía un placer.

Sobre un pequeño velador había un precioso jarrón con flores.

– ¿Quién te envía esas flores? preguntó Carlos.

– Aurora.

– ¡Ah! ¡Tu amiga! ¿La ves mucho?

– No; apenas salgo.

– Yo quiero verles para darles gracias por el cariño que tanto a ti como a mi hijo han demostrado en mi ausencia: ya supe con cuánto cuidado te asistieron en tu enfermedad cuando el incendio de esta casa.

– ¿Lo sabías? ¿Por quién?

– Si; yo he sabido todo lo que a ti se refería: en aquellos días recibí varios telegramas comunicándome tu estado.

– Nunca olvidaré cuánto les debo; así como a tu tío...

– ¿Qué decía mi buen tío?

– Quería llevarme a su lado, y lo mismo mi padre. Yo creí que no debía dejar tu casa.

– Gracias, María mía; de hallarte en otra, acaso no hubiera tenido valor para buscarte.

– No hice más que cumplir con mi deber.

Carlos estrechó sus manos conmovido.

– Tú sabías cumplirle, en tanto que yo faltaba a él.

Después, y como para olvidar penosos recuerdos, empezó a acariciar a María.

– ¡Qué hermosos son tus cabellos! la decía: ¡cuánto los recordaba! En Italia no hay estas soberbias cabelleras.

– ¡Ah! ¿Has estado en Italia?

– Un poco allí, un poco en otras partes... en fin, olvidemos eso; ¿no es más grato pensar en nuestra dicha?

Carlos sentía que el tiempo pasase tan rápidamente.

– Dime, dijo a María: ¿por qué creen tus criados que yo viajaba?

– Porque ya lo he dicho así; no quería que te culpasen.

– ¡Ah! ¡Cuán buena eres! No sólo me perdonas, sino que me disculpas.

El día siguiente Carlos lo pasó ocupado en dar órdenes para que todo se arreglase como antes de su partida; en elegir para María brillantes y encajes; en preguntar a esta todos los detalles de su soledad, en acariciar a su hijo.

Carlos llegó a olvidar en este día que tenía contraída una deuda de honor, que acaso pagara con su vida.

Hizo traer y colocar en su cuarto los cuadros de María, que admiró como una bellísima obra de arte.

Cuando estuvieron dispuestos según su deseo, fue a buscar a su esposa.

– Mira, le dijo, dónde guardo mi tesoro; ellos, al recordarme tu valor, me alentarán en mi vida.

Al otro día, los testigos de Marini fueron a buscar los suyos.

Quedó convenido que el duelo sería a muerte; a pistola y a quince pasos, avanzando.

Carlos convino en todo.

Su contrario era el ofendido, y tenía el derecho de imponer condiciones.

Carlos tomó algunas disposiciones en aquel día; estaba triste, pero sereno y tranquilo.

Acaso antes de saber que María era inocente de la falta que Beatriz le hizo creer, hubiera ido a la muerte sin temor alguno.

Pero tenía ahora a su lado los seres más queridos de su corazón; tenía hambre de ver a su hijo, al cual no se saciaba de acariciar; la idea de dejarlos para siempre le hacía estremecer.

El duelo debía efectuarse a las seis de la mañana.

La noche que precedió a ésta, Carlos no durmió. Sus recuerdos, como fantasmas que evocaba el remordimiento, flotaban ante sus ojos.

Al amanecer salió cuidando no despertar á María; la besó con ternura y a su hijo antes de partir.

Una lágrima quedó sobre la frente del niño.

Acaso en ella le llegaba su padre la esencia de su amor.

## CAPÍTULO XL: DEUDA DE HONOR

Carlos se dirigió con sus testigos a uno de los sitios más solitarios de los alrededores de Madrid, convenido de antemano.

Apenas habían andado veinte pasos desde el sitio en que quedó su carruaje, cuando vieron otro que adelantaba al galope.

– ¡Ya están aquí! dijo Carlos: ¡no se hacen esperar!

Un instante después, Víctor Marini le saludaba fría y cortesmente.

Los padrinos quisieron a última hora dulcificar las condiciones del duelo.

Ellos se negaron.

Quedó pues, decidido que sería a muerte.

Pasaron algunos momentos, los necesarios para practicar esas tristes formalidades de un duelo, que son, si así puede decirlo, la disculpa de un asesinato.

Porque entre dos hombres que en un momento de extravío se matan, y entre dos hombres que preparan en calma los medios de matarse, si hay disculpa, debía ser de los primeros.

Pero ya hemos dicho que la sociedad tiene sus hipocresías. Una de ellas es la de admitir el asesinato civilizado, culto, amoldado a formas especiales y conocido con el nombre de *duelo*.

Los testigos midieron los pasos, y señalaron el sitio a cada uno de los duelistas.

Después cargaron las pistolas, que les entregaron.

A Carlos le daba de frente el sol que se levantaba en el horizonte.

Era una desventaja, pues su vista podía vacilar.

Pero el sitio había sido elegido a la suerte.

Carlos estaba sereno, pero ardiente e impetuoso su corazón latía con violencia, y su sangre al agitarse, hacia su pulso inseguro.

Víctor estaba impasible.

Parecía que el resultado le era indiferente. Y acaso no le faltaba razón.

Para él la vida no tenía objeto; detrás de sí no dejaba su recuerdo en ningún corazón. ¿Qué es la vida para quien no es amado?

Se oyó una señal.

Carlos y Víctor dieron un paso que acortase la distancia que les separaba, en tanto fijaban la dirección de sus pistolas.

Los padrinos hicieron la segunda señal.

Dos tiros se oyeron a un tiempo.

Víctor sintió como una centella abrasar sus ojos.

Los cerró por un momento.

La bala de Carlos le había llevado algunos cabellos al rozar su cabeza.

Cuando abrió los ojos, corrió hacia Carlos que había caído.

Su habla le había alcanzado en el pecho.

Sobre la camisa blanca y fina de Carlos brotaba la sangre a borbotones.

Sus padrinos le sostenían.

Los de Víctor llegaron con un médico, que en el carruaje de este había quedado.

Comenzó a observarle en silencio.

– ¿Podrá trasladarse al herido? dijo Víctor.

– Con cuidado, con mucho cuidado. Voy aquí mismo a vendar su herida; después veremos si puede extraerse el proyectil, dijo el médico.

Víctor le llevó a un lado.

– ¿Es grave el estado del herido? le preguntó.

– Gravísimo: un leve movimiento puede correr la bala al corazón, y entonces la muerte sería instantánea.

– ¿Puedo servirle en algo? volvió a preguntar.

– ¡Oh! ¡En nada!

– Entonces adiós; podéis asegurarle mi sentimiento.

Víctor iba a dirigirse a su coche, cuando de otro que llegaba salió una mujer, que corrió al lugar de la catástrofe.

– ¡Ah! dijo llorando: ¡he llegado tarde! Carlos, Carlos, ¡te han asesinado!

– Señora, dijo el médico: el herido se ha desvanecido al hacerle la primera cura: quien quiera que seáis, idos, porque la emoción puede matarle.

– ¿Quién es esa mujer? preguntaron a Víctor sus testigos.

– No la conozco, dijo éste; alguna querida del marqués.

– Acaso su esposa, dijo uno.

– ¡Ah! no, añadió Víctor; no confundáis, querido vizconde, a la bella y digna marquesa de la Rivera con una mujer así.

Y la señaló con ademán despreciativo.

Beatriz oyó estas palabras, y se alzó rugiente.

– Esta mujer es tu esposa: ¡que sirva de castigo a tu orgullo el saber que he sido la amante del marqués!

– Vamos, queridos, dijo Víctor a sus amigos dirigiéndose á tornar su carruaje: está loca; pero á fe mía que es una loca divertida.

Víctor salía algunas horas después para la vecina Francia.

Carlos era trasladado a su casa con todo el cuidado que exigía su estado.

– ¿Se sabe la razón de este duelo? preguntó uno de los testigos.

– Hasta ahora no, porque no es razón la disculpa que daban: pero se comprende fácilmente después de haber oído a esa señora... Carlos se ha batido por ella. ¿No habéis oído que es la esposa de Marini?

– ¡Pobre marqués! ¡Tan joven y con una esposa tan bella! ¿Se sabe por fin dónde ha estado estos últimos años?

– Dicen que viajaba... ¿Y quién va a anunciar este suceso a su casa?

– ¡Pardiez! Es una misión difícil; pero ello es necesario. Ya estamos en ella.

Subieron a Carlos a su cuarto con todo género de precauciones, imponiendo silencio a los criados que ayudaron a conducirlo.

– Decid a vuestra señora, dijo uno de los testigos a un criado, que D. Alberto de Osma desea verla. Añadid que vengo de parte del marqués.

Momentos después era conducido a donde estaba María, que le esperaba con extrañeza y cuidado.

El amigo de Carlos no la conocía. La ausencia de este, y el retiro en que la marquesa había vivido, la hacían poco conocida de la sociedad madrileña.

Cuando vio a aquella mujer tan bella, tan joven, tan tranquila, su corazón se oprimió dolorosamente.

Haciendo un esfuerzo para parecer sereno empezó a decir a María que sentía fuese una triste noticia las primeras palabras que había de dirigirla.

– ¿Y cuál es? dijo María temblando.

– El marqués se ha herido ligeramente probando unas pistolas.

– ¡Ah! ¿Y dónde está? ¡Yo quiero verle!

– Está aquí, señora; pero es preciso que os tranquilicéis; vuestra emoción pudiera hacerle daño.

– Está muy malo, ¿no es verdad?, dijo María, que convulsa y aterrada se había puesto en pie.

– ¡Ah, no! no hay peligro; pero la trémula voz de Alberto desmentir sus palabras.

María lo comprendió así, y sin esperar más se dirigió a las habitaciones de Carlos.

Había dado algunos pasos hacia ellas, cuando se volvió y fue a buscar a su hijo.

– Que tenga el consuelo de verle, se dijo; y pálida, helada, con el terror y el dolor impreso en su semblante, se lanzó a las habitaciones donde Carlos espiraba.

## CAPÍTULO XLI: *LA MUERTE DE CARLOS*

Carlos había recobrado el conocimiento, y al ver entrar a su esposa le alargó su mano.

– Otro nuevo pesar que te causo, María mía, le dijo débilmente.

María no podía hablar. Su emoción era tan grande, tan visible, que el amigo de Carlos que la había seguido, fue a sostenerla, temiendo verla caer.

Le dio gracias con un movimiento de cabeza, y se adelantó hasta el lecho de Carlos.

A la primera mirada conoció que su estado era gravísimo.



Su fisonomía, alterada y cadavérica, el sufrimiento que revelaba la contracción de sus facciones, no la dejaron duda de ello.

Asió su mano y la estrechó dulcemente, en tanto que las lágrimas brotaban de sus ojos.

Pasado el primer momento de sorpresa, de temor, de pena, pensó en el medio de vencer aquel mal.

Se alejó del lecho, y se acercó al médico.

Este le era desconocido: no podía inspirarle confianza.

Suplico á V d. que tenga la bondad de seguirme, le dijo.

Este se inclinó y salió con ella.

– No he querido hablar á Usted junto á mi esposo, caballero, le dijo con voz contenida, por temor de que le oiga y la emoción le haga daño: quisiera saber cómo está, y de qué manera ha recibido esta herida.

– Señora, dijo el médico con respeto; se me ha llamado para curarle; ignoro cómo se ha herido; en cuanto a su estado, según mi parecer, es grave, y creo que no debo ocultarlo á Usted

– ¡Ah! ¡No me he engañado! ¡Mi pobre Carlos!... murmuró María. Se me ha dicho, añadió, que se ha herido probando unas pistolas; esto no puede ser cierto... ¿no os parece así, caballero?

– Acaso, señora; no puedo determinar, aún...

El médico balbuceaba porque no se atrevía a hablar del desafío, y no veía el medio de probar que una herida como la de Carlos pudiese ser accidental.

– Desearía, dijo María que comprendió se le ocultaba la verdad, que aun cuando continúe usted al lado de mi esposo, lo que le agradeceré infinito, se llamase al médico de casa, y a los que además designen; usted comprenderá mi inquietud...

– Señora: yo iba a proponerlo a usted, y acepto dándole las gracias por su deseo de que yo comparta el cuidado de su esposo.

María dio las órdenes oportunas para que inmediatamente se avisase a los médicos, y volvió al lado de Carlos.

Este apenas la sintió: sus ojos continuaban cerrados, y la mano que María había estrechado en las suyas fuera de las ropas de la cama, estaba fría.

María, conteniendo sus lágrimas, besó aquella mano, a que quiso dar calor con las suyas.

Carlos pareció reanimarse.

Abrió los ojos y los fijó en María.

– ¿Eres tú? dijo débilmente.

– Sí, yo soy: ¿sufres mucho?

– Aquí..., dijo señalando al pecho; ven... acércate más... quiero verte.

María se levantó y se inclinó sobre él.

A pesar de sus esfuerzos por contener el llanto, sus lágrimas cayeron en la frente de Carlos...

– ¿Lloras? le dijo este: ¡cuánto te hago sufrir!... ¡No llores!

María se inclinó aún más, y besó su frente; no podía hablar.

– María mía, dijo Carlos al sentirse besar; ¡tus besos son mi bendición!

– No hables, Carlos, dijo al fin María—con voz temblorosa; pudiera hacerte daño.

Carlos nada dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Su palidez se hacía más densa a cada instante que pasaba; sus labios estaban secos, y era penosa su respiración.

Muy poco tiempo pasó así.

María salió a recibir a los médicos que acababan de llegar.

Entró de nuevo con ellos, y después de oír al que primero había curado a Carlos, empezaron a observar al herido.

– Marquesa, dijo el médico de la casa: debía V d. retirarse; va a sufrir mucho al presenciar la cura.

– No quiero dejarle; sufriría más lejos de él.

Los médicos quitaron el vendaje que cubría la herida y empezaron a examinarla. Carlos debía sufrir horribilmente, porque exhalaba un débil gemido de angustia.

María, tan pálida como él, y más trémula, más convulsa, limpiaba con su pañuelo el sudor que brotaba en la frente de Carlos.

Los doctores cambiaron entre sí, y con voz queda algunas palabras, y volvieron a colocar los vendajes.

Después salieron.

María les siguió anhelante.

– ¿Qué hay? dijo.

Ellos se miraron como si dudasen.

Al fin, el que le había invitado a salir le dijo:

– Señora marquesa, la gravedad acrece... No puede extraerse la bala y hay que temer una inflamación... Sería un crimen ocultar a usted la verdad en estos momentos.

– ¿Es decir, que se muere? preguntó dejándose caer en una silla pues temblaba toda convulsivamente.

– Debemos estar dispuestos a todo... Sin embargo, aún nos queda algo que hacer.

– ¡Ah! dijo María asiendo las manos del médico que la hablaba; pues hacedlo todo... salvadle, y os lo agradeceré toda mi vida.

– Desgraciadamente, señora, no podemos responder más que de nuestra buena voluntad: lo demás no está en nuestro poder.

María llamó y apareció un criado.

– Estad dispuestos para cuando estos señores os necesiten, dijo María; y añadió volviéndose a los médicos: – Dispensadme a mí: quiero estar a su lado... quedáis en vuestra casa.

El médico que Marini había llevado consigo dijo a los otros:

– A fe mía que no comprendo que haya un hombre tan necio que vaya a hacerse matar por otras mujeres teniendo ésta.

– Es bellísima, dijo otro: ¡qué ojos! todos los diccionarios del mundo no encierran tantas palabras como una de sus miradas.

– ¡De andaluza! La Marquesa es de Sevilla.

– Va a ser un excelente partido.

– ¿Creéis que el marqués se muere?

– No tiene seis horas de vida.

– Y ¿cómo diablos le han herido?

– En un desafío.

– Ya lo supongo; pero ¿con quién?

– Señores, es un secreto.

– ¿Habrás que preguntar *quién es ella*?

– ¡Oh! desde luego.

– ¿Y qué hacemos?

– Uno por lo menos debemos quedar aquí; la marquesa puede hallarse sola.

– Me quedaré yo, dijo el que había hablado a la marquesa, que soy el obligado, por ser el de la casa. Señores, que no tardéis, dijo al ver que sus compañeros se levantaron para retirarse.

Cuando les vio salir, se dirigió al cuarto del herido.

María, arrodillada al lado de la cama, rezaba con las manos juntas.

El médico, respetando aquella oración, se sentó sin hacer ruido.

María no le vio.

Momentos después un criado entró con algunas botellas que contenían medicamentos.

María se levantó, y apercibió al médico.

– Gálvez, le dijo: parece que se reanima.

El médico se aproximó y le tomó cuidadosamente el pulso.

– La fiebre empieza.

María se volvió a sentar junto a él.

Un hermoso niño vestido de blanco, con una linda faja de seda rosa, apareció en la puerta.

Era su hijo.

María le llamó, haciéndole al mismo tiempo señal de guardar silencio, y le sentó en sus rodillas.

– Hijo mío, le dijo muy bajito: tu papá está muy malo; pide a Dios que le ponga bueno.

El niño unió sus manecitas y movió los labios como si rezase.

El médico, al ver aquellas dos cabezas que se inclinaban hasta tocarse, como si una atracción de amor las uniese; al ver que la suave boquita de aquel pequeño ángel se agitaba como si fuese una rosa que palpitase con la brisa del alba, sintió que una lágrima brotaba de sus ojos.

Él sabía que el marqués se había batido por una mujer y moría por ella; y, sin embargo, la suya estaba allí, ni ofendida ni con palabras de perdón, sino con la súplica a Dios en los labios y el amor en el corazón.

Algunos momentos hacía que el niño estaba allí, cuando Carlos abrió los ojos.

– ¡María! dijo: ¿estás ahí?

– Sí: ¿quieres algo?

– Papá, papá: ¿estás ya bueno?

– Calla, hijo mío, dijo María.

– María ... acércame a Carlos; le quiero besar.

María levantó al niño, y le inclinó sobre Carlos sin tocarle.

– Carlos mío, dijo este con voz débil y besándole con ansia: ama mucho a tu madre y no me olvides.

El médico se aproximó a este tierno grupo.

– ¿Qué tal? ¿Cómo se siente usted?

– Tengo sed... quisiera beber... La cabeza se me desvanece.

El médico le llevó en una pequeña copa una bebida.

María sostuvo su cabeza para que bebiese.

– Ahora estoy mejor, dijo Carlos: quisiera que viniese un sacerdote.

– Oh! ¿Para qué? dijo el médico. No es necesario, aunque indicaba a María que apoyase esta idea.

– Si tú quieres, dijo María, vendrá.

– Sí, que venga; creo que no debe tardar.

María, que apenas podía sostenerse y que tanto sufría, salió para cumplir el deseo de Carlos: poco después el criado que había salido á buscarle volvía con él.

Era un sacerdote joven; en su mirada contemplativa y abstraída; en la dulce serenidad de su frente; en sus dignas y mesuradas maneras, se adivinaba al hombre lleno de fe, de caridad, de amor; al sacerdote de vida pura, de talento luminoso, que enseña con su ejemplo más aún que con su palabra.

Saludó a María y le preguntó con pena el estado del marqués.

María le conocía de verle en la cercana iglesia. Le hizo pasar y quedó solo con el herido.

– Señora, dijo el médico: ¿no tiene usted aquí familia a quien llamar?

– Tiene Usted razón; me he olvidado de todo.

María escribió en un pequeño papel, y con una letra apenas legible; tal era su agitación:

«Sr. Marqués de Vélez.

Carlos se muere: está gravemente herido.

Venga usted

MARÍA.»

Una hora después salía el Viático para el marqués de la Rivera y por su voluntad salía humildemente.

Algunas horas pasaron.

El marqués de Vélez acompañaba a los médicos, que por tercera vez se reunían en consulta.

Aurora no dejaba a Carlitos ir al cuarto de su padre, y oraba con él por éste.

María no se alejaba un momento de la cabecera de su lecho.

Carlos se había agravado.

Se había presentado la inflamación que los médicos temían.

Un ronco gemido se escapaba de su pecho.

De pronto Carlos abrió los ojos y llamó a María.

Ella se inclinó sobre él.

– María..., María mía, dijo rodeando con sus brazos el cuello de su esposa; ¡perdóname!... ¡Te quedas sola...; que no me olvides... ; que enseñes a mi hijo... a... orar ... por mí!...

Y la besó convulsivamente.

María sintió el estremecimiento poderoso de Carlos... después aquellos labios se fueron enfriando; sus brazos, que la ceñían estrechamente, se aflojaron, cayeron como ramas separadas de su tronco.

María le miró delirante.

Aquellos ojos entreabiertos ya no la veían ... había muerto.

La marquesa se inclinó sobre él de nuevo.

Estaba frío como el mármol, con esa frialdad especial de la muerte que hiela la sangre.

Sus labios aspiraron el último calor que se apagaba en los labios de su esposo; dio un pequeño grito y cayó.

Estaba desmayada.

Los médicos, que al oír su gemido entraron precipitadamente, la hallaron desmayada y a Carlos muerto.

La llevaron a sus habitaciones.

Al volver en sí, Aurora le mostró a su hijo.

María le besó llorando.

El niño también se echó a llorar.

– Calla, niño, dijo Aurora; vas a dar pena a mamá.

– Lloro, hijo mío, llora, dijo María; ¡ya no tienes padre!

Cuando los médicos abandonaron la casa mortuoria, flotaban ya en el espacio las primeras sombras de la noche.

Una mujer, que sin duda esperaba, les detuvo.

– ¿Podréis decirme, señores, les dijo, el estado del marqués?

Hace una hora que ha muerto, dijo uno de ellos.

– ¡Ah! dijo la mujer apoyándose en la pared para no caer: ¡todo ha terminado!

Los médicos se alejaron.

Los que hubieran visto antes a la linda Cristina, apenas la hubieran reconocido en aquella sombra doliente.

## CAPÍTULO XLII: *SOLEDAD*

María estuvo muy enferma.

Sus violentas emociones alteraron profunda y gravemente su salud.

Aurora apenas la abandonaba.

El marqués atendía a todo; como si fuese su padre evitaba cuanto pudiera ofrecerle un pesar.

El general Osorio vino algunos días después de la muerte de Carlos.

– Pero hija, le dijo: ¿por qué no me llamaste?

– No hubo tiempo, papá; Carlos estuvo herido algunas horas.

– Supongo que ahora vendrás a Sevilla.

– No, dijo María vacilando; me quedo en Madrid.

– Haz lo que quieras, pero me parece un disparate.

María no quería volver a Sevilla.

Hacía algunos meses que César, realmente enfermo, había salido de Madrid.

César estaba en Sevilla.

María no podía ir a donde estaba el hombre a quien había amado, a quien amaba todavía.

Le parecía indigno ir a buscarle, llevándolo aún el luto en el traje y en el corazón.

Además, ella era siempre delicada.

En la felicidad como en el dolor, en la soledad como en la dicha, todas sus acciones tenían una elevación suprema: la elevación de sus sentimientos.

Se resignó, pues, a vivir en su triste soledad, que era el aislamiento de todo.

Solo veía a Aurora y al marqués.

Solo salía para ir cada mañana a oír de rodillas una misa que hacía decir a la memoria de Carlos.

Vivía por su hijo y para su hijo.

Ella era su maestra; ella le enseñaba cuanto en tan tierna edad podía comprender.

Sus mayores alegrías eran cuando Carlitos comprendía fácilmente lo que entre sus besos le enseñaba.

Guardaba la memoria de Carlos eternamente en su alma.

Cada día una oración fervorosa subía al cielo, como una esencia de amor que le enviase a través del espacio.

Había olvidado las ofensas; guardaba el recuerdo.

Atendía además con esmero a la hacienda de su hijo, que Carlos, en sus últimas disposiciones, confió a su cuidado.

Daba limosnas, que hacía repartir al niño.

– Hijo mío, le decía; siempre que hagas una buena acción, piensa en tu padre, que te ve desde el cielo y te bendice.

Así hacía que en vez de debilitarse en el alma de su hijo la memoria y el amor de su padre, le asociase a todo lo bueno.

– Mamá, decía el niño un día que había dado a unos niños pobres una cantidad que su madre le entregó para juguetes: ¡mira qué nubecilla tan bonita!

– ¡Es una sonrisa de tu padre, Carlos mío, porque ve que eres bueno!

– ¡Ah! Pues lo seré siempre, para que esté contento de mí.

De este modo transmitía a su hijo la elevación de sus pensamientos, la pureza de su alma.

César sabía que María era libre; pero noble y digno también, no quiso turbar su soledad y respetó su dolor. Solo le envió con su padre, en una carta puramente de hermanos, la expresión de su sentimiento.

#### CAPÍTULO XLIII: *EL PERDÓN*

Ha pasado un año.

Lo que quiere decir que estamos en mayo de 1865.

Perdónenos el lector si le hacemos vivir tan aprisa.

La vida es así. Cuando un día pensamos en un suceso lejano y se nos ocurre consultar el tiempo que ha pasado, lo recordamos con asombro.

¿Cómo ha pasado ese tiempo?

No lo sabemos.



Calderón nos lo dice:

«Como un sueño», del cual acaso despertamos al dormirnos para siempre.

O según Salomón, como una sombra que se pierde.

Volvamos a nuestra historia.

La marquesa viuda de la Rivera, vestida de negro, con ese negro mate que revela un luto riguroso, está arreglando los cabellos de su hijo, al que tiene sentado en sus rodillas.

La marquesa acaricia con amor aquellos negros bucecillos que coronan la blanca frente de su hijo.

Le habla con su dulce y persuasiva voz, en la cual se observa un ligero tinte de tristeza.

– Hijo mío, le dice: hoy hace un año que murió tu padre, y este día debemos dedicarlo a obras de piedad, que ofreceremos a Dios en memoria suya. Tú, Carlos mío, aunque seas muy niño debes ayudarme en ellas; es preciso que hoy tengas mucho juicio; vendrás conmigo a los hospitales; darás tú la limosna a los enfermos y luego la repartirás en casa.

– ¿Iré también contigo a la Iglesia?

– Sí, alma mía; a rezar por papá.

María, en tanto, había colocado un lindo sombrerito de luto en la cabeza de su hijo, y se había puesto el suyo ante un espejo.

Después llamó.

Apareció una doncella.

– ¿Está puesta la berlina?

– Sí señora; está esperando.

María tomó a su hijo de la mano y bajó con él.

Dió la dirección al lacayo y el carruaje partió, deteniéndose poco después ante un edificio sombrío: ante el Hospital general.

María, siempre llevando a su hijo asido de la mano, subió sus anchas escaleras, cruzó sus lúgubres galerías y entró en la primera sala de enfermos.

Su corazón se oprimió dolorosamente ante aquella exposición de dolores humanos, de miserias, que se reunían, se confundían para formar un cuadro lúgubre y nauseabundo.

Hermanas de la Caridad, cruzaban de uno a otro lado, atendiendo a todas con ese esmero, con ese ardiente amor que las transforma en ángeles.

Enfermos iban y venían, practicantes que llegaban; todo esto daba animación al sombrío salón en el que en camas numeradas se agitaban los pobres enfermos que no habían tenido una casa en que morir, ni una persona querida que les prestase sus cuidados, teniendo que pedir ambas cosas a la caridad pública, a esa caridad reglamentada y oficial que, al perder el dulce misterio que la hace amar, se transforma en limosna dolorosa.

María, venciendo el primer impulso de su penosa impresión, fue recorriendo las salas, prodigando palabras de consuelo a los infelices que sufrían, y dejándoles algunas limosnas que su hijo les entregaban.

Pasaron a otra.

La marquesa, como en la anterior, fue acercándose a cada enfermo para consolarle con sus palabras.

Al llegar al lecho núm. 10, la marquesa vio con pena a una joven que, demacrada. por sus padecimientos, parecía próxima a expirar.

Apenas hubo María pronunciado algunas palabras, cuando la joven enferma hizo un esfuerzo por incorporarse, y abrió los ojos con afán.

María la miró con interés: le parecía recordar aquellas facciones ajadas y marchitas.

– Tomad, le dijo, y que Dios os mejore. Pedidle por el descanso eterno del marqués de la Rivera.

La moribunda abrió los ojos desmesuradamente y lanzó un grito.

– Señora, dijo con voz apagada ya por la agonía: Dios... os envía... para que... me perdonéis antes de morir...

– ¡Yo no os conozco! dijo la marquesa sorprendida: ¿de qué os he de perdonar?

– Yo soy... Concha... vuestra doncella... yo soy la culpable... de la muerte... del marqués.

– ¡Ah! dijo María retrocediendo: ¡tú, tú! ¡cómo he de perdonarte el que hayas dejado a mi hijo sin padre!

– ¡Perdón, señora, voy a morir!

María estaba pálida y agitada; las palabras de la enferma habían renovado la herida de su corazón.

Ella supo que el marqués había sido herido en duelo por el esposo ofendido de la mujer con quien vivía; supo que aquel

hombre había sido avisado misteriosamente, y que de su encuentro con Carlos resultó el desafío.

Al tener delante de sí a la infame autora de la venganza que costó la vida a su esposo, su corazón se revelaba antes de dar el perdón que se le pedía.

Con su hijo asido de la mano dudaba si se alejaría, cuando en la puerta de la sala se oyó una campanilla que acompañaba el Viático.

María cayó de rodillas, y unió sus manos en ademán de súplica.

El sacerdote avanzó hasta el núm. 10, ante el cual se detuvo.

Dos Hermanas de la Caridad llegaron junto a la enferma para prestar sus cuidados.

Se oyó la voz del sacerdote grave y serena que invocaba el perdón divino para aquella alma próxima a abandonar sus lazos mortales.

María oía aquellas palabras, que como si hubieran sido un sopro celestial iban alejando de su alma las sombras de su odio.

Ya alzaba el sacerdote la Forma santa de la Majestad divina para acercarla a los labios de la enferma, cuando esta, volviendo sus manos unidas hacia la marquesa, y fijando en ella una mirada de angustia, murmuró:

– ¡Perdón!

– Yo te perdono de todo corazón, y pido a Dios te perdone, dijo la marquesa con voz firme y clara, que resonó solemne en medio del silencio.

– ¡Que Dios os bendiga! exclamó la pobre enferma.

Todos los presentes adivinaron una historia en aquellas palabras y miraron con interés aquella mujer tan bella, que lo parecía aún más por lo severo de su traje.

El sacerdote, al alejarse, se acercó a María.

– Hija mía, le dijo, habéis cumplido el precepto divino perdonando a vuestros enemigos. ¡Que Dios os bendiga!

maría inclinó su bella cabeza corno para recibir aquella bendición, y después dijo tímidamente alargando un bolsillo al sacerdote:

– Padre mío, repartid esta cantidad a los pobres que conozcáis, en memoria de mi esposo.

El sacerdote recibió el bolsillo, y se alejó.

María iba a retirarse, cuando una de las Hermanas de la Caridad la detuvo.

Sus anchas tocas blancas casi ocultaban su semblante, en que se veía impresa la huella de grandes pesares.

– Señora, dijo mientras temblaba ligeramente; puesto que hoy es día de olvidar las ofensas yo espero también vuestro perdón.

– Dispensad, dijo María: yo no os conozco.

– Me he llamado en otro tiempo la condesa de Claraval: hoy soy sor Beatriz de la Misericordia.

– ¡Ah! ¿Vos, vos, la que ...? ¡Ah! perdonad, señora, si mi corazón sangra todavía al recordar vuestro nombre. Yo era amada y feliz; mi hijo tenía en su padre el apoyo de su vida; vos nos lo robasteis todo.

– ¿Seréis menos generosa para mí que lo habéis sido para esa pobre mujer que agoniza? ¡En esta vida de expiación que me he impuesto, vuestro perdón es la esperanza de alcanzar el de Dios!

– Hijo mío, dijo María asiendo la mano de su hijo, que estaba asustado: perdona en nombre de tu padre que te ve desde el cielo, a esta señora, como yo la perdono.

– ¡Ah, gracias, gracias! Y ahora, como expresión de vuestra bondad, permitidme besar a este niño, hijo del hombre a quien he amado tanto.

La marquesa empujó suavemente a Carlos a los brazos de sor Beatriz.

Algunas lágrimas brotaron de sus ojos al ver el ansioso delirio con que le acariciaba la Hermana de la Caridad.

Señora, dijo sor Beatriz: voy a dar a vuestro hijo una memoria de su padre: y sacó de su pecho el pequeño reloj que la hemos visto recoger de las habitaciones de Carlos: al desprenderme de ella, de mi único tesoro, mi pensamiento se aleja para siempre del mundo, y se vuelve a Dios. ¡Tomad, pobre ángel, a quien yo he hecho tanto daño, y al orar por vuestro padre orad por la desgraciada Beatriz!

La marquesa se alejó con el corazón desgarrado.

La vista de aquellas mujeres avivó la pena, no olvidada en su alma.

Al cruzar por la sala donde estaba Cristina, la marquesa preguntó por ella.

– Acaba de morir, le contestaron.

María se arrodilló y oró por el alma de la pobre camarera.

Después salió del hospital.

– Volvamos a casa, dijo; me es imposible dominar mis emociones: la soledad me hará bien.

El carruaje la llevó en algunos instantes.

Al subir con su hijo a sus habitaciones le atrajo hacia sí.

– Hijo mío, le dijo; esas dos mujeres que has visto tan desgraciadas, nos han hecho mucho daño: ellas no han obedecido en la vida a su deber, sino a sus pasiones... Recuerda lo que has visto, hijo mío, y que te sirva de ejemplo en tu vida. Solo el que es bueno tiene derecho de ser feliz.

## EPÍLOGO

### *Último cuadro*

En un patio de los más bellos de Sevilla, entoldado para suavizar la viva luz de su espléndido cielo, y perfumado con las mil flores que le adornan, volvemos a encontrar a María tres años después de los sucesos que dejamos referidos.

Pero la bella joven que conocimos como marquesa de la Rivera se llama hoy la señora de Saavedra.

Todo ha cambiado en ella.

A su sombrío traje de luto ha sucedido una fresca y elegante bata de primavera. A la expresión melancólica y pensativa de su rostro, a su nerviosa palidez, la risueña calma de la dicha y el fresco matiz de rosa de la salud y la felicidad.

Un año hacía que unida á César Saavedra, era tan feliz como se puede ser en la vida.

Dos años había guardado María de luto y soledad como prueba de respeto a la memoria del hombre que había sido su esposo. Pasado este plazo se unió a César realizando el sueño de gloria de su vida. Su amor había crecido, se había divinizado, si podemos aplicar esta palabra a un sentimiento que vive en un corazón mortal; había dominado en su alma todos sus amores; César era la eterna aspiración de su vida. Estaba mucho más bella; la dicha daba a sus hermosos ojos una expresión celestial; había engrosado, no tanto que perdiese su talle su linda gentileza, sino lo bastante para que adquiriese sus formas la redondez suave y mórbida que ya indicaba en las ondulaciones de su desarrollo.

Tenía un nuevo hijo de dos meses.

¿Necesitamos decir cuánto amor consagraba al pequeño César?

Si una madre ama siempre, ¡cuán grande será este amor si ve unidas en su tierno ángel la vida y la sangre del hombre a quien ama, con su misma vida!

No por esto quería menos a su hijo Carlos, que llevaba como el nombre el título de su padre, y era un hermoso niño, lleno de gracia y travesura.

María, el día en que volvemos a encontrarla, tenía sobre sus rodillas un libro abierto, en que daba lección a su hijo.

Una pequeña cuna, cerrada por cortinas de encaje blanco, se veía a su lado.

– Hoy no sabes la lección, Carlos, decía. queriendo revestir su voz de una severidad que no tenía seguramente.

– ¿Quieres que la dé con César? Verás como la sé.

– ¡Eso es! porque César te lo pasa todo; la darás conmigo, porque no te gusta más que jugar y no estudiar.

La puerta se abrió, y César con el gallardo uniforme de comandante de húsares, apareció en ella.

– César, César, le dijo Carlos corriendo hacia él: dile a mamá que tú me tomarás la lección.

María se levantó y fue a recibir a César.

– ¡Cuánto has tardado! le dijo.

– No, hija mía; apenas son las cuatro.

– ¡Y te fuiste a la una!

– ¡Ah! es que tenemos mucho que hacer. Veamos qué te sucede a ti, dijo besando a Carlos.

– Que mamá dice que no sé hoy la lección.

– Algo habrá de eso.

– Verás cómo contigo la sé.

– Lo veremos; si es así, te daré un regalo que te traigo.

– ¡Dámelo antes, dámelo!

– Déjame ver a tu hermano.

César le besó con delicia.

– Dame el regalo, decía Carlos.

César fue a la cuna, cuya colgadura describió: después sacó un pequeño revólver y se lo dio a Carlos.

Este le abrazó vivamente.

– Mamá, dijo saltando de alegría: ¡tengo un revolver! ¡Mira qué bonito es! César, dame los mistos que voy a tirar.

– No, aquí no, dijo María; vas a despertar a César.

– Pero mamá, ¡si César no hace otra. cosa que dormir!

– ¿Y qué quieres que haga tan pequeño?

– Yo te llevaré al jardín, dijo César tomando al niño de la mano.

– No, César, que hace calor, dijo María.

– Te prometo que no saldremos de la sombra, dijo llevándose al niño.

María le siguió con una mirada de inmenso amor.

Lentamente sus ojos se llenaron de lágrimas, de esas lágrimas dulces y plácidas que el exceso de la dicha hace brotar del corazón.

– ¡Bendito seas Dios, que me reservaba tanta dicha! se dijo.

María. estaba aun dulcemente conmovida cuando llegó su padre.

El general fue a besar a su pequeño nieto, que despertó con sus caricias.

– ¡Este muñeco, dijo, ha de llorar siempre que yo lo beso!

María le tomó sonriendo y se acercó a su pecho.

– Y tu marido, ¿dónde está?

– En el jardín con Carlitos.

– Su padre me ha escrito...

– Mamá, mamá, dijo Carlos que volvía con César: ¿no has oído los tiros? ¡Mira si soy valiente que he disparado yo!

– Ven a besar a tu abuelito, hijo mío, le dijo María.

– Tu padre me escribe; dijo el general á César, participándome el casamiento de tu hermana.

– Sí, dijo César; se casa en esta semana: ¡cuánto va a sentir que no estemos en su boda!

– ¡Valiente locura! No sé por qué tu padre consiente.

– ¿Por qué?

– Porque el joven con quien se casa no tiene más que su carrera; una posición tan humilde no era a lo que Aurora debía aspirar.

– ¿Y para qué quiere más si ella le ama y es amada? Él tiene talento, una educación esmerada y sabrá hacerla feliz.

– Papá, dijo María: no olvides tú que el dinero no es la dicha; Aurora para casarse, elige al hombre de su amor; esa es la única garantía de felicidad que pudiera desear.

– Con toda esa palabrería de amores que hoy se usa, se entienden menos que nunca; ¡valiente farsa!

– No es farsa, papá: se ama, y en ese sentimiento se afirma la dicha de la vida; porque amar es, no solo la simpatía que atrae, sino la abnegación que todo lo hace bello, el deseo de unir en una las aspiraciones de dos almas; ve ahí por qué amándose, la dicha es fácil, porque solo hay una voluntad, un deseo, y sobre esta base firme y dulcísima, la suave paz del hogar, la amante vida de la familia unida por los celestes lazos del amor y la confianza.



– Preciso es confesar que convences con el ejemplo; pero no todas las mujeres te se parecen, María mía, dijo el general levantándose.

– César, dijo Carlos: ¿es verdad que sé tirar con mi revolver?

– ¡César! dijo su abuelo: ¿por qué le llamas así? ¿Por qué no le acostumbras, María, a que le llame padre?

– Porque él no debe olvidar que no lo tiene: en César debe ver un amigo que le guíe, pero no un padre.

– ¿Quieres venirte, Carlos? le dijo el general.

– ¿Me voy, mamá?

– Vete, hijo mío, pero que te traigan para comer.

El general salió llevándose a su nieto.

– María, dijo César con cariño, tu padre aún cree que porque en su tiempo no amó el amor no existe.

– Ya habrá olvidado lo que sintió. Hoy tenemos que enviar los regalos de Aurora: ¡quiera Dios que sea tan feliz como yo!

– Sí, lo será, María mía, porque ella, dulce y buena como tú, no busca la dicha en el placer ni en la riqueza, sino en el amor y en el deber.

– ¡Ah, sí! ¡Dichosa ella si ama y es amada! La mayor felicidad de la vida es tener un corazón en que apoyarse.

– ¡Dichoso también –dijo César– el que ama y puede realizar el ideal de sus sueños! ¡Cuánto he sufrido yo al verse separada de mí por ese muro invencible que se llama *deber*! ¡Felices los que no sienten estas luchas! Pero debemos ser muy indulgentes para aquellos que sean vencidos en ellas, porque no todos pueden dominar el sentimiento de su alma, ni respetar esas *cadena del corazón*, de que tú fuiste esclava. ¡Compadezcamos, María, a los que viven mártires de su propio corazón, porque ese martirio es el más doloroso de todos!

